¡Que Dios nos pille confesados!

MARTINA LEIVA



¡Que Dios nos pille confesados!

MARTINA LEIVA

¡Que Dios nos pille confesados!

MARTINA LEIVA

Primera edición.

¡Que Dios nos pille confesados!

©Martina Leiva

©marzo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

¡Que Dios nos pille confesados!

©Martina Leiva

©marzo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



—No puede ser, Sheila, de verdad que no —me decía mi madre totalmente apenada por tener que decírmelo pero ya era lo suficientemente adulta para comprender la situación.

—Que no te preocupes más, mamá. Otro año será, lo importante es que afrontemos esta mala racha juntos, lo demás es secundario —le contesté para intentar tranquilizarla. Aunque, creo que lo mejor será empezar por el principio.

Mi nombre es Sheila, y soy sevillana, del barrio de Triana, más concretamente de la calle Pureza. A escaso cinco metros, frente a la emblemática Capilla de los Marineros, estaba nuestra casa. Como buena andaluza, me encanta la Semana Santa, soy la primera en ponerme mi traje de flamenca en la feria, y no pierdo la oportunidad de tomarme una copita en la Velá de Santa Ana. En resumen, soy como la botella de Tío Pepe, *«tipical spanish»*.

Actualmente, estoy estudiando la carrera de Turismo, algo que siempre me ha apasionado. Había terminado el segundo curso con muy buenas notas y es que, a pesar de que era una juerguista y no me perdía un sarao, no dudaba en sacrificarme cuando era necesario, ya que la obtención de ese título era mi pasaporte para un futuro más prometedor. No es que mi vida fuera mala, ni mucho menos, pero sí es verdad que llegábamos a fin de mes con lo justito, y alguno que otro lo hemos terminado a base de macarrones con tomate.

Mis padres me habían prometido una semanita de vacaciones en la playa si aprobaba todo con mejores notas que el año anterior, y habían estado ahorrando como dos hormiguitas, pero a causa de un revés, que tampoco era nada extraño en nuestra vida, nuestros planes se truncaron. Mi padre, que trabajaba en una fábrica en un pueblo cercano, había perdido su trabajo, y es que en la empresa habían hecho recortes y muchos de ellos, se vieron en la calle, con una mano delante y otra detrás.

—Ya lo sé, cariño, pero es que te lo habíamos prometido —decía mi madre, más para ella que para mí—. No es justo para ti, que tú has cumplido con tu parte, pero es que con ese dinero que nos vamos a gastar en esa semana podemos tirar unos meses, hasta que tu padre consiga encontrar otro trabajo, porque con lo que le ha quedado de paro, no tenemos ni, para empezar.

—Mamá, ya te he dicho que no pasa nada, que lo entiendo perfectamente. El año que viene iremos, y si no podemos, pues al siguiente, tenemos toda la vida por delante para ir —le dije mientras la abrazaba—. Yo con tener para pagar la cuota del club, y por la piscina, que, si no, tampoco me importaba no ir.

—Por supuesto hija, eso es una minucia, y ya lo sacaremos de donde sea, pero tu piscina con tus amigas no te la vamos a quitar también —contestó mi padre desde el salón, mientras ojeaba el periódico a ver si encontraba algo de lo que fuera porque, aunque era mecánico, él le echaba mano a cualquier trabajo. Si no sabía, se preocupaba en aprender, como había hecho en los últimos años, en los que trabajó de operario en la fábrica.

Me fui hacia dentro, a mi cuarto, para empezar a arreglar toda la casa, ya que cuando no tenía que ir a la universidad, ayudaba a mi madre en todo lo referente a las labores domésticas. Ella, durante este año, se había buscado dos o tres casitas en las que limpiar, y ese era el dinero que tenía guardado. En un principio había pensado que sería un trabajo temporal, pero visto lo que había ocurrido con mi padre, decidió que seguiría trabajando mientras que los dueños quisieran.

Estuve casi una hora arreglando todo lo de la casa, que no era mucho, la verdad, ya que solo estábamos los tres y ninguno éramos desordenados. Ella había bajado a por el pan mientras que yo tendía una lavadora en la azotea que, seguro que en un rato ya estaría seca, puesto que hacía un calor de mil demonios.

—¡Sheila! ¿Dónde estás? —exclamaba mi madre muy contenta, buscándome por la casa, que no es que tuviera que buscar mucho tampoco, que solo tenía dos habitaciones, salón, cocina y cuarto de baño, porque en la terraza seguro que no estaba, o me hubiera encontrado como a una lagartija, pegada a la pared por culpa del calor.

—Chiquilla no grites, que estoy aquí —le dije saliendo del cuarto de baño, donde había entrado para darme una

ducha ligera para quitarme el sudor que tenía del calor de la azotea.

—Acabo de hablar con Mila. —Quien era una amiga suya de toda la vida y que regentaba una tienda cofrade menos de cinco minutos de mi casa—. Hemos estado hablando y me ha dicho que está buscando a una person que la ayude con la tienda durante el verano, para que sus dos empleados puedan coger las vacaciones. Ya sabe que esa tienda vende por condena, estaba hasta los topes ahora mismo, y estamos a finales de junio.

—¿Le has hablado de mí? Porque yo estaba dispuesta a ir a la empresa de trabajo temporal, por si había algo d limpiadora o de lo que fuera —le dije ilusionada, y es que trabajar en esa tienda me encantaría, porque el sueld ayudaría muchísimo en mi casa, sobre todo para poder pagar mis gastos y no ser otra carga para mis padres.

—Te espera esta tarde a las cinco, me ha dicho que te va a hacer una prueba y que, si le gusta como trabajas, e puesto es tuyo. Aunque sean solo dos meses y medio, porque ya sabes que ella en la primera quincena d septiembre se va a Sanlúcar, tendrías un dinerito para ti, y lo mismo puedes irte unos días a la playa, aunque sea finales del verano —me contestó ella contentísima.

—Lo de la playa es lo que menos me preocupa ahora, mamá. Sí es cierto que ese dinerito nos vendría de perlas porque podría darte la mitad para ayudar en los gastos de la casa, y encima tendría para mis cositas, sin ser otr carga más para vosotros —le dije, emocionada por la idea de poder ayudarlos, porque otra cosa no, per trabajadores y luchadores eran los dos muchísimo.

Yo estudiaba con beca, así que por ese lado no tenía que preocuparme, puesto que mi continuidad en l universidad la tenía asegurada. Además, justo después de terminar segundo de bachillerato, mi padre compró un moto bastante vieja, y poco a poco la fue reparando y pintando hasta que parecía recién salida de la tienda. Me l regaló para que pudiera ir a clase, así que el tema del transporte tampoco era un problema. Con ese dinero tendrí para el seguro y la gasolina de todo el año. Ya estaba haciendo cuentas en mi cabeza sobre cuánto debía ahorra para no quedarme sin dinero durante el invierno, y aún me quedaría algo para poder salir algún que otro día es verano.

A la hora indicada, estaba cruzando la puerta de la tienda, donde la dueña me recibió con un beso y un abrazo Aunque en ese momento la tienda no tenía gran afluencia de clientes, no tardaría mucho en llenarse de nuevo, y que los turistas siempre hacían una parada obligatoria allí para llevarse un recuerdo típico de la Semana Santa e Sevilla, sin importar que fuera verano.

Me explicó dónde estaba todo y, mientras yo atendía, ella estaba pendiente por si cometía algún fallo. Estab claro que podía suceder, ya que era mi primer día, pero no sucedió.

—Sheila, el puesto es tuyo —me dijo Mila sonriendo—. Tienes una habilidad innata para vender, transmite confianza e intentas buscar una solución a lo que te pide el cliente, aunque en ese momento no haya exactament lo que te había pedido. No se ha ido ninguno de los que tú has atendido sin una bolsa en la mano, puesto que, e algunos casos, has sabido darle la vuelta, mostrándole algún objeto que le podía gustar. Enhorabuena.

—Gracias, Mila, no sabes lo que esta oportunidad ha supuesto para mí y para toda mi familia —le dije dándol un abrazo, ese al que ella me correspondió.

—Vamos dentro, al despacho, para concretar el tema del sueldo y los horarios, ¿te parece? —comentó yend directamente hacia allí, tras cerrar la tienda, y es que eran las nueve pasadas y todavía había gente llamando a l puerta.

—Lo que me digas me parecerá estupendo, y a mi madre todavía más, ahora solo falta que a mi padre le salg algo.

Estuvimos hablando durante un rato, y dejamos todo listo para que el asesor preparara el contrato, que sería d seis horas en horario continuado. Una semana trabajaría de nueve de la mañana a tres de la tarde, y la siguiente d tres de la tarde a nueve de la noche, de lunes a sábado. El salario sería de setecientos euros, de los cuale trescientos cincuenta irían a parar a mis padres, para que no tuvieran que tocar ese dinerito que con tanto esfuerz habían ahorrado.

ducha ligera para quitarme el sudor que tenía del calor de la azotea.

—Acabo de hablar con Mila. —Quien era una amiga suya de toda la vida y que regentaba una tienda cofrade a menos de cinco minutos de mi casa—. Hemos estado hablando y me ha dicho que está buscando a una persona que la ayude con la tienda durante el verano, para que sus dos empleados puedan coger las vacaciones. Ya sabes que esa tienda vende por condena, estaba hasta los topes ahora mismo, y estamos a finales de junio.

—¿Le has hablado de mí? Porque yo estaba dispuesta a ir a la empresa de trabajo temporal, por si había algo de limpiadora o de lo que fuera —le dije ilusionada, y es que trabajar en esa tienda me encantaría, porque el sueldo ayudaría muchísimo en mi casa, sobre todo para poder pagar mis gastos y no ser otra carga para mis padres.

—Te espera esta tarde a las cinco, me ha dicho que te va a hacer una prueba y que, si le gusta como trabajas, el puesto es tuyo. Aunque sean solo dos meses y medio, porque ya sabes que ella en la primera quincena de septiembre se va a Sanlúcar, tendrías un dinerito para ti, y lo mismo puedes irte unos días a la playa, aunque sea a finales del verano —me contestó ella contentísima.

—Lo de la playa es lo que menos me preocupa ahora, mamá. Sí es cierto que ese dinerito nos vendría de perlas, porque podría darte la mitad para ayudar en los gastos de la casa, y encima tendría para mis cositas, sin ser otra carga más para vosotros —le dije, emocionada por la idea de poder ayudarlos, porque otra cosa no, pero trabajadores y luchadores eran los dos muchísimo.

Yo estudiaba con beca, así que por ese lado no tenía que preocuparme, puesto que mi continuidad en la universidad la tenía asegurada. Además, justo después de terminar segundo de bachillerato, mi padre compró una moto bastante vieja, y poco a poco la fue reparando y pintando hasta que parecía recién salida de la tienda. Me la regaló para que pudiera ir a clase, así que el tema del transporte tampoco era un problema. Con ese dinero tendría para el seguro y la gasolina de todo el año. Ya estaba haciendo cuentas en mi cabeza sobre cuánto debía ahorrar para no quedarme sin dinero durante el invierno, y aún me quedaría algo para poder salir algún que otro día ese verano.

A la hora indicada, estaba cruzando la puerta de la tienda, donde la dueña me recibió con un beso y un abrazo. Aunque en ese momento la tienda no tenía gran afluencia de clientes, no tardaría mucho en llenarse de nuevo, ya que los turistas siempre hacían una parada obligatoria allí para llevarse un recuerdo típico de la Semana Santa en Sevilla, sin importar que fuera verano.

Me explicó dónde estaba todo y, mientras yo atendía, ella estaba pendiente por si cometía algún fallo. Estaba claro que podía suceder, ya que era mi primer día, pero no sucedió.

—Sheila, el puesto es tuyo —me dijo Mila sonriendo—. Tienes una habilidad innata para vender, transmites confianza e intentas buscar una solución a lo que te pide el cliente, aunque en ese momento no haya exactamente lo que te había pedido. No se ha ido ninguno de los que tú has atendido sin una bolsa en la mano, puesto que, en algunos casos, has sabido darle la vuelta, mostrándole algún objeto que le podía gustar. Enhorabuena.

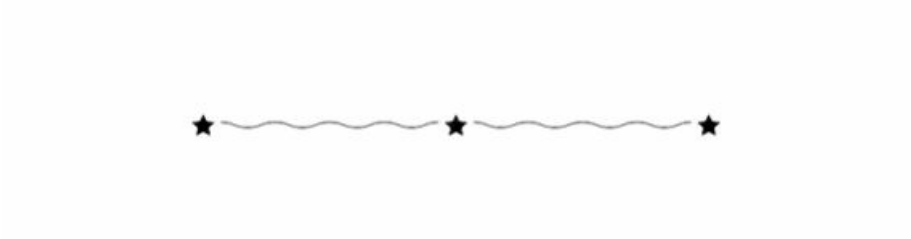
—Gracias, Mila, no sabes lo que esta oportunidad ha supuesto para mí y para toda mi familia —le dije dándole un abrazo, ese al que ella me correspondió.

—Vamos dentro, al despacho, para concretar el tema del sueldo y los horarios, ¿te parece? —comentó yendo directamente hacia allí, tras cerrar la tienda, y es que eran las nueve pasadas y todavía había gente llamando a la puerta.

—Lo que me digas me parecerá estupendo, y a mi madre todavía más, ahora solo falta que a mi padre le salga algo.

Estuvimos hablando durante un rato, y dejamos todo listo para que el asesor preparara el contrato, que sería de seis horas en horario continuado. Una semana trabajaría de nueve de la mañana a tres de la tarde, y la siguiente de tres de la tarde a nueve de la noche, de lunes a sábado. El salario sería de setecientos euros, de los cuales trescientos cincuenta irían a parar a mis padres, para que no tuvieran que tocar ese dinerito que con tanto esfuerzo habían ahorrado.

Capítulo 2



Al salir, lo primero que hice fue ponerme en contacto con mis amigas de camino a mi casa, donde s encontraban mis padres esperando.

Sonia, María y yo éramos inseparables, nos conocíamos desde que entramos en primero de primaria, y vivíamos relativamente cerca, puesto que ellas vivían en una zona con el nivel adquisitivo un poco más alto, per también dentro del mismo barrio, de su casa a la mía no había más de diez minutos andando.

Sonia no había querido seguir estudiando, así que empezó a trabajar en la zapatería de la que sus padres era dueños, justo debajo de su casa. Ella decía que para qué se iba a deslomar estudiando si al final iba a terminar e el mismo sitio, que prefería tener un sueldo y ser independiente económicamente.

María sí había seguido estudiando, este año entraría en el último año de Magisterio en educación especial, y e que a ella siempre le habían encantado los niños, sobre todo los que tenían unas capacidades y unas necesidade especiales, como ella los llamaba, ya que a ninguna nos gustaba eso de niños con discapacidad, porque estaba ma denominado, solo tenían unas capacidades específicas, y su sueño era darles las herramientas necesarias para qu pudieran valerse por sí mismos cuando fueran adultos.

Hice una videollamada a tres, y les conté con detalle todo lo que me había pasado. Se alegraron muchísimo po mí, aunque me decían que la semana que trabajara de mañana, no podríamos salir el viernes. Ellas, como siempre priorizando la juerga por encima de todo, cómo se notaba que en su familia no tenían los problemas económico que había en la mía, pero no podía reprocharles nada a ninguna de las dos, puesto que siempre habían estado ah para mí. Si en alguna ocasión les decía que no iba a salir, mis amigas sabían que era por el tema del dinero, así qu venían a buscarme y me sacaban a rastras si hacía falta, no dejando que pagara nada de lo que se gastara es noche.

—¡Mamá, papá, qué tengo trabajo! —grité con alegría en el mismo momento en el que abría la puerta de m casa, no pasé ni siquiera de la entrada, cuando mi madre vino corriendo a abrazarme, loca de contenta.

—Ay, hija, qué alegría, de verdad —me decía ella con lágrimas de la emoción.

—Hemos hablado de las condiciones y demás —les expliqué a mis padres todo lo que había hablado con Mila sobre todo, de los horarios y del sueldo, a lo que ellos reaccionaron diciendo que estaba muy bien—. Qué sepái que de los setecientos euros del sueldo, la mitad irá destinada a los gastos de la casa.

—No hija mía, ese dinero es tuyo, que para eso eres tú la que vas a trabajar, para tus gastos —me decía m padre con orgullo.

—Por eso, como es mío, yo lo voy a repartir. Con la mitad de mi sueldo tendré para mis gastos del verano y para poder guardar para el seguro y la gasolina de la moto de todo el invierno —le contesté, y es que no m parecía ni medio coherente que no aportara nada en mi casa ahora que podía, cuando ellos me habían proporcionado todo lo que había necesitado durante toda mi vida—. Y no hay discusión posible, así que no m repliques más.

—¡Qué orgulloso estoy de la persona que eres, Sheila! —me dijo dándome un beso bien fuerte en la mejilla.

Aquella noche dormí profundamente, sabiendo que al otro día tendría que estar a las tres de la tarde en m nuevo puesto de trabajo. Le pedí a mi virgen de la Esperanza que mi padre no tardara mucho en encontrar algo, n solo por la cuestión del dinero, que también era importante, sino sobre todo por su bienestar emocional. Mi padr siempre había sido un hombre muy activo, y después de dos semanas sin trabajo, comenzaba a sentirse inútil, qu no podía mantener a su familia, y es que era de mentalidad muy antigua.

Eran las tres menos diez cuando llegué a la tienda, en la que se encontraba solo la dueña, puesto que m compañero se había tenido que marchar un poco antes de la hora para ir al médico.

—Buenas tardes, Mila. ¿Qué tal todo por aquí? —dije nada más entrar, soltando el bolso en el cuartito qu

teníamos para ello.

—Menos mal que has llegado, Sheila, porque tengo que irme. Me acaban de llamar de la guardería de mi hija porque ha vomitado, así que voy a recogerla y llevarla al pediatra. No creo que me dé tiempo de regresar. Te voy a dejar la llave para que cierres tú.

»Sabes que tengo plena confianza en ti, si tienes algún problema, no dudes en llamarme, aunque estoy completamente segura de que no tendrás ninguno —me dijo mientras cogía su bolso y salía de detrás del mostrador.

»Al final del día, coge el dinero de la caja registradora y lo guardas en la caja de seguridad verde que está en el cajón de mi despacho. Mañana ya cerraré la caja y lo llevaré al banco, no te preocupes por nada más.

—Corre, que desde aquí hasta la guardería tienes un buen trecho. ¿Quieres llevarte mi moto? Está aparcada ahí enfrente y tengo aquí las llaves —le ofrecí, puesto que así llegaría antes.

—Te lo agradezco, pero sería un lío para regresar. Ya he llamado a un taxi, que debe estar esperándome en el semáforo de ahí, que es donde le he dicho que me pondría —me contestó, lanzándome un beso con la mano mientras que salía.

La tarde estuvo muy entretenida, puesto que no había parado de entrar gente y, por suerte, no tuve ningún problema, cosa que agradecí. A pesar de que estaba sola y podría haberme embargado la incertidumbre o el miedo, no fue así. Atendí a todos los clientes con una seguridad pasmosa, incluso para mí.

Faltaban diez minutos para cerrar, cuando entró en la tienda el hombre más guapo que había visto en mi vida. ¿Habéis visto la serie *30 monedas*? Pues el chico que atravesó el umbral era una copia del actor que hacía de alcalde: moreno, con unos ojos negros cuya mirada se te clavaba en el corazón y una nariz de lo más perfecta. Sí, sé que es una excentricidad, pero es que lo primero que me fijaba en un hombre era en la nariz y en las manos, y en este hombre era perfecto tanto una cosa como la otra.

El chico me estaba hablando, pero os juro por lo más sagrado, que no era capaz de escuchar lo que me estaba diciendo, hasta que lo vi sonreír y salí del trance.

—Perdona, ¿qué decías? Es que me he perdido en mis pensamientos durante un momento —le solté, y es que no podía ser más gilipollas, el pobre estaría pensando que había ido a dar con la única tontita de todo Sevilla.

—Oh, no te preocupes, solo te preguntaba si queda muy lejos la Capilla de los Marineros y si estará abierta a esta hora —me respondió con una sonrisa que hizo que se me cayeran las bragas, no literalmente, está claro, que iba a estar yo la mar de mona con la baba caída como la tenía y las bragas en los tobillos, aunque bonitas eran con ganas, que yo era de cuidar mucho la ropa interior, y no era de las que se las ponía de cuello vuelto.

Pero bueno, ya estoy divagando otra vez, quizás debería ponerme un poco más seria y dejar de perder el hilo de la conversación.

—Está justo aquí al lado, a menos de cinco minutos por esa calle. Pero si no tienes prisa y me esperas a que termine, te acompaño, que voy en la misma dirección —le solté con toda mi desfachatez. Estaba haciendo el pleno al quince con el chaval. Ahora, además de parecer tontita, iba a pensar que era una descarada.

—Claro, te lo agradecería mucho , sobre todo porque llevo apenas dos días en esta ciudad y ya me he perdido como quince veces —me contestó sonriendo. Aunque hablaba perfectamente español, tenía un deje que me hacía pensar que era extranjero, y no porque me dijera que acababa de llegar, como aquel que dice, que podía ser de Madrid, por ejemplo—. Te espero fuera para que puedas hacer todo tranquila.

Recogí a la velocidad del rayo, y no porque tuviera ganas de llegar a mi casa, sino por el monumento que había fuera. Si me hubiera preguntado por la Basílica del Cachorro, le habría dicho lo mismo, aunque me cogiera en dirección contraria, creo que hasta lo hubiera llevado en la moto, fíjate.

—Pues ya estoy lista —le dije acercándome a él, después de poner la alarma y cerrar la puerta con llave—. Por cierto, me llamo Sheila, que antes no te lo he dicho.

—Yo soy Thiago —me respondió dándome dos besos, que me supieron a gloria.

teníamos para ello.

—Menos mal que has llegado, Sheila, porque tengo que irme. Me acaban de llamar de la guardería de mi hija, porque ha vomitado, así que voy a recogerla y llevarla al pediatra. No creo que me dé tiempo de regresar. Te voy a dejar la llave para que cierres tú.

»Sabes que tengo plena confianza en ti, si tienes algún problema, no dudes en llamarme, aunque estoy completamente segura de que no tendrás ninguno —me dijo mientras cogía su bolso y salía de detrás del mostrador.

»Al final del día, coge el dinero de la caja registradora y lo guardas en la caja de seguridad verde que está en el cajón de mi despacho. Mañana ya cerraré la caja y lo llevaré al banco, no te preocupes por nada más.

—Corre, que desde aquí hasta la guardería tienes un buen trecho. ¿Quieres llevarte mi moto? Está aparcada ahí enfrente y tengo aquí las llaves —le ofrecí, puesto que así llegaría antes.

—Te lo agradezco, pero sería un lío para regresar. Ya he llamado a un taxi, que debe estar esperándome en el semáforo de ahí, que es donde le he dicho que me pondría —me contestó, lanzándome un beso con la mano mientras que salía.

La tarde estuvo muy entretenida, puesto que no había parado de entrar gente y, por suerte, no tuve ningún problema, cosa que agradecí. A pesar de que estaba sola y podría haberme embargado la incertidumbre o el miedo, no fue así. Atendí a todos los clientes con una seguridad pasmosa, incluso para mí.

Faltaban diez minutos para cerrar, cuando entró en la tienda el hombre más guapo que había visto en mi vida. ¿Habéis visto la serie *30 monedas*? Pues el chico que atravesó el umbral era una copia del actor que hacía de alcalde: moreno, con unos ojos negros cuya mirada se te clavaba en el corazón y una nariz de lo más perfecta. Sí, sé que es una excentricidad, pero es que lo primero que me fijaba en un hombre era en la nariz y en las manos, y en este hombre era perfecto tanto una cosa como la otra.

El chico me estaba hablando, pero os juro por lo más sagrado, que no era capaz de escuchar lo que me estaba diciendo, hasta que lo vi sonreír y salí del trance.

—Perdona, ¿qué decías? Es que me he perdido en mis pensamientos durante un momento —le solté, y es que no podía ser más gilipollas, el pobre estaría pensando que había ido a dar con la única tontita de todo Sevilla.

—Oh, no te preocupes, solo te preguntaba si queda muy lejos la Capilla de los Marineros y si estará abierta a esta hora —me respondió con una sonrisa que hizo que se me cayeran las bragas, no literalmente, está claro, que iba a estar yo la mar de mona con la baba caída como la tenía y las bragas en los tobillos, aunque bonitas eran con ganas, que yo era de cuidar mucho la ropa interior, y no era de las que se las ponía de cuello vuelto.

Pero bueno, ya estoy divagando otra vez, quizás debería ponerme un poco más seria y dejar de perder el hilo de la conversación.

—Está justo aquí al lado, a menos de cinco minutos por esa calle. Pero si no tienes prisa y me esperas a que termine, te acompaño, que voy en la misma dirección —le solté con toda mi desfachatez. Estaba haciendo el pleno al quince con el chaval. Ahora, además de parecer tontita, iba a pensar que era una descarada.

—Claro, te lo agradecería mucho , sobre todo porque llevo apenas dos días en esta ciudad y ya me he perdido como quince veces —me contestó sonriendo. Aunque hablaba perfectamente español, tenía un deje que me hacía pensar que era extranjero, y no porque me dijera que acababa de llegar, como aquel que dice, que podía ser de Madrid, por ejemplo—. Te espero fuera para que puedas hacer todo tranquila.

Recogí a la velocidad del rayo, y no porque tuviera ganas de llegar a mi casa, sino por el monumento que había fuera. Si me hubiera preguntado por la Basílica del Cachorro, le habría dicho lo mismo, aunque me cogiera en dirección contraria, creo que hasta lo hubiera llevado en la moto, fíjate.

—Pues ya estoy lista —le dije acercándome a él, después de poner la alarma y cerrar la puerta con llave—. Por cierto, me llamo Sheila, que antes no te lo he dicho.

—Yo soy Thiago —me respondió dándome dos besos, que me supieron a gloria.

Capítulo 3



Empezamos a andar, indicándole la dirección correcta que debíamos tomar. Si no le hubiera dicho previamente que la calle estaba justo frente a nosotros, seguramente habría optado por coger la de atrás, por la parte del río para hacer el camino más largo. Vaya fallo que había tenido.

—Perdona que antes no me presentara —me dijo mirándome muy fijamente, lo que me intimidó un poquito— Pero es que me quedé prendado de tus ojos, y no supe reaccionar.

—¡Toma ya! —exclamé riendo—. Eso en mi tierra se llama ir a degüello. Por cierto, no eres español, ¿verdad?

—No —me contestó riendo—. Soy italiano, de Roma en concreto. Estoy aquí para pasar todo el verano y perfeccionar el idioma.

—Pues qué tonto, podrías haber elegido un lugar con playita, que hubieras aprendido igual el idioma, pero sin sufrir tanto calor —le dije, mientras que él se reía por mi desparpajo.

—No lo elegí yo, fue mi padre, que aprovechó para que hiciera un máster aquí, matando dos pájaros de un tiro.

—Yo también estoy estudiando, este año empezaré el tercer curso del grado de Turismo. Sin embargo, en verano me toca arrimar el hombro con los gastos en casa, que no está la cosa para tirar cohetes. —No sabía por qué me abría de esta manera con un desconocido, especialmente siendo tan reservada para hablar de mis cosas pero la forma en que me miraba me transmitía una confianza que jamás había experimentado.

—Yo acabo de terminar lo que en España sería del doble grado de Finanzas, y estoy haciendo un máster de Economía internacional —me contestó, y es que se veía que venía de una familia acomodada, tanto por lo que me contaba como por la firma de la ropa que llevaba, de la que yo no podría comprarme ni un pañuelo para el cuello sin llevarme años ahorrando.

—Pues aquí es, si entras verás lo más bonito que hay en toda Sevilla, con diferencia —le dije, y es que yo era muy devota de mi Esperanza, a la que me encomendaba cada vez que tenía algún problema.

—Imposible —me contestó, y yo lo miré con una ceja arqueada, esperando a que me aclarara por qué había dicho eso. Como me dijera que era la otra Esperanza, ya la liamos. Que sí, que también era preciosa, pero como mi Trianera, ninguna—. Porque lo más bonito de toda Sevilla lo tengo ahora mismo delante, que son tus ojos y tu sonrisa.

Me quedé sin palabras, y es que, como buen italiano que era, llevaban el coqueteo en la sangre y en su modo de actuar, eran unos seductores natos, y lo mostraban en su forma de hablar y de sonreír.

—Ya será menos —le contesté, sin querer creerme lo que había dicho, pero en el fondo deseando que sus palabras fueran verdad, porque me había quedado prendada de él.

—Te propongo algo —me dijo y yo lo miré, con ansias, esperando a que continuara—. ¿Por qué no me acompañas dentro y me lo enseñas, y luego te invito a cenar? Por tu amabilidad, por supuesto.

—Pero tendrá que ser por aquí, que ni voy vestida adecuadamente ni quiero llegar muy tarde a mi casa, porque mañana tengo que madrugar. No para trabajar en la tienda, que eso lo hago en el mismo horario que hoy, pero sí para acompañar a mi padre en unas gestiones —le dejé caer lo del horario a ver si había suerte y se pasaba también, y me asintió con la cabeza.

Le envié a mi madre un mensaje de WhatsApp para decirle que no iría a cenar, que me había encontrado a un amigo de fuera y que cenaría con él, pero que no iba a llegar muy tarde, que me esperara despierta para tomarno nuestra infusión. Todas las noches, al terminar de cenar, nos sentábamos al fresquito de la terraza y compartíamos un rato juntas, hablando de todo y de nada. Me contestó que disfrutara y que no tuviera prisa, que ella me esperaba.

Entramos en la Capilla, y le fui enseñando todo, se veía que le gustaba el arte, ya no te digo si era creyente o no porque eso no lo sabía, pero sí que hacía fotos a todo lo que le llamaba la atención. Cuando terminamos la visita,

me preguntó dónde quería cenar, le indiqué un bar que estaba en la esquina de mi casa y que tenía unas tapas qu estaban de muerte.

—Buenas noches, Sheila y compañía —me saludó el camarero, al que se le notaron los celos, y es que llevab invitándome a salir mucho tiempo, pero siempre había declinado su invitación, puesto que no me gustaba y n quería darle falsas esperanzas al chaval.

—Buenas noches, Carlos. ¿Qué tal todo?

—Peor que tú, por lo que veo. ¿Qué vais a tomar? —contestó muy seco, pero el problema era suyo, yo e ningún momento le había mentido, y sabía lo que había.

—Yo quiero una cola Zero, por favor —le respondí igual de seca que él.

—Para mí otra, y nos traes la carta para cenar, cuando puedas —le habló Thiago en el mismo tono, puesto qu se había dado cuenta de que le pasaba algo conmigo.

—En la mesa tenéis el código QR, ya no tenemos carta, desde la pandemia, id mirando mientras os sirvo la bebidas —dijo, dándose media vuelta para entrar en el bar, puesto que nosotros estábamos sentados en la terracita

—¿Ha sido novio tuyo o algo? —me preguntó en cuanto que Carlos se alejó un poco.

—Eso quisiera él, pero yo no. Y, que quede claro, que en ningún momento le he creado expectativas, que me h invitado a salir en multitud de ocasiones, y siempre le he dicho que no.

—En ningún momento he dicho eso, es más, no se me ha pasado ni por la imaginación que eso hubier sucedido. Sheila, a pesar de la edad que tienes, se te ve muy madura, y con la cabeza muy bien amueblada.

—No me queda otra, no puedo andar con tonterías, la situación que hay en mi casa no me lo permite. Mi padres son dos trabajadores natos, aunque ahora mi padre esté sin empleo, pero estoy segura de que en brev encontrará algo… —le contesté con pesadumbre por lo que estaba ocurriendo en mi casa, que era lo que ocurrí en la mayoría de los hogares españoles.

—Yo quiero caracoles y un montadito de serranito —le dije a Carlos en cuanto llegó a traer las bebidas deseoso de que nos dejara solos, porque tenía una cara que despedía a la gente.

—Para mí, lo mismo, me voy a dejar llevar por los gustos de Sheila —dijo Thiago, mientras que el otro l miraba con cara de cabreo.

Cuando Carlos se marchó estuvimos hablando un rato de todo y de nada en concreto, me comentó en qué hote se estaba alojando, puesto que había alquilado un apartamento dentro del mismo, para poder estar todo el veran sin tener que preocuparse por nada que no fuera hacer el máster y perfeccionar su español, ese que hablab perfectamente.

Una vez terminamos de cenar, cuyo importe pagó él íntegramente, ya que no me permitió que yo pagara nad ni siquiera mi parte, me acompañó dando un paseo hasta la puerta de mi casa, en cuya terraza estaba mi madr esperándome, y me saludó con la mano.

—Esa es tu madre, ¿no es cierto? —me preguntó, sonriendo y yo asentí con la cabeza— Te pareces mucho ella, es como verte a ti dentro de unos años, las dos igual de bellas.

—Y tú un adulador de cuidado —le dije, metiendo la llave en la cerradura del portal.

—Ha sido un placer conocerte, Sheila —me dijo, dándome un beso en la mejilla—. Buenas noches.

—Igualmente, el placer ha sido mío, al poder enseñarte un rinconcito tan especial para mí —contest devolviéndole el beso, y entré en mi portal.

No había dicho nada sobre la posibilidad de volvernos a ver, y ni siquiera nos habíamos hecho una foto junto para tenerla de recuerdo, lo que hizo que mi noche se volviera agridulce. Era muy consciente que un hombre de s estatus estaba muy lejos de mi alcance, pero me permitía soñar un poco, que hasta ahora era gratis. Si los sueño tuvieran un precio, me vería condenada a permanecer despierta eternamente.

—Hola mamá, ya estoy aquí —avisé a mi madre, que me estaba esperando en la puerta que separaba la terraz del salón. Mi padre ya se había ido a la cama, porque al día siguiente tenía que ir a la oficina de empleo. Yo l había dicho que lo acompañaría y lo llevaría en la moto, evitando así que tuviera que ir en el autobús, ya qu quedaba un poco lejos y hacía mucho calor.

—Aquí estoy, deseando que me digas quién es ese muchacho tan guapo que te ha acompañado, porque yo n tengo el gusto de conocerlo —me dijo con una sonrisa en los labios. Mi madre era así, por muy difícil que fuera l situación, siempre tenía una palabra amable y un buen humor increíble, haciéndonos ver que todo estaba bien aunque por dentro se estuviera muriendo de pena o preocupación.

e

a
o

n

e

s
.

a

a

s
e
a

,

o

l
o
a

,
e

a

é

s
u
s

a
e
e

o
a
,

Capítulo 4



Eran las tres en punto cuando entraba por la puerta de la tienda, un poquito apurada, pero es que, al final, la gestiones con mi padre se alargaron más de la cuenta, dado que lo enviaron directamente a una entrevista d trabajo, en un taller mecánico que había al otro lado del puente, cerca de la Maestranza. Entre unas cosas y otras llegamos a casa cerca de las dos y media, con el tiempo justo de ducharme y prepararme un sándwich que me fu comiendo por el camino. Ojalá, tanto esfuerzo diera su fruto, necesitaba que llamaran a mi padre pronto, acabaría como siempre: desanimado y depresivo.

—Perdón por el retraso —dije entrando, y fui corriendo a dejar mi bolso en el lugar habilitado para ello—. Per es que la mañana se me fue de las manos, he llegado con el tiempo justo.

—¿Qué retraso, chiquilla, si son las tres ahora? —me contestó un chaval que había allí, y el que suponía qu sería mi compañero, Nico.

—La tarde de ayer, supongo que fue bien, porque no recibí ninguna llamada tuya —me decía Mila, esperando que yo asintiera, y lo hice con la cabeza, y con una sonrisa en los labios—. Perfecto, pero hoy, al ser viernes, suel haber mayor afluencia de público, así que le he pedido a Nico que se una a tu turno, porque Macarena sigu enferma, y no voy a poder estar.

»Su padre ha cambiado todos sus turnos para la tarde, de modo que ha podido quedarse con ella por la mañana mientras que a mí me toca al contrario, así que ya mismo me voy, y mientras que yo llego, mi vecina se encarg de ella.

—Mila, si te ves muy apurada, puedes dejarla en mi casa el tiempo que sea necesario. Sabes que mi madre l adora, que entre ellas hay muy buena sintonía —le ofrecí, porque era cierto, las veces que la había tenido qu dejar con mi madre, la niña estaba superfeliz, ya que jugaban juntas, incluso alguna que otra vez, hasta yo mism me había tirado en el suelo a jugar con las muñecas.

—No hace falta, cariño, lo tenemos ya todo organizado, pero te agradezco el ofrecimiento. Ahora me voy, qu ya me está esperando el taxi —me respondió saliendo por la puerta.

—Así que tú eres Sheila, ¿no es verdad? —me dijo mi compañero, que era muy dicharachero, y con el que iba congeniar a las mil maravillas. La otra chica no es que la conociera mucho, pero era bastante más seca que él.

—Efectivamente, la misma que viste y calza —le respondí con una sonrisa.

—Y muy bien, por lo que puedo ver, porque déjame decirte que ese vestido es ideal, Mari. Ahora, mientras n llega la gente y como todo está bajo control, sin pedidos pendientes de preparar ni enviar, ¿qué te parece si no tomamos con un refresco bien frío y nos fumamos un cigarrito en la puerta?

Me pareció una idea excelente, así que nos lanzamos de inmediato a llevar a cabo lo que había sugerido. Eso sí sin salir demasiado al exterior, porque el calor era insoportable, y dentro disfrutábamos de un aire acondicionad que era un verdadero alivio.

No tuvimos la oportunidad de hacer ninguna otra pausa, ya que la tienda estuvo abarrotada durante toda l tarde, hasta que a las nueve menos cinco finalmente pudimos relajarnos un poco. Ni siquiera tuvimos l oportunidad de cruzar más de dos palabras, y las que cruzamos fueron por el trabajo, ya que un cliente me habí pedido un par de artículos que aún no habían llegado. Ante la situación, le ofrecí una alternativa similar, y s marchó satisfecho con lo que le propuse.

—Pedazo de monumento que está en la puerta —me dijo Nico, que acababa de cerrarla para poder hacer caja dejar todo listo y marcharnos. Como ya os habréis dado cuenta, mi compañero era gay, uno guapísimo, además Medía un metro ochenta, y era rubio con los ojos azules, de esos hombres que te vuelves a mirar por la calle porque además era el dueño de un cuerpo impresionante. Nada que ver con mi italiano, del que me había quedad prendada, pero muy guapo también.

—Venga déjate de monumentos, que yo el único que veo es la estatua que está ahí enfrente, y tengo ganas d salir, a ver si me tomo algo con mis amigas, que supongo que estarán al llegar —le contesté riendo.

—Sí, sí, mucha estatua y todo lo que tú quieras, pero cuando salgamos te vas a quedar con la boca abierta. Es tiene que estar ahí esperando a su novia o algo. ¡Qué pena de mí, que todos los tíos buenos están pillados! — exclamó el loquito de mi compañero, haciendo como el que lloraba, mientras que a mí me salió una carcajada.

—Anda, vente con nosotras, que seguro que te lo pasas muy bien —lo animé, y no dudó en decirme que sí, qu ya estaba harto de tener que salir como un candelabro, ya que todos sus amigos tenían pareja. Lo que me reí con é en esos cinco minutos, no estaba pagado, era de lo más divertido, y estaba segura de que nos convertiríamos e grandes amigos.

Estábamos ya saliendo, cerrando la puerta, cuando vi a mis amigas, que me esperaban apoyadas en la pare lateral de edificio, deseosas de que les contara en persona todo lo de ayer, pero lo que no esperaba era lo que v bueno, más bien a quién vi.

—Sheila. —Escuché que me llamaban, y reconocí la voz de inmediato.

—Toma ya, el monumento, que te está llamando —murmuró Nico entre dientes.

—Buenas noches, Thiago. ¿Cómo tú por aquí? —le pregunté, a la vez que me acercaba a darle dos besos mientras veía a Nico y a mis amigas con la boca abierta, pero en plan dibujos animados, y no pude evitar sonreír.

—Pues venía a invitarte a tomar una copa, pero veo que ya tienes planes —me dijo bastante contrariado.

—Si esta no cambia los planes, yo me voy contigo, que a mí no me importa dejarlos para el mes que viene. Y soy Nico —soltó mi compañero y le dio dos besos, dejándolo totalmente descolocado, hasta que entendió lo qu había querido decir, y se le escapó una carcajada.

—Yo soy Thiago, encantado.

—Siempre puedes unirte a nosotros, ellas son mis amigas, Sonia y María —le dije, presentándole a las dos, qu tampoco dudaron en plantarle dos besos cada una.

—Si no es ninguna molestia, yo encantado —respondió sonriendo.

—Anda, anda, qué dices de molestia, si yo también me he acoplado. A estas dos ni las conozco, pero claro como soy gay, ni se han molestado en venir a saludarme, aunque yo hubiera hecho lo mismo, que menudo cañó de hombre estás hecho, corazón. —Y es que Nico se lo decía él todo, no hacía falta que nadie interviniera, puest que cuando yo había presentado a mis amigas, también lo había hecho para él, pero como seguía embobado co Thiago, no se había dado ni cuenta.

Nos encaminamos hasta un *pub* que había junto al río, y que era bastante famoso en la zona, para tomar algo.

—Antes que nada, yo necesito comer algo, porque desde el sándwich de este mediodía no he probado bocado, en cualquier momento voy a desfallecer —dije, sin dirigirme a nadie en general.

—Justo aquí al lado han inaugurado una pizzería, podríamos ir a cenar antes; se dice que es de un italiano qu tiene una cadena de restaurantes en su país —dijo Nico, y todos estuvimos de acuerdo.

—Mira que, si al final lo conoces, que el mundo es un pañuelo —le decía yo a Thiago, que paseaba junto a m sin quitarme el ojo de encima, y estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Sería raro, porque Roma es muy grande, no te digo ya si ni siquiera es romano, que sea napolitano, po ejemplo, pero nada es imposible —me contestó dándome un toquecito en la punta de la nariz—. Tengo que decirt que hoy estás preciosa, bueno más preciosa de lo que lo estabas ayer.

—Más que ayer, pero menos que mañana, como el refrán español. —En cuanto escuchó eso, se echó a reír. E tanto, mis amigos iban detrás soltando una cosa detrás de otra, era imposible no escucharlos.

—Quiero hacerte una propuesta —me dijo, y en ese momento me temblaron hasta las pestañas—. Me gustarí que mañana, cuando salieras del trabajo, vinieras conmigo a cenar, los dos solos, y que te quedaras conmigo en m hotel, para así poder disfrutar durante todo el domingo de la piscina y demás servicios que nos ofrece, inclus podríamos ir al *spa*. Ten por seguro que no pasará nada que los dos no deseemos.

—Venga déjate de monumentos, que yo el único que veo es la estatua que está ahí enfrente, y tengo ganas de salir, a ver si me tomo algo con mis amigas, que supongo que estarán al llegar —le contesté riendo.

—Sí, sí, mucha estatua y todo lo que tú quieras, pero cuando salgamos te vas a quedar con la boca abierta. Ese tiene que estar ahí esperando a su novia o algo. ¡Qué pena de mí, que todos los tíos buenos están pillados! —exclamó el loquito de mi compañero, haciendo como el que lloraba, mientras que a mí me salió una carcajada.

—Anda, vente con nosotras, que seguro que te lo pasas muy bien —lo animé, y no dudó en decirme que sí, que ya estaba harto de tener que salir como un candelabro, ya que todos sus amigos tenían pareja. Lo que me reí con él en esos cinco minutos, no estaba pagado, era de lo más divertido, y estaba segura de que nos convertiríamos en grandes amigos.

Estábamos ya saliendo, cerrando la puerta, cuando vi a mis amigas, que me esperaban apoyadas en la pared lateral de edificio, deseosas de que les contara en persona todo lo de ayer, pero lo que no esperaba era lo que vi, bueno, más bien a quién vi.

—Sheila. —Escuché que me llamaban, y reconocí la voz de inmediato.

—Toma ya, el monumento, que te está llamando —murmuró Nico entre dientes.

—Buenas noches, Thiago. ¿Cómo tú por aquí? —le pregunté, a la vez que me acercaba a darle dos besos, mientras veía a Nico y a mis amigas con la boca abierta, pero en plan dibujos animados, y no pude evitar sonreír.

—Pues venía a invitarte a tomar una copa, pero veo que ya tienes planes —me dijo bastante contrariado.

—Si esta no cambia los planes, yo me voy contigo, que a mí no me importa dejarlos para el mes que viene. Yo soy Nico —soltó mi compañero y le dio dos besos, dejándolo totalmente descolocado, hasta que entendió lo que había querido decir, y se le escapó una carcajada.

—Yo soy Thiago, encantado.

—Siempre puedes unirte a nosotros, ellas son mis amigas, Sonia y María —le dije, presentándole a las dos, que tampoco dudaron en plantarle dos besos cada una.

—Si no es ninguna molestia, yo encantado —respondió sonriendo.

—Anda, anda, qué dices de molestia, si yo también me he acoplado. A estas dos ni las conozco, pero claro, como soy gay, ni se han molestado en venir a saludarme, aunque yo hubiera hecho lo mismo, que menudo cañón de hombre estás hecho, corazón. —Y es que Nico se lo decía él todo, no hacía falta que nadie interviniera, puesto que cuando yo había presentado a mis amigas, también lo había hecho para él, pero como seguía embobado con Thiago, no se había dado ni cuenta.

Nos encaminamos hasta un *pub* que había junto al río, y que era bastante famoso en la zona, para tomar algo.

—Antes que nada, yo necesito comer algo, porque desde el sándwich de este mediodía no he probado bocado, y en cualquier momento voy a desfallecer —dije, sin dirigirme a nadie en general.

—Justo aquí al lado han inaugurado una pizzería, podríamos ir a cenar antes; se dice que es de un italiano que tiene una cadena de restaurantes en su país —dijo Nico, y todos estuvimos de acuerdo.

—Mira que, si al final lo conoces, que el mundo es un pañuelo —le decía yo a Thiago, que paseaba junto a mí, sin quitarme el ojo de encima, y estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Sería raro, porque Roma es muy grande, no te digo ya si ni siquiera es romano, que sea napolitano, por ejemplo, pero nada es imposible —me contestó dándome un toquecito en la punta de la nariz—. Tengo que decirte que hoy estás preciosa, bueno más preciosa de lo que lo estabas ayer.

—Más que ayer, pero menos que mañana, como el refrán español. —En cuanto escuchó eso, se echó a reír. En tanto, mis amigos iban detrás soltando una cosa detrás de otra, era imposible no escucharlos.

—Quiero hacerte una propuesta —me dijo, y en ese momento me temblaron hasta las pestañas—. Me gustaría que mañana, cuando salieras del trabajo, vinieras conmigo a cenar, los dos solos, y que te quedaras conmigo en mi hotel, para así poder disfrutar durante todo el domingo de la piscina y demás servicios que nos ofrece, incluso podríamos ir al *spa*. Ten por seguro que no pasará nada que los dos no deseemos.

Capítulo 5



Estuvimos toda la noche bailando y tomando copas. Aún no había respondido a su propuesta, y mi mente era un caos de pensamientos que chocaban entre sí, impidiéndome tomar una decisión clara. Así que, me inventé una excusa para poder salir con Nico fuera, diciéndole que había recibido un mensaje de Mila, y tenía que hablar con él una cosa del trabajo. Salió conmigo, pero totalmente extrañado, ya que era pasadas las doce de la noche, y sabía que la jefa no mandaría nada a esas horas.

—¿Qué tripa se te ha roto? Porque está claro que Mila no te ha enviado nada, so embustera —me dijo nada más salir, con una sonrisa en la boca.

—Necesito tu consejo, eres la persona más madura que conozco, a pesar de tus bromas, y sé que me vas a hablar con absoluta sinceridad, mucho mejor que mis amigas —le dije, y a cambio recibí por su parte una mirada de cariño, puesto que lo había calado a la primera, y esa forma de ser suya, era todo fachada. Mucho daño había tenido que recibir para que actuara de esa manera, pero ese era otro tema que ya abordaría en su momento, cuando estuviéramos solos y tranquilos.

—Suelta por esa boquita de piñón, ¿qué te ocurre? —me dijo mientras me cogía de las manos, para infundirme confianza.

—Verás, Thiago me ha propuesto que mañana, cuando salga de trabajar, me vaya con él a cenar, y que pasemos en fin de semana juntos en su hotel, y la verdad es que no sé qué decisión tomar —le dije nerviosa, esperando su reacción y su consejo.

—No te puedo decir lo que tienes que hacer, preciosa, pero sí que te voy a aconsejar que sigas los dictados de tu corazón. No te quedes con las ganas de hacer algo por miedo al qué dirán, al qué pasará cuando se vaya, porque por no seguir los dictados del mío en un momento determinado de mi vida, perdí la oportunidad de estar con la única persona de la que he estado enamorado, y creo que todavía lo estoy —me respondió con tristeza, y ahí teníamos el punto de inflexión que provocó que fuera así.

—Gracias, aunque no te lo creas, me has ayudado muchísimo —le dije, poniéndome de puntillas para darle un beso en la mejilla, mientras que él me sonreía agradecido por el gesto. Me daba la impresión de que mi compañero estaba muy falto de afecto y cariño.

Entramos de nuevo, y seguimos bailando. He de decir que Thiago bailaba que era una locura; según nos contó su madre lo había apuntado de pequeño, junto a su hermano en una academia de baile, ya que decía que no quería que sus hijos fueran los típicos que no se movieran de la barra cuando fueran mayores, y había dado sus frutos.

Una hora después, dimos la noche por finalizada, porque tenía los pies doloridos de estar atendiendo a los clientes, así como de no haber parado de bailar, y me encontraba muy cansada, por lo que todos los demás también me siguieron.

Nico y mis amigas optaron por tomar un taxi para regresar a casa, ya que vivían un poco más lejos que yo, especialmente mi compañero, que sería el último en llegar a su casa. Thiago, por su parte, decidió acompañarme argumentando que no era propio de un caballero dejar a una dama sola a tan altas horas de la noche, que me podía pasar algo y no se lo perdonaría jamás. Tenía unas salidas que eran para tirarse al suelo de la risa. A esas horas, la ciudad de Sevilla comenzaba a cobrar vida, con sus habitantes saliendo a disfrutar de la noche, mientras el calor comenzaba a ceder un poco.

Durante todo el camino, en ningún momento me volvió a mencionar nada de la propuesta, sino que charlamos de todo un poco. Esto me dejó un tanto decepcionada, no lo voy a negar, pues pensaba que se había arrepentido de lo que me había dicho después de conocerme mejor durante la velada que compartimos junto a mis amigos.

—Pues ya hemos llegado —le dije con un poco de tristeza al llegar a mi portal—. Gracias por haber compartido la noche con nosotros, ha sido todo un placer.

—No tan deprisa, Sheila, que todavía no me has dado una respuesta a mi propuesta —me dijo mientras que me tomaba de la mano, con muchísima dulzura.

—Como no me habías insinuado nada más, pensé que te habías echado atrás, que ya no te apetecía. —Y es que yo no podía quedarme calladita como todo el mundo y contestarle a la pregunta, no, yo tenía que poner todas mis inquietudes encima de la mesa, como si fuera tonta.

—Eso no pasará en la vida, pequeña. Me podré arrepentir de lo que no hice, pero nunca quedarme con las ganas o arrepentirme después de hacerlo. Las cosas pasan por algo, y nos ayudan a madurar y a ser lo que somos en la vida.

—Sí. Mi respuesta es que me voy contigo a pasar lo que me quedará de fin de semana. Como acabas de decir no quiero arrepentirme de no haberlo hecho, y me apetece conocerte más, aunque nuestro tiempo sea limitado, por tu marcha en septiembre, pero ya cruzaré ese puente cuando toque —le contesté, una vez más, con el corazón en la mano.

En ese momento, él me regaló una sonrisa arrebatadora, luego levantó su mano hacia mi rostro, acariciándola con suavidad. Se acercó a mí y me dio un breve beso en los labios, uno que me dejó con ganas de más sinceramente. Hubiera deseado que ese momento se alargara, pero decidí que lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso natural, entregándome a la magia de la situación sin presionar ni forzar nada.

Cuando subí a casa, mis padres ya se habían acostado, pero me habían dejado una nota en la encimera de la cocina. En ella me pedían que me levantara antes de que ellos se fueran, ya que querían hablar conmigo. Sabía que mi madre tenía que ir a trabajar a alguna de las casas a donde iba, pero mi padre, no tenía ni idea a dónde tenía que ir. Así que decidí poner el despertador a las ocho menos cuarto; si era necesario, podría volver a dormir un rato más después, pero también quería aprovechar para hablar con mi madre y contarle todo sobre Thiago y su propuesta, ya que entre nosotras no había secretos.

Me costó muchísimo coger el sueño, a pesar de lo cansada que estaba, pero es que ese beso seguía dando vueltas en mi cabeza, y era imposible olvidarlo. Al día siguiente se lo contaría a Nico, puesto que, de nuevo estaríamos los dos solos en la tienda, ya que Mila haría el turno de mañana con la otra chica.

❖ ❖ ❖

—Hija, menos mal que te has levantado, porque estaba a punto de salir por la puerta, y quería ser yo quien te ediera la noticia —me dijo mi padre con lágrimas en los ojos, y empecé a temer que le pasara algo de salud.

—¿Te pasa algo, papá? ¿Acaso estás enfermo? —le pregunté un poco angustiada.

—Lo que me pasa no es de salud, tranquila. Es lo mejor que me podía haber pasado —me dijo, dejándome por momentos más intrigada con su silencio.

—Habla ya, hijo, que me tienes en ascuas.

— Nuestra situación ha cambiado por completo. Ayer me llamaron de la fábrica para informarme que habían cometido un error y que me llegó la carta de despido por equivocación. Eso significa que todo sigue como antes de mi despido —me dijo dándome un abrazo, y en ese momento las lágrimas brotaron de nuestros ojos, con una mezcla de alivio y emoción.

—Esto es mejor que una lotería, papá.

—Ya te puedes ir a la playa con tus amigas, cariño, que ese dinero no nos va a hacer falta —me dijo mi madre y era hora de contarle todo, para que me entendieran al igual que yo lo había hecho anteriormente.

—Ese dinerito se va a quedar ahí, ahorrado, para cualquier contratiempo que pueda surgir —les dije, y me miraron extrañados, hasta que continué hablando—. No quiero dejar el trabajo ahora, puesto que me gusta mucho y me vendrá muy bien para tener un colchoncito más adelante. Además, estoy conociendo a un chico.

»Es italiano y tiene las horas contadas en España, pero no quiero dejar pasar la oportunidad por el tema de su marcha, ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento. De hecho, quería comentaros también que esta noche, cuando salga de trabajar, me voy a ir a su hotel a pasar lo que queda de fin de semana, para disfrutar de la piscina y demás.

—Jamás te voy a decir que no hagas algo, Sheila, porque desde muy pequeña has demostrado lo responsable que eres. Tan solo te voy a decir que tengas cuidado, que no quiero verte sufrir tras su partida —me dijo mi padre con el que tampoco tenía ningún secreto, incluso el día que iba a perder mi virginidad, fue con él con quien lo hablé y el que me dio los mejores consejos.

e

e
s

s
a

:,
r
n

o
;,
s

a
e
e
o
u

o
›,

e

r

n
s
a

:,

e
o

u
a
a

e
:,
o

Capítulo 6



Esa mañana, en cuanto mis padres salieron de casa para ir a trabajar, les hice una videollamada a mis amigas para explicarles lo que iba a hacer cuando saliera de la tienda, y sabía que sus reacciones iban a ser muy dispares como así sucedió.

—No apagues el teléfono en todo el fin de semana, por favor, y de vez en cuando nos mandas un mensajito para saber que estás bien —me decía María, que era la más precavida de las tres—. Y no vayas a quitar e localizador, por si acaso.

—No digas más chorradas, María, que hemos conocido a Thiago y más buena persona no puede ser, se le cae l baba con Sheila —decía por el contrario Sonia, que se dejaba guiar más por el corazón.

—Mira todas esas personas que salen en la televisión, que han hecho desaparecer a alguien, no me negarás qu la primera impresión que dan es que tienen cara de no hacerle daño ni a una mosca. —seguía María erre que erre mientras que yo las veía a las dos como la que está viendo un partido de tenis, alternando la mirada de una a otra.

—Estoy aquí, por si no os habíais dado cuenta —dije en un momento dado, ya que me entraban ganas de corta la videollamada y que siguieran discutiendo ellas—. Es mi decisión, así que lo único que podéis hacer e apoyarme. Además que mis padres ya lo saben, y si ellos no me han reprochado nada, aún sin conocerlo, n entiendo que lo hagáis ustedes que habéis compartido con nosotros toda una noche.

—Perdona cielo, pero es que pasan tantas cosas en el mundo, que me da miedo hasta respirar a veces —s disculpaba María. De verdad que entendía su punto de vista, pero no era el mejor momento para echarme nada e cara.

—Si te entiendo, pero es que no veo maldad en su mirada. El miedo no sirve para nada, solo para limitarte en t vida, y yo de eso no he tenido nunca, a lo único que le temo es a una enfermedad, puesto que contra eso, no s puede hacer nada. Si hubiera decidido no irme con Thiago este fin de semana, estoy segura de que me habrí arrepentido más pronto que tarde.

—Y tienes razón, disfruta muchísimo, cariño, y no hagas nada que no hiciéramos nosotras —sentenció Sonia, las tres reímos, ya que sabíamos que se estaba refiriendo al tema sexual, ese que me causaba un poquito d mariposillas en el estómago.

—Os voy a dejar, chicas, que todavía tengo que preparar todo y darme una ducha, y no quiero llegar tarde a trabajo. Os llamo el domingo por la noche, cuando vuelva a casa. Besitos.

En cuanto me despedí de ellas, me fui corriendo a mi cuarto, y metí en una mochila, tanto un bikini nuevo qu no había estrenado como ropa para ese mismo día y un vestido con unas sandalias de tacón, para la cena qu tendríamos esa noche los dos solos.

Tras eso, me fui a la cocina, ya que apenas había desayunado, con todo el ajetreo de lo de mi padre, y me gruñí la barriga como nunca. Esa manía que tenía mi estómago de hacerse notar en cuanto necesitaba munición me iba causar un disgusto cualquier día, sonreía por la tontería que se me acababa de ocurrir.

Una vez que me comí el sándwich de pollo que mi madre me había dejado preparado, puesto que ella comerí en la casa donde trabajaba. La señora le había pedido que la acompañara al centro comercial a hacer alguna compras, y como eso se lo pagaba a parte, mi madre no le iba a decir nunca que no. Por otro lado, mi padre comí en un bar cerca de la fábrica, porque salía a las seis de la tarde. Así que, tras comer, me di una ducha rápida comencé a vestirme para asegurarme de llegar a tiempo al trabajo.

—Buenas tardes —dije al entrar en la tienda, en la que solo se encontraba Nico, que me miró anonadado, y e que me había peinado y maquillado para, en cuanto cerráramos, solo tener que ponerme el vestido y los zapatos.

—No se puede estar más bella que tú, pero ese atuendo no te pega nada con el peinado y el maquillaje —m soltó, y se quedó tan ancho.

—Qué tonto eres, hijo mío. ¿Cómo voy a ir así, en *short* y zapatillas a cenar? Tengo el vestido en la mochila.

—Pues cuélgalo en una de las perchas, no se te vaya a arrugar. —Él siempre mirando el lado práctico de la cosas.

—Es de algodón y se pega al cuerpo, así que no se arruga, por eso lo he elegido, para no ir echa un adefesio —le contesté riendo, mientras me acercaba de nuevo al mostrador, ya que en ese momento entró un cliente.

Estuvimos toda la tarde bastante ajetreados, y es que parecía que la gente no tenía otra cosa que hacer, nada má que ir de tienda en tienda. Ojo, que no me estoy quejando, que gracias a eso yo tendría un sueldo a final de mes.

Diez minutos antes de que fuera nuestra hora de cerrar, y viendo que la cosa se había quedado bastant tranquila, le pedí permiso a mi compañero para ir a cambiarme, y así estar lista a la hora de salir. Entré en nuestr cuarto, en el que dejábamos las cosas cuando llegábamos, mientras que él terminaba de hacer la caja para salir las nueve en punto.

—¿Qué tal estoy? —pregunté en el momento en el que salí, ya vestida y con el maquillaje retocado, tambié me había echado unas gotitas de ese perfume que me gustaba tanto, y que solo usaba para salir de fiesta, puest que mi economía no me permitía comprarlo a menudo.

—Sencillamente espectacular —dijo mi compañero mientras cogía mi mano y me hacía girar sobre mí misma para verme bien desde todos los ángulos—. Al *italianini* le va a dar un infarto cuando te vea, tenlo claro.

Había elegido para esa ocasión, un vestido de algodón de color morado, que se pegaba a mí como una segund piel, y que realzaba todas mis curvas, con un escote en V de lo más favorecedor. Me llegaba justo por encima d la rodilla, y lo combiné con un cinturón finito y unas sandalias de tacón cuadrado, que iban sujetadas al tobillo co una pulsera que se asemejaba a la que llevaba en la cintura, ambos de color verde pistacho, no llevaba bolsc puesto que mis cosas iban en la mochila.

—Venga, vámonos, que ya está tu galán ahí fuera esperando, y yo también he quedado con un amigo, a ve cómo se me presenta la noche —me dijo, y me dejó con la boca abierta, puesto que no me había comentado nad de nada, el muy truhan.

—Y no me has dicho nada, ya te vale. No te pienso contar nada de lo que ocurra este fin de semana, que l tengas claro, porque si tú no confías en mí, yo no lo voy a hacer contigo —le dije, dolida. Vale que no conocíamos de muy poco tiempo, pero yo me había abierto a él como un libro, mientras que él había permanecid como una caja fuerte, con su vida bajo llave.

—No te enfades, preciosa mía, que no es por falta de confianza, te lo prometo. Sabes que me cuesta much abrirme, sobre todo después de todos los palos que me he llevado en mi vida. Te prometo que el lunes, qu además estamos de mañana, te cuento todo con pelos y señales —me dijo, dándome un beso en la coronilla mientras que dejábamos todo apagado y salíamos a cerrar la tienda.

—Eso espero, porque no pienso abrir mi piquito en tanto en cuanto no me lo cuentes todo —le dije con un sonrisa. Sabía que necesitaba su tiempo para abrirse, pero quería que supiera que podía contar conmigo para l que fuera.

Cuando salimos, vimos a Thiago, que estaba apoyado en uno de los escaparates de la tienda, y parecía u modelo en una sesión de fotos. Vestía un pantalón de lino en color *beige* oscuro, que había combinado con un camisa blanca de cuello mao, con las mangas arremangadas hasta los codos, y unas zapatillas de esparto blancas pero con unas pequeñas rayas en un *beige* muy suave.

—Hola pequeña —me dijo sonriendo, y se acercó para darme un breve piquito en los labios—. Estás preciosa realmente *bella*.

—Hola Thiago, tú también estás guapísimo con ese atuendo —le dije, mientras que lo miraba de arriba abajo.

—Hola, *italianini*. —Desde la noche anterior, esa había sido la forma en la que Nico se dirigía a él, y qu provocaba su risa—. Cada día estás más bueno, hijo, que lástima que no te quieras cambiarte de acera.

—No, gracias, de momento me va muy bien a este lado de la calle. —Fue la respuesta que Thiago le dic acercándose para darle un abrazo, mientras que mi compañero ponía los ojos en blanco y hacía gestos con su manos, que hicieron que yo me partiera de la risa.

s

–

s

e
ɔ
a

n
o

ɬ,

a
e
n
›,

ːr
a

ɔ
s
ɔ

o
e
ɬ,

a
ɔ

n
a
ˢ,

ɬ,

e

›,
s

Capítulo 7



—¿A dónde me llevas? —le pregunté después de que lleváramos unos minutos andando, de la mano, porqu fue lo primero que hizo en cuanto empezamos a caminar, colgarse mi mochila al hombro y coger mi mano.

—Había pensado que cenáramos en mi apartamento, he convenido con el restaurante que nos lo sirvan allí, as estaremos más cómodos y tranquilos, pero si te vas a sentir incómoda, aviso de que lo haremos abajo, en su salones —me contestó indeciso, esperando mi respuesta.

—No, para nada, no lo cambies. ¿Qué sentido tiene que cenemos abajo si luego vamos a dormir arriba? Sería un sinsentido total.

—Tienes razón, perdóname, pero es que estoy nervioso —respondió sin ningún pudor por mostrar su estado d ánimo, lo que me gustó bastante.

—No tengo nada que perdonar, porque yo también estoy nerviosa. Me parece que en vez de vino vamos a tene que ordenar un termo de tila —le dije riendo, lo que supuso que él también riera conmigo.

Llegamos al hotel, y avisó en la recepción que podían subirnos la cena en cuanto quisieran, tomando mi mano de nuevo para subir al ascensor. Tenía un cosquilleo en el estómago que no sabía si era por estar con él en un habitáculo tan pequeño, por los nervios de la cena a solas, o por la expectativa de lo que sucedería después.

Entramos en su apartamento, el cual me mostró, mostrándome donde tenía todo, por si me apetecía algo y él no podía atenderme en ese momento y, tras dejar mi mochila en el dormitorio, llegó de nuevo al salón, donde yo estaba.

—Desde ayer estoy deseando hacer esto —me dijo, mientras enmarcaba mi cara con sus manos, dándome un beso que empezó de manera muy dulce, pero que se volvió más apasionado cuando nuestras lenguas entraron en juego, justo en ese momento llamaron a la puerta—. Me toca abrir para que entren la cena.

—Qué oportuno, oye —dije más para mí que para él, pero lo escuchó y le salió una sonrisa.

—No te preocupes, que esto no va a quedar aquí, tenemos toda la noche por delante. Siempre y cuando estés en el mismo punto que yo, por supuesto —me respondió mientras se acercaba a la puerta para abrirla, dejándome con las piernas temblando de anticipación.

Estuvimos cenando en un ambiente de lo más relajado, gastándonos bromas y hablando de nuestra vida, pero sin profundizar tampoco demasiado.

—¿Te apetece una copa? —me preguntó levantándose, mientras que se dirigía a una especie de cocina qu tenía, que no era una como tal, ya que solo tenía una nevera de tamaño mediano, un microondas y una pequeña encimera con una cafetera de cápsulas.

—Pues la verdad es que sí, estoy tan a gusto que una me tomaría —le dije, cuando sacó dos copas, les puso hielo y las preparó en un segundo, dándome una a mí, mientras que se sentaba de nuevo a mi lado en el sofá, pero mucho más cerca que la última vez que estuvimos ahí, hacía un rato.

Puso las dos copas encima de la mesita baja que tenía junto al sofá, y cogió mi mano, tirando de ella para sentarme sobre sus piernas, de lado, puesto que la tela del vestido no daba suficiente de sí para que lo hiciera a horcajadas. Desabrochó mi cinturón, tirándolo al suelo, e hizo lo mismo con mis zapatos, para que estuviera cómoda, decía, pero sus intenciones eran totalmente distintas, y ambos lo sabíamos.

Enredó mi coleta en sus dedos, y dio un pequeño tirón hacia atrás, dejándome el cuello ladeado y totalment expuesto. Se lanzó a él con ganas, primero lamiendo toda su longitud, hasta terminar en el lóbulo de mi oreja, qu succionó y mordió a placer, poniéndome totalmente cardíaca.

Una vez que terminó con el cuello, se dirigió a mis labios, repitiendo el mismo juego hasta que prácticament los devoró. Mientras, yo acariciaba su pecho, atreviéndome a ir desabrochando los botones de su camisa uno a uno para dejar su torso libre de cualquier obstáculo. Si me había hecho una ligera idea de cómo podía ser, no me había

acercado ni por equivocación, porque era como mil veces mejor. En cuanto abandonó mi boca, me levanté subiendo mi vestido hasta la mitad de mis muslos, para sentarme a horcajadas encima de él. Me dediqué a venera su cuello y su pecho, con pequeños besos y mordiscos, hasta que llegué a sus abdominales, cuya tableta d chocolate era digna de admirar y disfrutar, y eso mismo hice: lamerla entera.

Sus manos fueron directas a mis nalgas, esas que amasó como si de la preparación de un pan se tratara, mientra que me empujaba para que nuestros sexos se rozaran, y es que notaba su miembro en mi centro de placer, duro y listo para entrar en acción.

Con mucha delicadeza, fue bajando la cremallera trasera de mi vestido, hasta que la parte delantera cayó hast mi cintura, y cuando vio el sujetador que llevaba, en el que mis pechos se veían rebosantes, su miembro dio un sacudida, que me hizo gemir de placer. Con una sonrisa, tomó el bajo del vestido y lo sacó por mi cabeza dejándome en ropa interior, mientras que en sus ojos podía notar el deseo y la necesidad que tenía.

Como no estábamos en igualdad de condiciones, le desabroché el botón del pantalón, metiendo mi mano a través de él, pues estaba deseosa de tener en mis manos eso que tanto placer me estaba proporcionando con u simple roce. Viendo mis intenciones, levantó el trasero del asiento, dándome la movilidad necesaria para que l bajara del todo, dejándolo a la altura de los tobillos, pero en un abrir y cerrar de ojos, y ayudado por sus propia piernas, lo sacó por completo, lanzándolo a un lado, junto a mi vestido.

Ahí fue cuando se desató el caos, puesto que en la misma postura en la que estábamos, me llevó en brazos hast el dormitorio, dejándome caer en la cama, volviéndome loca con la simple visión de su cuerpo solamente con e bóxer negro que llevaba puesto.

—Eres preciosa, por dentro y por fuera —me dijo mientras se lanzaba a por mis labios—. Me parece que n voy a tener suficiente con una noche para saciarme de ti.

—Me vuelves loca —salió de mis labios, presa del placer que me estaba proporcionando—. Y estaré más qu dispuesta a que no sea una sola noche.

En un visto y no visto, se deshizo de mi sujetador, dejando mis abundantes pechos al aire, porque otra cosa no pero pecho tenía bastante, mientras que se relamía los labios, avisándome con ese gesto de lo que iba a hacer y efectivamente, se tiró a ellos como si fuera un bebé que necesitara la leche de su madre.

Los lamió, mordisqueó y amasó durante un buen rato, alternando de uno a otro, mientras que con la mano qu tenía libre, se dedicaba a darme placer, acariciando mi clítoris, pellizcando y acariciando mi sexo de arriba abajo y viceversa, hasta que exploté en un intenso orgasmo.

Esta vez, era mi turno, así que invertí las posiciones, deshaciéndome de mi tanga en el camino, y me pus encima de él. Bajé su bóxer, hasta que se lo quité y lo tiré al suelo, y mientras subía y bajaba mi mano por toda s longitud, me incliné para besarlo. Cuando noté que ya no podía más, me levanté un poco y lo introduje en m interior, hasta el fondo, y entonces supe lo que era el placer de verdad.

—Por favor, esto es una delicia, pero no me has puesto el preservativo —me decía mientras que yo m balanceaba sobre él, con la mirada nublada de deseo y la voz entrecortada.

—No hace falta, tomo la píldora desde hace muchos años, por un tema de regulación de la regla. Necesit sentirte así, estoy sana y supongo que tú también —le contesté mientras que él asentía con la cabeza.

Aquel primer asalto no lo olvidaré en la vida, puesto que fue tan especial y placentero a la vez, que no sabrí describirlo. Antes de alcanzar el clímax, volvimos a cambiar las posiciones, quedando esta vez él encima de mí, y en cada embestida que me daba, lo sentía más y más profundo, llenándome como hasta ahora nadie lo había hecho.

Después de un buen rato, llegamos al orgasmo juntos, amortiguando nuestros gemidos y jadeos con la boca de otro, en un beso fiero y salvaje, que demostraba lo que empezábamos a sentir el uno por el otro, cayend desmadejados y casi sin aliento en la cama, con nuestras piernas entrelazadas y abrazados.

acercado ni por equivocación, porque era como mil veces mejor. En cuanto abandonó mi boca, me levanté, subiendo mi vestido hasta la mitad de mis muslos, para sentarme a horcajadas encima de él. Me dediqué a venerar su cuello y su pecho, con pequeños besos y mordiscos, hasta que llegué a sus abdominales, cuya tableta de chocolate era digna de admirar y disfrutar, y eso mismo hice: lamerla entera.

Sus manos fueron directas a mis nalgas, esas que amasó como si de la preparación de un pan se tratara, mientras que me empujaba para que nuestros sexos se rozaran, y es que notaba su miembro en mi centro de placer, duro y listo para entrar en acción.

Con mucha delicadeza, fue bajando la cremallera trasera de mi vestido, hasta que la parte delantera cayó hasta mi cintura, y cuando vio el sujetador que llevaba, en el que mis pechos se veían rebosantes, su miembro dio una sacudida, que me hizo gemir de placer. Con una sonrisa, tomó el bajo del vestido y lo sacó por mi cabeza, dejándome en ropa interior, mientras que en sus ojos podía notar el deseo y la necesidad que tenía.

Como no estábamos en igualdad de condiciones, le desabroché el botón del pantalón, metiendo mi mano a través de él, pues estaba deseosa de tener en mis manos eso que tanto placer me estaba proporcionando con un simple roce. Viendo mis intenciones, levantó el trasero del asiento, dándome la movilidad necesaria para que lo bajara del todo, dejándolo a la altura de los tobillos, pero en un abrir y cerrar de ojos, y ayudado por sus propias piernas, lo sacó por completo, lanzándolo a un lado, junto a mi vestido.

Ahí fue cuando se desató el caos, puesto que en la misma postura en la que estábamos, me llevó en brazos hasta el dormitorio, dejándome caer en la cama, volviéndome loca con la simple visión de su cuerpo solamente con el bóxer negro que llevaba puesto.

—Eres preciosa, por dentro y por fuera —me dijo mientras se lanzaba a por mis labios—. Me parece que no voy a tener suficiente con una noche para saciarme de ti.

—Me vuelves loca —salió de mis labios, presa del placer que me estaba proporcionando—. Y estaré más que dispuesta a que no sea una sola noche.

En un visto y no visto, se deshizo de mi sujetador, dejando mis abundantes pechos al aire, porque otra cosa no, pero pecho tenía bastante, mientras que se relamía los labios, avisándome con ese gesto de lo que iba a hacer y, efectivamente, se tiró a ellos como si fuera un bebé que necesitara la leche de su madre.

Los lamió, mordisqueó y amasó durante un buen rato, alternando de uno a otro, mientras que con la mano que tenía libre, se dedicaba a darme placer, acariciando mi clítoris, pellizcando y acariciando mi sexo de arriba abajo y viceversa, hasta que exploté en un intenso orgasmo.

Esta vez, era mi turno, así que invertí las posiciones, deshaciéndome de mi tanga en el camino, y me puse encima de él. Bajé su bóxer, hasta que se lo quité y lo tiré al suelo, y mientras subía y bajaba mi mano por toda su longitud, me incliné para besarlo. Cuando noté que ya no podía más, me levanté un poco y lo introduje en mi interior, hasta el fondo, y entonces supe lo que era el placer de verdad.

—Por favor, esto es una delicia, pero no me has puesto el preservativo —me decía mientras que yo me balanceaba sobre él, con la mirada nublada de deseo y la voz entrecortada.

—No hace falta, tomo la píldora desde hace muchos años, por un tema de regulación de la regla. Necesito sentirte así, estoy sana y supongo que tú también —le contesté mientras que él asentía con la cabeza.

Aquel primer asalto no lo olvidaré en la vida, puesto que fue tan especial y placentero a la vez, que no sabría describirlo. Antes de alcanzar el clímax, volvimos a cambiar las posiciones, quedando esta vez él encima de mí, y en cada embestida que me daba, lo sentía más y más profundo, llenándome como hasta ahora nadie lo había hecho.

Después de un buen rato, llegamos al orgasmo juntos, amortiguando nuestros gemidos y jadeos con la boca del otro, en un beso fiero y salvaje, que demostraba lo que empezábamos a sentir el uno por el otro, cayendo desmadejados y casi sin aliento en la cama, con nuestras piernas entrelazadas y abrazados.

Capítulo 8



Esa mañana me levanté de lo más relajada, con una sonrisa en mis labios como hacía tiempo que no la tenía, y es que, aunque siempre esté de buen humor, mi vida no ha sido un camino de rosas, precisamente, y si lo era, me había tocado la parte de las espinas.

Thiago no estaba a mi lado, pero lo vi salir de la ducha, con el pelo mojado y un bañador blanco, tipo bóxer que hizo que la mandíbula se me cayera al suelo.

—Como sigas mirándome así, me parece que no vamos a ir a la piscina en un buen rato —me decía Thiago con la voz ronca, cuando en ese momento me fijé bien en su bañador, y se notaba claramente que estaba totalmente excitado.

—Mejor me voy a la ducha y a ponerme mi bikini, que quiero darme un bañito, porque me ha entrado un calor de repente… —le dije levantándome de la cama y pasando por su lado, cuando me cogió del brazo para darme un beso, que profundizó a placer—. Si yo fuera tú, me cambiaba de bañador y me ponía uno un poquito más ancho porque me parece que te vas a tener que llevar en el agua todo el día, a remojo como los garbanzos.

—¡Eres única, Sheila! —me respondió riendo a carcajadas.

Me metí directamente en el cuarto de baño, pero antes de entrar, me llevé el bikini que me iba a poner, y con el que pretendía que tuviera la misma reacción que tuve yo.

Salí ya vestida, mi bikini era en color rosa pastel, con unos topitos blancos y una braguita brasileña. La parte de arriba era tipo *balconette*, con lo que resaltaba mis pechos de una manera brutal. Para completar el conjunto, me puse un vestido de crochet que dejaba entrever lo que llevaba debajo, y unas sandalias de cuña blancas que combinaban a la perfección con el vestido.

—*Mamma mia*! —exclamó Thiago al verme salir. Me había hecho caso y se había cambiado el bañador por uno azul marino, tipo bermudas, pero que igualmente le quedaba de infarto.

—¿Nos vamos? —le dije, aun sabiendo lo que mi atuendo había causado en él, con una sonrisa en los labios bastante irónica, por cierto.

—Sí, sí, porque de otro modo te voy a encerrar aquí, y solo te voy a dejar salir a la hora de llevarte a tu casa.

Nos montamos en el ascensor y nos dirigimos a la azotea, que era donde estaba situada la zona de solárium. Teníamos unas vistas maravillosas, con esa piscina infinita, en la que cuando te sumergías en ella, se podía ver la Catedral y todas las calles aledañas, que en ese momento estaban como un hervidero de gente.

—Vamos a coger una hamaca y dejamos allí nuestras cosas antes de darnos un baño, porque lo necesito de forma urgente —susurró en mi oído, abrazándome por detrás, y haciendo que notara su miembro excitado en mi nalgas. Estuve a punto de pedirle que me llevara de nuevo a la habitación, pero no quería que lo que fuera que teníamos se redujera solo al sexo, así que me aguanté las ganas, y empecé a caminar hacia el lugar que Thiago me había indicado.

—Toma, te espero en el agua —le dije mientras me quitaba el vestido, dejando ver mi bikini, y viendo cómo se le abrían los ojos de la impresión para, a continuación, tirarme de cabeza al agua de la piscina.

No tardó en seguir mis pasos, poniéndose a mi espalda y tomándome por la cintura, mientras que dejaba un reguero de besos por mi cuello. Todavía estábamos solos, o era demasiado temprano, porque no me había molestado en mirar el reloj, o es que los demás huéspedes habían decidido salir a conocer la ciudad, cosa que agradecí.

Metió la mano por el lateral de la braguita de mi bikini e introdujo dos dedos, cuando quise darme cuenta, ya la tenía acariciando mis labios menores con ellos, para pasar a penetrarme con ellos, a la vez que con el pulgar hacía círculos en mi clítoris.

—Para Thiago, que pueden vernos —le susurré entre gemidos, y es que por mucho que le estuviera diciendo

eso, no quería que me hiciese caso.

—No hay nadie, pequeña. Tú solo disfruta —me respondió, haciendo que llegara al orgasmo de maner inmediata.

Me di la vuelta, y me lancé a besar sus labios de una manera desesperada, enroscando mis piernas en su cintur y mis manos en su cuello, para darle mayor profundidad a todo. De la misma manera, esta vez fui yo quien bajó l parte delantera de su bañador, liberando su miembro e introduciéndolo en mi interior, dejándolo sin palabras Efectivamente, estábamos solos, y no iba a dejar la cosa como estaba, quería disfrutar de él plenamente. Si entrab alguien, solo vería a dos personas besándose, ya que de la forma y en el lugar que nos habíamos situado, no s podía ver nada más.

—*Sono senza parole!* Ha sido realmente increíble —decía mientras me echaba una toalla por los hombros, un vez que salimos de la piscina.

—No ha estado mal, la verdad. —Saqué mi ironía a pasear, pero como ya me iba conociendo, su reacción fu echarse a reír, mientras me daba un beso en la coronilla, abrazándome por detrás.

—Mis amigas fliparían en un lugar así —le dije, dando un sorbo a mi refresco, ya que antes de tumbarse, habí ido a la otra parte de la azotea, donde había un bar que servía bebidas en el solárium.

—¿No habíais venido nunca? Tengo entendido que se puede venir sin estar alojados, pagando el importe de un entrada —me preguntó un tanto intrigado por la situación.

—Un importe que, si para ellas que tienen mayor poder adquisitivo que yo, supone un desembolso importante imagínate a mí lo que me puede suponer, quedarme sin gasolina para la moto durante todo un mes, por ejemplo — le contesté, y él me miraba avergonzado, no sé si por la pregunta o por su estatus social, que cada vez tenía má claro que tenía que ser de alto para arriba.

—¿Arreglaron lo del trabajo de tu padre? —me preguntó cambiando de tema. En ese momento me di cuenta d que yo no le había contado nada, así que tendría que explicarme cómo lo sabía.

—Yo no te he comentado nada de ese tema, ¿cómo lo sabes? —le pregunté un poquito enfadada, puesto que m sonó muy raro, y él se dio cuenta de mi cambio de actitud.

—No te enfades, que no es nada de lo que estás pensando —me dijo, y tomó un trago de su cerveza.

—Pues tú dirás, estoy esperando impaciente a que me lo expliques.

—Verás, me comentaste que lo habían despedido por un recorte de personal de una fábrica cercana. Busqu cuales habían sido las empresas que se habían visto obligadas a eso, y solo me salió una que, casualmente, est dirigida por un buen amigo de mis padres, así que lo llamé.

»Como no tenía ningún dato de tu padre, tuvimos que hacer malabares hasta dar con él, y le pedí que l readmitieran, que era el padre de una buena amiga, y no dudó en llamarlo. Es más, me avisó ayer por la tarde d que le van a cambiar el contrato a indefinido, para que no se vea nunca más en la misma situación, ya que está muy contentos con su trabajo.

—¡No me lo puedo creer! No sé si lanzarme a comerte a besos o liarme a collejas contigo, me has dejado d piedra —le contesté, y es que era verdad. Por un lado, se lo agradecía inmensamente, pero por otro, me habí dejado claro que estábamos en dos escalafones totalmente opuestos, donde la Cenicienta, que era yo, sería la qu saliera perdiendo en el cuento, lo tenía clarísimo.

—A besos, siempre a besos —me contestó, cogiéndome por la cintura y sentándome en su hamaca, para darm un beso que me hizo olvidar hasta mi nombre.

Durante el resto del día, aunque estuvimos igual de bien juntos, de mi cabeza no salía eso que había hecho po nosotros, por mi familia, que fue precioso, ya que se preocupó de que, a mi padre, nunca más le faltara el trabajo Aunque, por otro lado, me dejaba muy clara la brecha económica que había entre los dos. Mientras que la amistades de mis padres, como mucho, eran los dueños de alguna tiendecita, las de los suyos eran de enorme fábricas, incluso fuera de su país.

Después de que nos duchamos juntos, donde la pasión volvió a fluir entre nosotros, llegó el momento d despedirnos. Notó que mi estado de ánimo había cambiado tras nuestra charla y no se quedó callado. Se plant frente a mí y me dejó bien claro que nada, ni siquiera el dinero, podría separarnos.

—No quiero que veas eso como un impedimento. Aunque no te lo creas, te conozco y sé que mi situació económica no te importa en absoluto, que no estás conmigo por interés —me dijo en el portal de mi casa, mientra que me acariciaba las mejillas, para infundirme seguridad.

—Eso tenlo por seguro, yo me enamoro de las personas, no de sus cuentas bancarias. —Y ya lo había dicho, s es que no tengo filtro, me cago en la mar.

—Me encanta que me digas eso, porque yo también me he enamorado de ti, así que puedes estar tranquila, qu

el sentimiento es mutuo. —Me dio un beso en los labios, y se fue, no sin antes decirme que me recogía a las tre
aen la tienda para ir a comer y al *spa* del hotel, ese que no nos había dado tiempo a pisar.

a
a
;.
a
e

a

e

a

a

:,
–
s

e

e

é
á

ɔ
e
n

e
a
e

e

r
›.
s
s

e
ó

n
s

i

e

el sentimiento es mutuo. —Me dio un beso en los labios, y se fue, no sin antes decirme que me recogía a las tres en la tienda para ir a comer y al *spa* del hotel, ese que no nos había dado tiempo a pisar.

Capítulo 9



Cuando subí a mi casa, estaban mis padres en el salón, con el aire acondicionado puesto, porque todavía hací un calor en la calle que parecía que estuviéramos dentro de una empanadilla, madre del amor hermoso, ¡qu verano nos esperaba!

—Sheila, ¿eres tú? —me preguntó mi padre, que estaba viendo una película con unos frutos secos y un *gin tonic*. Normalmente, mi padre no bebía nada, como mucho una cerveza, solo lo hacía si tenía que celebrar algo.

—No, soy su clon, Sheila se ha quedado en el hotel, donde se lo ponen todo por delante —le dije irónicamente y mi madre soltó una carcajada, mientras mi padre me miraba con una ceja arqueada—. ¿Qué celebramos? — Señalé a su copa, y me sonrió de una manera que, creo, no le había visto nunca en su cara.

—Esta mañana me llamaron de la oficina en el trabajo, para que firmara un nuevo contrato. Al principio m extrañó, puesto que al mío todavía le quedaban unos meses para que cumpliera, pero no dije nada, hasta que m fijé bien, y me di cuenta de que ponía indefinido, y con una subida de sueldo considerable —me contaba, mientra no podía contener las lágrimas de la emoción, y es que en estos tiempos, eso era incluso mejor que ganar l lotería.

—Enhorabuena, papá, te lo mereces. —Me debatía entre callarme o contarle la verdad, pero mi padre, que m conocía muy bien, se dio cuenta de que esa no sería mi reacción en condiciones normales.

—Sheila, ¿te ocurre algo? A ver si va a ser verdad que eres un clon y la verdadera se ha quedado en el hotel porque mi hija se habría puesto a pegar saltos de la alegría y me hubiera comido a besos —me dijo, intentand sacarme una sonrisa con la broma, pero viendo su cara de preocupación, decidí contarle la verdad, porque tarde temprano, saldría a la luz.

—No digas tonterías, papá, por supuesto que me alegro, es solo que yo ya sabía que eso iba a ocurrir, me enter esta mañana temprano —le dije sonriendo, pero no me dejó seguir hablando.

—¿Ahora eres vidente y no lo sabemos? Mira que, si es así, quiero que me pongas el número del cupón de viernes, que toca más, y así me hago con un buen pellizquito de dinero.

—¡Lo que hay que oír, madre mía! —exclamé, esperando a que me dejara contarle todo, pero es que éramo iguales de payasos los dos— Si lo sé, es porque me lo ha contado Thiago, que ha sido el artífice de todo. Result que el dueño de la fábrica es un buen amigo de su familia, y le explicó la situación.

»Se pusieron a buscar a alguien que correspondiera con los datos que tenían, y dieron contigo. Tras investiga un poco con tus jefes directos, y sabiendo que estaban muy contestos y satisfechos con tu trabajo, decidiero readmitirte y dejarte indefinido, para que no te vieras de nuevo en la misma situación —le expliqué, dejándol claro que había sucedido porque era un buen trabajador, no porque fuera el enchufado de nadie.

—Pues no sabe ese chaval lo feliz que me ha hecho, Sheila. Me gustaría agradecérselo personalmente, ¿por qu no lo llamas y le dices que mañana comemos juntos? Que estoy libre y tu madre también, y lo haríamos en cuant tú salgas de trabajar. Cuando te conteste, bajo y encargo una paella y un surtido de pescadito frito —me dijo, y entonces caí en que no tenía su teléfono, al igual que él no tenía el mío, no nos había hecho falta.

—No lo puedo llamar porque no hemos intercambiado los teléfonos, no hemos caído en eso, ya que Thiag sabe dónde localizarme y yo a él también. De todos modos, mañana me recoge a las tres en la tienda, así que se l diré cuando lo vea, no creo que diga que no —le contesté, mientras mi padre llamaba al bar de la esquina par encargar lo que había dicho.

Esa noche, muchas cosas pasaron por mi cabeza, desde que podía ser una distracción para él, durante el tiemp que permaneciera en España, hasta que no me había dado su número de teléfono porque tenía una novia por ahí no querría que yo lo llamara, por si estaba con ella.

Después, yo misma me decía que eso era absurdo, que si estaba conmigo era porque le gustaba y lo pasábamo

bien juntos, que tenía que aprovechar ese tiempo que permaneciera en Sevilla, que ya luego Dios diría, mientra tanto, comerme la cabeza no serviría para nada.

La mañana en la tienda pasó en un suspiro, entre atender a los clientes y charlar con mi compañero, dado qu seguíamos estando los dos solos. La jefa seguía con la niña malita y tenía que combinar los turnos con su pareja para que estuviera atendida el mayor tiempo posible por ellos dos, aunque durante un rato se tuviera que queda con la vecina.

Las tres en punto, y ya estaba Thiago esperando en la puerta a que yo terminara mi turno. Esta vez, llevaba una bermudas caquis que le quedaban genial, junto con una camiseta blanca con motivos militares. Sus zapatillas d esparto del mismo tono completaban el conjunto, y no podía faltar sus gafas de sol. Además, esos brazo tonificados que se asomaban por las mangas de la camiseta hacían que todas las chicas que pasaban no pudiera evitar mirarlo.

—¿Habéis visto ese hombre que está en la puerta? Virgen de la Macarena, por un espécimen así, aprendo y chino mandarín para hacerme entenderme si hiciera falta —soltó Mila en cuanto entró por la puerta, dándose air con la mano.

—Como te escuche tu marido, verás. En el sofá vas a dormir —le dije yo riendo, mientras que ella me hacía u gesto con la mano como de que no tenía importancia.

—Además, jefa, no te hagas ilusiones, que el *italianini* ya tiene dueña —le soltó Nico con toda la gracia de mundo, mientras que me señalaba con la cabeza.

—¡No! ¿Te está esperando a ti? —me preguntó, visiblemente sorprendida, ya que era un hecho que no habí tenido pareja en un par de años. La última relación que tuve fue con un chico que se marchó a Inglaterra par estudiar, y al final decidimos separarnos, y mucho menos un turista—. Las hay con suerte. Venga, vete ya, que n sea que un bombón así se derrita con el sol.

Entré en el cuartito, cogí mi bolso y salí de la tienda, diciendo adiós con la mano, mientras que el capullo de m compañero me decía a gritos desde la puerta, que algún día le pasaría a él lo mismo, y que me daría envidi paseando con él por debajo de mi balcón.

Thiago me recibió con un beso en los labios, mientras que Nico seguía haciendo de las suyas, y llamó a la jef para que lo acompañara con los aplausos, lo que provocó la carcajada de los dos.

—Thiago, sé que a lo mejor te puede parecer inapropiado, pero mi padre ha encargado una paella y pescad frito en el bar de Carlos, para celebrar lo de su contrato, y le gustaría que fueses. Así te puede agradece personalmente lo que has hecho por nosotros, por él en particular —le dije un tanto nerviosa, sin saber lo que m iba a responder.

—¿Por qué me iba a parecer inapropiado? Son tus padres, Sheila, y es lo más normal del mundo que quiera conocer a la pareja de su hija, y más siendo extranjero. Ten por seguro que, en el momento en que mis padre pongan un pie en Sevilla, yo tendré la misma intención, la de que te conozcan —me respondió, dejándome co una sonrisa en los labios por la forma en la que se había referido a lo nuestro, como una pareja, y entonces toda mis dudas se disiparon de golpe.

Mis padres ya nos estaban esperando en el salón interior, donde el aire acondicionado estaba puesto a tope, y que fuera casi ni se podía respirar. Thiago se reía, puesto que decía que en Roma hacía el mismo calor o más, as que a él no le afectaba, pero yo, por muy sevillana que fuera, no aguantaba el verano, con lo bien que se estaba e mi tierra en enero.

bien juntos, que tenía que aprovechar ese tiempo que permaneciera en Sevilla, que ya luego Dios diría, mientras tanto, comerme la cabeza no serviría para nada.

La mañana en la tienda pasó en un suspiro, entre atender a los clientes y charlar con mi compañero, dado que seguíamos estando los dos solos. La jefa seguía con la niña malita y tenía que combinar los turnos con su pareja para que estuviera atendida el mayor tiempo posible por ellos dos, aunque durante un rato se tuviera que quedar con la vecina.

Las tres en punto, y ya estaba Thiago esperando en la puerta a que yo terminara mi turno. Esta vez, llevaba unas bermudas caquis que le quedaban genial, junto con una camiseta blanca con motivos militares. Sus zapatillas de esparto del mismo tono completaban el conjunto, y no podía faltar sus gafas de sol. Además, esos brazos tonificados que se asomaban por las mangas de la camiseta hacían que todas las chicas que pasaban no pudieran evitar mirarlo.

—¿Habéis visto ese hombre que está en la puerta? Virgen de la Macarena, por un espécimen así, aprendo yo chino mandarín para hacerme entenderme si hiciera falta —soltó Mila en cuanto entró por la puerta, dándose aire con la mano.

—Como te escuche tu marido, verás. En el sofá vas a dormir —le dije yo riendo, mientras que ella me hacía un gesto con la mano como de que no tenía importancia.

—Además, jefa, no te hagas ilusiones, que el *italianini* ya tiene dueña —le soltó Nico con toda la gracia del mundo, mientras que me señalaba con la cabeza.

—¡No! ¿Te está esperando a ti? —me preguntó, visiblemente sorprendida, ya que era un hecho que no había tenido pareja en un par de años. La última relación que tuve fue con un chico que se marchó a Inglaterra para estudiar, y al final decidimos separarnos, y mucho menos un turista—. Las hay con suerte. Venga, vete ya, que no sea que un bombón así se derrita con el sol.

Entré en el cuartito, cogí mi bolso y salí de la tienda, diciendo adiós con la mano, mientras que el capullo de mi compañero me decía a gritos desde la puerta, que algún día le pasaría a él lo mismo, y que me daría envidia paseando con él por debajo de mi balcón.

Thiago me recibió con un beso en los labios, mientras que Nico seguía haciendo de las suyas, y llamó a la jefa para que lo acompañara con los aplausos, lo que provocó la carcajada de los dos.

—Thiago, sé que a lo mejor te puede parecer inapropiado, pero mi padre ha encargado una paella y pescado frito en el bar de Carlos, para celebrar lo de su contrato, y le gustaría que fueses. Así te puede agradecer personalmente lo que has hecho por nosotros, por él en particular —le dije un tanto nerviosa, sin saber lo que me iba a responder.

—¿Por qué me iba a parecer inapropiado? Son tus padres, Sheila, y es lo más normal del mundo que quieran conocer a la pareja de su hija, y más siendo extranjero. Ten por seguro que, en el momento en que mis padres pongan un pie en Sevilla, yo tendré la misma intención, la de que te conozcan —me respondió, dejándome con una sonrisa en los labios por la forma en la que se había referido a lo nuestro, como una pareja, y entonces todas mis dudas se disiparon de golpe.

Mis padres ya nos estaban esperando en el salón interior, donde el aire acondicionado estaba puesto a tope, ya que fuera casi ni se podía respirar. Thiago se reía, puesto que decía que en Roma hacía el mismo calor o más, así que a él no le afectaba, pero yo, por muy sevillana que fuera, no aguantaba el verano, con lo bien que se estaba en mi tierra en enero.

Capítulo 10



La cena transcurrió entre bromas y risas, y aprovechamos para tomarnos un montón de fotos. En un momento Thiago me sugirió que cogiera algo de ropa y que lo acompañara a su hotel hasta el día siguiente, cuando yo tení que ir a trabajar y él tenía que asistir a su máster.

—No seas tonta, hija, y disfruta, que eso es lo que te vas a llevar —me decía mi padre, que me había enseñad a vivir sin pensar en el qué dirán, ya que mi vida era mía y, como tal, podía vivirla como me diera la gana siempre y cuando no le hiciera daño a nadie.

Carlos, cada vez que venía a traer alguna cosa a la mesa, soltaba un tirito, intentando dejarme por los suelos pero como no me afectaba, se marchaba todavía más cabreado que cuando había venido, hasta que mi chico porque ya lo podía llamar así, intervino con mi padre.

—Pedro, o le respondes tú a este chico o lo haré yo, y te prometo que no será en buenos términos, porque ya m está molestando cómo se está comportando con tu hija —le comentó Thiago, con un tono muy serio, y mi padr simplemente asintió.

—No te preocupes, que cuando nos quedemos solos voy a tener unas palabritas con él, ya lo tenía pensado. N lo he hecho antes porque, como he visto que Sheila no se ha alterado, no quería que la comida se viera empañad por una bronca —contestó mi padre, dispuesto a decirle cuatro cosas a Carlos, y la cosa no se hizo esperar.

—¿Voy reservando el salón para el bautizo, Pedro? —preguntó Carlos, intentando hacerse el gracioso— Porqu tengo claro que aquí el guiri, se está poniendo las botas con tu hija, le va a hacer un bombo y va a salir por patas que lo estoy viendo. Y luego vendrán los llantos, y el querer buscarle un padre a la criaturita, y entonces se tendr que conformar con el que le haga un poco de caso, le guste o no, y yo estaré ahí para decirle que no me interes tener una mujer así a mi lado.

—Mira chaval —le dije yo, no hizo falta que me defendiera nadie, porque con ese comentario me había tocad la moral, y mucho—. En el caso de que me quedara embarazada y mi chico se fuera, ten por seguro que no l buscaría un padre a mi bebé, porque ya tendría uno. Si me buscara un novio, no iba a ser el primero que m hiciera caso, porque me valoro mucho, y sería alguien que me gustara de verdad.

»Hoy en día tener un hijo de una pareja anterior no supone ningún problema, por lo menos para los hombres d verdad, no para los que son como tú, unos machistas misóginos. Y, por supuesto, que no estarías conmigo, per no por lo que tú piensas, sino porque soy demasiado mujer para ti, mucha carne para tan poco arroz, como diría m abuela. Así que, si eres tan amable, tráenos la cuenta porque, al menos yo, no pienso volver a poner un pie aqu mientras tú sigas trabajando tras esa barra.

—Muy bien dicho, cariño. —Me felicitó mi padre—. Que los hombres que se visten por los pies no juzgan nadie, y menos a una mujer, porque la mayoría tienen una madre o una hermana, y no les gustaría que fuera tratadas así.

Salimos de allí con la cabeza bien alta, y con un cabreo monumental. El gilipollas ese se había cargado un comida que había estado plagada de momentos buenos y agradables.

Fuimos a mi casa para preparar una pequeña mochila, en la que metí mis cosas de aseo, así como la ropa del dí siguiente y otro bikini, puesto que Thiago me había dicho que iríamos directos al *spa*, a relajarnos y a que no dieran un masaje, ese que le dije que prefería que me lo diera él, y a ser posible con final feliz.

Se maravillaba de la confianza que tenía con mis padres, ya que esos comentarios se los hice delante de ellos y mientras que mi madre fingía indignación, mi padre se reía a mandíbula batiente, sin poder parar.

—Papá, mi madre se ha indignado no por lo que he dicho, sino porque ella también quiere uno y tú no se lo va a dar —le decía yo bromeando, mientras que Thiago nos miraba con la boca abierta.

—No te preocupes, hija, que ahora, como nos quedamos solos, cojo yo el aceite Johnson y la voy a hacer grita

aunque no sé si lo haré de placer o de que apriete demasiado y mañana no se pueda mover —me respondió él co
mucha guasa.

—Papá, también puede ser que la hagas gritar porque le hayas manchado las sábanas de la pringue del aceite
que luego eso no hay quién lo quite. —Seguimos con la broma.

—¿Has visto, Thiago, la guasa que tienen los dos? —le preguntó mi madre a mi chico, intentando que salier
del trance en el que estaba.

—Si yo me atrevo a hablarle a mis padres de esa manera, seguro que me arman un lío y, quién sabe, tal ve
hasta me sueltan una bofetada por ser tan irrespetuoso. Con lo estirados que son los dos, no nos hacen hablarles d
usted a mi hermano y a mí, porque ya sería demasiado, pero con mis abuelos sí tenemos que hacerlo así —dij
Thiago bastante apenado—. No te puedes imaginar lo que me gustaría tener esa complicidad que Sheila tiene co
vosotros, me parece increíble.

—Tener respeto es muy diferente a tener miedo, Thiago. Y mi hija, como puedes ver, en ningún momento m
lo ha faltado, puesto que no ha habido ningún insulto ni nada parecido. Hemos intentado educarla de manera qu
no nos vea solo como a sus padres, sino como a unos amigos.

»De esta manera nos aseguramos de que, en el momento en el que tenga un problema, a los primeros que va
acudir somos nosotros, quienes le daremos los mejores consejos, puesto que nadie como unos padres para quere
lo mejor para sus hijos.

—Tienes toda la razón del mundo, Pedro, pero no todos los padres son iguales, los hay que quieren y necesita
mantener una distancia, que les sirva de autoridad, para que con solo una mirada, puedan advertir a sus hijos de l
que no les gusta, en vez de hablarlo con ellos tranquilamente —contestó mi chico, describiendo a sus padres d
ese modo.

Nos despedimos de mis padres, diciéndoles que mañana comeríamos en casa, así que mi madre dijo que, ante
de irse al trabajo, dejaría todo listo para hacer una tortilla de patatas grande y pimientos fritos, esos que Thiag
todavía no había probado, y un gazpacho fresquito para acompañar.

Cogimos mi moto, ya que no pensaba venirme andando desde el hotel hasta el trabajo, ni tener que gasta
dinero en un taxi, por mucho que Thiago me dijera que él se encargaba de dejarlo pagado por la aplicación. A
final, no le quedó otra opción que subirse detrás de mí.

Al principio, y para acojonarlo un poco, hice como que no sabía manejarla bien, cuando la llevaba cogiend
todos los días desde hacía más de dos años. Me partí de risa cuando vi su cara por el espejo retrovisor, y s
manera de preguntarme si quería que la llevara él, que en Roma tenía una Vespa que cogía a menudo. Cuando m
dispuse a conducirla como lo hacía a diario, se le cambió el semblante, murmurando cosas en italiano, esas qu
tenía claro que eran dándole gracias a Dios, al universo o quien él normalmente se dirigiera, que no lo sabí
porque no lo habíamos hablado.

—Voy a hacer como el Papa en sus viajes, voy a besar el suelo —dijo cuando se bajó de la moto, que habíamo
dejado aparcada en el garaje del hotel.

—¡Qué exagerado! Ni que te hubiera traído como Marc Márquez —le dije riendo, esa risa que se comió con u
beso.

—He temido por mi vida, que lo sepas. He venido rezando todo lo que me sabía, porque ya te veía teniendo qu
llamar a mis padres para comunicarles que su hijo se había abierto la cabeza por una sevillana descerebrada.

—Eso, eso, como los has pintado tan cercanos y agradables, seguro que no me dicen nada, y me ven como l
nuera perfecta.

Reíamos los dos al montarnos en el ascensor para llegar hasta la planta en la que se encontraba su apartamento
ese en el que me daría una ducha en cuanto llegara, puesto que la humedad que hacía hoy había hecho que m
sintiera pegajosa del sudor. Procuraría que esa ducha fuera acompañada, y no creía que me costara mucho, puest
que Thiago me tenía clavado su miembro en mi vientre, mientras me tenía aprisionada contra el espejo y m
besaba apasionadamente.

aunque no sé si lo haré de placer o de que apriete demasiado y mañana no se pueda mover —me respondió él con mucha guasa.

—Papá, también puede ser que la hagas gritar porque le hayas manchado las sábanas de la pringue del aceite, que luego eso no hay quién lo quite. —Seguimos con la broma.

—¿Has visto, Thiago, la guasa que tienen los dos? —le preguntó mi madre a mi chico, intentando que saliera del trance en el que estaba.

—Si yo me atrevo a hablarle a mis padres de esa manera, seguro que me arman un lío y, quién sabe, tal vez hasta me sueltan una bofetada por ser tan irrespetuoso. Con lo estirados que son los dos, no nos hacen hablarles de usted a mi hermano y a mí, porque ya sería demasiado, pero con mis abuelos sí tenemos que hacerlo así —dijo Thiago bastante apenado—. No te puedes imaginar lo que me gustaría tener esa complicidad que Sheila tiene con vosotros, me parece increíble.

—Tener respeto es muy diferente a tener miedo, Thiago. Y mi hija, como puedes ver, en ningún momento me lo ha faltado, puesto que no ha habido ningún insulto ni nada parecido. Hemos intentado educarla de manera que no nos vea solo como a sus padres, sino como a unos amigos.

»De esta manera nos aseguramos de que, en el momento en el que tenga un problema, a los primeros que va a acudir somos nosotros, quienes le daremos los mejores consejos, puesto que nadie como unos padres para querer lo mejor para sus hijos.

—Tienes toda la razón del mundo, Pedro, pero no todos los padres son iguales, los hay que quieren y necesitan mantener una distancia, que les sirva de autoridad, para que con solo una mirada, puedan advertir a sus hijos de lo que no les gusta, en vez de hablarlo con ellos tranquilamente —contestó mi chico, describiendo a sus padres de ese modo.

Nos despedimos de mis padres, diciéndoles que mañana comeríamos en casa, así que mi madre dijo que, antes de irse al trabajo, dejaría todo listo para hacer una tortilla de patatas grande y pimientos fritos, esos que Thiago todavía no había probado, y un gazpacho fresquito para acompañar.

Cogimos mi moto, ya que no pensaba venirme andando desde el hotel hasta el trabajo, ni tener que gastar dinero en un taxi, por mucho que Thiago me dijera que él se encargaba de dejarlo pagado por la aplicación. Al final, no le quedó otra opción que subirse detrás de mí.

Al principio, y para acojonarlo un poco, hice como que no sabía manejarla bien, cuando la llevaba cogiendo todos los días desde hacía más de dos años. Me partí de risa cuando vi su cara por el espejo retrovisor, y su manera de preguntarme si quería que la llevara él, que en Roma tenía una Vespa que cogía a menudo. Cuando me dispuse a conducirla como lo hacía a diario, se le cambió el semblante, murmurando cosas en italiano, esas que tenía claro que eran dándole gracias a Dios, al universo o quien él normalmente se dirigiera, que no lo sabía porque no lo habíamos hablado.

—Voy a hacer como el Papa en sus viajes, voy a besar el suelo —dijo cuando se bajó de la moto, que habíamos dejado aparcada en el garaje del hotel.

—¡Qué exagerado! Ni que te hubiera traído como Marc Márquez —le dije riendo, esa risa que se comió con un beso.

—He temido por mi vida, que lo sepas. He venido rezando todo lo que me sabía, porque ya te veía teniendo que llamar a mis padres para comunicarles que su hijo se había abierto la cabeza por una sevillana descerebrada.

—Eso, eso, como los has pintado tan cercanos y agradables, seguro que no me dicen nada, y me ven como la nuera perfecta.

Reíamos los dos al montarnos en el ascensor para llegar hasta la planta en la que se encontraba su apartamento, ese en el que me daría una ducha en cuanto llegara, puesto que la humedad que hacía hoy había hecho que me sintiera pegajosa del sudor. Procuraría que esa ducha fuera acompañada, y no creía que me costara mucho, puesto que Thiago me tenía clavado su miembro en mi vientre, mientras me tenía aprisionada contra el espejo y me besaba apasionadamente.

Capítulo 11



Los días fueron transcurriendo entre el trabajo y el hotel de Thiago, combinados con algunas salidas con mi amigos, plantándonos ya en la mitad del mes de agosto. Las pocas noches que no estábamos juntos las pasábamo enviándonos mensajes por WhatsApp hasta tarde, ya que lo primero que hicimos fue intercambiarnos los número de teléfono.

Carlos no me volvió a hablar, ni a mí ni a mis padres, a pesar de que el suyo, que era el dueño del bar, nos pidi disculpas por las desacertadas palabras de su hijo, cuando no le correspondía a él hacerlo, pero no tuvimos repar en aceptarlas y, mi padre, siguió frecuentándolo como era su costumbre, eso sí, sin que el camarero volviera atenderlo.

—Sheila, mis padres llegan esta tarde a Sevilla, me gustaría que cenáramos con ellos —me contó Thiago e cuanto me recogió ese mediodía del trabajo.

—¿Se lo has preguntado? Porque no me gustaría sentirme incómoda ni que ellos lo estuvieran con mi presencia la verdad —le dije, puesto que me daba miedo enfrentarme a ellos, sabiendo, por lo que me había contado su hijo cómo eran de estirados.

—No hace falta, peque. Ellos saben que me estoy viendo con alguien, el jefe de tu padre se lo comentó al mí en una videollamada de trabajo, y me han dicho que estarían encantados de conocerte —me respondió muy segur de lo que decía—. No tengas miedo, que son estirados, pero hasta ahora, no se han comido a nadie.

—Mira por dónde, yo voy a ser la primera. Menú del día, de primer plato, Sheila a la plancha —le dij sonriendo, y él soltó una carcajada.

—Para eso solo hay que ponerte en la azotea del hotel un ratito.

—Sí, claro, que a esta hora se tiene que estar de miedo.

Fuimos a mi casa, puesto que hoy comíamos con mis padres, ya que era el cumpleaños de mi madre. Le habí comprado un detallito, unas cuñas de esparto que llevaba mucho tiempo mirando en la zapatería de los padres d mi amiga, y que sabía que no se las iba a comprar, porque ella se lo pensaba mucho cuando se trataba d comprarse algo para ella. Para cuando se decidía, o ya no había de su talla o estaba cerca el cambio de estación decía que ya no merecía la pena, porque no se los iba a poder poner.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…! —Le canté nada más entrar por la puerta, y es que esa mañana ell salió antes para poder terminar temprano, y no habíamos coincidido en el desayuno.

—Desde luego, igual de payasa que su padre. Hola Thiago, cariño, bienvenido —dijo mi madre acercándose él para darle un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, Macarena. Te sienta bien cumplir años, cada día estás más guapa —le dijo muy zalamer

mientras que le daba un abrazo.

—Que corra el aire, chaval, que ya te has llevado a una de las mujeres de mi vida, no pretendas que te dej llevarte a la otra —le dijo mi padre, mientras que Thiago soltaba una carcajada.

—No lo pretendía, de verdad, con una ya tengo bastante.

—Mamá, ¿te has fijado con el disimulo que nos han dicho que somos de su propiedad? Ni que fuéramos un pulsera que se pudiera robar, vamos —le contesté fingiendo mucha seriedad.

—Nada más lejos de nuestra intención, pequeña. Tanto para tu padre como para mí, sois dos tesoros, que n dejaremos que nos arrebaten. ¿No es así Pedro? —decía mi chico, tratando de paliar mi enfado, que no era tal, y que yo estaba de broma.

—Totalmente, yerno. Ahora vamos a comer, que ya son casi las cuatro de la tarde y mi estómago está rugiend como un león —contestó mi padre, llevando a la mesa la botella de vino que Thiago había traído.

Nos sentamos a comer, entre bromas y risas, ya que mi padre le decía a mi madre que ya les quedaba meno para poder viajar con el IMSERSO, y la otra le respondía que siempre podrían viajar antes gracias a él, que er dos años mayor que ella.

Fui a la cocina a buscar la tarta que mi padre y yo habíamos comprado, la cual tenía una foto impresa de lo cuatro en la parte de arriba. Esa imagen era de una noche en la que salimos a cenar juntos y nos pusimos a hace tonterías, mientras mi madre se reía sin parar. Era la felicidad reflejada en una imagen.

Le cantamos el cumpleaños feliz de nuevo, mientras que ella apagaba las velas, y llegó el momento de lo regalitos.

—Toma mamá, espero que sean las que te gustaban —le dije a mi madre, tendiéndole el paquete para que l abriera.

—¡Sí! Además, el color es precioso, y me combinará con todo. Muchas gracias, corazón mío —me contestó dándome un montón de besos en la mejilla.

—Ahora yo —dijo mi padre, que le había comprado una pulsera de una firma muy conocida, con tres colgante que nos representaban a cada uno de nosotros, nuestra familia. Se disculpó con Thiago por no haber incluido un que lo representara a él, pero decía que ya lo tenía comprado desde hace mucho tiempo, y que no había caído e añadirlo.

—No tienes de que preocuparte, Pedro, es totalmente normal. Ahora el mío, espero de corazón que te guste —l dijo Thiago a mi madre, cuando le puso un paquete en sus manos, cuyo papel era de una firma muy conocida d bolsos, y mi madre tembló cuando lo abrió.

—Esto es demasiado, Thiago, te ha tenido que costar una fortuna. Es precioso, y me encanta, me combina co las cuñas estupendamente, y os aseguro que voy a estrenar ambas cosas el sábado, cuando salgamos a cenar t suegro y yo —le dijo emocionada, dándole un abrazo y un beso en la mejilla. Era un bolso de esparto, con la firm bien visible, en tono *beige* y rosa pastel, tan clarito como las cuñas. Si lo hubiésemos comprado a la vez, n hubiéramos coincidido tanto en el tono.

—Bueno, yo tengo que irme ya. Debo ir a recoger a mis padres al aeropuerto. Sheila, te recojo a las ocho media, para ir a cenar con ellos, tal y como te he comentado. —Se despidió Thiago de todos, aunque a mí me di un buen beso antes de irse, ya que lo acompañé hasta la puerta.

Le conté a mis padres todo lo que me había dicho Thiago por la mañana, con relación a su llegada y a l

intención de que cenara con ellos, para conocerme, puesto que ya su hijo les había hablado de mí.

—Tranquilízate, cariño, es normal que unos padres quieran conocer a la pareja de su hijo, y más cuando la diferencia social es tan grande. Querrán comprobar que no estás con Thiago por su dinero —me dijo mi padre, y en realidad tenía razón—. Tú solo muéstrate tal y como eres, que los padres solo queremos la felicidad de nuestros hijos, y el suyo es feliz contigo.

—Tienes razón, papá, pero no dejo de sentirme nerviosa, por si hago algo mal o les molesta mi manera de ser.

Tras una breve conversación con mi padre, entré en mi dormitorio para elegir el atuendo que me iba a poner para dejarlo preparado en la cama antes de meterme en la ducha.

Al final, me decanté por un mono de pierna ancha, en color rosa pastel, con tirantes anchos y abotonado en la parte delantera. Lo combiné con unas sandalias de tacón y un cinturón ancho en un tono más oscuro, además de un bolso de cuentas en varias tonalidades de rosa. Para mi cabello, cuyos rizos estaban un tanto rebeldes, decidí recogerlo en una coleta baja con la raya en el medio, y lo definí un poco con gel que tenía para ese fin. En cuanto al maquillaje, elegí algo muy natural, puesto que estaba bastante bronceada; solo apliqué un poco de máscara de pestañas y un labial de larga duración que coincidía con el color del cinturón y los zapatos, lo que me daba un toque fino y elegante.

Estaba terminando de echarme unas gotitas de ese perfume que tanto me gusta, y que tiene un aroma muy fresco, cuando me llegó un mensaje de Thiago. Me preguntaba si podía acercarme hasta la zona de la tienda en la que yo trabajaba, ya que ellos iban en coche y les sería más complicado llegar hasta mi casa. Le respondí que no había problema, que ya bajaba y que me encontrarían allí tan pronto como llegaran.

Pasaron unos cinco minutos antes de que llegaran, y los pasé hablando con Nico, que ese día había tenido que doblar turno, ya que nuestra compañera se había puesto enferma, y él decía que no tenía problema en cubrirla. Ese dinero de las horas extras le vendría genial para comprarse el ordenador que quería, así que se salió a la puerta a fumar un cigarrillo en cuanto vio que llegaba.

intención de que cenara con ellos, para conocerme, puesto que ya su hijo les había hablado de mí.

—Tranquilízate, cariño, es normal que unos padres quieran conocer a la pareja de su hijo, y más cuando la diferencia social es tan grande. Querrán comprobar que no estás con Thiago por su dinero —me dijo mi padre, y en realidad tenía razón—. Tú solo muéstrate tal y como eres, que los padres solo queremos la felicidad de nuestros hijos, y el suyo es feliz contigo.

—Tienes razón, papá, pero no dejo de sentirme nerviosa, por si hago algo mal o les molesta mi manera de ser.

Tras una breve conversación con mi padre, entré en mi dormitorio para elegir el atuendo que me iba a poner, para dejarlo preparado en la cama antes de meterme en la ducha.

Al final, me decanté por un mono de pierna ancha, en color rosa pastel, con tirantes anchos y abotonado en la parte delantera. Lo combiné con unas sandalias de tacón y un cinturón ancho en un tono más oscuro, además de un bolso de cuentas en varias tonalidades de rosa. Para mi cabello, cuyos rizos estaban un tanto rebeldes, decidí recogerlo en una coleta baja con la raya en el medio, y lo definí un poco con gel que tenía para ese fin. En cuanto al maquillaje, elegí algo muy natural, puesto que estaba bastante bronceada; solo apliqué un poco de máscara de pestañas y un labial de larga duración que coincidía con el color del cinturón y los zapatos, lo que me daba un toque fino y elegante.

Estaba terminando de echarme unas gotitas de ese perfume que tanto me gusta, y que tiene un aroma muy fresco, cuando me llegó un mensaje de Thiago. Me preguntaba si podía acercarme hasta la zona de la tienda en la que yo trabajaba, ya que ellos iban en coche y les sería más complicado llegar hasta mi casa. Le respondí que no había problema, que ya bajaba y que me encontrarían allí tan pronto como llegaran.

Pasaron unos cinco minutos antes de que llegaran, y los pasé hablando con Nico, que ese día había tenido que doblar turno, ya que nuestra compañera se había puesto enferma, y él decía que no tenía problema en cubrirla. Ese dinero de las horas extras le vendría genial para comprarse el ordenador que quería, así que se salió a la puerta a fumar un cigarrillo en cuanto vio que llegaba.

Capítulo 12



—Buenas noches, peque —me dijo Thiago al bajarse del coche para recogerme. Sus padres estaban ahí, pero parecían indiferentes, ni siquiera se molestaron en mirarme. La verdad, no era el mejor comienzo, pero tenía fe en esa frase que dice que no es como se empieza, sino como se termina.

—Buenas noches, Thiago. —Como ellos no se habían dirigido a mí en ningún momento, yo tampoco lo hice hacia ellos, no estaba dispuesta a consentir que me pisoteara nadie, por mucho dinero que tuvieran. Con la clase se nace, no se compra, y esas dos personas me estaban demostrando que tenían muy poca.

Me monté en el coche, y Thiago tomó mi mano, acariciándomela, para infundirme una tranquilidad que no tenía ni él, que estaba igual o más nervioso que yo, sobre todo por la actitud que habían tenido sus padres nada más verme, ni siquiera me habían dado la oportunidad de hablar.

Nos bajamos del coche en una de las zonas de Sevilla donde había mayor poder adquisitivo, y entramos en uno de los restaurantes más famosos, y más caros también. Te ponían la comida en unos platos que parecía que estaban bocabajo, de la poca cantidad que tenían, y te los cobraban como si hubieras celebrado una boda, pero no era yo la que fuera a decir nada, allá ellos.

—Mamá, papá, ella es Sheila, mi pareja —les dijo Thiago a sus padres en cuantos nos bajamos del coche, y ellos solo hicieron una inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Encantada, señores Bianchi —contesté yo, ofreciéndoles mi mano, para demostrar que yo tenía más educación que ellos, y no tuvieron otra opción que estrechármela.

—¿A qué te dedicas, Sheila? —me preguntó su padre nada más sentarnos a la mesa que tenían reservada.

—Estoy estudiando el grado de Turismo, aquí en la universidad de Sevilla, pero también trabajo en una tienda cofrade durante las vacaciones, para disponer de mi propio dinero y no ser una carga para mis padres —le respondí un tanto nerviosa.

—¿Les llega el dinero a tus padres para pagarte la universidad? Porque tengo entendido que tu padre trabaja en una fábrica y tu madre se dedica a la limpieza por horas en varios domicilios. Tus estudios no deben ser baratos precisamente —soltó su madre por esa boquita, y a mí me hirvió la sangre, por varios motivos. Primero por prejuzgar a las personas, y segundo, que no menos importante, por haber investigado a mis padres, que no tenían nada que ver en nuestra relación.

—Mamá, por favor, no es necesario…

—No importa, Thiago, no tengo ningún inconveniente en explicarle a tu madre cómo es la vida de una familia de clase media española, como si de un documental se tratase —interrumpí a mi chico, porque me hervía la sangre de una manera inusitada—. En España existen unas cosas que se llaman becas, y que se otorgan a aquellos estudiantes cuyas familias no pueden pagar sus matrículas en la universidad, pero que tienen un expediente académico brillante.

»Tienen que demostrar su valía y su compromiso con los estudios durante todo el curso escolar. Y sí, mi padre es obrero y mi madre una limpiadora, pero que, con su cariño y su confianza en mí, suplen todo eso que el dinero puede comprar, porque no es más rico quién más dinero tiene, sino quién atesora más amor de todos los que le rodean, y en eso, yo soy millonaria.

—¿Qué tienes pensado hacer con respecto a tu futuro, Sheila? —Siguió su padre interrogándome, pero yo ya tenía la escopeta cargada. Si permanecía sentada en esa mesa, era por Thiago, que también lo estaba pasando mal porque de lo contrario, ya me habría levantado y marchado para mi casa, pero lo quería demasiado y, al fin y al cabo, mi pareja era él, no sus padres.

—Pues, la verdad, es que no lo sé. Yo soy más de vivir el presente, el aquí y ahora, que mañana no sabemos dónde vamos a estar ni en qué circunstancias. Pero supongo que terminar mi carrera y encontrar un buen trabajo

con el que pueda mantenerme.

»No soy de esas personas que miran la cartera de un hombre para salir con él, prefiero ser autosuficiente —l contesté, mientras que Thiago escondía una sonrisa tras su copa de vino, y su madre mudaba el semblante a un que no sabría definir, puesto que era una mezcla de asombro, incredulidad y enfado. Por lo visto, había dado en e clavo con ella, que era una mantenida que no sabía hacer la o con un canuto.

—Si tu marido tiene los suficientes medios para hacerte la vida más cómoda, lo normal es que la mujer s quede en casa, cuidando de ella y de sus hijos. Así su marido la encontrará siempre bella cuando vuelva d trabajar —me soltó, confirmando todas mis sospechas.

—Eso sería en el siglo anterior, en este, las mujeres podemos, y debemos, ser capaces de ser independientes que las cosas del hogar se pueden hacer entre los dos, al igual que cuidar a los hijos. Mi padre es el primero e remangarse y ponerse a tender o a limpiar para ayudar a mi madre. Debería de ser lo normal en esta sociedad, n tratarlo como algo extraordinario —le respondí, y es que esta mujer ya me estaba tocando mucho la moral.

Llegados a este punto, Thiago cambió de tema, y es que no quería que aquella cena se convirtiera en una batall campal entre su madre y yo, puesto que su padre se mantuvo al margen de lo que ella y yo discutíamos. Me parec que para él era mucho más cómodo tenerla en casa y comprarle sus caprichos mientras que él hacía lo que le dab la gana, porque tenía una pinta de viva la vida que echaba para detrás, aunque los dos eran igual de clasistas, d los que miraban a los demás por encima del hombro.

Estuvieron gran parte de la cena hablando de lo que querían visitar, ya que se marchaban el lunes por l mañana, y estaban seleccionando los lugares más emblemáticos, a los que los llevaría Thiago al día siguiente Querían conocer la Plaza de España o la Basílica de la Macarena, puesto que eran muy creyentes y dijeron qu querían escuchar misa allí. Mientras tanto yo me mantenía al margen, ya que sus padres no se dirigieron a mí e ningún momento, así como tampoco me incluyeron en sus planes, por mucho que Thiago lo intentara. Le hice u gesto como que no me importaba, que fueran ellos, que ya lo vería por la tarde.

Mientras los padres se dirigían al hotel, ya que se alojaban en el apartamento de su hijo, nosotros decidimos ir tomar una copa, después de la cual me dejaría en mi casa. No creo que lo del alojamiento fuera una casualidad tenía claro que lo habían hecho para fastidiarnos, porque dinero tenían para alquilar el hotel entero para los dos Solo había que fijarse en los zapatos de ella, que costaban lo mismo que mi casa.

—Siento mucho que mis padres te hayan hecho sentir mal con sus comentarios, Sheila —se disculpaba Thiag en el mismo momento en el que nos quedamos solos.

—Mi abuela siempre me decía que no ofende el que quiere, sino el que puede, y créeme cuando te digo qu ninguno de los dos ha podido conmigo. Tendrán mucho dinero, no te lo discuto, pero muy poquita clase educación, y de eso yo voy sobrada —le contesté orgullosa, mientras que él me apretaba contra su pecho, en u abrazo improvisado.

—Por un momento, temí que te levantaras y te fueras.

—No ha sido por falta de ganas, te lo prometo. Pero no quería que me tacharan de maleducada, además de qu tú también lo estabas pasando mal, que te lo estaba notando. Ten por seguro que, si no me marché y me quedé ah aguantando carros y carretas, fue por ti, por nadie más —le contesté.

Nada más escuchar mis palabras, me cogió de la cara y me dio un beso, como muestra de agradecimiento por l que había hecho y por cómo me había comportado frente a sus padres. Los comentarios que hicieron durante tod la cena me hicieron desear que se fueran un poco más lejos de Paterna, con billete de ida, pero no de vuelta. Po suerte, solo les quedaba un día más en Sevilla, porque de lo contrario, creo que me habría vuelto completament loca.

Nos pasamos más de dos horas entre arrumacos y besos, mientras que bailábamos y nos tomábamos una copa hasta que decidimos que era la hora de marcharnos.

—Esta noche te voy a echar de menos, como todas y cada una de las que no duermes conmigo —me dij mientras que se despedía de mí en el portal de mi casa.

—Con la diferencia de que esta vas a estar entretenido, que ahora te caerá el chaparrón por liarte con alguie como yo, que no está a la altura de su estatus social —le dije entre bromas, pero totalmente convencida de qu sería cierto.

No me contestó, lo que hizo que todavía lo creyera más. En fin, allá ellos con su manera de ser, yo no tení ningún remordimiento, ya que me había comportado de una manera muy correcta en todo momento. Me dio u beso en los labios, y quedamos en que vendría a mi casa al día siguiente, después de comer, para irnos a la piscin de mi club, donde ya estarían mis amigas.

e
o
l

e
e

,
n
o

a
e
a
e

a
.
e
n
n

a
l,
.

o

e
y
n

e
í

o
a
r
e

,

o

n
e

a
n
a

Capítulo 13



Esa mañana me levanté con un mensaje de las locas de mis amigas, diciéndome que se iban a ir al club, y qu comerían allí, así que pensé que, ya que Thiago no comería conmigo y nos íbamos a ir para allá en cuanto é llegara a recogerme, me iría con las chicas y que se uniera a nosotros cuando pudiera, así que le mandé u WhatsApp para informarlo.

Sheila: *Buenos días, amor. He decidido que me voy a ir a comer con las chicas al club, así que allí te espero.*

Ese fue el mensaje que le envié, y que me contestó con un escueto «de acuerdo», sin más palabras de cariño n nada parecido, lo que me escamó un poco, pero no le di importancia, porque supuse que estarían sus padre incordiando.

Me di una duchita rápida, y me puse uno de mis bikinis, en este caso, uno en azul marino con detalle marineros, que combiné con unas zapatillas del mismo color y con un mono vaquero de tirantes y cortito. Prepar mi bolsa y las llaves de la moto, ya que no pensaba ir hasta allí andando.

—Hija, que guapa vas, ¿has quedado con tu chico para comer? —me preguntó mi padre, que se encontraba e la cocina, preparando todo el almuerzo, ya que mi madre había tenido que ir un momento a una de las casas dond trabajaba. Se ve que la señora necesitaba ayuda para ducharse, ya que la chica que tenía contratada para eso s había lastimado una mano y no podía, así que llamó a mi madre y, por supuesto, se lo pagaría aparte.

—No, papá, Thiago ha salido esta mañana a enseñarle Sevilla a sus padres y va a comer con ellos. Por eso, m voy con las chicas al club; así aprovecho la piscina y comeremos allí, en el restaurante, que ahora me lo pued permitir —le dije a mi padre, quien me miraba con una expresión rara, no le había sentado muy bien que m excluyeran de sus planes.

—¿Se puede saber por qué tú no has ido con ellos? Porque si me dices que es porque tú lo has decidido, m callo, pero si es por otro motivo, me parece que voy a tener más de cuatro palabritas con Thiago.

—No merece la pena, papá, de verdad. Ni yo quería ir ni a sus padres les apetecía que yo estuviera, demasiad tuve que aguantar anoche en la cena por parte de su madre. Mira a todo el mundo por encima del hombro, así qu era lo mejor para todos —le dije a mi padre sonriendo, pero esa sonrisa no me llegaba a los ojos. Él se hizo e tonto, pero se dio cuenta perfectamente del detalle—. Dile a mamá que no vendré hasta la noche, un besito.

—Pásalo bien, hija —me dijo mientras me daba un beso.

—Lo haré papá, no lo dudes.

—Sheila —me dijo cuando ya estaba en la puerta—. No consientas que nunca nadie te haga de menos, ya se por tener dinero o por cualquier otro motivo.

Le sonreí a mi padre, asintiendo con la cabeza, y es que eso que me había dicho lo tenía claro desde el prime momento. Bajé las escaleras y cogí mi moto, por el camino hasta donde la tenía aparcada, me crucé con Carlos que me miró con desprecio. Ni siquiera me mereció la pena contestarle, por lo que seguí mi camino.

—Ya estoy aquí, chicas —les dije a mis amigas, que estaban esperándome en la puerta del club, para entra todas juntas.

—Ya era hora, hija. Por poco tenemos que entrar directamente en el restaurante de lo tarde que has aparecid —me contestó Sonia, que era impaciente por naturaleza.

—Mira guapa, que hemos quedado a las doce y son menos cinco, no seas tan ansias —le contesté, mientras no dirigíamos a la entrada, donde le dimos las buenas tardes al chico que estaba en la puerta.

—Mario —le hablé al chico—, esta tarde vendrá un chico italiano, Thiago Bianchi, que entrará como m acompañante. Por favor, déjalo anotado ahí para que no tenga problemas para entrar.

—Perfecto Sheila, no te preocupes. Además, hoy estaré aquí todo el día, porque mi compañero está enfermo

me toca hacer su turno también —me dijo muy amablemente, y es que nos conocía desde que teníamos dieciséi años, que fue cuando nos inscribimos. Desde entonces no habíamos faltado nunca.

Entramos al club y nos pusimos a buscar tres hamacas que estuvieran juntas, y las encontramos al fondo de l zona de la piscina, que además era la parte que más nos gustaba, porque estaba cerca de la barra y podíamo bañarnos estando pendientes de nuestras cosas. Aunque era un club solo para socios, ya había habido algún qu otro hurto.

—¿Cómo te fue anoche la cena con los padres de Thiago? —Se atrevió a preguntarme María, ya que la noch anterior no les había contado nada.

—Entre mal y peor, te lo juro. No tienen nada que ver con él, son clasistas y egocéntricos, se creen mejor qu los demás por el simple hecho de tener dinero —les conté, visiblemente decepcionada—. No pararon en toda l noche de lanzarme indirectas con mi manera de vivir, su dinero y demás. Intentando hacerme sentir inferior ellos, pero no lo consiguieron, les planté cara desde el minuto uno.

—Entonces por eso no te has ido con ellos a comer, ¿me equivoco? —me dijo Sonia, dando por hecho que y no iba a caer en su trampa ni una vez más.

—Eso mismo, aunque Thiago me lo dijo, pero creo que con la boquita pequeña, la verdad. Entiendo que son su padres, pero yo soy su novia, y debería haber considerado a ambas partes en la situación. Así que decidí quedarm aquí, porque no tengo idea de cómo podría acabar el día.

»También te digo que sus padres en ningún momento me incluyeron en sus planes, y que Thiago tampoco hiz mucho hincapié en lo contrario —les conté, un poco apenada por la situación, menos mal que se iban al dí siguiente, por eso nos íbamos a salvar de tener nuestra primera bronca.

Nos acomodamos en las hamacas, no sin antes ir a buscar un refresco con hielo para cada una y unos aperitivo que pusimos en una mesita cerca de nosotras. Tras aplicarnos la crema solar, nos animamos a darnos un chapuzón aunque antes no pude resistir la tentación de revisar el móvil, ya que habían pasado muchas horas desde que no habíamos despedido la noche anterior y no me había enviado ni un simple mensaje de buenos días, salvo aque escueto «de acuerdo» con el que me respondió.

—No pienses más en eso, Sheila. Seguro que en un rato lo tienes por aquí, ahora mismo estará atendiendo a su padres, que deben ser de lo más acaparadores —me dijo Sonia, dándome un abrazo, la verdad es que l necesitaba, porque tenía una sensación muy rara.

—No es eso, Sonia, si entiendo que tenga que estar con sus padres, nunca le diría que no lo hiciera, el problem con ellos lo tengo yo, así que me aparto y listo. Lo que me molesta es que no haya tenido ni un minuto par mandarme un mensaje, aunque solo fuera para demostrarme que me echa de menos.

—¿Por qué no se lo mandas tú? —preguntó María, que siempre decía que si uno no daba el paso, lo tenía qu dar el otro, porque si no, por el orgullo de las personas, las cosas se quedaban sin hacer.

—Lo he hecho, María. Le envié uno esta mañana en cuanto hablé con vosotras, y me respondió como si l hubiera molestado la interrupción. Me consta que ha estado conectado hace un rato, y ni siquiera ha sido capaz d preguntarme cómo estoy —le respondí, con evidente tristeza, puesto que de verdad no me esperaba que actuar así.

En cuanto terminamos de darnos el baño y decidimos salir de la piscina, regresamos a las hamacas. Yo m acomodé en la sombra, puesto que al sol era imposible estar con el calor que hacía, y cerré los ojos, reflexionand sobre cómo las cosas parecían complicarse entre nosotros desde que sus padres habían aparecido. Solo deseab que tuviera la fuerza de carácter necesaria para proteger lo que teníamos, sin dejar que ellos interfirieran e nuestra relación. Sin embargo, me daba la impresión de que sus padres tenían demasiada influencia en su maner de actuar.

me toca hacer su turno también —me dijo muy amablemente, y es que nos conocía desde que teníamos dieciséis años, que fue cuando nos inscribimos. Desde entonces no habíamos faltado nunca.

Entramos al club y nos pusimos a buscar tres hamacas que estuvieran juntas, y las encontramos al fondo de la zona de la piscina, que además era la parte que más nos gustaba, porque estaba cerca de la barra y podíamos bañarnos estando pendientes de nuestras cosas. Aunque era un club solo para socios, ya había habido algún que otro hurto.

—¿Cómo te fue anoche la cena con los padres de Thiago? —Se atrevió a preguntarme María, ya que la noche anterior no les había contado nada.

—Entre mal y peor, te lo juro. No tienen nada que ver con él, son clasistas y egocéntricos, se creen mejor que los demás por el simple hecho de tener dinero —les conté, visiblemente decepcionada—. No pararon en toda la noche de lanzarme indirectas con mi manera de vivir, su dinero y demás. Intentando hacerme sentir inferior a ellos, pero no lo consiguieron, les planté cara desde el minuto uno.

—Entonces por eso no te has ido con ellos a comer, ¿me equivoco? —me dijo Sonia, dando por hecho que yo no iba a caer en su trampa ni una vez más.

—Eso mismo, aunque Thiago me lo dijo, pero creo que con la boquita pequeña, la verdad. Entiendo que son sus padres, pero yo soy su novia, y debería haber considerado a ambas partes en la situación. Así que decidí quedarme aquí, porque no tengo idea de cómo podría acabar el día.

»También te digo que sus padres en ningún momento me incluyeron en sus planes, y que Thiago tampoco hizo mucho hincapié en lo contrario —les conté, un poco apenada por la situación, menos mal que se iban al día siguiente, por eso nos íbamos a salvar de tener nuestra primera bronca.

Nos acomodamos en las hamacas, no sin antes ir a buscar un refresco con hielo para cada una y unos aperitivos que pusimos en una mesita cerca de nosotras. Tras aplicarnos la crema solar, nos animamos a darnos un chapuzón, aunque antes no pude resistir la tentación de revisar el móvil, ya que habían pasado muchas horas desde que nos habíamos despedido la noche anterior y no me había enviado ni un simple mensaje de buenos días, salvo aquel escueto «de acuerdo» con el que me respondió.

—No pienses más en eso, Sheila. Seguro que en un rato lo tienes por aquí, ahora mismo estará atendiendo a sus padres, que deben ser de lo más acaparadores —me dijo Sonia, dándome un abrazo, la verdad es que lo necesitaba, porque tenía una sensación muy rara.

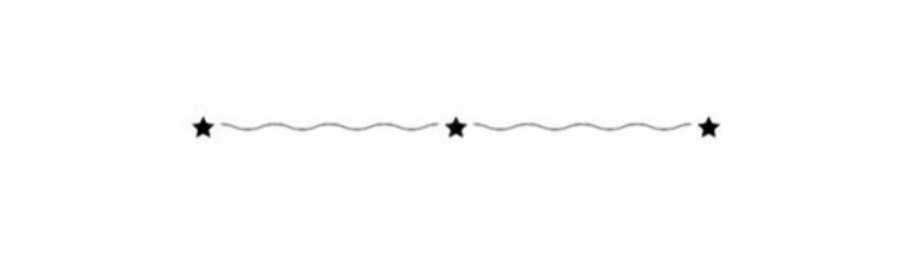
—No es eso, Sonia, si entiendo que tenga que estar con sus padres, nunca le diría que no lo hiciera, el problema con ellos lo tengo yo, así que me aparto y listo. Lo que me molesta es que no haya tenido ni un minuto para mandarme un mensaje, aunque solo fuera para demostrarme que me echa de menos.

—¿Por qué no se lo mandas tú? —preguntó María, que siempre decía que si uno no daba el paso, lo tenía que dar el otro, porque si no, por el orgullo de las personas, las cosas se quedaban sin hacer.

—Lo he hecho, María. Le envié uno esta mañana en cuanto hablé con vosotras, y me respondió como si le hubiera molestado la interrupción. Me consta que ha estado conectado hace un rato, y ni siquiera ha sido capaz de preguntarme cómo estoy —le respondí, con evidente tristeza, puesto que de verdad no me esperaba que actuara así.

En cuanto terminamos de darnos el baño y decidimos salir de la piscina, regresamos a las hamacas. Yo me acomodé en la sombra, puesto que al sol era imposible estar con el calor que hacía, y cerré los ojos, reflexionando sobre cómo las cosas parecían complicarse entre nosotros desde que sus padres habían aparecido. Solo deseaba que tuviera la fuerza de carácter necesaria para proteger lo que teníamos, sin dejar que ellos interfirieran en nuestra relación. Sin embargo, me daba la impresión de que sus padres tenían demasiada influencia en su manera de actuar.

Capítulo 14



Nos fuimos a comer al restaurante, en donde Sonia ya había reservado mesa, ya que de no ser así, habría sid casi imposible conseguir una antes de las cinco de la tarde, considerando la cantidad de gente que frecuentaba e club los fines de semana.

Pedimos tres refrescos muy fríos con hielo, puesto que a ninguna nos apetecía tomar alcohol. En mi caso porque tenía que volver en la moto, y mis amigas, porque salieron la noche anterior y todavía les duraba la resac de lo que habían bebido. Para comer, decidimos pedir una paella para tres y un plato de pescadito frito variado, y que al ver pasar una bandeja, nos pareció que tenía muy buena pinta.

Yo seguía pendiente del móvil, aunque este no había dado señales de vida ni por equivocación. La verdad e que esperaba que viniera pronto, porque mi desilusión iba aumentando por momentos, junto con la pena. Teni claro que, si un rato después de comer no había aparecido, me iría a casa, porque no estaba disfrutando ni del dí ni de mis amigas, y no me parecía justo para nadie, en especial para mí.

—Alegra esa cara, Sheila, no te comas más la cabeza, que seguro que tiene una explicación —me decía Soni que era la más cariñosa de las tres, y la que siempre intentaba buscar una solución a todo.

—Claro que la tiene, y yo la sé, pero prefiero callarme, porque si no voy a terminar con la sangre hecha agua, no me lo merezco, cuando le he abierto las puertas de mi casa y de mi corazón, para que me lo pague así —l contesté con lágrimas en los ojos.

—Vamos a darnos un baño, anda, que así se nos aclararan las ideas —añadió María, que ya no sabía cóm animarme.

—No me apetece, de verdad. Son las seis de la tarde, y ni un puto mensaje me ha enviado, me parece que m voy a ir a casa. No me siento con ánimos y no es justo que os amargue la tarde, que ya bastante os he fastidiado l mañana.

—De eso ni hablar, de aquí no te mueves, porque si te vas tú, nos vamos todas. Así que ya te estás metiendo e la piscina, porque con el calor se te está derritiendo el cerebro y no dices nada más que tonterías —dijo Soni levantándome de la hamaca de un tirón, y lanzándome de un empujón a la piscina, lo que provocó que me salier una carcajada.

A eso de las siete de la tarde, apareció el muchacho en cuestión como si me estuviera haciendo un favor, puest que tenía una cara que despedía gente.

—Buenas tardes —dijo en general, y ni siquiera se acercó a mí, yéndose primero a la barra a pedirse un cerveza.

—Tranquila, Sheila, que nos conocemos y estás a punto de saltarle al cuello, que tienes la vena de la frent como la tubería del juego de Mario Bros. —Me aguantaba María, porque sabía que me hervía la sangre.

—No le voy a dar ese gusto, te lo prometo, que se acerque cuando quiera, que ya sabré yo cómo actuar —l contesté para tranquilizarla, porque no pensaba dar un espectáculo ahí, donde nos conocían todos. Lo que tuvier que hablar, lo haría en privado, solo él y yo.

—Peque, ¿lo has pasado bien? —me dijo cuando llegó con la cerveza, dándome un breve beso en los labios pero el semblante de agobio no se le había cambiado.

—No mejor que tú, que no has tenido tiempo ni de mandarme un mensaje. Has tenido que estar de lo má entretenido —le contesté con ironía.

—He estado muy pendiente de mis padres, y ahora he venido a verte, ¿no? Así que no creo que tengas nada qu reprocharme —soltó, y ahí ya no me pude reprimir más.

—Si no querías venir, tan solo tenías que quedarte con ellos, con un simple mensaje avisándome para que no t esperara, hubiera tenido bastante.

—De verdad que no es el momento de discutir esto, Sheila, no me apetece pasar el tiempo peleando contigo.

Me puse mi vestido, cogí mi bolso y me dirigí a la salida, no iba a aguantar más y, como he dicho antes, n quería dar el espectáculo. No me despedí ni siquiera de mis amigas.

Cuando llegué a la puerta, me di cuenta de que venía detrás de mí, a paso ligero, hasta que llegó a mi altura cuando ya estaba sacando el casco de mi moto y guardando el bolso.

—Lo siento, de verdad, pero es que no sabes lo que he tenido que aguantar desde anoche cuando llegué d vuelta al apartamento —me dijo cogiéndome la cara para limpiarme las lágrimas que había dejado salir si contención, porque ya estaba harta de reprimir mis sentimientos por no hacer daño a los demás.

—No me merezco la indiferencia con la que me has tratado hoy, Thiago, y menos tener que escuchar que tu padres te han presionado desde que llegaron. Ya somos mayorcitos para saber qué es lo que queremos, por l menos yo. Lo que menos quiero es tener que aguantar a una pareja que no me da mi sitio —le dije llorando lágrima viva.

—Perdóname, por favor, te prometo que no va a volver a suceder. Vamos a tu casa, que necesito sentirme e familia.

Nos montamos en la moto y nos dirigimos a mi casa, aparcando en el mismo sitio de costumbre antes de subi Al entrar, la casa estaba vacía, pero me topé con una nota que mis padres habían dejado sobre la mesa. En ella m decían que habían salido a merendar, pero que regresarían para la cena. Así eran ellos, con lo sencillo que hubier sido mandarme un mensaje, optaron por dejarme una nota escrita. No pude evitar sonreír al leerlo.

—Pues no hay nadie —le dije—. Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa, ponte cómodo.

—Me voy a dar esa ducha contigo, que también la necesito, a ver si así se me va toda la tensión que teng acumulada.

Preparé toda mi ropa, y le di a él una camiseta de mi padre que tenía sin estrenar, así como ropa interior en la mismas condiciones. Ambos, Thiago y mi padre, eran más o menos de la misma talla, quizás Thiago fuera u poco más ancho de espalda, pero eso lo compensaba mi padre con su barriguita, por lo que estaba segura de que l quedaría bien esa ropa.

Una vez en la ducha, y sin esperarlo, me pegó junto a los azulejos y se lanzó a besarme con una intensida salvaje y llena de urgencia, como si supiera que sería la última vez que lo haría. Nos entregamos a nuestra pasió

sin reservas, lo que me hizo sentir un escalofrío de anticipación. Esa chispa pareció ser el detonante para que m
echico liberara toda su frustración y anhelo a través del sexo, llevándonos a ambos a un clímax inesperado, cuyo
agritos debieron resonar en todo el edificio.

Tras esa apasionada manera de liberar el estrés, salimos de la ducha, nos secamos y nos vestimos. Una vez qu
,estuvimos listos, nos acomodamos en el salón, disfrutando del aire acondicionado que encendí en cuant
llegamos, porque de otra manera, sería imposible estar allí. Fui a la cocina y preparé algo de cenar para los dos, y
que mis padres aún no habían llegado; seguramente se habrían encontrado con alguien y se les había hecho tarde
sDe todas formas, dejé su cena en el horno para que pudieran calentarla cuando llegaran.

Cenamos una tortilla mixta, que Thiago no había probado y le apetecía mucho. Además, preparé una tabla d
eibéricos, con jamón serrano, queso manchego y caña de lomo, acompañados con unos picos de pan y unas patata
chips.

e Mientras estábamos cenando, llegaron mis padres, que traían una tarta helada para el postre, y se sentaron
cenar con nosotros. El ambiente entre nosotros había cambiado al cien por cien, pero había algo que me escamab
en la forma de actuar de Thiago, que se mostraba especialmente cariñoso conmigo, que no es que no lo fuer
normalmente, pero esta vez lo era en exceso.

o —No olvides nunca de que te quiero con toda mi alma, pase lo que pase —me dijo Thiago a la hora d
despedirnos, dándome un beso que me dejó con las piernas temblando.

, —Yo también te quiero, Thiago, me enamoré de ti desde el primer momento en el que te dirigiste a mí l
primera vez, y que te quede claro que te he abierto mi vida y mi corazón —le respondí, mientras que lo abrazaba
porque entre sus brazos me sentía en como en casa.
e
n —Ven, vamos a hacernos una foto, que en todos estos días no nos hemos hecho ninguna juntos, así la ponemo
de fondo de pantalla —me dijo, cogiendo mi cara y dándome un breve beso en los labios, mientras que nos hací
un selfi—. Te lo acabo de mandar por WhatsApp.
s
o —Buenas noches, amor, te quiero.
a
—Yo te amo, no lo olvides nunca. —Y me volvió a dar un beso de tornillo para despedirse, le dije que l
llamaría al día siguiente cuando saliera de trabajar, para irnos a comer juntos, que ya se habrían marchado su
npadres, pero no me contestó, ya se había montado en un taxi que pasaba en ese momento.

.
e
a

o

s
n
e

d
n

sin reservas, lo que me hizo sentir un escalofrío de anticipación. Esa chispa pareció ser el detonante para que mi chico liberara toda su frustración y anhelo a través del sexo, llevándonos a ambos a un clímax inesperado, cuyos gritos debieron resonar en todo el edificio.

Tras esa apasionada manera de liberar el estrés, salimos de la ducha, nos secamos y nos vestimos. Una vez que estuvimos listos, nos acomodamos en el salón, disfrutando del aire acondicionado que encendí en cuanto llegamos, porque de otra manera, sería imposible estar allí. Fui a la cocina y preparé algo de cenar para los dos, ya que mis padres aún no habían llegado; seguramente se habrían encontrado con alguien y se les había hecho tarde. De todas formas, dejé su cena en el horno para que pudieran calentarla cuando llegaran.

Cenamos una tortilla mixta, que Thiago no había probado y le apetecía mucho. Además, preparé una tabla de ibéricos, con jamón serrano, queso manchego y caña de lomo, acompañados con unos picos de pan y unas patatas chips.

Mientras estábamos cenando, llegaron mis padres, que traían una tarta helada para el postre, y se sentaron a cenar con nosotros. El ambiente entre nosotros había cambiado al cien por cien, pero había algo que me escamaba en la forma de actuar de Thiago, que se mostraba especialmente cariñoso conmigo, que no es que no lo fuera normalmente, pero esta vez lo era en exceso.

—No olvides nunca de que te quiero con toda mi alma, pase lo que pase —me dijo Thiago a la hora de despedirnos, dándome un beso que me dejó con las piernas temblando.

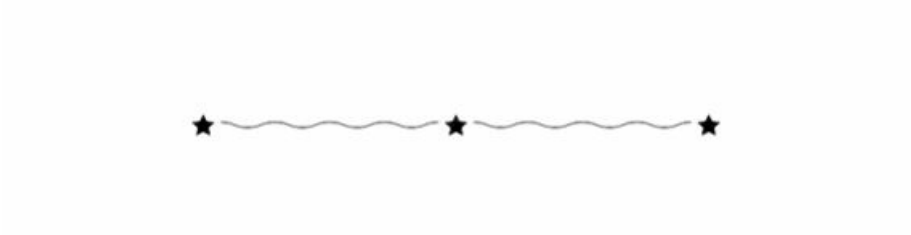
—Yo también te quiero, Thiago, me enamoré de ti desde el primer momento en el que te dirigiste a mí la primera vez, y que te quede claro que te he abierto mi vida y mi corazón —le respondí, mientras que lo abrazaba, porque entre sus brazos me sentía en como en casa.

—Ven, vamos a hacernos una foto, que en todos estos días no nos hemos hecho ninguna juntos, así la ponemos de fondo de pantalla —me dijo, cogiendo mi cara y dándome un breve beso en los labios, mientras que nos hacía un selfi—. Te lo acabo de mandar por WhatsApp.

—Buenas noches, amor, te quiero.

—Yo te amo, no lo olvides nunca. —Y me volvió a dar un beso de tornillo para despedirse, le dije que lo llamaría al día siguiente cuando saliera de trabajar, para irnos a comer juntos, que ya se habrían marchado sus padres, pero no me contestó, ya se había montado en un taxi que pasaba en ese momento.

Capítulo 15



Como todos los días, me levanté y me preparé para ir al trabajo, ya que estaba en el turno de mañana. Le envi un mensaje de WhatsApp a Thiago y, aunque me resultó extraño que no le llegara, pensé que tendría el móvil sin batería o sin cobertura, ya que iba a acompañar a sus padres al aeropuerto, pues seguramente no se habría dado n cuenta, con el ajetreo de todo.

Al llegar a la tienda, me llevé la grata sorpresa de que Nico estaba allí, en mi mismo turno. Resulta que la chic que debía estar trabajando conmigo había avisado que no se encontraba bien, así que hoy mi compañero tendrí que hacer un doble turno.

—Hola, preciosidad —me dijo cuando entré, dándome un besito en la mejilla—. ¿Qué tal todo con el *italianini* Me tienes que poner al día, que hace mucho que no coincidimos en el mismo turno.

—Te lo contaré más tarde, porque hasta ayer nos iba de miedo, pero hoy me da miedo lo que puede que hay sucedido, permíteme este juego de palabras —le contesté mientras iba a dejar mis cosas. Aunque le contaría todo no me parecía este el momento adecuado, lo haría cuando saliéramos, sentados en una terraza disfrutando de un cerveza.

La mañana se me hizo demasiado tediosa, y no es porque no tuviéramos clientes, ya que la cantidad de gent que entraba era igual a la de otros días, pero mi estado de ánimo no era el mismo. Por eso, sentía que el minutero del reloj se quedaba estancado, como si el tiempo no quisiera avanzar.

—Cambia esa cara, cariño, que parece que estás justo detrás del mostrador de un tanatorio, en vez de una tienda cofrade —soltó Nico una de las veces que pasó por mi lado, sacándome una sonrisa.

—Si te digo que lo estoy intentando, ¿te lo crees? —respondí, pero sabía que mi sonrisa no me llegaba a lo ojos.

—Tendré que creerlo, qué remedio. Pero una cosa te voy a decir, en cuanto salgamos de aquí, quiero que m cuentes absolutamente todo, mientras no llega tu chico, porque como tengo una hora para comer, saldremos die minutos antes. Ya me encargo yo de decírselo a Mila —me comentó, y se fue para dentro a hablar con la jefa, qu estaba en su despacho, con la mesa hasta arriba de facturas.

Así pasamos lo que quedaba de mi jornada laboral, atendiendo a los clientes y pendiente del móvil, ese qu tenía colgado al cuello y que me indicaba que Thiago no había recibido el mensaje.

Una vez que salimos, y ya sin poder aguantarme más, decidí llamarlo mientras Nico se metía a recoger su cosas, y la respuesta que obtuve me dejó totalmente descolocada.

—Ya estoy aquí. Niña, ¿qué te pasa? Te has puesto pálida de repente —me preguntó, visiblemente preocupad al notar mi expresión.

—Acabo de llamar a Thiago y me sale que ese número no corresponde a ningún cliente —contesté, con mi lágrimas asomando por mis ojos.

—No te pongas en lo peor, Sheila, puede ser que lo haya perdido y lo haya dado de baja para que nadie pued utilizarlo, no me seas dramática.

—Después de lo ayer, ya no sé qué pensar, Nico. Cuando me dio el encuentro en el club, aparte de que lleg casi a la hora de irnos, estaba muy raro, como si le molestara haber tenido que ir hasta allí. —Empecé a contarl todo a mi amigo, que por minuto se mostraba más extrañado con toda lo que iba escuchando, sobre todo, por l manera que tuvo de despedirse de mí la noche anterior.

—Si te digo la verdad, algo no me cuadra, y no es que me suene bien eso que me has contado, pero vamos a darle un voto de confianza, y a esperar que aparezca. A lo mejor tiene una explicación convincente. —Fueron su palabras mientras me abrazaba—, Venga, vente conmigo y comemos algo ahí enfrente, de manera que cuand llegue, lo veas venir.

—Sí, porque no me encuentro demasiado bien, no sé si es por el calor o porque se me ha bajado el azúcar, per
será mejor que me siente. Aunque dudo mucho que vaya a venir, no es normal en él esa forma de proceder, esto
bastante escamada con la situación —le comenté a Nico, quien me cogió del brazo para cruzar la calle, con mied
a que me fuera a desmayar, porque mi cara estaba blanca como la pared.

Nos sentamos en la terracita climatizada que habían puesto en el bar, desde donde veíamos toda la calle y e
frontal de la fachada de la tienda, como si estuviéramos en la calle, pero sin pasar el calor infernal que hacía fuera

Viendo la hora que era y que mis padres no me esperaban para comer, decidí picar algo allí con Nico, ya qu
habían pasado quince minutos de la hora en la que habíamos quedado. Thiago no había dado señales de vid
todavía, de ninguna de las maneras, ni por teléfono ni presencialmente, y cada vez tenía más claro que no iba
aparecer.

—En cuanto termine de comer, voy a ir a su hotel, y me va a tener que dar una explicación cara a cara. Si no h
tenido los huevos de enfrentarse a sus padres y quiere romper la relación, por mí perfecto. Aunque eso me romp
el corazón, pero que me lo diga mirándome a los ojos —dije muy decidida, iba a coger el toro por los cuernos, n
me conformaría con esto, por mucho que me doliera.

—Sí señora, con dos ovarios. Que tenga los santos cojones de decírtelo a la cara, que no sea un cobarde —m
dijo Nico, muy orgulloso de mi forma de reaccionar—. ¿Sabes qué? Voy a llamar a Mila y le voy a decir qu
necesito una hora más, total en este espacio de tiempo suele estar la tienda tranquila, y te voy a acompañar, no t
voy a dejar sola.

—No sabes cuánto te lo agradezco, amigo. Porque no quiero preocupar a mis padres todavía, hasta que no teng
todo claro, y mis amigas están en la playa esta semana, tal y como planeamos cuando terminamos el curso.

—Pues no se hable más, dame un minuto que hago esta llamada.

Nico se levantó para llamar a nuestra jefa, mientras yo me dirigí a la barra pagar la cuenta. Después de todo l
que mi amigo estaba haciendo por mí, no podía permitir que él fuera quien pagara, así que decidí invitarlo, era l
mínimo que podía hacer.

Nos montamos en la moto y pusimos rumbo al hotel en el que Thiago estaba hospedado, ya que si íbamo
andando tardaríamos mucho más, y mi amigo solo tenía una hora.

—Buenas tardes —le dije a la chica de recepción—. ¿Podría avisar al señor Thiago Bianchi, del apartament
doscientos tres, por favor? No queremos subir sin que esté avisado. Gracias.

—Lamento informarle, señorita, que el apartamento doscientos tres ha sido desocupado esta mañana tempranc
El inquilino y su familia ya habían terminado las gestiones que les trajeron hasta Sevilla, y han regresado a s
ciudad —me comentó la recepcionista después de verificarlo en el ordenador.

—¿Está usted segura de que era ese apartamento? —le preguntó Nico, puesto que yo me había quedad
totalmente paralizada, sin entender absolutamente nada.

—Totalmente segura, caballero. He sido yo misma quien ha hecho la recepción de las llaves, aparte de que le h
preguntado el motivo de su marcha, ya que tenía la estancia reservada durante veinte días más, y todo lo hablad
lo tengo que dejar por escrito en la anulación, y esas fueron sus palabras textuales —le contestó la chica, que n
paraba de mirarme y tenía cara de preocupación.

—Muchas gracias —le dije en cuanto volví en mí, encaminando mis pasos hacia la puerta, puesto que m
estaba ahogando allí dentro.

—Sheila, espera. No estás en condiciones de coger la moto ahora mismo. Vamos a sentarnos en la cafetería y t
tomas una tila, que estás temblando, y no quiero que tengamos un accidente.—Me cogió de la mano para llevarm
hasta una silla, en la que me sentó como si fuera una muñeca, y es que no tenía fuerzas ni para discutir.

Me tomé la tila y me tranquilicé un poco, pero entonces hizo acto de presencia la rabia que sentía, el dolor y l
impotencia de no poder decirle más de cuatro cosas.

—¡Ha sido un cobarde de mierda, cabrón, que se ha aprovechado de mí y no ha tenido los cojones de decírmel
a la cara! —grité con rabia, apenas salimos de la cafetería. No quería volver a verlo nunca más, ya que me habí
dejado claro qué tipo de persona era, alguien que priorizaba el dinero sobre el amor. Y si es que alguna vez sinti
algo por mí, eso también lo ponía en duda.

o
y
o

:l
.
e
a
a

a
a
o

e
e
e

a

o
o

s

o

.
u

o

e
o
o

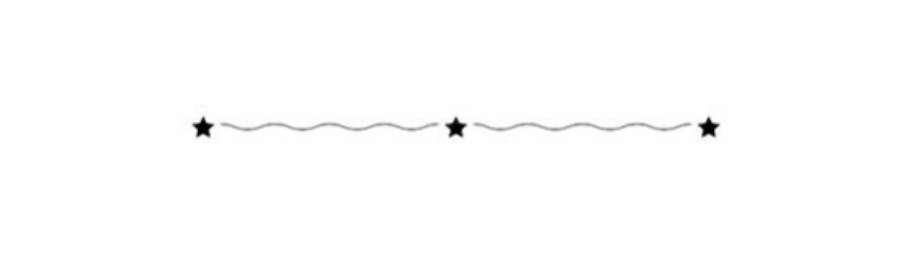
e

e
e

a

o
a
ó

Capítulo 16



Lo más duro de todo esto había sido darme de frente con la realidad, y sentirme utilizada, porque así me sentía Yo le había entregado a ese hombre todo mi corazón, como no lo había hecho nunca antes, incluso mi familia l hizo, ante la descripción de sus padres. Y él había demostrado que era igual o peor que ellos, porque por lo meno los otros iban de frente, pero Thiago había resultado ser la persona más falsa con la que me había cruzado en tod mi vida.

—Sheila, cariño. ¿Qué ocurre? ¿Thiago y tú habéis discutido? Porque si es eso, ya verás como tiene arreglo ayer se os veía muy bien —me dijo mi padre, que estaba en el salón cuando llegué a mi casa.

—No hay nada que arreglar, papá, se ha marchado. Se ha ido sin ni siquiera despedirse. Ha antepuesto s dinero y su posición social a mí, así que no quiero tener que verlo nunca más en mi vida, porque si tengo el place de cruzármelo algún día, va a saber lo que es una mujer cabreada —le contesté a mi padre, mientras que la lágrimas salían sin control y la opresión que tenía en el pecho me ahogaba cada vez más.

—Siéntate, princesa, que te veo a punto de desmayarte. Voy a buscarte algo fresco para beber, así que no t levantes. —Como si tuviera fuerzas para hacer algo, si tenía las justas para respirar, y no del todo bien. Per entendía la preocupación de mi padre en este momento, ya que no me había visto nunca así.

Estuve un buen rato en silencio, incapaz de pronunciar una sola palabra, pero sentía la mano de mi padr aferrando la mía, un gesto que me transmitía su promesa de que siempre estaría a mi lado, sin importar lo qu pasara. Agradecí ese apoyo con un apretón. Cuando finalmente logré recomponerme y me sentí más tranquila empecé a relatarle a mi padre todo lo que había descubierto, incluyendo lo que había sucedido el día anterior. L conté desde cómo había llegado al club y a qué hora, como su forma de besarme y de hacer el amor ese día, as como las palabras que me dijo al despedirse cuando lo acompañé a la puerta. Como ya os he contado antes, mi padres eran mis amigos, por eso no tenía secretos ni tabúes con ellos, porque me habían demostrado que no m prejuzgaban nunca.

—Es un cabrón, eso no te lo voy a discutir, pero tampoco sabemos a qué tipo de amenazas le han sometido su padres —me decía mi padre, que ante todo, era una persona coherente.

—Me da igual, papá, tiene veinticuatro años, y ya es mayorcito para saber buscarse la vida, como hago y desde hace mucho tiempo. Sigo pensando que no sentía nada por mí, porque si lo hubiera hecho, estaría ahor aquí, a mi lado, o por lo menos me hubiera contado todo antes de irse.

—Eso no se puede fingir, Sheila. La manera que tenía de mirarte, de tocarte el brazo cuando pensaba que n nos dábamos cuenta. Incluso la manera de besarte que tenía, ese chico sentía por ti, no lo dudes, otra cosa es qu no lo hayan dejado demostrarlo por más tiempo. —Seguía erre que erre defendiendo la postura de Thiago—. Dal tiempo, que lo mismo da señales de vida más adelante, cuando se encuentre preparado, que no todas las persona somo iguales, cariño.

—Por supuesto que no, porque yo lo habría enfrentado con el problema, cara a cara, no huyendo como las rata

Pero hasta aquí Thiago en mi vida, se acabó, ahora toca seguir adelante con mi vida, con mis estudios, y buscarm un futuro laboral —le dije, sin saber la sorpresa que me tenía preparada la vida, y que descubriría más adelante.

Los días pasaban demasiado lentos, del trabajo a casa y de casa al trabajo, puesto que no tenía ganas de salir n de nada. Sabía que me repondría de la decepción que me había causado el italiano, pero de momento tenía qu sanar mis heridas, y con quien mejor que con mis padres. Me animaban a que saliera y, cuando estuvier preparada, abrir de nuevo mi corazón al amor, aunque eso lo veía un poco más lejos.

Hacía ya quince días que Thiago se había marchado, las dos peores semanas de mi vida, y esa mañana m levanté un poco indispuesta, tenía el estómago como revuelto, pero sin llegar a vomitar, era como asco, y es qu debería tener los nervios metidos ahí, y por eso era imposible meterme nada en la boca.

Cuando entré en la cocina, dispuesta a tomarme un café y una tostada, como solía hacer cada mañana, el simpl aroma que salía de la cafetera me golpeó de tal manera que las náuseas me invadieron de inmediato, obligándom a salir corriendo hacia el baño para vomitar, y mi madre se vino detrás.

—Ahora mismo llamo a Mila y le digo que no vas a ir a trabajar hoy, y tú y yo nos vamos directamente a médico —afirmó mi madre, sin darme opción a réplica.

—Probablemente haya sido algo que me sentó mal, mamá. Estoy casi segura de que si me acuesto un rato, s me pasará —le comenté tan pronto como pude hablar, después de enjuagarme la boca, porque los vómitos m habían dejado la garganta bastante seca.

—Te voy a decir yo lo que te ha sentado mal, y no fue precisamente nada de lo que comiste ayer, pero ante prefiero confirmarlo. Coge el bolso que nos vamos, que ya está tu jefa avisada —me ordenó mi madre. Porque sí fue una orden, y en un tono muy frío, todo hay que decirlo, la miré sin saber a qué se estaba refiriendo, pero m hizo un gesto, apremiándome a que saliera.

Tomamos un taxi y nos dirigimos a una clínica donde uno de los médicos era el hijo de una de las señoras d las casas en las que trabajaba mi madre. No atendió de inmediato.

—Hola, Macarena. ¿Qué te trae por aquí? Porque en todo el tiempo que llevas trabajando para mi madre, y po mucho que te lo he dicho, siempre me decías que preferías la Seguridad Social, que si no terminaríamos porqu nos privatizaran la sanidad —le respondió el hombre, que no debía tener más de cuarenta años.

—Ay, Santi, ojalá no hubiera tenido que venir, pero es que esta niña lleva unos días muy rara, apenas olfateó e café. Necesito saber rápido si lo que estoy pensando es cierto —dijo ella, y en ese momento comprendí que m madre sospechaba que estaba embarazada, lo que me hizo sentir un escalofrío.

—No pasa nada, pero entonces será mejor que la vea mi mujer, que es ginecóloga. Y en caso de que aciertes, y me haré cargo más tarde, que soy pediatra —bromeó, y mi madre se reía, pero a mí no me hacía ni puta gracia— Venid conmigo, que os llevo a su consulta, que precisamente está vacía ahora.

Nos guio por un pasillo, hasta que llegamos a la consulta en cuestión. Entramos después de que Santi llamar con los nudillos y su mujer nos diera paso.

—Alba, buenos días. Te presento a Macarena, la mujer que se encarga de la limpieza en la casa de mi madre, y su hija, Sheila. Han venido porque Sheila no se ha sentido bien y Macarena tiene la sospecha de que podría esta embarazada —le explicó Santi a su mujer.

—Pues vamos a salir de dudas. En primer lugar, vamos a hacerte una prueba de embarazo, y según el resultado pues ya iremos haciendo el resto de las pruebas correspondientes —dijo ella, mientras me tendía un palito par que fuera al servicio que había dentro de la misma consulta y orinara allí, después de hacerlo y ponerle e capuchón, tenía que entregárselo.

Cogí el palito con las manos temblorosas, y entonces fue cuando mi madre cambió de actitud. Se acercó a mí y me dio un abrazo, reconfortándome muchísimo al instante, al igual que las palabras que dijo a continuación.

—Pase lo que pase, estaremos a tu lado, no lo dudes nunca. Un niño siempre es una bendición, y sé de sobra que no ha sido por una imprudencia, puesto que te he visto tomarte la píldora día tras día sin faltar ni uno. Así que no te preocupes, que a este niño no le va a faltar de nada.

—Gracias, mamá. —Fue lo único que pude decirle, puesto que mis ojos estaban inundados en lágrimas, ya que las dos dábamos por hecho que estaba embarazada.

Evidentemente, el resultado fue positivo: estaba embarazada de cuatro semanas. Por eso no había echado en falta la regla, puesto que todavía no había tenido ningún retraso. Al principio, recibir esa noticia me había impactado como un jarro de agua fría. Sin embargo, ver su imagen en la pantalla del ecógrafo, esa que era como una lenteja de pequeña, despertó en mí un profundo sentimiento de amor y deseo de protegerlo que me sorprendió enormemente.

Cogí el palito con las manos temblorosas, y entonces fue cuando mi madre cambió de actitud. Se acercó a mí y me dio un abrazo, reconfortándome muchísimo al instante, al igual que las palabras que dijo a continuación.

—Pase lo que pase, estaremos a tu lado, no lo dudes nunca. Un niño siempre es una bendición, y sé de sobra que no ha sido por una imprudencia, puesto que te he visto tomarte la píldora día tras día sin faltar ni uno. Así que no te preocupes, que a este niño no le va a faltar de nada.

—Gracias, mamá. —Fue lo único que pude decirle, puesto que mis ojos estaban inundados en lágrimas, ya que las dos dábamos por hecho que estaba embarazada.

Evidentemente, el resultado fue positivo: estaba embarazada de cuatro semanas. Por eso no había echado en falta la regla, puesto que todavía no había tenido ningún retraso. Al principio, recibir esa noticia me había impactado como un jarro de agua fría. Sin embargo, ver su imagen en la pantalla del ecógrafo, esa que era como una lenteja de pequeña, despertó en mí un profundo sentimiento de amor y deseo de protegerlo que me sorprendió enormemente.

Capítulo 17



—Está todo perfecto, Sheila, sigue cuidándote así y tendrás un bebé muy sano y robusto —me dijo Alba, en l ecografía de las dieciséis semanas, ya que ella se quiso hacer cargo del seguimiento de mi embarazo, si cobrarnos un céntimo por nada.

Ni que decir tiene que mi padre, cuando llegamos a casa y le dimos la noticia de que estaba embarazada, tras l primera impresión, se volvió loco de alegría, incluso más que mi madre.

Yo había seguido con mis estudios y ya había terminado los exámenes del primer cuatrimestre, obteniend calificaciones bastante buenas, por cierto. Si antes contaba con una motivación para terminar la carrera, ahor tenía una razón aún más poderosa y significativa: quería ofrecerle a mi bebé una vida cómoda y llena de amor, ta como la que yo había tenido.

—¿Podemos saber ya el sexo? —preguntó mi padre, que era el que me había acompañado en esta cita, ya qu tenía el turno de tarde, mientras que mi madre seguía en alguna de sus casas limpiando.

—Vamos a ver si se deja —dijo Alba mientras pasaba el ecógrafo, nuevamente, por mi vientre—. Pues cre que sí, que no es nada vergonzoso, puesto que parece que ha oído al abuelo y se ha abierto de piernas, para que l tengamos claro, y es… ¡Un niño!

—¡Toma ya! He ganado yo, lo que yo quería. Verás tu madre, que ya se veía poniendo a la criatura todo tipo d lazos en el pelo, y vestida como si fuera un *cupcake* de esos —exclamó mi padre, que desde el minuto uno decí que era un varón, que yo estaba muy guapa, y que mi madre, durante mi embarazo, se puso muy fea, porque y era una niña.

Nos echamos a reír, puesto que se lo decía todo convencido a la ginecóloga, la que le dijo que, según su teorías, no haría falta la ciencia para estos casos.

—Enzo, así se va a llamar mi hijo. Enzo Mendoza, un nombre con carácter, ese que le voy a inculcar desd pequeñito, para que no sea tan cobarde como lo fue su padre —expresé mis pensamientos en voz alta, ya qu todavía no había podido olvidar todo lo que me hizo.

Por supuestísimo, no hubo manera de contactar con él para comunicarle lo del embarazo, puesto que no pusimos a buscar por Internet y hasta sus redes sociales había cerrado. Por otro lado, en Roma, llamarse Thiag Bianchi era como llamarse aquí Manuel García, había tropecientos mil, así que desistimos. Nuestra idea no era e decírselo para que se hiciera cargo de la criatura, que para eso ya estaban su madre y sus abuelos, sino para qu supiera que iba a ser padre, que tuviera el derecho de elegir si quería estar en su vida o no, pero no tuvimo opción.

A la vuelta del ginecólogo, mi padre insistió en tomar algo en el bar y, aunque no había vuelto a entrar desde e día en el que su camarero hizo esos comentarios tan desafortunados, hice de tripas corazón y acompañé a mi padr dentro.

—Pero mira quién ha vuelto por aquí, y encima con un bombo. Si es que me voy a meter a adivino —dijo co mucha ironía Carlos, mientras me señalaba con el dedo. Si pensaba que me iba a achantar, lo llevaba claro.

—Ya, deberías usar tus artes adivinatorias en los números de la lotería, así podrías salir de aquí y ser alguien e la vida —le contesté muy tranquila, este no sabía con quien había dado, que de la Sheila noble y calladita ya n quedaba nada.

—Eso es lo que querías tú al liarte con el italiano, sacarle los cuartos con una barriga, pero te ha salido el tir por la culata, y se ha quitado de en medio, dejándote más tirada que una colilla. —Siguió con el tema.

—No querido, yo me lie con el italiano, como tú lo llamas, porque me enamoré de él, no por dinero, y este niñ es la mayor bendición que me podía dar la vida. Va a tener una madre que va a conseguir hacer realidad su sueños, a base de esfuerzo y trabajo, no dando un braguetazo. Y, tú, eres el menos indicado para hablar, que e

otro día os vi a ti y a Zaida, la hija del jugador del Betis, muy acaramelados. Ten cuidado a ver si te pasa lo mism que a mí, y te dejan más colgado que un abrigo en agosto.

Con ese comentario le callé la boca, mientras que su padre le preguntaba, a la vez que se lo llevaba para dentro si eso que yo había dicho era cierto, porque como se enterara de que estaba con esa chica por el dinero, lo iba mandar a Groenlandia de una patada en el culo.

Todos los amigos de mi padre se alegraron muchísimo de que fuera niño, y habían hecho una recolecta para entre todos, comprarle el cochecito al niño. Aunque, como no sabían cuál era el que me iba a gustar a mí, m dieron un sobrecito con el dinero que habían recaudado, y que me iba a dar para el coche y la trona, puesto que y no me iba a decantar por un modelo caro, sino uno que fuera práctico y económico.

—Muchas gracias a todos, de verdad que es mucho dinero, y pienso darle un buen uso, comprando todo lo qu le falta al bebé —les dije a todos, bastante emocionada por el detalle que habían tenido.

—Ahora me toca a mí —dijo Manolo, el dueño del bar y padre de Carlos, que salía de detrás de la barra, y s dirigía a mí—. Espera un momento, que tengo que ir al almacén a por él.

Al rato, cuando llegó, traía una caja enorme, envuelta en un papel de regalo de niños, de una tienda que s dedicaba a la venta de artículos de bebé, y era bastante famosa aquí en Sevilla. Cuando lo desenvolví, me cayero dos lagrimones que eran como peras, como decía él, puesto que no me lo esperaba.

—¿Cómo sabías que era esta la que quería comprarle? —le dije emocionada, y es que me había regalado l cuna que yo quería, y que había visto hacía unos días en un escaparate cuando paseaba con Nico, que tambié había permanecido a mi lado, a pesar de que ya no estaba trabajando en la tienda con él.

—Muy sencillo, le pregunté a Nico, el que trabajaba contigo este verano. Vino un día a comer aquí, y no perd la oportunidad. Le comenté que quería regalarte la cuna, pero no sabía cuál era la que te gustaba, y él me la enseñ por Internet, en la página web de la tienda donde la habías visto en el escaparate. Así que, él mismo me ayudó comprarla y a pedir que me la enviaran para regalo —me contestó, a la vez que me abrazaba y me quitaba la lágrimas de las mejillas.

—No puedo aceptarla, Manolo, es demasiado cara. Estaba ahorrando para poder comprarla e iba a coger lo qu me faltaba del dinero que me habéis dado antes.

—Pues con ese dinero, le compras al niño un buen parque para el bar, así el abuelo se lo podrá bajar cuand venga a echar la partidita de mus de los viernes por la tarde —soltó y todos afirmaron, lo que me provocó un carcajada.

»Eres una de las personas más valientes y luchadoras que conozco, Sheila, a pesar de tu edad, tienes much madurez. Todos tenemos claro que ese embarazo solo es fruto del amor, ni de una trama para enganchar al italian ni un despiste, ha pasado porque tenía que pasar, y para traernos la alegría a todos, porque será el niño con má tíos de todo el barrio.

Tras esas sorpresas que me habían dado, y con las lágrimas todavía en los ojos, nos subimos para casa, y es qu mi padre se había puesto de acuerdo con los amigos para que me lo dieran ellos. Me comentó que no habí encontrado otro momento mejor.

Cuando llegamos arriba, mi madre ya tenía hasta la mesa puesta y es que, desde que estaba embarazada no m dejaba mover ni una silla, parecía que estaba discapacitada en vez de en estado de gestación. Ese día hacía un frí que pelaba, y es que ya estábamos a mediados de diciembre, así que mi madre hizo un pucherito con su patata, s apio, sus garbanzos, que daba gloria, y que me supo a gloria. En cuanto terminé, me entraron unas ganas enorme de comer algo dulce, por lo que le dije a mis padres que iba a bajar a la pastelería a por unos dulcecitos, pero habí llegado tarde, puesto que mi madre había pasado antes por allí, y se había traído un surtido de todos los que habí con chocolate, que eran mi perdición.

otro día os vi a ti y a Zaida, la hija del jugador del Betis, muy acaramelados. Ten cuidado a ver si te pasa lo mismo que a mí, y te dejan más colgado que un abrigo en agosto.

Con ese comentario le callé la boca, mientras que su padre le preguntaba, a la vez que se lo llevaba para dentro, si eso que yo había dicho era cierto, porque como se enterara de que estaba con esa chica por el dinero, lo iba a mandar a Groenlandia de una patada en el culo.

Todos los amigos de mi padre se alegraron muchísimo de que fuera niño, y habían hecho una recolecta para, entre todos, comprarle el cochecito al niño. Aunque, como no sabían cuál era el que me iba a gustar a mí, me dieron un sobrecito con el dinero que habían recaudado, y que me iba a dar para el coche y la trona, puesto que yo no me iba a decantar por un modelo caro, sino uno que fuera práctico y económico.

—Muchas gracias a todos, de verdad que es mucho dinero, y pienso darle un buen uso, comprando todo lo que le falta al bebé —les dije a todos, bastante emocionada por el detalle que habían tenido.

—Ahora me toca a mí —dijo Manolo, el dueño del bar y padre de Carlos, que salía de detrás de la barra, y se dirigía a mí—. Espera un momento, que tengo que ir al almacén a por él.

Al rato, cuando llegó, traía una caja enorme, envuelta en un papel de regalo de niños, de una tienda que se dedicaba a la venta de artículos de bebé, y era bastante famosa aquí en Sevilla. Cuando lo desenvolví, me cayeron dos lagrimones que eran como peras, como decía él, puesto que no me lo esperaba.

—¿Cómo sabías que era esta la que quería comprarle? —le dije emocionada, y es que me había regalado la cuna que yo quería, y que había visto hacía unos días en un escaparate cuando paseaba con Nico, que también había permanecido a mi lado, a pesar de que ya no estaba trabajando en la tienda con él.

—Muy sencillo, le pregunté a Nico, el que trabajaba contigo este verano. Vino un día a comer aquí, y no perdí la oportunidad. Le comenté que quería regalarte la cuna, pero no sabía cuál era la que te gustaba, y él me la enseñó por Internet, en la página web de la tienda donde la habías visto en el escaparate. Así que, él mismo me ayudó a comprarla y a pedir que me la enviaran para regalo —me contestó, a la vez que me abrazaba y me quitaba las lágrimas de las mejillas.

—No puedo aceptarla, Manolo, es demasiado cara. Estaba ahorrando para poder comprarla e iba a coger lo que me faltaba del dinero que me habéis dado antes.

—Pues con ese dinero, le compras al niño un buen parque para el bar, así el abuelo se lo podrá bajar cuando venga a echar la partidita de mus de los viernes por la tarde —soltó y todos afirmaron, lo que me provocó una carcajada.

»Eres una de las personas más valientes y luchadoras que conozco, Sheila, a pesar de tu edad, tienes mucha madurez. Todos tenemos claro que ese embarazo solo es fruto del amor, ni de una trama para enganchar al italiano ni un despiste, ha pasado porque tenía que pasar, y para traernos la alegría a todos, porque será el niño con más tíos de todo el barrio.

Tras esas sorpresas que me habían dado, y con las lágrimas todavía en los ojos, nos subimos para casa, y es que mi padre se había puesto de acuerdo con los amigos para que me lo dieran ellos. Me comentó que no había encontrado otro momento mejor.

Cuando llegamos arriba, mi madre ya tenía hasta la mesa puesta y es que, desde que estaba embarazada no me dejaba mover ni una silla, parecía que estaba discapacitada en vez de en estado de gestación. Ese día hacía un frío que pelaba, y es que ya estábamos a mediados de diciembre, así que mi madre hizo un pucherito con su patata, su apio, sus garbanzos, que daba gloria, y que me supo a gloria. En cuanto terminé, me entraron unas ganas enormes de comer algo dulce, por lo que le dije a mis padres que iba a bajar a la pastelería a por unos dulcecitos, pero había llegado tarde, puesto que mi madre había pasado antes por allí, y se había traído un surtido de todos los que había con chocolate, que eran mi perdición.

Capítulo 18



El embarazo transcurrió sin ningún incidente, y durante el parto, aunque fue duro, también salió todo perfecto Mi niño, para desgracia mía, era un calco de su puñetero padre, era como si el karma hubiera dicho: «¿quiere olvidar al italiano?, pues ahí tienes un recordatorio diario».

Habían pasado ya cuatro años desde que nació mi precioso Enzo, que de mayor iba a ser un peligro para la féminas, porque además de su físico, tenía un carisma y una personalidad, con lo pequeño que era, que cautivaba todo el mundo. El que no caía rendido por sí mismo a sus pies, él se lo camelaba con todo el arte que tenía.

Ni que decir tiene que no sabía nada de su padre desde el mismo momento en el que salió de España, y ni gana tenía, la verdad. En cuanto a mi carrera, la terminé con unas notas impresionantes, esas que me dieron l oportunidad de entrar a trabajar en una de las empresas tour operadoras más famosas del país, y con cuyo trabaj estaba contentísima.

—Mamá, ya me voy, que se me hace tarde para la reunión. Dejo a Enzo en el cole de camino a la oficina —l comenté, apresurando a mi hijo, que la verdad es que se tomaba su tiempo—. Vamos, mi amor, un poco d energía. Sin duda, tengo claro que te vas a enfrentar a muchas cosas en la vida, pero un infarto no será una d ellas.

—Déjalo, que es muy pequeño, ya tendrá tiempo de ir con prisas por la vida, que cualquiera sabe lo que l queda por pasar —lo defendía mi padre, que tenía locura con él.

—Di que sí, abuelo, que esta mujer me lleva a todas partes corriendo, tengo tanta presión, que parezco una oll exprés —soltó con toda su poca vergüenza, y es que yo no sabía de dónde sacaba esas expresiones, pero nos hací soltar más de una carcajada a todos.

Dejé a mi hijo en su colegio, que estaba al lado de mi oficina, en el casco histórico de Sevilla, ya que así m daba tiempo de dejarlo y recogerlo, sin tener que contar con que alguno de mis padres lo tuviera que hacer. Ib con su uniforme que era para comérselo, con su pantalón gris y su jersey celeste, que parecía un muñequito, ta moreno y repeinado, porque era presumido a más no poder. Lo único que había sacado mi hijo de mí era el colo de los ojos, que los tenía del mismo tono de verde que yo, pero con la intensidad de la de su padre.

—¡Mami, un besito, que no me lo has dado! —exclamaba, y es que con las prisas que llevaba no me había dad cuenta— Te quiero, mamá, mucho, muchísimo.

—Y yo, mi vida, lo eres todo para mí. —Me agaché para darle un montón de besos y un abrazo fuerte, del qu protestaba porque decía que lo apretaba tanto que lo iba a partir por la mitad.

Salí corriendo hacia la oficina, ya que me habían convocado a una reunión, bastante importante, por cierto, primera hora de la mañana. Iba a llegar a muy justa de tiempo, casi al límite.

—Siento llegar tarde, Sofía, pero mi hijo hoy tenía la pachorra elevada a la enésima potencia —le dije a mi jefa nada más entrar en la oficina.

—No te preocupes, Sheila, que el resto de los asistentes todavía no ha llegado. Así que prepárate un cafecito, toma asiento, mientras yo preparo todos los dosieres para repartirlos.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté mientras le dejaba un café sobre su mesa.

—Gracias, pero ya está todo listo, ahora solo queda esperar.

En ese momento, llegaron el resto de mis compañeros, junto con una chica que no había visto antes, pero qu tenía una cara muy expresiva y graciosa. Mi jefa nos la presentó como Antonella Zannier, una empresaria d Roma que venía a hacernos una propuesta que ya había discutido previamente con mi jefa.

La propuesta era que necesitaba a una persona de nuestro equipo para organizar una visita guiada por su ciudad pero tenía que ser algo totalmente diferente a lo que los turistas estaban acostumbrados. Por eso, nos eligieron nosotros, quienes seríamos los responsables de llevar a cabo esta propuesta innovadora.

Nos hizo una serie de preguntas, a mis compañeros y a mí, determinantes para saber quién sería la person elegida y, tras más de dos horas, por fin había seleccionado a una. Antes de comunicárnoslo a nosotros, se reuni en privado con Sofía, y desde allí llamarían a quien fuera.

—Espero que me elija a mí —decía mi compañera Silvia, quien estaría encantada de salir de Sevilla por u tiempo.

—Por mí, tampoco habría problema. —En este caso era Suso el que hablaba, que también era otro aventurer —. Chungo lo van a tener como cojan a Sheila, que con su niño tan pequeño a ver cómo lo va a hacer.

—Mi niño no ha sido nunca un problema para mí a la hora de trabajar, ya que, por suerte, tengo a mis padre que se pueden encargar de él, así que no digas tonterías —le contesté, bastante enfadada, ya que Suso me tení una envidia que no se esmeraba en disimular. Con cada comentario que hacía, trataba de herirme, sobre todo, po ser madre soltera. Manda cojones que, en pleno siglo XXI, todavía haya gente a la que le moleste que cada un haga en su vida lo que le dé la gana, prejuzgando a los demás como si su vida fuera perfecta.

—Sheila, por favor, pasa a mi despacho —me llamó Sofía desde la puerta, esperando a que yo llegara. A m compañero Suso le cambió la cara de inmediato, ya que prefería que fuera cualquiera, antes que yo.

—Dime, Sofía, ¿en qué puedo ayudarte?

—Hemos hablado Antonella y yo, y creemos que eres la persona más idónea para llevar a cabo este proyecto, e único inconveniente es que tendrías que permanecer en Roma hasta que todo el proyecto estuviera consolidado y en marcha. Creemos que, mínimo, serán catorce meses, aunque casi seguro que sean más, y no sé si podrás con t hijo —me explicó Sofía.

—No hay inconveniente, ya que al principio me iría yo sola, hasta que termine el curso y encuentre un lugar e el que vivir, en ese momento ya podré llevarlo conmigo. Así que puedo irme tan pronto como organice un poco l situación en mi casa —le respondí muy contenta, puesto que se trataba de una oportunidad única para avanzar e mi carrera.

—Lo mismo, y hasta te quedas allí para siempre, que los italianos son muy guapos —me decía Antonella, qu no sabía que había dado en hueso con ese tema.

—No quiero ver a un italiano ni en pintura, créeme, que ya tuve suficiente con el único que dejé entrar en m vida.

—Eso me lo tienes que contar, pero cuando ya estemos en Italia, tranquilamente, mientras nos tomamos u capuchino junto al Partenón, después de salir de la oficina.

—Por supuesto, con fotos y todo, y verás cómo me vas a comprender —le dije riendo, mientras nos dirigíamo a mi mesa, en la que empecé a recoger mis cosas y a repartir mis proyectos entre mis compañeros, pero a Suso n le encargué ninguno. No iba a ganar más dinero a mi costa, ya que nosotros teníamos un salario fijo, pero además recibíamos un porcentaje de las ganancias de cada uno de los proyectos que habíamos completado y puesto e marcha.

Salí de la oficina, puesto que mi jefa me había indicado que me fuera e intentara preparar todo, para qu pudiéramos viajar a Roma el viernes de esta misma semana, y estábamos a martes. Primero, necesitaba hablar co mis padres para ver si podían cuidar de Enzo, y después, tendría que sentarme con mi hijo para explicarle l situación. La verdad es que me iba a costar mucho separarme de él, ya que nunca lo había hecho, ni siquiera par salir una noche, porque mis amigas tenían pareja las dos, y no me gustaba ir de aguantavelas. Por eso, siempr prefería quedarme en casa disfrutando de un juego o viendo una película con Enzo.

Me monté en mi coche, porque no os lo he contado, pero cuando nació mi hijo, vendí la moto y me compré u pequeño cochecito de segunda mano, ese que me llevaba a todas partes, aunque estuviera un poquito cascad pero mientras funcionara, no pensaba cambiarlo, como mucho, mi padre se bajaba y le hacía algún que otr arreglito, ya que era muy buen mecánico, aunque no trabajara de eso.

Llegué al colegio de mi hijo y le pedí a la directora si podía tener una charla con ella. Le expliqué la situación que en junio mi hijo dejaría de asistir a esa escuela. Para mi sorpresa, no solo no puso ninguna objeción, sino qu me comentó que había otro centro de la misma congregación donde podrían hacer el traslado de expediente si problemas. Me tranquilizó al decirme que no debía preocuparme por nada, ya que ella se encargaría de todo. Asi cuando regresáramos a Sevilla, mi hijo tendría asegurada su plaza en su colegio habitual.

a
ó

n

o

s
a
r
o

i

l
y
u

n
a
n

e

i

n

s
o
s
n

e
n
a
a
e

n
,
o

,
e
n
í,

Capítulo 19



Cuando terminé de hablar con la directora del centro, y de dejar toda la documentación firmada, fui a recoger a Enzo, informándole que no lo llevaría en lo que quedaba de semana, puesto que quería pasar con él estos días antes de irme, y me dijo que no había ningún problema por eso.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Le ha pasado algo al niño? ¿Se ha puesto malito? —Me bombardeó mi madre cuando todavía no había dejado ni las llaves en la entrada.

—Estoy perfectamente, abuela, guapísimo como siempre. Esta mujer, que me ha sacado del colegio antes de tiempo. Primero me mete prisa para no llegar tarde, y ahora me saca dos horas antes, ¿tú la entiendes? Porque yo no —soltó con todo su arte, y provocó que mi madre y yo estalláramos en una carcajada—. Mejor me voy con mi abuelo, que a las mujeres no hay quien os entienda.

—Sí, anda, tira millas, que no se puede tener menos poca vergüenza que tú, zalamero —le dijo mi madre dándole una colleja cuando pasó por su lado, mientras que él la esquivaba y salía corriendo.

—Es mortal, de verdad —contesté riendo.

—Cuéntame, Sheila, ¿a qué se ha debido que llegues del trabajo tan pronto y con el niño? —preguntó mi madre extrañada.

—Verás, mamá, me han hecho una propuesta laboral que es un gran paso en mi carrera, pero implica un cambio de residencia. Me envían a Roma para realizar un proyecto, y tengo que irme este viernes. —Empecé a explicarle a mi madre, que me miraba asintiendo con mucha alegría.

—¿Cuánto tiempo sería, cariño?

—Mínimo durante catorce meses, pero se puede alargar. Había pensado una cosa, si vosotros lo veis bien, por supuesto. Yo me iría allí hasta que termine el colegio, momento en el que vendría a por él, así me daría tiempo de buscar una casa donde establecernos, cerquita del nuevo colegio, ya que en el suyo me van a hacer el cambio, para que no tenga que buscar ninguno allí.

—Me parece perfecto, Sheila, pero asegúrate de explicárselo bien a él. Que no se sienta desplazado por tu decisión. Es importante que entienda que no lo vas a abandonar, sino que te marchas por un tiempo para organizarlo todo. Dile que volverás a buscarlo tan pronto como terminen las clases —me dijo, y era exactamente lo mismo que yo había pensado.

Le di un abrazo a mi madre, y me dirigí hacia el salón, donde estaban mi padre junto a mi hijo, sentados los dos en el sofá, viendo los dibujitos animados preferidos de los dos, porque sí, el abuelo también tenía sus gustos.

Mi madre le hizo gestos a mi padre, para que nos dejara solos a Enzo y a mí, ya que tenía que explicarle a mi hijo todo lo que iba a suceder a partir de ahora.

—¿Qué estás viendo, cariño? —le pregunté, intentando encontrar el momento y la forma adecuada para sacar el tema.

—Al grano, mamá, que soy pequeño, pero no tonto. Cuéntame lo que me tengas que contar. —Si es que mi niño era demasiado inteligente y sabía que algo pasaba, no era el típico que no se enteraba de nada, y por eso se lo iba a contar todo.

—Verás, mi amor, es que mamá se tiene que marchar un tiempo a Roma…

—¿Vas a buscar a mi papá? —me contestó, dejándome totalmente descolocada, puesto que nunca le habíamos contado nada de su padre, ya que él no había preguntado nunca— No me mires así, que una vez escuché al abuelo decirle a la yaya que el italiano se estaba perdiendo todo lo bonito de mi crecimiento que, aunque no estuviera enamorado de ti, podía haber sido mi padre, y Roma está en Italia, que yo lo sé que se lo he preguntado a mi *seño*.

—No cariño, me voy a trabajar, a tu papá no tengo ni idea de dónde encontrarlo, pero te prometo que el día que seas mayor, si tú quieres conocerlo, yo te voy a ayudar a buscarlo —le dije con lágrimas en los ojos, porque, con

cuatro años tenía una madurez para entender las cosas que no era normal.

»Cuando terminen las clases, vendré a buscarte o te llevarán los abuelos, y yo te estaré esperando allí con una casa preciosa y un cole nuevo, para cuando termine el verano, y nos quedaremos allí a vivir los dos, juntitos, hasta que mamá termine el trabajo y volvamos a Sevilla.

—Vale, mami, pero prométeme que me vas a hacer una videollamada todas las noches, para darme el besito de buenas noches —me dijo, arrojándose a mis brazos y comiéndome a besos, mientras yo no podía ni imaginarme cómo serían esos meses sin tenerlo a mi lado. Todavía no me había ido y ya empezaba a echarlo de menos.

Durante esos días, además de preparar el equipaje que me llevaría, y el que me mandarían mis padres en cuanto tuviera una dirección que darles para que lo hicieran, me dediqué a disfrutar al máximo de mi niño. Solo faltaba una semana para una de las más festividades más grandes para la mayoría de los sevillanos, junto con la feria, y mi hijo le fascinaba todo lo relacionado con ello. Así que decidí llevarlo para que viera los pasos que ya estaban montados en las iglesias. Hicimos una parada obligatoria, esa que tenía justo frente a mi casa, y a la que le iba a pedir fuerzas para afrontar este tiempo lejos de lo más grande de mi vida: mi familia, y especialmente mi hijo.

Casi sin darme cuenta, ya estábamos en el aeropuerto Antonella y yo, ya que no quise que mis padres ni mi hijo fueran hasta allí, porque la despedida sería más dura para todos, especialmente para mí. Ya me había costado lo mío despedirme de mi Enzo, al que le dije que no me olvidara, y que me soltó una de las suyas, lo que me hizo reír a carcajadas, aún con las lágrimas rodando por mis mejillas.

—Bueno, pues ya vamos camino del que, presumo, será un lugar muy importante para ti, y del que me parece que no te vas a poder ir en mucho tiempo —me dijo Antonella, que me veía con las lágrimas saltadas, puesto que era la primera vez que me separaba de ellos, una vez que nos sentamos en el avión.

—No lo creo, todavía no me he ido y ya estoy deseando volver. Mi hijo me tira mucho, y lo echaré mucho de menos estos meses.

—Pero en el momento en el que lo tengas allí, contigo, verás como tu felicidad será completa, porque no te pienso dejar marchar así como así. Tengo una oferta de trabajo que no podrás rechazar, pero que te la haré una vez hayamos terminado con el proyecto que tenemos entre manos.

El avión despegó, y atrás quedaron todos los míos, pero no podía dejar escapar esta oportunidad, esa que me haría despegar en mi sector, porque lo que traíamos entre manos era algo muy innovador, de lo que se hablaría en todas partes, y que sería la sensación de todos los turistas.

Al aterrizar en Roma, un coche nos estaba esperando para llevarnos a lo que creía que sería mi hotel, pero me llevé una grata sorpresa. Antonella lo tenía todo pensado y ya había encontrado un acogedor apartamento de dos habitaciones donde podría quedarme con mi hijo una vez que terminara el año escolar. Lo mejor de todo es que estaba a solo unos minutos del colegio de mi niño, aunque eso fue pura casualidad, y tampoco quedaba lejos de la oficina, que se encontraba en la misma plaza que la famosa Fontana de Trevi. Mi nueva jefa, que poco a poco se estaba convirtiendo en una amiga, me comentó que el alojamiento corría por cuenta de la empresa, así que no tendría que preocuparme por los gastos de la vivienda.

Era un lugar encantador, con una luminosidad asombrosa que lo hacía aún más especial. Aunque no era muy grande, estaba en una zona con mucha vida, lo que me agradaba enormemente. La cocina americana estaba separada del salón por una península, y ya podía imaginarme disfrutando de un desayuno con Enzo allí. Los dormitorios eran de un tamaño normal; uno de ellos tenía una cama doble con un hermoso cabecero de forja, un armario empotrado y un baño privado. El otro dormitorio era un poco más pequeño, pero también contaba con un armario integrado, y ambos tenían un pequeño balcón que daba a la plaza, al igual que el salón, que era más amplio. En el pasillo, había otro baño completo que sería el que usaría Enzo cuando estuviera conmigo.

cuatro años tenía una madurez para entender las cosas que no era normal.

»Cuando terminen las clases, vendré a buscarte o te llevarán los abuelos, y yo te estaré esperando allí con una casa preciosa y un cole nuevo, para cuando termine el verano, y nos quedaremos allí a vivir los dos, juntitos, hasta que mamá termine el trabajo y volvamos a Sevilla.

—Vale, mami, pero prométeme que me vas a hacer una videollamada todas las noches, para darme el besito de buenas noches —me dijo, arrojándose a mis brazos y comiéndome a besos, mientras yo no podía ni imaginarme cómo serían esos meses sin tenerlo a mi lado. Todavía no me había ido y ya empezaba a echarlo de menos.

Durante esos días, además de preparar el equipaje que me llevaría, y el que me mandarían mis padres en cuanto tuviera una dirección que darles para que lo hicieran, me dediqué a disfrutar al máximo de mi niño. Solo faltaba una semana para una de las más festividades más grandes para la mayoría de los sevillanos, junto con la feria, y a mi hijo le fascinaba todo lo relacionado con ello. Así que decidí llevarlo para que viera los pasos que ya estaban montados en las iglesias. Hicimos una parada obligatoria, esa que tenía justo frente a mi casa, y a la que le iba a pedir fuerzas para afrontar este tiempo lejos de lo más grande de mi vida: mi familia, y especialmente mi hijo.

Casi sin darme cuenta, ya estábamos en el aeropuerto Antonella y yo, ya que no quise que mis padres ni mi hijo fueran hasta allí, porque la despedida sería más dura para todos, especialmente para mí. Ya me había costado lo mío despedirme de mi Enzo, al que le dije que no me olvidara, y que me soltó una de las suyas, lo que me hizo reír a carcajadas, aún con las lágrimas rodando por mis mejillas.

—Bueno, pues ya vamos camino del que, presumo, será un lugar muy importante para ti, y del que me parece que no te vas a poder ir en mucho tiempo —me dijo Antonella, que me veía con las lágrimas saltadas, puesto que era la primera vez que me separaba de ellos, una vez que nos sentamos en el avión.

—No lo creo, todavía no me he ido y ya estoy deseando volver. Mi hijo me tira mucho, y lo echaré mucho de menos estos meses.

—Pero en el momento en el que lo tengas allí, contigo, verás como tu felicidad será completa, porque no te pienso dejar marchar así como así. Tengo una oferta de trabajo que no podrás rechazar, pero que te la haré una vez hayamos terminado con el proyecto que tenemos entre manos.

El avión despegó, y atrás quedaron todos los míos, pero no podía dejar escapar esta oportunidad, esa que me haría despegar en mi sector, porque lo que traíamos entre manos era algo muy innovador, de lo que se hablaría en todas partes, y que sería la sensación de todos los turistas.

Al aterrizar en Roma, un coche nos estaba esperando para llevarnos a lo que creía que sería mi hotel, pero me llevé una grata sorpresa. Antonella lo tenía todo pensado y ya había encontrado un acogedor apartamento de dos habitaciones donde podría quedarme con mi hijo una vez que terminara el año escolar. Lo mejor de todo es que estaba a solo unos minutos del colegio de mi niño, aunque eso fue pura casualidad, y tampoco quedaba lejos de la oficina, que se encontraba en la misma plaza que la famosa Fontana de Trevi. Mi nueva jefa, que poco a poco se estaba convirtiendo en una amiga, me comentó que el alojamiento corría por cuenta de la empresa, así que no tendría que preocuparme por los gastos de la vivienda.

Era un lugar encantador, con una luminosidad asombrosa que lo hacía aún más especial. Aunque no era muy grande, estaba en una zona con mucha vida, lo que me agradaba enormemente. La cocina americana estaba separada del salón por una península, y ya podía imaginarme disfrutando de un desayuno con Enzo allí. Los dormitorios eran de un tamaño normal; uno de ellos tenía una cama doble con un hermoso cabecero de forja, un armario empotrado y un baño privado. El otro dormitorio era un poco más pequeño, pero también contaba con un armario integrado, y ambos tenían un pequeño balcón que daba a la plaza, al igual que el salón, que era más amplio. En el pasillo, había otro baño completo que sería el que usaría Enzo cuando estuviera conmigo.

Capítulo 20



Ya habían pasado un par de días desde que llegué a Roma, y hoy era el primer día en el que iría a la oficina. Po eso, Antonella, que vivía en el mismo edificio que yo pero un piso más arriba estaba llamando a mi puerta par irnos juntas, y así presentarme a todos mis compañeros.

El ambiente no podía ser mejor, ya que todos, incluida la jefa, me dieron una bienvenida bastante acogedora, y me sentí muy arropada por todos. Antonella me llevó hasta mi despacho, que estaba junto al suyo, y es que de est proyecto y de su desarrollo, solo nos ocuparíamos nosotras dos. El tema del idioma no era un problema, ya que yo lo hablaba perfectamente, y me había encargado de que mi hijo también lo hiciera. Aunque en el colegi profundizaban en el inglés, yo quería que dominara otro, y ese era el de su padre, así que pensé que era el má idóneo.

—Vamos a desayunar, anda, que te veo totalmente enfrascada en el trabajo y no quiero que me echen la culp de que pierdas peso —me dijo Antonella entrando en mi despacho, dispuesta a sacarme de ahí, y es que llevab más de dos horas sin separar la cabeza de ordenador.

—Ni cuenta me había dado del tiempo que llevo aquí, y es verdad que tengo un poquito de hambre.

—Pues listo, te voy a llevar a un sitio donde ponen el mejor capuchino de toda la ciudad, y podremo acompañarlos de un *maritozzo*, que te vas a chupar los dedos.

El *maritozzo* era un dulce típico romano, que era parecido a un bollo brioche o medianoche, y que se cortab parcialmente por la mitad, para rellenarlo de nata montada y un poco de azúcar, y que resultaba una delicia para e paladar.

—No te van a echar la culpa de que pierda peso, te la voy a echar yo de los kilos que voy a coger, porque com desayune esto todos los días, el primer sueldo me lo voy a tener que gastar en ropa, que no me va a caber ningú pantalón —le dije riendo, pero con la boca llena de nata, y es que era un pecado no comérselo entero.

—Mira que eres exagerada, si tienes un tipazo, cualquiera diría que eres mamá. Por cierto, cuándo me vas contar la historia de tu italiano, porque ahora es el momento ideal —me decía, y es que estaba deseando saber tod la historia.

—Pues si quieres escucharla, yo te la cuento. Conocí a Thiago por casualidad, y me enamoré como una tonta Al principio, me hizo creer que él también lo estaba de mí, pero con el tiempo me di cuenta de que era tod mentira, porque en el momento que llegaron sus padres, alardeando de todo su dinero, y vieron que yo era de un familia obrera y trabajadora, que tenía que hacer malabares para llegar a fin de mes, todo cambió entre nosotros hasta el punto en el que se marchó con ellos sin ni siquiera despedirse de mí.

»Al poco tiempo me enteré de que estaba embarazada de Enzo, e intenté localizarlo para contárselo, no par que se hiciera cargo económicamente de él, que para eso me sobraba y me bastaba, sino por si quería esta presente en la vida del niño como padre, pero me fue imposible. Así que lo saco adelante yo sola, con la ayuda d mis padres, por supuesto —le conté toda la historia, y le mostré la única fotografía que tenía de él, en la qu aparecíamos los dos juntos.

—Permíteme que te diga que no te merecía. Un tío que antepone el dinero al amor no es digno de compartir un vida y un hijo con alguien como tú, que eres toda bondad y alegría.

—No todo ha sido así, que me he tenido que enfrentar a muchas cosas, pero que lo volvería a hacer una y otr vez, porque un solo beso o un «te quiero» de mi niño, lo compensa todo, te lo aseguro.

Estuvimos un rato más desayunando y hablando de todo y de nada, puesto que teníamos cuarenta y cinc minutos para hacerlo, y tras eso, nos volvimos de nuevo a la oficina, para seguir con el trabajo.

En un principio, averiguamos las excursiones más contratadas por los turistas, para luego, darle una vuelta d tuerca e intentar hacer con ellas algo novedoso, pero también dependía de los permisos que las distinta

organizaciones y delegaciones nos tenían que dar. Por eso debíamos tener todo claro y perfectamente desarrollado para presentar la documentación con todo especificado a la hora de solicitar las licencias para llevarlo a cabo.

—Ya tengo la lista, Antonella, y algunas ideas para desarrollar en cada lugar indicado —le expliqué a mi jefa así como le desarrollé esas ideas, que le parecieron totalmente extraordinarias, y que, complementado con lo que ella iba añadiendo, sería algo totalmente innovador.

—Me encanta, Sheila, ahora tengo clarísimo que no me he equivocado al elegirte, eres la persona idónea para llevar nuestra idea a cabo.

Eran las seis de la tarde cuando salíamos de la oficina, así que me fui para casa. Antonella había quedado con unas amigas, y me dijo que me fuera con ellas a cenar y a tomar una copa, pero no me apetecía. Prefería llegar a mi apartamento, darme una buena ducha y ponerme el pijama, para luego acomodarme en el sofá y hacerle una videollamada a Enzo. Él estaba bastante emocionado por venirse a vivir conmigo, pero no quería cambiarlo de escuela a mitad de curso; era mejor que terminara en Sevilla y luego comenzara el siguiente aquí en Roma.

—Hola mi amor, ¿qué tal estás? —le dije en cuanto descolgó el teléfono, aguantando las ganas de llorar, puesto que mis padres se lo habían llevado a la calle a ver alguna que otra procesión, que le encantaba y así no acuciaba tanto mi ausencia.

—Hola mami, los abuelos me han traído a ver San Gonzalo, y estamos aquí esperando a que pase —me contestó con una alegría que me sonaba como la mejor de las melodías—. Antes hemos visto otra, y me han dado un montón de caramelos, hasta una piruleta de nazareno, mamá.

—Eso es bueno, que te lo pases bien. Échale al Señor un besito de mi parte, que yo no voy a poder ir a verlo.

—¿En Roma no hay Semana Santa? —me preguntó pensativo— Porque entonces, yo me voy allí contigo, pero esta semana me mandas con los abuelos, que a mí me encanta y no me la quiero perder.

—Por supuesto que sí, incluso yo podría guardarme una semana de las vacaciones y nos vamos los dos, y así la vemos juntos.

—Mamá, te voy a tener que dejar con la yaya, que ya viene ahí la cruz de guía y no me lo quiero perder, que si no, no me dan caramelos —me contestó, pasándole el teléfono a mi madre.

Estuve un rato hablando con mi madre, que se apartó de donde estaba para hablar tranquila, y me estuve contando que Enzo se portaba muy bien, igual que cuando yo estaba. Aunque, muchas noches se despertaba llorando, llamándome, y es que, por mucho que no lo quisiéramos entender, era un niño de casi cinco años, que nunca se había separado de su madre.

—Déjame que mañana vaya al centro de aquí, por si hay alguna oportunidad de inscribirlo ya, porque si es así me lo traigo de inmediato, ya que yo también lo extraño un montón. —le comenté a mi madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nosotros seremos los más perjudicados, porque es nuestra vida y alegría, pero creo que será lo mejor para él tu presencia le hace mucho bien, hija, y no dejas de ser su madre —me contestó triste, al igual que yo me encontraba.

—No te preocupes, mamá, que pasaremos todas las vacaciones juntos, así como algunos fines de semana, que yo me encargaré de que papá y tú vengáis, porque ahora mismo los vuelos están muy baratos. —La tranquilicé quedando en llamarla al día siguiente con lo que me dijeran en el colegio.

Nada más colgar, le mandé un correo electrónico a la directora del centro sevillano, por si podía ponerse en contacto con su homónimo aquí en Roma. La idea era ver si podíamos acelerar el proceso entre ambas. No pasó mucho tiempo antes de que me respondiera, tranquilizándome y asegurándome que se pondría a trabajar en ello de inmediato, para que cuando yo llegara al día siguiente, ya estuvieran informados sobre todo lo que habíamos discutido.

Eso me dio mucha tranquilidad puesto que, entre todos, podíamos conseguir que mi niño estuviera conmigo la semana siguiente, incluso si eso significaba que yo tenía que ir a buscarlo. El proyecto estaba bastante bien encaminado, así que estaba segura de que Antonella no se opondría a que me tomara el viernes libre, y más cuando supiera a qué era debido.

organizaciones y delegaciones nos tenían que dar. Por eso debíamos tener todo claro y perfectamente desarrollado, para presentar la documentación con todo especificado a la hora de solicitar las licencias para llevarlo a cabo.

—Ya tengo la lista, Antonella, y algunas ideas para desarrollar en cada lugar indicado —le expliqué a mi jefa, así como le desarrollé esas ideas, que le parecieron totalmente extraordinarias, y que, complementado con lo que ella iba añadiendo, sería algo totalmente innovador.

—Me encanta, Sheila, ahora tengo clarísimo que no me he equivocado al elegirte, eres la persona idónea para llevar nuestra idea a cabo.

Eran las seis de la tarde cuando salíamos de la oficina, así que me fui para casa. Antonella había quedado con unas amigas, y me dijo que me fuera con ellas a cenar y a tomar una copa, pero no me apetecía. Prefería llegar a mi apartamento, darme una buena ducha y ponerme el pijama, para luego acomodarme en el sofá y hacerle una videollamada a Enzo. Él estaba bastante emocionado por venirse a vivir conmigo, pero no quería cambiarlo de escuela a mitad de curso; era mejor que terminara en Sevilla y luego comenzara el siguiente aquí en Roma.

—Hola mi amor, ¿qué tal estás? —le dije en cuanto descolgó el teléfono, aguantando las ganas de llorar, puesto que mis padres se lo habían llevado a la calle a ver alguna que otra procesión, que le encantaba y así no acuciaba tanto mi ausencia.

—Hola mami, los abuelos me han traído a ver San Gonzalo, y estamos aquí esperando a que pase —me contestó con una alegría que me sonaba como la mejor de las melodías—. Antes hemos visto otra, y me han dado un montón de caramelos, hasta una piruleta de nazareno, mamá.

—Eso es bueno, que te lo pases bien. Échale al Señor un besito de mi parte, que yo no voy a poder ir a verlo.

—¿En Roma no hay Semana Santa? —me preguntó pensativo— Porque entonces, yo me voy allí contigo, pero esta semana me mandas con los abuelos, que a mí me encanta y no me la quiero perder.

—Por supuesto que sí, incluso yo podría guardarme una semana de las vacaciones y nos vamos los dos, y así la vemos juntos.

—Mamá, te voy a tener que dejar con la yaya, que ya viene ahí la cruz de guía y no me lo quiero perder, que si no, no me dan caramelos —me contestó, pasándole el teléfono a mi madre.

Estuve un rato hablando con mi madre, que se apartó de donde estaba para hablar tranquila, y me estuvo contando que Enzo se portaba muy bien, igual que cuando yo estaba. Aunque, muchas noches se despertaba llorando, llamándome, y es que, por mucho que no lo quisiéramos entender, era un niño de casi cinco años, que nunca se había separado de su madre.

—Déjame que mañana vaya al centro de aquí, por si hay alguna oportunidad de inscribirlo ya, porque si es así, me lo traigo de inmediato, ya que yo también lo extraño un montón. —le comenté a mi madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nosotros seremos los más perjudicados, porque es nuestra vida y alegría, pero creo que será lo mejor para él, tu presencia le hace mucho bien, hija, y no dejas de ser su madre —me contestó triste, al igual que yo me encontraba.

—No te preocupes, mamá, que pasaremos todas las vacaciones juntos, así como algunos fines de semana, que yo me encargaré de que papá y tú vengáis, porque ahora mismo los vuelos están muy baratos. —La tranquilicé, quedando en llamarla al día siguiente con lo que me dijeran en el colegio.

Nada más colgar, le mandé un correo electrónico a la directora del centro sevillano, por si podía ponerse en contacto con su homónimo aquí en Roma. La idea era ver si podíamos acelerar el proceso entre ambas. No pasó mucho tiempo antes de que me respondiera, tranquilizándome y asegurándome que se pondría a trabajar en ello de inmediato, para que cuando yo llegara al día siguiente, ya estuvieran informados sobre todo lo que habíamos discutido.

Eso me dio mucha tranquilidad puesto que, entre todos, podíamos conseguir que mi niño estuviera conmigo la semana siguiente, incluso si eso significaba que yo tenía que ir a buscarlo. El proyecto estaba bastante bien encaminado, así que estaba segura de que Antonella no se opondría a que me tomara el viernes libre, y más cuando supiera a qué era debido.

Capítulo 21



Esa mañana, lo primero que hice al despertarme fue dirigirme al nuevo colegio de Enzo para tener una conversación con la directora, quien ya estaba informada sobre la situación y que me facilitó las cosas para que mi hijo se pudiera incorporar a su correspondiente clase a la semana siguiente, lo que me supuso un alivio enorme. Ahora solo me faltaba coordinar los horarios con Antonella, puesto que las clases terminaban a las cuatro y nuestra jornada laboral era hasta las seis, lo que significaba que tendría que trabajar dos horas desde casa.

—¿Has podido arreglar lo del cole de Enzo? —me preguntó en cuanto me vio entrar.

—Todo arreglado, ahora tengo que hablar con mis padres por si lo traen ellos o voy yo a recogerlo. De todos modos, tengo que hablar contigo, sobre un tema de horarios —le dije, mientras que ella me señalaba con la mano que entrara en su despacho.

—¿Tú dirás?

—Verás, Antonella, hasta ahora yo no había tenido problema en conciliar trabajo y familia, ya que contaba con el apoyo de mis padres en ese aspecto. Sin embargo, aquí me encuentro sin esa ayuda, lo que me lleva a pedirte que me autorices trabajar desde casa durante el tiempo que queda desde que mi hijo sale del colegio hasta que finaliza mi jornada laboral.

—¿Estás tonta? —me dijo indignada, y yo pensé que no me lo iba a conceder, con lo cual tendría que buscar a alguien que se hiciera cargo de Enzo hasta que yo saliera, pero me equivoqué— En esta empresa nos caracterizamos por facilitar la conciliación, y sobre todo con las familias monoparentales, así que no tienes ni que preguntarlo.

»Te marchas a la hora que necesites y, si tienes que finalizar algo en casa, puedes hacerlo. Si terminas todo aquí o no puedes avanzar porque te faltan las herramientas de la oficina, pues simplemente continuas al día siguiente.

—No sabes cómo te lo voy a agradecer, porque tener que buscar ahora a alguien que se haga cargo de él durante ese tiempo, no me hacía mucha gracia, la verdad.

Cuando terminamos esa conversación, nos pusimos a repasar todo lo que teníamos ya listo del nuevo proyecto así como a terminar de preparar los dosieres que tendríamos que entregar en cada organismo para solicitar los permisos correspondientes. Cuando nos dimos cuenta, ya era la hora de salir y ni siquiera habíamos hecho una pausa para comer, pero ya lo haría en casa cuando llegara. Al día siguiente era festivo, aunque convine con Antonella que vendría a mi casa para terminar de ultimar toda la documentación.

Nada más llegar a casa, le hice la videollamada a mi niño, en la que hablaría con mi madre de todo el tema de traslado. Menos mal que todavía no me había enviado todas mis cosas, porque así podría aprovechar y enviarla junto con las de Enzo, sería menos trabajo para ellos.

Mi madre me dijo que lo traerían ellos el jueves de la semana siguiente, ya que tanto ella como mi padre tenían cuatro días libres. De esa manera, regresarían el domingo y tenían tiempo para hacer un poco de turismo, puesto que no habían salido nunca de España, bueno, en realidad no habían salido de Andalucía, como mucho habían llegado hasta Huelva o Cádiz, para ir a la playa.

Mientras hablaba con ella, cogí el portátil para comprar tres billetes de ida y dos de vuelta. En cuanto lo compré, se los hice llegar a mi padre por correo electrónico. La intención era evitar que ellos tuvieran que hacer ese gasto, lo cual generó que mi padre me lo reprochara, ya que argumentó que se lo podían permitir. Sin embargo, les dije que lo guardaran para la próxima vez que vinieran a vernos, y se quedaron un poco más conformes.

—Mamá, te voy a hacer un Bizum para que le compres una maleta al niño. Mete en ella lo que le quede bien de verano y entretiempo, lo demás se lo compraré yo aquí cuando llegue —le dije a mi madre, dispuesta a pasarle la

suficiente para que no se viera apurada.

—Llegas tarde. Ayer, tu padre y yo, al pasar por unos grandes almacenes, vimos que había muchísimas ofertas y le compramos la maleta y un montón de ropa de verano, porque ha pegado un estirón y no le queda bien cas nada. La que se le ha quedado pequeña, como siempre, la he bajado a la hermandad, para que la repartan los d Cáritas. Sabes que ahora siempre viene mucha gente buscando ropa de niño, para que la tengan con tiempo, es qu está toda nueva, tú sabes que Enzo no es de romper ni la ropa ni los zapatos.

—¿Por qué no me has dicho nada? Te hubiera mandado el dinero, que vuestra economía no está para tira cohetes, y yo tengo un dinerito guardado para estas cosas —le expresé con frustración, y es que siempre sucedía l mismo, me daban largas y compraban al niño lo que necesitaba, tratando de que yo no tuviera que gastar m dinero.

—Porque si te lo hubiera dicho, hubieras querido pagarlo, y eso es un regalo que sus abuelos le hacen, com todos los cambios de temporada. Así que, no sé por qué te enfadas, si sabes que lo hacemos siempre.

Terminamos la videollamada diciéndole a mi hijo que se tendría que despedir de sus amiguitos del cole, que l semana siguiente ya estaría en Roma, con su mamá, e iría a un centro nuevo. Se puso a llorar de la emoción diciendo que no se quería separar nunca más de mí, lo que me puso el corazón en un puño, haciendo que se m saltaran las lágrimas.

Jueves Santo y yo fuera de Sevilla, eso me dolía como si me clavaran un puñal en el pecho. Yo, que estab acostumbrada a ver la salida de la Esperanza desde mi balcón, que si estiraba un poco el brazo, acariciaba Calamar y le daba la mano a Rafael. Os preguntareis quiénes son esos dos, pues yo os lo explico, Calamar era e nombre del caballo que iba en el paso de mi Cristo, y Rafael, el romano que lo monta.

Antonella ya estaba en mi casa, y mientras yo preparaba un picoteo para las dos, puesto que a esta italiana l chiflaba el jamón serrano y el queso manchego, así como las aceitunas, que ella las llamaba olivas, y yo me habí traído de todo eso metido en la maleta, puso la televisión. Estaban retransmitiendo algún rito desde el Vaticanc donde el Papa estaba dando una bendición o algo parecido, ya que no le estaba prestando atención.

—¿Qué te pasa, loca, que te has quedado pensativa? —le dije a Antonella, y es que ya teníamos la suficient confianza para hablarnos así, a pesar de que era mi jefa.

—Nada, nada, pensé que había visto a alguien conocido, pero he debido equivocarme. —me contestó, sin deja de prestar atención a la pantalla. Dejé encima de la mesita pequeña del salón una bandeja de ibéricos y do cuencos, uno con olivas y otro con picos de pan, así como una bolsa de patatas chips que había traído Antonella, volví a la cocina para coger dos cervezas. Desde que me quedé embarazada de Enzo no había probado el alcohol nada más que en contadas ocasiones, pero ese día me apetecía.

—¡Ya traigo las cervecitas fresquitas! —dije, cuando me fijé en la televisión, y las dos cervezas fueron al suelc menos mal que la alfombra era mullida y estaban sin abrir, porque si no, hubiera habido olor a bar chungo en m casa hasta el día del juicio final.

Eso era tener mala suerte y lo demás un cuento, me tuve que sentar de la impresión. Cuatro puñeteros año intentando olvidarme de él, sin conseguirlo, por supuesto, me vengo a Roma a trabajar y lo tengo que ver en l televisión, en una retransmisión desde el Vaticano. ¡Y de cura! Si esto no es una maldición, que venga Dios y l vea, y nunca mejor dicho.

—Eso o a ese, mejor dicho, era a quien me pareció ver antes, pero como la cámara pasó de refilón no me pud fijar bien, pero ahora se ha visto claramente —me aclaró Antonella, que me vio tambalearme de la impresión.

—No puede ser, esto es una maldición, te lo prometo —le decía casi sin poder articular palabra—. No me l podía haber encontrado en un bar, o por la calle, no, me lo tenía que encontrar ahí, dando la comunión en una mis con el Papa.

—¿Cuál va a ser tu siguiente paso? Porque ya lo tienes localizado, así que podrías hablar con él y contarle l que no pudiste hacer hace cuatro años.

—Claro que sí, mañana mismo voy a ir al Vaticano, a pedir confesión con el Padre Bianchi, y cuando esté en e confesionario, le digo: «¿se acuerda usted de cuando estuvo en Sevilla hace más de cinco años? Pues la gilipolla con la que se acostó soy yo, y tengo un hijo con usted» —le respondí en el más irónico de los tonos.

s,
si
e
e

r
o
ui

o

a
l,
e

a
a
el

e
a
o,

e

r
s
y
l,

o,
ui

s
a
o

e

o
a

o

el
s

Capítulo 22



Durante todo el día no di pie con bola, os lo juro, me parecía que era una pesadilla de la que estaba a punto d despertar, y cuando lo hiciese estaría en mi casa de Triana junto a mi familia, pero resultó que no fue así, y qu todo eso estaba pasando de verdad.

Antonella no paraba de insistir en que tenía que ir a buscarlo y hablar con él, pero yo no lo veía. Aun meno siendo sacerdote como era, y tenía que ser de los altos cargos dentro de la Iglesia, porque no todo el mundo pued asistir una misa junto al Papa, el cura de mi barrio seguro que no lo podía hacer.

—¡Lo tengo! —me dijo Antonella en cuanto le abrí la puerta al día siguiente por la mañana.

—¿Qué es lo que tienes? Mira, he pasado un día y una noche de perros, así que no me vengas con acertijos qu puedo soltar cualquier cosa por mi boca, al grano —le contesté malhumorada, mientras que ella me miraba co una sonrisa.

—El padre Bianchi no imparte los sacramentos en el Vaticano, sino que está en una iglesia cerca de aquí, l Iglesia de los Santos Vicente y Anastasio de Trevi. Lo raro es que no te hayas cruzado con él en estos días —m explicó, y a mí se me cayó el mundo encima, no podía ser que hubiéramos estado tan cerca y no hubiéramo coincidido.

—Me parece muy bien, pero no voy a ir a buscarlo. Si tengo la mala suerte de cruzarme con él, lo saludaré, s no, mejor para mí.

—Mira que eres tozuda, de verdad. Con lo sencillo que sería que hablarais del tema.

—¿Qué parte de que no le voy a contar que es padre ahora es la que no entiendes? Porque lo estoy diciend muy clarito, vamos.

Así nos llevamos un buen rato discutiendo, y al final, logró convencerme de que, si nos cruzábamos, l propusiera ir a tomar un café y le contara todo. Sin embargo, cedió en su insistencia de que fuera a buscarlo, pesar de que no estaba de acuerdo con eso.

El fin de semana logró sacarme de casa, así que el sábado fuimos a cenar con sus amigos, que resultaron se todos encantadores, y a bailar mientras tomábamos una copa.

—¿Lo estás pasando bien? —me dijo Antonella en un momento de la noche, cuando nos sentamos en uno d los reservados, puesto que ya no podíamos más con el dolor de pies.

—La verdad es que sí, hacía muchísimo tiempo que no me pegaba una juerga de esta —le respondí sonriente mientras que le daba un sorbo a mi cerveza. Era la segunda que me tomaba, el resto del tiempo había estado a bas de refrescos y cócteles sin alcohol, ya que no quería desfasar, y mucho menos en una ciudad en la que no conocí a casi nadie.

—Mira, Ángelo, no te quita el ojo de encima, parece que le has gustado —me comentó entre risas, mientras m indicaba con un gesto hacia la dirección donde se encontraba el joven.

—Ahora mismo no estoy para hombres, pero no te niego que es guapísimo.

—¿Has estado con alguien desde que te quedaste embarazada, Sheila?

—No, me he centrado en mi hijo, y así va a seguir siendo. Me enamoré una vez, y me salió el tiro por la culata por esto no quiero saber nada más de los hombres —le dije, intentando convencerla.

—No te estoy diciendo que te cases con él, hija mía, pero que eches un buen polvo que te quite las penas, qu seguro que tienes hasta telarañas allí abajo.

—De eso ni *mijita*, bonita, que yo soy muy limpia. Además, para que se me quiten las penas, no necesito ningún hombre, que mi amigo Nico me regaló al año de nacer Enzo un muñequito que es una delicia. Yo n concibo el sexo sin amor, soy así de rara o de antigua, qué le voy a hacer.

—No tienes idea de lo que te estás perdiendo, *bella*. Yo voy a lanzarle la caña a Francesco, a ver si logro qu

pique y paso una noche de cine, porque no te imaginas cómo es el chico. Si todo sale bien, mañana en cuanto s marche, bajaré a tu casa y te cuento todo, así tendrás material para usar tu muñeco —soltó y se quedó tan ancha marchándose junto a Francesco, con quien, por lo visto, ya se había acostado un par de veces anteriormente. A pesar de lo que ella decía, ese italiano la tenía completamente fascinada; aunque no quisiera reconocerlo, sol había que observar la manera en que lo miraba. En cambio, el otro era un mujeriego que solo se acercaba a ell cuando no había otra opción disponible.

—Yo me voy ya, tomaré un taxi, no vaya a perderme —le dije a ella en el oído, para que se enterara bien, y que con la música tan alta era imposible escuchar nada, y asintió con la cabeza.

Salí a la calle, y me dirigí a la esquina de esta, donde antes había visto que había una parada de taxis, y m crucé con quien menos esperaba, con su sotana y todo.

—Buenas noches —le dije, parándolo por el brazo.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarla? —me contestó como si no me conociera de nada, y se me partió e corazón en dos, sin poder evitarlo, dos lágrimas cayeron de mis ojos, pero intenté disimular.

—Disculpe, le había confundido con otra persona —le dije, mientras él asentía con la cabeza. Continué m camino hasta llegar a la parada de taxis, donde subí a uno de ellos y le indiqué la dirección.

Durante todo el camino fui aguantando el llanto, porque no quería que nadie me preguntara, y mucho menos e conductor, al que no conocía de nada, quien se había dado cuenta de que algo me pasaba y me miraba con pen por el espejo retrovisor.

En cuanto entré en mi casa, ya no pude retenerlo más y lloré amargamente, sentada en el sofá y mirando l televisión apagada, puesto que eran casi las seis de la mañana. Un pensamiento no paraba de acudir a mi cabeza ¿tan poco había significado para él que no se acordaba ni de mi cara? Porque, aunque habían pasado más de cinc años, yo no había cambiado tanto como para que no me reconociera. ¿Y si lo había hecho fingiendo que no m conocía para que no le incomodara?

Todo daba vueltas en mi cabeza, como si fuera el bombo de una lavadora y mis pensamientos, la ropa que tení que lavar. Cuanto más tiempo pasaba, menos entendía nada, pero tomé la decisión de que, cuando llegaran mi padres, iba a llevarlos a esa iglesia, a ver si con mis padres delante le volvía la memoria. Ya me ponía en todos lo escenarios, desde que había tenido un accidente y tenía amnesia hasta que se estuviera haciendo el tonto para n verse comprometido, pero que lo aclaraba, lo iba a hacer como Sheila que me llamaba.

La semana había pasado muy rápido, y ya estábamos a jueves, el día en el que llegaba mi familia a Roma, y hasta el aeropuerto nos habíamos trasladado Antonella y yo, a esperar a que llegara su vuelo.

—Estoy loca por ver a mi niño, te lo prometo —le decía a mi amiga, nerviosita perdida, y es que no veía e momento en el que su avión aterrizara.

—Ya solo te quedan unos minutos, tranquila —me decía en el mismo momento en el que se abrían las puerta de las llegadas y vi salir a mi niño corriendo, tirando la maleta a un lado, sin importarle nada más que venir abrazarme.

—Mi niño, mi tesoro —le decía yo, que no podía parar de llorar de la alegría de tenerlo aquí conmigo.

—Mami, te has parecido a Golum, el de *El Señor de los Anillos*, solo que tú tienes melena —me soltó, y es qu me tenía que reír con él, porque todo lo que se le ocurría era igual.

—Mamá, papá, qué ganas tenía de veros —les dije mientras los abrazaba muy fuerte, puesto que los habí echado muchísimo de menos.

—Nosotros también a ti, cariño mío, pero te veo muy guapa, aunque un poquito triste. Si era por tu niño, ya l tienes aquí, mi vida, que sé que lo echabas de menos —me contestó mi padre, que me conocía mejor que nadie.

—Sí y no, pero ya hablaremos luego, que tengo mucho que contaros —les dije, y entendieron que lo haríamo en cuanto Enzo estuviera dormido, porque intuyeron que era algo relacionado con su padre.

—Ya que la petarda esta no me presenta, lo haré yo. Soy Antonella, su jefa y amiga, además de vecina —le dij mi amiga a mis padres, quienes la abrazaron como si se tratara de otra hija más, y ella correspondió encantada.

—Perdón, amiga, ha sido la emoción de tener a mi familia aquí, que me había olvidado hasta de tu presencia.

—Muy bonito, sí señora, pues a ver cómo te ibas a llevar a tu familia hasta tu casa, porque el coche es mío y la llaves las tengo yo —dijo sacando la lengua, y mi hijo se carcajeaba con la cara que había puesto, provocando un sonrisa en todos los adultos.

Capítulo 23



Sacamos de la maleta de Enzo toda su ropa, colgándola en el armario de la que sería su habitación, esa qu decía que tenía que decorar, porque era muy sosa. Así que decidimos ir a una tienda cercana, donde la dependient me conocía de haber ido a comprar otras veces. Juntos elegimos todo lo que le gustó. Naturalmente, ella sabía qu no era una turista, por lo que sus precios fueron bastante asequibles, a pesar de saber que era española, y es que como ella decía, si notaba que alguien tenía un aire de riqueza, ajustaba un poco los precios, aunque no de maner exagerada, solo un ligero aumento.

Mi hijo cayó derrotado después de comer, y es que habían sido demasiadas emociones juntas, y si a eso l sumamos los nervios del viaje, que era el primero en avión para él, pues dio como resultado un cóctel que hiz que se quedara profundamente dormido en el sofá, mientras que los demás tomábamos café.

En la cocina, con mis padres sentados en los taburetes de la barra de desayuno, y mientras yo metía las cápsula en la cafetera, me dispuse a hablar con ellos de lo que había descubierto, para conocer su opinión al respecto Nadie mejor que ellos para darme consejo, ya que conocían la historia desde el principio.

—Una cafetera de esas me quiero comprar yo, que la mía ya es muy antigua, además de que esta es más liger —comentó mi padre nada más darle el primer sorbo a su taza, y entonces decidí que, antes de que se fueran, le compraría una de regalo, para que se la llevaran de vuelta.

—Mamá, papá, en estos días he descubierto algo con respecto a Thiago. —Empecé a contarles, mientras ello me miraban expectantes—. Lo vi en la televisión la semana pasada, impartiendo la comunión en el Vaticano junto al Papa, ahora es sacerdote.

—¿Eso cómo va a ser? Estoy seguro de que te has confundido, Sheila —me replicó mi padre, muy seguro de l que decía.

—No me he equivocado, papá, te lo aseguro. El sábado, cuando regresaba a casa después de ir a cenar y tomar una copa con Antonella y sus amigos, me lo crucé por la calle, y lo paré. Pero lo que más me desconcert fue que no me reconoció, me preguntó en que podía ayudarme, pero en un tono como si fuera la primera vez qu me veía, y no sé qué pensar.

»Por mi cabeza han pasado todo tipo de escenarios, desde la amnesia hasta que se hiciera el tonto para n complicarse la vida y tener que dar más explicaciones de la cuenta.

—Esto es muy raro, hija, no me digas que no. Porque, si además me dices que lo paraste de improvisto, su car tenía que haber reflejado algo, aunque fuera miedo por verse descubierto, no lo sé —reflexionó mi madre, y e eso tenía razón.

—No sé qué hacer. ¿Vosotros qué haríais si estuvieseis en mi lugar? Necesito vuestro consejo como el come os lo prometo.

—Algo tan sencillo como hablar con él, hija. Aunque ahora sea sacerdote, hace cinco años no lo era, y tien derecho a saber que es padre, y no solo en la iglesia —bromeó mi padre, sacándome una sonrisa.

—Os propongo una cosa. Mañana tengo que llevar a Enzo a su nuevo colegio, para que lo conozca y el lunes n le resulte tan extraño, pero a la salida, podemos acercarnos a la iglesia donde imparte, y así lo veis con vuestro propios ojos.

En eso quedamos, ya que esa tarde no íbamos a salir, porque estaban muy cansados de toda la tensión y de viaje. De camino a casa, y sobre todo al llegar, habían estado un rato en la Fontana di Trevi, haciéndose multitu de fotos. Según decían, el cupo de visitas del día ya lo habían cubierto.

* * *

—Buenos días, venimos a ver a la directora. Nos está esperando —le dije a la chica que había en la conserjerí del colegio.

—Un momento, que la aviso enseguida —me contestó, mientras marcaba un teléfono interno. Al finalizar l llamada, la observamos acercarse por el pasillo.

—Pero si está aquí Enzo, nuestro nuevo alumno —le dijo a mi hijo, que la miraba con cariño, asintiendo con l cabeza— ¿Quieres conocer tu nueva clase y a tus nuevos compañeros?

—Sería genial, porque así puedo ver con quiénes me llevaré mejor y podré jugar el lunes cuando me incorpor —le soltó en un perfecto italiano, que sorprendió gratamente a la directora, ya que nos indicó que no tendrí problemas de adaptación por el idioma.

—Pues vamos, dile a tu mamá que nos acompañe. —Me hizo un gesto con la mano para que la siguiera, y e que quería que yo también viera el ambiente que había en las aulas. Mis padres decidieron salir a tomar un café e la cafetería que había junto al colegio, donde nos esperarían.

—Y esta de aquí, es tu clase, vamos a llamar, porque ahora mismo están dando clase. —Llamó a la puerta, casi me caigo de culo cuando vi quién era el profesor, puesto que debían estar impartiendo religión, ya que era e padre Bianchi quien estaba allí, de pie junto a la pizarra—. Padre, chicos, os presento a un nuevo alumno, Enz Mendoza, viene de Sevilla, que está en España, y se incorporará el lunes a esta clase.

—Encantado, Enzo, espero que te lo pases muy bien con nosotros —le contestó, pero no paraba de mirarl como buscando algún parecido.

—Hola, Enzo. Yo me llamo Pablo y soy de Granada, pero mis padres vinieron a trabajar aquí —le explicó u niño en un perfecto español.

—Puedes hablar en italiano para que lo entiendan todos, yo lo hablo —le contestó mi hijo en el idioma local para que todos entendieran—. Mi madre me lo enseñó desde pequeño, porque mi padre es italiano, aunque no l conozco, se fue cuando yo estaba en la barriga de mi madre, y no hemos vuelto a saber de él.

—Pues muy mal hecho por su parte, porque los hombres que lo son de verdad deben ser consecuentes con su actos, y responsabilizarse de los mismos, no salir huyendo a la primera de cambio —le contestó el «profesor» y y no pude callarme.

—Mira quién lo dice, el más apropiado, vamos —murmuré, pero debía de tener el oído muy fino, porque m lanzó una mirada incendiaria.

—¿Decía usted algo, señorita? —me preguntó con segundas, pero no iba a caer en sus provocaciones. Ya l había conocido, y si era un poquito más listo que la media, haría cuentas y sabría que era su hijo. No me creía qu no se acordara mí, así que me lie la manta a la cabeza, y cogí el toro por los cuernos.

—Podríamos hablar un momentito fuera, a solas, por favor —le dije, y es que ya no podía callarme, much menos cuando iba a estar en contacto asiduamente con Enzo, así que dejó a los niños con la directora y salió de aula.

—Usted dirá —me dijo mirándome a los ojos.

—No me lo puedo creer, de verdad que no. No se puede ser más cínico que tú, decirle eso al niño, cuando e exactamente lo que tú has hecho. Si pensaba que tus padres eran clasistas, lo tuyo ya no tiene nombre. Y encim fingiendo que no me conoces, cuando nos podríamos decir el número de pecas que tenemos en nuestro cuerpo localizarlas con los ojos cerrados —le solté, sin dejarlo articular palabra, mientras que él se mostraba cada ve más asombrado.

—Le aseguro, señorita, que yo a usted no la he visto en mi vida —me decía, sin parar de negar con la cabeza hasta que me acordé de la foto que nos hicimos juntos, esa que yo había guardado por si Enzo, cuando fue mayor, quería buscar a su padre.

—Y entonces ¿quiénes están en esta foto? —le pregunté cuando giré el móvil, ese que me quitó de las manos y tras verla, soltó una carcajada, que a mí me sentó como una patada en la boca del estómago—. Encima cachondeo

—Ese no soy yo, señorita, sino mi hermano gemelo. Yo soy Pietro, y el de la foto es Thiago —me contestó, yo creía que me moría de la vergüenza.

—¿Cómo dices?

—Estoy completamente de acuerdo con usted en la descripción que ha dado de mis padres. ¿No le habló Thiag de mí?

—Tutéame, por favor, al fin y al cabo, soy la madre de tu sobrino —le contesté—. Me dijo que tenía u hermano, pero en ningún momento que eran gemelos. Te pido disculpas de todo corazón, así como el favor de qu no le digas nada del niño, seguramente que ya habrá rehecho su vida.

—Vamos a hacer una cosa, que ahora tengo que volver a clase. Me gustaría verte mañana y tomar un café, all

ate explicaré muchas cosas.

Quedamos en vernos el sábado a las cinco en la cafetería que había junto al Partenón, donde hablaríamo atranquilos mientras mis padres visitaban el monumento.

a

e
a

s
n

y
:l
o

›,

n

l,
o

s
o

e

o
e

o
:l

s
a
y
z

ı,
a

r,
'.
y

o

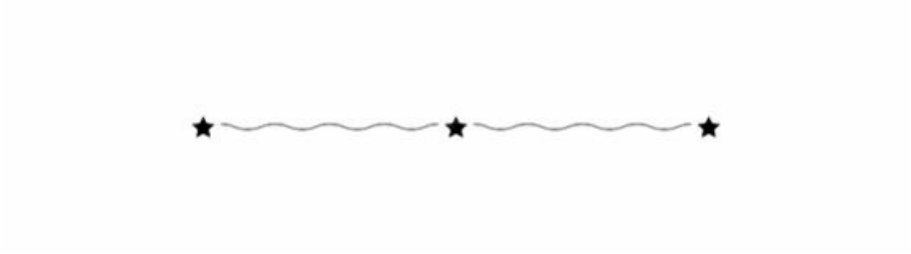
n
e

lí

te explicaré muchas cosas.

Quedamos en vernos el sábado a las cinco en la cafetería que había junto al Partenón, donde hablaríamos tranquilos mientras mis padres visitaban el monumento.

Capítulo 24



Thiago

No había podido quitarme de la cabeza a Sheila, esa guapa sevillana que me dejó impresionado nada más verla y que luego se fue colando en mi corazón con su descaro y desparpajo, así como con su forma de luchar por las cosas que quería.

Todavía recuerdo las palabras de mis padres, y lo que me dolió tener que marcharme así…

—No voy a consentir que nadie de mi familia se relacione con semejante tipo de mujer —dijo mi madre en cuanto dejé a Sheila después de la cena, y acudí de nuevo al apartamento.

—¿Qué tipo de mujer, según tú, mamá?

—Una descarada y que no sabe mantener las formas, exactamente el tipo de mujer que es esa niñata.

—No has parado de importunarla durante toda la cena, mamá, no te hagas ahora la inocente. Ha tenido una paciencia increíble, porque si yo hubiera estado en su situación, te habría soltado algo y me hubiese marchado. Por lo tanto, no tienes derecho a tacharla de lo que no es.

—Según tu opinión, ¿cómo es? Porque yo no he hecho nada más que corroborar lo que Mateo le contó a tu padre, y por eso hemos venido. Que le hayas pedido que vuelva a contratar a un empleado por el simple hecho de que sea el padre de tu ligue de turno, dice mucho de la manera en la que esa mujer te maneja.

—Ella no me dijo nada, si ni siquiera sabía que el jefe de su padre era amigo de la familia. Y eso, lo haría una y mil veces, que lo sepas.

—Me estás dando la razón con esos comentarios. Te has convertido en un pelele de esa niñata, y no lo voy a consentir. Menos mal que, por lo menos, has tenido la decencia de no incluirla en nuestros planes de mañana porque sería el colmo que tuviera que aguantarla durante toda mi visita a la ciudad.

»Seguro que me llevaba a las peores tascas para comer, que será a lo que está acostumbrada. —Me envenenaba mi madre más y más, pero tenía que callar, puesto que no tenía medios para sobrevivir por mí mismo que si no, ya hubiera terminado con esta situación.

—Te voy a plantear dos opciones, y tú decidirás la que más te convenga. —Fue el turno de mi padre— *Rompes con ella y te vuelves con nosotros a Roma, o te quedas aquí, pero abandonado a tu suerte, sin un céntimo por nuestra parte, ni para terminar tus estudios ni para poder sobrevivir. Así que, en tus manos está tu futuro, si quieres ser un hombre de provecho, o si quieres tener que meterte a camarero para poder vivir.*

—Eso no es justo, estoy enamorado, y pienso volver a por ella en cuanto pueda, cuando ya no tenga que estar debajo de tus alas.

—Cuando termines tus estudios, te harás cargo de uno de los departamentos de la empresa, y seguirás bajo mis alas. Seguro que en el momento en el que eso ocurra, ya habrás conocido a otra chica que hará que te olvides de todo. El poder y el dinero son dos buenas razones para que te convenzas. —Y esas fueron sus últimas palabras

dejándome hecho una mierda, pero tendría que tragarme mi orgullo si quería seguir manteniendo la vida qu
llevaba, aunque eso me convirtiera en un cobarde a ojos de todo el mundo.

El día siguiente, fue el peor de toda mi vida. Acudí a la piscina casi a la hora de marcharse, y es que tenía l
necesidad de que fuera Sheila la que me mandara a la mierda, para no sentirme tan mal ni tan rastrero. Pero, e
el momento en el que eso sucedió, me di cuenta de que no quería que los últimos recuerdos que tuviera mío
fueran así, por lo que corrí detrás de ella y le pedí perdón.

Nuestras últimas horas juntos fueron indescriptibles, y me dediqué a venerar su cuerpo, intentand
aprendérmelo de memoria, para que se quedara grabado en mi retina para siempre. Esas últimas palabras, la
recordaré para siempre…

«No olvides nunca que te quiero con toda mi alma, pase lo que pase», eso fue lo único que pude pronunciar
modo de despedida, ya que no le diría que me marchaba esa madrugada, no me veía capaz de aguantar todos lo
reproches que me haría, y que me dolerían todavía más, porque tendría razón.
Con un «yo también te quiero, Thiago, me enamoré de ti desde el primer momento en el que te dirigiste a mí l
primera vez, y que te quede claro que te he abierto mi vida y mi corazón» por su parte, me di la vuelta y dirigí mi
pasos hacia el apartamento. No llegué hasta pasada una hora de dejarlo, ya que por la mañana no había ido co
mis padres a conocer la ciudad, les dije que no me apetecía, y me quedé preparando todo mi equipaje, llorand
como un bebé recién nacido, en esa ciudad se quedaba mi corazón.

Actualmente, estaba a punto de casarme, de hecho, lo haría en tan solo dos meses, con una mujer que, a pesa
de que era bellísima, no llenaba mi corazón como lo hacía Sheila, pero que me habían impuesto si quería llegar
tener las riendas de la empresa y, con ella, las de mi vida.

Casandra, mi prometida, era abogada y se encargaba de los asuntos legales de la empresa familiar, así fue com
la conocí. En cuanto mis padres tuvieron constancia de que nos acostábamos juntos, porque eso es lo que teníamo
desde el principio, por lo menos por mi parte, aunque sí es verdad que ella tenía sentimientos hacia mí, que iba
más allá que el cariño o la simple atracción física que yo tenía hacia ella, me hablaron muy clarito.

No dejaron pasar la oportunidad de volver a inmiscuirse en mi vida, así que esto es lo que pasó hace casi u
año…

—Hijo, esta sí es una mujer a tu altura, así que no la dejes escapar —me dijo mi padre una mañana en m
despacho.

—Sigues igual de clasista que siempre, pero siento comunicarte que no estoy enamorado de ella. —Esa fue l
respuesta que le di, y tras la que soltó una carcajada.

—¡Qué inocente eres, hijo, de verdad! ¿Acaso crees que yo he estado enamorado de tu madre? Porque l
respuesta es no, basta con que ella lo esté de ti, y consigas engatusarla para que se case contigo. Luego vendrá
los «viajes de negocios» en los que te podrás desfogar con tus amantes, como he hecho yo durante toda mi vida –
me soltó y se quedó tan ancho, mientras yo no me podía creer lo que estaba escuchando.

—No sé si sentarme o mandarte a la mierda, te lo prometo —Fue lo primero que me salió, sin saber cóm
reaccionar.

—Tú solo encárgate de dejarla embarazada pronto, ya que es fundamental para asegurar un heredero qu
continúe con el legado de la empresa. Por lo demás, vive la vida como desees, siempre y cuando no se entere ni t
mujer ni nadie. Así que esta es la situación: o te casas con ella, aunque luego por detrás hagas lo que te dé la gan
o te despides de la gerencia de la empresa, que se la daré a uno de mis mejores empleados.

»Tienes un plazo de dos meses para formalizar la relación y un año para organizar la boda, que es el tiemp
que me queda antes de retirarme. —Y sin más, salió de mi despacho, dejándome con una cara de tont
impresionante.

En ese momento, comencé a reflexionar y llegué a una conclusión bastante evidente. Si en realidad nunca iba
poder casarme con el amor de mi vida, que era Sheila, me daba igual con quién lo hiciera. Considerar a Casandr
como una posible opción no era demasiado descabellado, ya que era atractiva, teníamos buena química en la cam
y no intentaba controlarme. Así que sí, ella sería la elegida.

Esa mañana decidí salir en busca de una joyería, y terminé comprando un anillo de compromiso, ostentos
justo como a ella le gusta. Qué diferente era de Sheila, a la que le fascinaban las cosas sencillas. Con eso
pensamientos, una duda invadió mi mente: ¿me habría olvidado? ¿Habría rehecho su vida con otra persona? E

eese instante, una sensación muy desagradable se apoderó de mí; debía ser celos, ya que la imagen de ella e
brazos de otro hombre me hacía hervir la sangre. Intenté apartar esos pensamientos de mi mente y me enfoqué e
cómo le haría la proposición a Casandra.

Mi hermano gemelo, Pietro, siempre había sido muy distinto a mí en todos los sentidos, menos en el físico. A
medida que fue creciendo, su interés por la religión se intensificó, y al cumplir dieciocho años, anunció su dese
de convertirse en sacerdote. Esta decisión llenó de alegría a mis padres, quienes no podían estar más orgullosos
ya que para ellos no había mayor distinción que contar con un hijo en el Vaticano. Era el súmmum del clasismo
como en el Medievo.

ese instante, una sensación muy desagradable se apoderó de mí; debía ser celos, ya que la imagen de ella en brazos de otro hombre me hacía hervir la sangre. Intenté apartar esos pensamientos de mi mente y me enfoqué en cómo le haría la proposición a Casandra.

Mi hermano gemelo, Pietro, siempre había sido muy distinto a mí en todos los sentidos, menos en el físico. A medida que fue creciendo, su interés por la religión se intensificó, y al cumplir dieciocho años, anunció su deseo de convertirse en sacerdote. Esta decisión llenó de alegría a mis padres, quienes no podían estar más orgullosos, ya que para ellos no había mayor distinción que contar con un hijo en el Vaticano. Era el súmmum del clasismo, como en el Medievo.

Capítulo 25



Aquella noche llevé a Casandra a cenar a uno de los mejores restaurantes de toda Roma, con unas vista espectaculares al Coliseo Romano, y que sabía que le encantaba, ya que no paraba de hablar de que sus amiga iban allí con sus parejas, porque era un lugar muy romántico. En aquel momento, yo no tenía ninguna intención d sucumbir, puesto que para mí solo era sexo, pero no había tenido más remedio.

Llamé a un conocido mío que, a su vez, era amigo del dueño del restaurante, ya que la lista de espera er inmensa, de meses incluso, y que intercedió por mí, consiguiéndome una mesa para esa misma noche. Por lo visto una de las reservas se había anulado y, en vez de tirar de la lista, por si estaban interesados, la dejaron a mi enter disposición.

—Esta noche ponte más elegante y bonita que nunca, que tengo una sorpresa para ti, te recojo a las ocho —l dije a Casandra, pasando por su despacho, y eso la dejó totalmente descolocada, puesto que nuestros encuentros s basaban en, «a tal hora estaré en tu casa, yo llevo la cena, para después devorarnos como postre». Salí de all guiñándole un ojo y me dirigí al mío.

Cuando entré allí, me encontré a mi mejor amigo, Luigi, que me estaba esperando sentado en el sofá que tení para relajarme con una copa de vino blanco en la mano, ya que solía ser su aperitivo diario.

—¿Qué haces aquí, amigo? —le pregunté, aunque no era nada raro que me lo encontrara así más de un día Luigi era mi mano derecha en el trabajo, pero también mi confidente, el que siempre estaba dispuesto a ofrecerm su hombro en esos días difíciles en los que la carga se volvía demasiado pesada, y no solo en sentido figurado Conocía toda mi historia con Sheila, y siempre me instó a que la buscara y le contara absolutamente todo, per nunca lograba encontrar el momento adecuado para dar ese paso.

—Pues nada, pasaba por aquí y he dicho, voy a hacerle una visita al capullo de mi amigo, a ver qué se cuent —me contestó con desparpajo. Si fuera gay, sería igualito que Nico, el compañero de Sheila en el trabajo, aunqu mi amigo se volvía loco detrás de una falda.

—Vengo del despacho de Casandra, esta noche la voy a llevar a cenar y a pedirle que formalicemos nuestr relación, ya he comprado el anillo.

—Espera, repite, que el vino me ha debido dejar más tonto de lo que soy normalmente. ¡Pues no me h parecido escuchar que le vas a pedir matrimonio a Casandra!

—Eso mismo he dicho, amigo. Mi padre me obliga a hacerlo si quiero coger las riendas de la empresa cuand él se jubile…

—Eres gilipollas. Tú no quieres a esa mujer, y te vas a arrepentir en cuanto lo hagas, por el simple hecho d tener poder arruinarás tu vida —interrumpió mi discurso, intentando que recapacitara.

—Ponte en mi lugar, joder, por una vez en tu vida, hazlo. La única mujer a la que he querido, quiero y querré la saqué de mi vida de mala manera, por lo que no tengo opción a recuperarla. He luchado toda mi vida por est empresa; primero, preparándome para ello, y después dejándome los cuernos por que los resultados fuera mejores, así que no voy a dejar escapar esta oportunidad.

—Claro que te entiendo, pero no puedes sacrificar toda tu vida por eso.

—Algún día tendré que casarme, y no será con la mujer a la que amo. Si analizo fríamente la situación Casandra es la mejor opción que tengo, es guapa, elegante y en la cama nos compenetramos a la perfección, n encontraría otra mejor que ella para el puesto.

—Me estás hablando como si estuvieras buscando a una secretaria en vez de a una mujer que comparta contig la vida. Te apoyaré, como siempre lo he hecho, porque para mí eres más que un amigo, eres un hermano, aunqu no trague a tus padres. Aunque, no me pidas que comparta contigo tu mismo punto de vista —me dijo, y es que y sabía que iba a ser así, mataría por mí, aunque no entendiera el motivo de esa muerte.

—Gracias amigo, me gustaría que tú fueras el padrino. Esto es muy importante para mí, y no sería lo mismo s no te tuviera cerca. —Nos dimos un abrazo, pero todavía notaba a mi amigo reticente, aunque notara su apoyo.

Me vestí de manera elegante, tal y como le había pedido a Casandra que hiciera. Para ello, opté por un traje d chaqueta de sastre en un elegante tono azul marino, que combiné con una camisa blanca y una corbata qu presentaba diferentes matices de azul. Para completar el conjunto, elegí los complementos en marrón, lo qu aportó un toque adicional de distinción a mi vestimenta.

A las ocho en punto, estaba en la puerta de la casa de Casandra, que vivía en un unifamiliar a las afueras de l ciudad, en una de las zonas más adineradas de todo Roma, ya que sus padres eran como los míos, con bastant poder adquisitivo. Le mandé un mensaje diciéndole que ya estaba allí, que no me contestó, abriendo la puert directamente, para darme el encuentro.

Quien me viera con ella, me podría considerar un hombre afortunado, pero no era la misma percepción que y tenía, por muy bonita que se viera. Lucía un vestido en azul noche, con escote en V y tirante fino, que se cruzab en la espalda, largo y con una apertura en el lateral derecho, que dejaba toda su pierna al aire al andar. Lo combin con unas sandalias plateadas y un pequeño chal del mismo color, así como un bolsito, en el que solo le cabían e móvil y las llaves. Se veía realmente impresionante, pero no me llegaba al corazón, hubiera preferido mil veces mi sevillana con esos *shorts* tejanos y una camiseta.

—Estás preciosa —le dije, dándole un breve beso en los labios, que la dejó más descolocada si cabe, ya que n era mi manera de saludarla normalmente.

—Tú también estás guapísimo. Ese traje te sienta demasiado bien, al final te voy a tener que quitar a la mujeres de encima para que me prestes atención.

—Eres una exagerada, y no será necesario, aunque no descarto que la cosa sea al revés, y sea yo quien me ve en esa situación.

Durante todo el camino, apenas hablamos, sumido cada uno en sus pensamientos. Los suyos supongo qu serían del tipo no sé qué quiere de mí ahora, los míos eran todos dedicados a Sheila, y lo que hubiera dado par que estuviera en el lugar de Casandra.

—No me puedo creer que hayas conseguido una mesa en este restaurante. El novio de mi amiga lleva en list de espera meses, y dice que si no lo llaman esta semana, la llevará a otro sitio, pero que no puede esperar más par pedirle matrimonio. —Me dejó caer ella, que no sabía que esa era mi intención, aunque muy lejos de la razón po la que ella creería que lo iba a hacer.

—Uno tiene sus contactos, y no me hace falta esperar meses, con una llamada, me facilitan una reserva de u día para otro —le contesté con chulería, y por un momento, me vi reflejado en mi padre, puesto que esas serían la palabras que pronunciaría él, y no me gustó nada la sensación.

La cena transcurrió de lo más normal, sin sobresaltos y como correspondía a un sitio como ese. En es momento, recordé a Sheila, quien solía comentar que en estos restaurantes servían los platos al revés y cobraba una fortuna, dejando a los comensales con el mismo apetito con el que habían entrado. Y, sinceramente, tení razón, lo que me hizo sonreír involuntariamente.

—¿Y esa sonrisa? ¿A qué se debe? —me preguntó, y para no verme pillado porque ya estábamos con lo postres, no encontré otro momento mejor para sacar el anillo.

—Por esto —le dije poniendo la cajita encima de la mesa, y a ella se le saltaron las lágrimas de la emoción— Sé de buena tinta que la nuestra no ha sido una relación al uso, como las que tienen los demás, pero es qu nosotros tampoco lo somos. Es por eso, que me gustaría que la formalizáramos.

»No te estoy diciendo que nos casemos mañana o pasado, pero sí que, con este anillo, te comprometa conmigo, y dejemos de escondernos del mundo. Casandra, ¿quieres casarte conmigo? —pregunté mientras m arrodillaba a su lado, con el anillo en la mano.

—¡Sí! —exclamó muy contenta, para continuar diciendo— Cómo bien has dicho, la nuestra ha sido un relación basada en el sexo, y de verdad que pensé que seguiríamos así mucho tiempo más, porque no he vist señales por tu parte, a pesar de que yo estoy locamente enamorada de ti desde el primer día.

—Sabes que soy muy inexpresivo, pero créeme, este es un paso muy importante, que no voy a dar sin que hay sentimientos de por medio. —En realidad no le estaba mintiendo, porque mi inexpresividad venía dada por l pérdida de Sheila, y sentimientos había, sobre todo por su parte, aunque por la mía no fueran esos que querría pero le tenía un gran cariño.

si

e
e
e

a
e
a

o
a
ó
el
a

o

s

a

e
a

a
a
r

n
s

e
n
a

s

-.
e

s
e

a
o

a
a
a,

Capítulo 26



Esa noche, tal y como salimos del restaurante, nos fuimos a su casa, a celebrarlo, más ella que yo, la verdad aunque ya empezaba a hacerme a la idea. Durante todo el camino, estuvo bombardeándome con su boda ideal, es que no me cabía duda de que, entre sus padres y los míos, harían realidad.

A mí, si os soy franco, me daba exactamente igual como la organizara, siempre que fuera ella la encargada d todo, yo ya tenía suficiente con lo que tenía en la empresa, así que le decía a todo que sí. Podría parecer un poc apático ante la idea de la boda, y no os voy a decir que no, pero es que era algo que no tenía en mente a cort plazo, y ella me hablaba como si nos fuéramos a casar mañana mismo.

Esa noche, derrochamos pasión, sobre todo ella, que se esmeró al máximo en darme placer, pero cuando l miraba, a mi mente venía la cara de esa otra mujer que no había podido olvidar, pero mejor así a que tuviera u gatillazo. No es que Casandra no me atrajera físicamente, que no era el caso, ya que era un cañón de mujer, l miraras por donde la miraras, pero desde que mi padre me propuso lo de la boda, se había clavado la imagen d Sheila en mis retinas. Por lo que cerraba los ojos y me dejaba llevar por ello, de esa forma era mucho má placentero para mí, aunque no fuera justo por mi parte, cuando encima ella no me había obligado a nada.

—¿Qué te pasa? No estás como otros días, casi tengo que obligarte a hacer el amor —me dijo Casandr extrañada, ya que normalmente, en cuanto entraba por la puerta de su casa, la atacaba como un poseso.

—No me pasa nada, deben de ser los nervios que he pasado en el restaurante, que todavía los tengo en e cuerpo, pensando en que me podías decir que no, porque no tenía nada asegurado —le contesté aprovechando l situación, cuando a mi mente llegó el pensamiento de que hubiera sido mejor que me hubiese dado una negativa.

—Eres un poquito tonto, ¿no? Cómo te iba a dar una negativa, cuando eres el sueño de toda mujer, además qu ni en lo más recóndito de mis pensamientos había estado esa posibilidad.

—Ven aquí, anda, que te voy a compensar lo de antes —le dije, tirando de su brazo para devorar su boca, com lo hubiera hecho si en su lugar estuviera Sheila.

Otra vez venía esa mujer a mi cabeza, tenía que conseguir que desapareciese, porque yo no quería ser como m padre; si me casaba con Casandra, sería para respetarla, no para engañarla con otras. Total, en la cama, que er donde podría buscar fuera lo que no tenía en mi casa, no teníamos problemas, puesto que era una mujer mu abierta de mente, a la que le gustaba experimentar. Todavía no había una cosa que le hubiera dicho que quer practicar a la que me dijera que no, así que lo de los cuernos, estaba totalmente descartado.

La devoré, literalmente, enterrando mi rostro entre sus piernas, para degustar su sexo, ese que ya estab chorreando en el momento en el que llegué a él, y que le arrancó más de un gemido, consiguiendo que gritara a llegar al primer orgasmo. Sí, digo el primero, porque no pensaba parar hasta que tuviera varios, era lo menos qu se merecía por mi parte y, al igual que yo, dejarla totalmente satisfecha.

A continuación, me puse de rodillas en la cama, apoyado sobre mis talones, y la senté sobre mis piernas rozando mi sexo con el suyo, lo que la volvió loca, llegando un punto en el que, ella misma, cogió mi miembro y se lo introdujo, haciendo que esta vez el que gimiera y jadeara fuera yo, porque sabía llevarme al límite, cuand una vez más, llegó al clímax.

Lo siguiente que hice fue colocarla sobre sus rodillas, con sus manos aferradas al cabecero de la cama y su car sobre la almohada. La penetré desde atrás, con un fuerte empellón que la tomó por sorpresa, provocando un grit de placer que resonó en la habitación. Mientras que yo sujetaba su pelo, ese que hice una coleta en mi mano, gir su cara para besarla fieramente, ya que sabía que, en estos momentos era justo lo que más le gustaba. Ambos no corrimos al mismo tiempo. En el ámbito sexual, Casandra era increíble; no podía quejarme, ya que, con mi suerte podría haber terminado con alguien más recatada, pero afortunadamente, no era el caso.

—Tenemos que comprar unas esposas —me dijo, una vez que terminamos y nos recompusimos un poco, y

que habíamos terminado extasiados.

—¿Para qué necesitamos unas esposas? ¿Te vas a meter ahora a policía? —le pregunté para buscarle la lengua.

—Un disfraz de policía sexi tampoco me vendría mal, aunque al final fuera yo la que terminara esposada a l cama y que tú me hicieras todo lo que quisieras —me contestó con una mirada pícara y, solo de imaginar l escena, me puse duro otra vez. Ella se dio cuenta y, sin pensarlo dos veces, se lanzó a mi miembro, que todaví estaba al aire, disfrutando de cada momento mientras me lamía de arriba abajo, para terminar hundiéndola en s interior, hasta casi llegar a su garganta. Eso que hacía, me volvía loco, así que la dejé que siguiera, terminando e su boca, lo que ella consideraba un logro, porque decía que era una sensación que le encantaba, y casi nunc dejaba que lo consiguiera.

A la mañana siguiente, que era sábado, Casandra no perdió la oportunidad de contárselo a todo el mundo empezando por su familia y terminando por la mía.

—Buenos días, hijo. Te llamaba para darte la enhorabuena. Has hecho lo correcto, verás como no te vas arrepentir, puesto que no hay mejor mujer que Casandra para acompañarte en la aventura de la vida —me soltó m padre, que fue el primero en llamarme, con mucha solemnidad, y eso me hirvió por dentro. ¿Se podía ser má cínico que él?

—Gracias, papá. Te voy a dejar que tengo cosas que hacer y no me va a dar tiempo, ya hablamos el lunes.

—Eso, Thiago, deja el pabellón de los Bianchi muy alto, que esa mujer no se merece menos. Como sea igual d fiera en la cama que en las negociaciones de la empresa, vas a estar saciado de por vida. —No hubo un comentari más repulsivo que ese, pero así era él, que veía a las mujeres como un mero objeto decorativo o de placer, así qu le colgué sin sacarlo de su error, puesto que no era eso en lo que ocuparía mi tiempo, sino en llamar a mi herman para contárselo personalmente, para lo que lo citaría en alguna cafetería a tomar un café.

Eso hice, cogí el teléfono y llamé a Pietro. A pesar de que nuestra relación se había enfriado bastante por s condición de sacerdote, ya que no podíamos hacer juntos las mismas cosas que hacíamos antes, seguí queriéndolo con toda mi alma, al igual que él a mí. Siempre estábamos el uno para el otro en cuanto no necesitábamos. No eran pocas veces las que me llamaba buscando un donativo para alguna familia necesitada, e cual le daba encantado, porque si en la iglesia había una persona honesta y comprometida, ese era mi hermano.

—Hola Thiago, ¿cuál ha sido el motivo de tu llamada tan urgente? —me preguntó, porque la verdad es qu siempre solía ser al revés, el que llamaba con urgencia era Pietro.

—Cualquiera que te escuche, diría que no te llamo nunca. —Me acerqué a darle un abrazo, ese que muchos día echaba de menos, porque siempre ha sido mi otra mitad, aunque en la versión tranquila de los gemelos.

—No estoy acostumbrado a que lo hagas, la verdad. Tiene que ser algo demasiado importante para que n hayas podido contármelo por mensaje o correo electrónico. ¿Estás enfermo? ¿O es alguno de nuestros padres? — me preguntó preocupado.

—Nada de enfermedades, quédate tranquilo por ese lado. Pero sí, es importante, por lo menos para mí y m gustaría que tuvieras un papel decisivo en la celebración —le contesté, y me miró extrañado.

—No entiendo nada, sabes muy bien que, desde que decidí dedicarme a los más desfavorecidos, así como enseñar a los niños en el colegio los valores de un buen cristiano, nuestros padres prácticamente ni me hablan Ellos esperaban que optara a obispo o incluso a camarlengo del santo Padre. Incluso se pusieron en contacto co alguien de la cúpula de la iglesia, que según papá le debía muchos favores, pero lo decliné totalmente.

—Me caso, hermano, y me gustaría que fueras tú quien oficiara la boda.

que habíamos terminado extasiados.

—¿Para qué necesitamos unas esposas? ¿Te vas a meter ahora a policía? —le pregunté para buscarle la lengua.

—Un disfraz de policía sexi tampoco me vendría mal, aunque al final fuera yo la que terminara esposada a la cama y que tú me hicieras todo lo que quisieras —me contestó con una mirada pícara y, solo de imaginar la escena, me puse duro otra vez. Ella se dio cuenta y, sin pensarlo dos veces, se lanzó a mi miembro, que todavía estaba al aire, disfrutando de cada momento mientras me lamía de arriba abajo, para terminar hundiéndola en su interior, hasta casi llegar a su garganta. Eso que hacía, me volvía loco, así que la dejé que siguiera, terminando en su boca, lo que ella consideraba un logro, porque decía que era una sensación que le encantaba, y casi nunca dejaba que lo consiguiera.

A la mañana siguiente, que era sábado, Casandra no perdió la oportunidad de contárselo a todo el mundo, empezando por su familia y terminando por la mía.

—Buenos días, hijo. Te llamaba para darte la enhorabuena. Has hecho lo correcto, verás como no te vas a arrepentir, puesto que no hay mejor mujer que Casandra para acompañarte en la aventura de la vida —me soltó mi padre, que fue el primero en llamarme, con mucha solemnidad, y eso me hirvió por dentro. ¿Se podía ser más cínico que él?

—Gracias, papá. Te voy a dejar que tengo cosas que hacer y no me va a dar tiempo, ya hablamos el lunes.

—Eso, Thiago, deja el pabellón de los Bianchi muy alto, que esa mujer no se merece menos. Como sea igual de fiera en la cama que en las negociaciones de la empresa, vas a estar saciado de por vida. —No hubo un comentario más repulsivo que ese, pero así era él, que veía a las mujeres como un mero objeto decorativo o de placer, así que le colgué sin sacarlo de su error, puesto que no era eso en lo que ocuparía mi tiempo, sino en llamar a mi hermano para contárselo personalmente, para lo que lo citaría en alguna cafetería a tomar un café.

Eso hice, cogí el teléfono y llamé a Pietro. A pesar de que nuestra relación se había enfriado bastante por su condición de sacerdote, ya que no podíamos hacer juntos las mismas cosas que hacíamos antes, seguía queriéndolo con toda mi alma, al igual que él a mí. Siempre estábamos el uno para el otro en cuanto nos necesitábamos. No eran pocas veces las que me llamaba buscando un donativo para alguna familia necesitada, el cual le daba encantado, porque si en la iglesia había una persona honesta y comprometida, ese era mi hermano.

—Hola Thiago, ¿cuál ha sido el motivo de tu llamada tan urgente? —me preguntó, porque la verdad es que siempre solía ser al revés, el que llamaba con urgencia era Pietro.

—Cualquiera que te escuche, diría que no te llamo nunca. —Me acerqué a darle un abrazo, ese que muchos días echaba de menos, porque siempre ha sido mi otra mitad, aunque en la versión tranquila de los gemelos.

—No estoy acostumbrado a que lo hagas, la verdad. Tiene que ser algo demasiado importante para que no hayas podido contármelo por mensaje o correo electrónico. ¿Estás enfermo? ¿O es alguno de nuestros padres? —me preguntó preocupado.

—Nada de enfermedades, quédate tranquilo por ese lado. Pero sí, es importante, por lo menos para mí y me gustaría que tuvieras un papel decisivo en la celebración —le contesté, y me miró extrañado.

—No entiendo nada, sabes muy bien que, desde que decidí dedicarme a los más desfavorecidos, así como a enseñar a los niños en el colegio los valores de un buen cristiano, nuestros padres prácticamente ni me hablan. Ellos esperaban que optara a obispo o incluso a camarlengo del santo Padre. Incluso se pusieron en contacto con alguien de la cúpula de la iglesia, que según papá le debía muchos favores, pero lo decliné totalmente.

—Me caso, hermano, y me gustaría que fueras tú quien oficiara la boda.

Capítulo 27



Mi hermano no era capaz de reaccionar, y eso que todavía no sabía quién era la novia, que no era de su agrad precisamente, porque decía que era un ser oscuro, sin luz.

Pietro sabía toda la historia de Sheila, pero no le había podido enseñar ninguna foto, ya que mis padres s encargaron de deshacerse de mi móvil español, regalándoselo a uno de los chicos del hotel donde estaba alojadc diciéndole que en Italia no me iba a servir, y siendo uno de último modelo, ni se lo pensó en cogerlc agradeciéndole el gesto, por lo que había perdido toda oportunidad de volver a tenerla, de ninguna de las maneras

—¿Has encontrado a la chica sevillana? Porque, hasta donde yo sé, sigues enamorado de ella hasta el tuétan —preguntó cuando pudo articular palabra, ya que se había impresionado tanto, que durante un rato solo pud escuchar.

—Ojalá, hermano, ojalá. Pero no, no es ella la novia. Es Casandra. —Y ahí salió el gordo, a mi hermano le salí el humo por las orejas, de rabia y de impotencia, porque decirme más de cuatro cosas iría en contra de su principios.

—¿En serio me estás diciendo que te vas a casar con Casandra estando enamorado de otra mujer? ¿En qué luga te deja esto? O peor, ¿en qué lugar me deja a mí como oficiante? —soltó, y sabía que, aunque luego se tuviera qu confesar, no sería lo único que me diría, y no me equivoqué— ¿Acaso eres como nuestro padre? No pued entenderlo Thiago. Perdóname, pero no puedo, ni tampoco quiero, participar de esa farsa, a no ser que me diga que te has vuelto loco de amor por ella, y que yo vea en tus ojos que es verdad.

—No te voy a mentir, Pietro, no estoy loco de amor por ella, ni mucho menos. Me atrae físicamente, sí, es l mujer idónea para esto, también. No me voy a volver a enamorar en la vida, eso lo tengo claro, y en algú momento me tendré que casar y sentar la cabeza, por eso he decidido hacerlo con ella, que no me dará problema —le contaba, intentando que me entendiera, aunque lo veía poco probable.

—Eso de que no te dará problemas, será ahora, porque en cuanto os caséis, tengo clarísimo que te vas a senti más agobiado que un cangrejo en un cubo, Ella parece ser de esas mujeres posesivas y controladoras, que querr tenerte todo el tiempo bajo control, y para eso, no dudará un instante en confabularse con nuestro padre. Aunqu pensándolo bien, me extraña que nuestro querido Enrico Bianchi no esté detrás de todo esto, moviendo los hilo de tu vida como siempre ha hecho.

—Me estás dejando como si yo fuera un muñeco en las manos de nuestro padre, y no es así —le contesté evidentemente enfadado.

—¿Qué no es así? Dime una sola situación en la que hayas hecho lo que has sentido, en contra de lo pensamientos de papá, solo una, y me callaré. Sabes tan bien como yo que no la hay. Siempre, siempre ha seguido al pie de la letra sus órdenes, que no son peticiones, sino mandatos. Desde el momento en que dejaste a amor de tu vida porque él no la consideraba adecuada por su posición social, hasta lo que está pasando ahora co la boda. Estoy seguro de que te ha amenazado con quitarte la empresa si no te casas con ella, como si lo viera.

Todas y cada una de esas palabras eran verdad, no se había equivocado ni en una coma, y eso era lo que má me dolía, que en mi vida, todas y cada una de mis decisiones habían estado basadas en las amenazas y chantaje de mi padre, ni una sola porque me lo dictara el corazón, pero llegados hasta aquí, no me podía echar atrás, nc cuando ya estaba cerca de conseguir lo que quería.

—No malgastes tu vida, Thiago, o te arrepentirás el día de mañana. Tienes el suficiente dinero y contactos par empezar tú solo una empresa, y hacerle la competencia a la de nuestros padres. Así, y solo así, será completamente feliz, porque mientras sigas bajo sus caprichos, no lo lograrás en la vida. No cuentes conmigo par esa farsa que vas a llevar a cabo, no estaría actuando según mis principios. —Dicho esto, se levantó y se march sin ni siquiera mirar atrás.

Sabía que tenía razón, pero no estaba dispuesto a renunciar ahora, ya que, aunque como había dicho, podrí empezar de cero, sería un esfuerzo titánico, y no me veía capaz de luchar contra mi padre, por lo menos en est momento. Quizás luego, cuando ya estuviera al mando de la empresa, y si ocurría lo que mi hermano me habí dicho, me atreviera a solicitar el divorcio y buscar al amor de mi vida, antes no podía hacerlo.

Regresé a casa porque no estaba dispuesto a renunciar a mi independencia tan rápido, al menos no hasta qu estuviéramos casados, momento en el que no tendría otra opción. Mi cabeza era un popurrí de pensamientos, necesitaba descansar, cerrar los ojos y dejar la mente en blanco, solo así sería capaz de dormir un poco. Así que me preparé unos filetes en salsa, me tomé una pastilla y me acosté.

Si mi madre me hubiera visto metido en la cocina, le habría dado un soponcio, ella que no era capaz de prepara ni un sándwich de crema de cacao. Según ella decía, la gente adinerada no había nacido para eso, sino para que l sirvieran todo por delante, pero yo no era así.

Fueron Pedro y Macarena los que me habían enseñado a cocinar, en los días que pasaba en su casa, esperando que Sheila terminara su jornada laboral, y la verdad es que me relajaba bastante ponerme delante de los fogones A mis padres, una vez que me independicé y me marché a vivir solo, siempre les conté que tenía a una chica qu venía por la mañana a limpiar y a cocinar, cuando en realidad lo hacía yo en mis ratos libres. Para lo único qu venía la chica era para recoger la casa un poco y para planchar, que no se me daba bien, por mucho que lo habí intentado, de lo demás me ocupaba yo de todo.

A mi cabeza vino la idea de que, una vez que estuviera casado, mi pasatiempo, que era meterme en la cocin durante horas, no lo podría llevar a cabo, puesto que mi prometida era igual que mi madre, y tenía en cas servicio, que se marchaba a las cinco de la tarde, cuando ella llegaba a casa, pero dejándole preparada la cena.

Por fin pude desconectar, y me quedé dormido en el sofá, hasta que me despertó el teléfono unas horas má tarde, cuando vi que era mi amigo Luigi, contesté la llamada.

—Espero que sea importante, ya que has osado a interrumpir mi sueño —le contesté, lo que provocó una gra carcajada en mi amigo, que sacó también la mía.

—Joder, como está La Bella Durmiente. ¿Qué pasa, que anoche te dieron fuerte y flojo y no has descansado?

—Eso mismo, que sumado a la conversación que he tenido con mi hermano esta mañana, ha dado com resultado un intenso dolor de cabeza.

—Pues te llamaba para salir a cenar y a tomar una copa, aprovechando que mañana es festivo y no trabajamos.

—Ostras, es verdad, se me había olvidado por completo. ¿Te imaginas que me hubiera plantado yo solo mañan en la oficina? —le contesté riendo, porque me imaginaba la situación y me parecía surrealista, como en esa películas del fin del mundo en la que va el protagonista solo por la calle, sin nadie más como superviviente.

—Eres único, de verdad. ¿A quién coño se le puede olvidar un día festivo?

—A mí, que con todo lo que llevo en la cabeza, lo raro sería que no lo hiciera. Pero acepto tu propuesta necesito un tiempo para desconectar de todo, así que dame una hora para arreglarme y paso a buscarte por tu casa.

—No, que si vamos a beber no debemos coger el coche. Arréglate, y en una hora estoy allí en un taxi, cuando esté llegando te aviso con un mensaje para que bajes, y así el conductor no tendrá que esperar, que en tu zona sponerse en doble fila es casi como una odisea.

Estaba terminando de arreglarme, cuando me sonó el teléfono otra vez, y pensando que era Luigi contesté sin mirar.

—Eres único, de verdad. ¿A quién coño se le puede olvidar un día festivo?

—A mí, que con todo lo que llevo en la cabeza, lo raro sería que no lo hiciera. Pero acepto tu propuesta, necesito un tiempo para desconectar de todo, así que dame una hora para arreglarme y paso a buscarte por tu casa.

—No, que si vamos a beber no debemos coger el coche. Arréglate, y en una hora estoy allí en un taxi, cuando esté llegando te aviso con un mensaje para que bajes, y así el conductor no tendrá que esperar, que en tu zona ponerse en doble fila es casi como una odisea.

Estaba terminando de arreglarme, cuando me sonó el teléfono otra vez, y pensando que era Luigi contesté sin mirar.

Capítulo 28



—Dime Luigi, ¿ya estás abajo? —dije sin fijarme en quién estaba al otro lado de la línea.

—No soy Luigi, soy Casandra. ¿Vas a salir con tu amigo esta noche? —me preguntó bastante indignada, per ignoré su tono y, cuando iba a contestar, me siguió increpando— Ahora que ya estamos prometidos, me veo co el derecho de decirte que no me gusta nada que salgas con tu amigo, que es un picaflor. No estoy dispuesta seguir como antes, que aparecías por mi casa cuando te daba la gana.

—Casandra, me parece que te estás equivocando, y bastante, con la situación. Saldré con mi amigo, o con quie me dé la gana cuando quiera, siempre y cuando te respete, que es lo que pienso hacer, al igual que tú lo seguirá haciendo con tus amigos cuando te plazca, porque yo no te voy a poner impedimento alguno.

—Es que no lo veo normal, la verdad. Te marchaste esta mañana de mi casa y llevas todo el día sin dar señale de vida, cuando lo lógico hubiera sido que citáramos a las dos familias para darles la noticia, esa que he tenido qu darla yo sola, y por teléfono.

—Eso te iba a decir, que ya te has encargado tú de que todo el mundo lo sepa, te ha faltado poner una crónic de sociedad en el periódico, anunciando el compromiso. Mira, yo no soy así, necesito mi independencia, si lo qu buscas es un hombre que esté durante todo el día pendiente de ti y de tus deseos, será mejor que anulemos e compromiso y te busques a otro —solté sin pensar, porque ya estaba empezando a tocarme los cojones con su comentarios. En ese momento me acordé de lo que me había dicho mi hermano esta mañana, y en cuyas palabra había más verdades que un santo.

—No es eso, amor, es que me hubiera gustado salir los dos a cenar y a tomar una copa, pero no pasa nada, ya l haremos el fin de semana que viene —me contestó, reculando en lo que había dicho al ver amenazado su sueño d boda y de marido. De verdad que no entendía como, en pleno siglo XXI, algunas mujeres estuvieran dispuestas todo con tal de conseguir un marido. Sobre todo ella, que además de atractiva tenía una carrera, y podría se totalmente independiente, sin necesitar a un hombre a su lado.

—Tengo que dejarte, Casandra, que ya estará Luigi al llegar y tengo que terminar de vestirme. Un beso. —Y colgué la llamada sin darle opción a réplica y, por supuesto, obviando el apelativo con el que se había dirigido mí, ya que a ella siempre la llamaría por su nombre. Tan solo había utilizado un apelativo cariñoso una vez en m vida, y sería a la única mujer a la que se lo dijera, a nadie más.

Terminé de vestirme y bajé a la calle, ya que necesitaba que me diera el aire, ya que la llamada de Casandra m había puesto de muy mala leche, y allí esperaría a Luigi, por eso le envié un mensaje, para que supiera que y estaba abajo y que no se molestara en avisarme de que estaba cerca.

A los cinco minutos, aparecía mi amigo en un taxi, en el que me monté, deseoso de escaparme de todo, d desconectar, sobre todo de la dichosa llamada, pero no iba a ser posible, por lo menos de momento, ya que m padre me llamaba en ese mismo instante.

—¿Te parece bonito dejar a tu prometida tirada por salir de juerga con tu amigo? Te dije que esperaras hast después de la boda para hacer lo que te diera la gana, y si además logras que se quede embarazada, sería aú mejor, así no podrá quejarse tanto del asunto —me soltó nada más contestar la llamada, ni siquiera me dej tiempo para decirle un simple hola.

—En primer lugar, no es que vaya a hacer lo que me dé la gana con nadie más que con mi mujer después de l boda, no tengo necesidad de buscar fuera lo que tendré en mi casa. Partiendo de ahí, saldré con mis amigo cuando me plazca, sin tener que darle explicaciones a nadie, ni a ella ni a ti.

»Y en cuanto a que la he dejado tirada, en ningún momento habíamos quedado, así que, técnicamente no h dejado tirado a nadie —le contesté en un tono muy duro, pero él solo se fijó en las palabras que le interesaron, que me revolvieron el estómago.

—Así que mi futura nuera es una fiera en la cama, ¿no? Joder, eso sí que es tener suerte: guapa, con estudios posición social y que folla que da gusto. Igualito que yo, que tu madre no salía del misionero, así tiene tanto cuernos la pobre, aunque ella no está ajena, pero su lema es, mientras que a mí no me falte de nada, métela dond te dé la gana, como si es en un boquete en la arena de la playa —me soltó tan fresco, y os juro que me entraro ganas de vomitar.

—Como tú comprenderás, no voy a entrar en detalles sobre cómo es mi prometida en la cama, así com tampoco me interesa saber cómo es mi madre en ese aspecto. A lo mejor eres tú quien no sabe cómo tratar a un mujer. No me apetece seguir hablando contigo, papá. Me voy a cenar y a disfrutar de una copa. Buenas noches. – Y le colgué el teléfono, para apagarlo a continuación, así no me vería en la obligación de tener que contestar, co decir que me había quedado sin batería, tenía suficiente.

—No me puedo creer que de la boca de tu padre hayan salido esas palabras. Mira que me podía espera cualquier cosa, pero eso… Capaz es de estar haciendo trabajos manuales en el baño de su casa pensando en lo qu hace Casandra —me dijo mi amigo, y aquello no me sonó para nada descabellado. Lo raro sería que no lo hiciera así como que no hubiera intentado ya llevársela a la cama, lo mismo y no lo había hecho por la amistad con s padre, que era otro igual que él, y al que le unía una serie de negocios fuera de la empresa.

—Eso no es nada, créeme, puede ser peor. Ahora, necesito desconectar y disfrutar de la noche, olvidarme d todo por unas horas.

—¿Hasta de que vas a casarte?

—De eso, lo primero, amigo.

—Pues entonces, cuando lleguemos a la discoteca, busco yo dos mujeres que nos hagan olvidarnos hasta d nuestro nombre —me contestó, muy serio, pero yo sabía que estaba bromeando, por eso negué con la cabeza y m dispuse a entrar en el restaurante.

La cena, tal y como era costumbre entre nosotros, resultó ser bastante amena, hablando de todo un poco, per evitando por completo el tema de la boda y cualquier asunto relacionado con mi familia. Fue muy considerado a no sacarme ese tema, respetando mi deseo de olvidarme de todo, aunque por dentro estuviera ansioso por sabe todos los detalles. Sabía que esperaría al día siguiente para preguntar, o a que yo le sacara el tema, pero esa noch no lo haría, estaba decidido a disfrutar al máximo y a beberme hasta el agua de los floreros.

—Para mí, un *gin-tonic*, por favor —le dije al chico que atendía detrás de la barra en la que nos habíamo situado, al fondo de la discoteca a la que habíamos ido. Saqué un billete para que pudiera cobrar las dos bebidas ya que Luigi había pedido antes que yo.

—Deja que pague yo, anda, luego me invitas tú.

—De eso nada, estas copas las pago yo, ya después nos vamos turnando —le contesté, y él asintió, porque sabí que no tenía nada que hacer contra mí, cuando me ponía cabezón, lo hacía con todas las consecuencias.

Cogimos nuestras copas para darles un primer sorbo, cuando se acercaron dos chicas, bastante guapas po cierto, sobre todo la pelirroja, que no me quitaba el ojo de encima, y me sonreía de vez en cuando, así que m lancé al ruedo sin pensarlo.

—Hola, soy Thiago. ¿Podemos invitaros a una copa?

—Las tenemos llenas, gracias. Pero lo que sí podemos es tomárnoslas con vosotros, si no os importa —m contestó muy descarada, y mi amigo vio el cielo abierto, susurrando en mi oído que para mí la pelirroja y para é la rubia, y asentí con la cabeza, dejándole totalmente sorprendido.

—Por supuesto, faltaría más. Yo soy Luigi —contestó todavía recomponiéndose de lo que yo le habí contestado. No tenía pensamiento de cornear a Casandra, pero me había puesto de muy mala leche que hubier llamado a mi padre para hacerle partícipe de nuestros problemas. Por lo que esa noche, si nos apetecía, echaría u polvo con la pelirroja, de la que no me había enterado ni de su nombre.

Tras un par de bailes bastante sensuales con la pelirroja, le dije de ir a un reservado que teníamos en la plant superior, y del que raramente hacíamos uso, y ella me dijo que sí sin pensarlo. Sin darle más vueltas, tal y com cerré la cortina, la tumbé encima de la mesa, y me la comí entera, para después echarle un polvo, de esos salvaje que solo puedes tener con un ligue de una noche, por supuesto con protección, que no quería que luego viniera reclamarme un embarazo.

Capítulo 29



Me arrepentí en el mismo momento en el que terminamos, y mi cara debió ser un poema, porque a la chica mientras que fui al servicio a deshacerme del preservativo y asearme un poco, le faltó tiempo para salir huyendo.

Había hecho exactamente lo mismo que tanto había criticado, eso que le había reprochado a mi padre, utilizar a una mujer para paliar mi dolor y mi agobio. Vale que no la había obligado a nada, que ella estaba tan de acuerdo con lo que estábamos haciendo como yo, pero eso no que eximía de haberme convertido en un ser despreciable que le había puesto los cuernos a su pareja.

—¿Tan mal te ha ido que traes esa cara? —me preguntó Luigi en cuanto llegué a su lado.

—Me voy casa. —Fue lo único que le contesté, poniéndome la chaqueta para salir de ahí lo antes posible necesitaba estar solo, pero él salió detrás de mí, como no podía ser de otra manera.

—Alto ahí, espera un momento —me dijo, cogiéndome del brazo, por lo que tuve que pararme, tampoco quería mostrar fuerza bruta con mi amigo, que no se lo merecía—. ¿Se puede saber qué coño te ha pasado?

—Me he dado cuenta de que he terminado siendo como mi padre, y eso es lo último que deseaba, eso ha pasado. Me he fallado a mí mismo, y todo por echar un polvo que no me lleva a ningún lado, y que podía tener fácilmente con mi prometida, incluso mucho mejor —le contesté, con las lágrimas cayendo sin poder retenerlas.

—No eres tu padre, ni nunca lo serás. Has hecho eso para liberarte de la tensión que llevas encima, que no es poca, y que ha sido provocada, precisamente por la presión de tu prometida.

—Eso no justifica mis actos, Luigi. Me estoy convirtiendo en un ser despreciable, que está dispuesto a jugar con las personas para obtener un beneficio personal.

—Piensa una cosa, y quiero que seas totalmente sincero al responderme esta pregunta. Si en vez de ser Casandra tu prometida, hubiera sido Sheila ¿lo habrías hecho? ¿Le habrías puesto los cuernos?

—No tengo que pensar nada, la respuesta es un no rotundo, en negrita y mayúsculas, y si me apuras, hasta subrayado, para que destaque más.

—Ahí lo tienes. Lo has hecho porque, por mucho que tú me digas, no sientes nada por Casandra, ni siquiera ese cariño del que haces gala, no porque te hayas convertido en tu padre. Y, si me admites un consejo, no te cases empieza de cero si hace falta, tienes todos los medios para ello, y busca a esa chica, de la que realmente está enamorado.

—No puedo, Luigi. ¿Y si ha rehecho su vida? ¿Y si me ha olvidado? ¿Y si ya no siente lo mismo que yo?

—Y si, y si… Déjate de tantas especulaciones, el no ya lo tienes, ahora ve a buscar el sí, pero de verdad. Si, ta y como me has contado, el amor entre vosotros ha sido tan fuerte, todas esas dudas que tienes se resolverían en cuanto os vierais.

—Es imposible, ya he dado mi palabra de que me casaría con Casandra, y no voy a renunciar a todo por lo que he luchado sin tener la certeza de que Sheila siente lo mismo por mí. Llámame cobarde, si quieres, pero esos son mis planes. Una vez que tenga el poder de la empresa, si Sheila está igual de enamorada de mí que yo de ella entonces pediré el divorcio, si no, continuaré con mi matrimonio. —Fueron las últimas palabras que dije, y no pensaba echarme atrás, por mucho que me doliera no hacerlo con el amor de mi vida.

—Ahora sí que te pareces a tu padre, que antepones el poder y el qué dirán a todo lo demás. Haz lo que quieras pero luego no vengas a lamentarte. Siento mucho esto que voy a decir, pero no voy a ser partícipe del mayor error de tu vida, así que no pienso asistir a esa boda, me resultaría muy duro ver como tiras tu futuro por la ventana —dijo eso y se fue, parando el primer taxi que pasaba por allí, y se montó sin contar conmigo.

Poco a poco estaba perdiendo todo lo que me importaba, y todo a cambio de liderar una empresa que nunca sería mía, ya que la sombra del gran Enrico Bianchi planearía sobre mi cabeza durante toda mi vida.

¿Merecía la pena todo el sacrificio que estaba haciendo por hacerme con la dirección de la empresa? ¿Lograría

tener el control de mi vida después de hacerme con ella? ¿Me compensaría o me convertiría en eso que tanto había criticado y despreciado durante toda mi vida?

Esos fueron los interrogantes que me asaltaban una y otra vez, para aplacar mis nervios e incertidumbre, y a pesar de la hora que era, paré un taxi y le di las indicaciones para que me llevara a casa de Casandra. Tenía la certeza de que allí me esperaba una noche llena de pasión, de esas que te dejan la mente en blanco y lo suficientemente agotado para poder dormir a pierna suelta.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó Casandra en cuanto abrió la puerta, con una bata de lo más sugerente y los ojos hinchados de estar durmiendo. No la dejé seguir hablando, ni tampoco contesté a su pregunta, sino que me lancé a su boca, devorándola con ansias, ya que necesitaba evadirme de todo. Ella me correspondió con las mismas ganas o más de las que yo tenía.

La alcé en brazos, haciendo que rodeara mis caderas con sus piernas, pegándola a la puerta y, sin previo aviso, la penetré. Sabía que con ella no necesitaba preliminares, ya que con un simple beso se encendía, haciendo que me volviera loco de placer.

Era otra manera de vivir el sexo, que nada tenía que ver con la temporada en la que lo experimenté con Sheila, pero igual de placentera en tema sexual, que no en el del corazón, que ese siempre le pertenecería a mi sevillana.

Toda la noche estuvimos dándole al tema, en mil posturas diferentes, hasta dejarla sin voz y sin fuerzas, llegando al último orgasmo conjunto con los primeros rayos de sol, cayendo rendidos en esa cama donde nos quedamos dormidos apenas cerramos los ojos.

—Buenos días, amor —me dijo nada más abrir los ojos, besando de nuevo mis labios.

—Buenos días, Casandra, aunque me da que serán más bien buenas tardes, por la hora que debe ser.

—¿Me dirás alguna vez algún apelativo bonito? Porque estoy harta de darlo todo por ti, obteniendo nada más que indiferencia por tu parte. —Empezábamos bien el día, con reproches.

—¿Te parece indiferencia lo de esta noche? ¿De verdad piensas que te doy solo migajas? Porque no es esa la percepción que yo tengo, la verdad —le dije bastante enfadado, levantándome de la cama para vestirme y marcharme, no necesitaba más comeduras de coco en este momento.

—No te estoy hablando de sexo, Thiago, en eso no puedo tener quejas. Te estoy hablando de mostrar un poco de cariño, de demostrarme que de verdad estás enamorado de mí.

—Nunca he dicho tal cosa, y lo sabes. Este matrimonio es tan beneficioso para ti como para mí. No puedo demostrarte nada así porque no lo siento, mi corazón lo dejé hace mucho tiempo en una ciudad que no es esta, y su propietaria no me lo va a devolver nunca, porque yo no quiero eso, básicamente.

—Estás hablando de nuestro compromiso como un mero contrato comercial, y eso me duele, y mucho, además.

—Es lo que hay, Casandra. Que te tengo cariño y aprecio, sí. Que no voy a ser el típico hombre que se casa para luego serle infiel a su pareja, también, por eso no debes tener ningún miedo, porque no sucederá en la vida. No voy a buscar fuera lo que tengo en mi casa, y multiplicado por mil, y créeme que lo he comprobado, y no me ha hecho ningún bien —le dije, confesando de manera indirecta que me había follado a otra, aunque a ella no le conviniera entender eso.

—Pues si me tienes cariño como dices, porque no eres capaz de mostrarlo, aunque sea con una caricia. No quiero llevarme toda mi vida mendigando una muestra de afecto, es lo único que te pido. Tengo claro que no estás ni estarás nunca enamorado de mí como yo lo estoy de ti, y soy capaz de vivir con ello, pero no sin un solo beso por el mero hecho de besarme, no que sea el principio de una sesión de sexo.

tener el control de mi vida después de hacerme con ella? ¿Me compensaría o me convertiría en eso que tanto había criticado y despreciado durante toda mi vida?

Esos fueron los interrogantes que me asaltaban una y otra vez, para aplacar mis nervios e incertidumbre, y a pesar de la hora que era, paré un taxi y le di las indicaciones para que me llevara a casa de Casandra. Tenía la certeza de que allí me esperaba una noche llena de pasión, de esas que te dejan la mente en blanco y lo suficientemente agotado para poder dormir a pierna suelta.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó Casandra en cuanto abrió la puerta, con una bata de lo más sugerente y los ojos hinchados de estar durmiendo. No la dejé seguir hablando, ni tampoco contesté a su pregunta, sino que me lancé a su boca, devorándola con ansias, ya que necesitaba evadirme de todo. Ella me correspondió con las mismas ganas o más de las que yo tenía.

La alcé en brazos, haciendo que rodeara mis caderas con sus piernas, pegándola a la puerta y, sin previo aviso, la penetré. Sabía que con ella no necesitaba preliminares, ya que con un simple beso se encendía, haciendo que me volviera loco de placer.

Era otra manera de vivir el sexo, que nada tenía que ver con la temporada en la que lo experimenté con Sheila, pero igual de placentera en tema sexual, que no en el del corazón, que ese siempre le pertenecería a mi sevillana.

Toda la noche estuvimos dándole al tema, en mil posturas diferentes, hasta dejarla sin voz y sin fuerzas, llegando al último orgasmo conjunto con los primeros rayos de sol, cayendo rendidos en esa cama donde nos quedamos dormidos apenas cerramos los ojos.

—Buenos días, amor —me dijo nada más abrir los ojos, besando de nuevo mis labios.

—Buenos días, Casandra, aunque me da que serán más bien buenas tardes, por la hora que debe ser.

—¿Me dirás alguna vez algún apelativo bonito? Porque estoy harta de darlo todo por ti, obteniendo nada más que indiferencia por tu parte. —Empezábamos bien el día, con reproches.

—¿Te parece indiferencia lo de esta noche? ¿De verdad piensas que te doy solo migajas? Porque no es esa la percepción que yo tengo, la verdad —le dije bastante enfadado, levantándome de la cama para vestirme y marcharme, no necesitaba más comeduras de coco en este momento.

—No te estoy hablando de sexo, Thiago, en eso no puedo tener quejas. Te estoy hablando de mostrar un poco de cariño, de demostrarme que de verdad estás enamorado de mí.

—Nunca he dicho tal cosa, y lo sabes. Este matrimonio es tan beneficioso para ti como para mí. No puedo demostrarte nada así porque no lo siento, mi corazón lo dejé hace mucho tiempo en una ciudad que no es esta, y su propietaria no me lo va a devolver nunca, porque yo no quiero eso, básicamente.

—Estás hablando de nuestro compromiso como un mero contrato comercial, y eso me duele, y mucho, además.

—Es lo que hay, Casandra. Que te tengo cariño y aprecio, sí. Que no voy a ser el típico hombre que se casa para luego serle infiel a su pareja, también, por eso no debes tener ningún miedo, porque no sucederá en la vida. No voy a buscar fuera lo que tengo en mi casa, y multiplicado por mil, y créeme que lo he comprobado, y no me ha hecho ningún bien —le dije, confesando de manera indirecta que me había follado a otra, aunque a ella no le conviniera entender eso.

—Pues si me tienes cariño como dices, porque no eres capaz de mostrarlo, aunque sea con una caricia. No quiero llevarme toda mi vida mendigando una muestra de afecto, es lo único que te pido. Tengo claro que no estás ni estarás nunca enamorado de mí como yo lo estoy de ti, y soy capaz de vivir con ello, pero no sin un solo beso por el mero hecho de besarme, no que sea el principio de una sesión de sexo.

Capítulo 30



Me fui de allí con el compromiso de que así sería, ya que tampoco me parecía justo por mi parte no ceder a ello Casandra tenía claro por qué nos casábamos, y estaba de acuerdo, nunca le mentí, pero entendía que necesitar algo más que sexo, y se lo iba a dar, empezando por llamarla para quedar para cenar, que viera que no todo e nuestra relación iba a ser lo mismo.

—Dime, Thiago —me contestó al responder la llamada.

—¿Ya no soy amor? —le dije riendo, y sacando una sonrisa en ella.

—No hasta que no reciba algo por tu parte.

—Bueno, pues entonces me pongo las pilas. Te llamaba para ver si quieres que te recoja esta tarde, podríamo ir al cine y luego a cenar, y pasar la noche en mi casa. Ya es hora de que empecemos a hablar sobre los detalles d la boda, no quiero dejar pasar mucho el tiempo, la verdad. —Fueron mis palabras, esas que pronuncié en un ton meloso, para que fuera consciente de mi intención de cambiar.

—Me parece perfecto, quién elige la película, ¿tú o yo? —me preguntó, aunque yo sabía que era una pregunt trampa, para ver lo dispuesto que estaba a dejar mi ego a un lado.

—Eliges tú, por supuesto, aunque espero que no me lleves a ver una de esas películas que son tan empalagosa que me dejan con ganas de dormir solo con leer el título —le dije, y provocó que le saliera una carcajada.

—Vale, vale, en una hora estaré lista, y ya en el cine vemos cuál es la cartelera, y elegimos una que nos guste los dos.

Tal y como colgué el teléfono, me dispuse a meterme en la ducha para arreglarme y estar listo a la hora en l que habíamos quedado, ya que tenía que ir hasta la otra punta de la ciudad a recogerla. Menos mal que cerca de s vivienda había un centro comercial, con uno de los mejores cines de Roma, y en el que también podríamos cena luego, ya que estaba repleto de buenos restaurantes.

Opté por vestirme de manera informal, así que me decanté por un pantalón chino de color camel, que combin con una camiseta básica blanca y una sobre camisa de cuadritos en varios tonos de color camel, así como una deportivas blancas.

Cuando llegué a casa de Casandra, ella ya me esperaba en la puerta, porque antes de salir la había avisado d que estaría allí en quince minutos. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo a la hora de vestir, porque no habíamos decantado los dos por el mismo estilo. Ella se había puesto un pantalón pitillo de color azul marino, qu había combinado con una camiseta en un celeste pastel, al igual que sus deportivas, y una chaqueta vaquera Como bolso, llevaba uno tipo bandolera de una de sus firmas preferidas. A pesar de ir vestida de manera informal rezumaba elegancia por todos los poros de su piel. Fue entonces cuando me di cuenta de que, a pesar de que mi sentimientos no eran tan fuertes como con Sheila, era un hombre afortunado, y estaba de acuerdo en que no habí nadie mejor que ella a mi alcance para celebrar esa boda.

—Buenas tardes, preciosa —le dije en cuanto que se montó en el coche.

—¿Tienes fiebre? —Me puso la palma de su mano en la frente, para tomarme la temperatura, y me salió un carcajada, puesto que sabía por qué lo había dicho.

—Estoy estupendamente, ¿por qué lo preguntas?

—Como me has saludado con una palabra cariñosa, he pensado que tenías que estar delirando, o haberm confundido con otra, la verdad, todo producto de la alta fiebre.

—No seas mala. Te dije esta mañana que lo iba a intentar, y en la primera ocasión que lo hago, zas, en toda l frente, y nunca mejor dicho.

—No, no, si yo estoy encantada con tu proceso de transformación, ojalá y te funcione.

Elegimos una película de humor, que nos llamó la atención a los dos, ya que se veía que era divertida. Durant

toda la película, no paré de acariciarle el brazo y de cogerle la mano, iba a poner todo de mi parte para que la cos funcionara. Lo mismo tenía suerte, y en un tiempo me olvidaría de Sheila y me enamoraría de Casandra, ya sabéis por eso que dicen de que el roce hace el cariño.

Lo pasamos muy bien esa noche, sintiendo una complicidad que no había tenido nunca con ella. Una vez qu llegamos a mi casa, no quise asaltarla como otras veces, no quería que interpretara que todo entre nosotros s limitaba al sexo. Preparé unas copas en el salón, donde nos acomodamos para empezar a planificar la boda. No e que fuera una hora apropiada, ya que además, al día siguiente trabajábamos, pero ella tenía en mi casa alguna prendas de ropa, al igual que yo en la suya, puesto que más de una vez habíamos salido directamente para e trabajo.

—Creo que debemos empezar por decidir dónde vamos a vivir —le dije nada más extenderle su copa y sentándome a su lado.

—Este ático es precioso, Thiago, y además está cerca del trabajo, pero no me negarás que mi casa es má grande, y con ese jardín en el que podríamos hacer alguna que otra barbacoa con la familia. —Y había pinchad en hueso, puesto que mi intención era dejar a la familia a un lado, sobre todo a la mía.

—No te lo voy a negar, pero tendríamos que salir casi media hora antes si queremos llegar a tiempo, y todo est sin contar con que nos encontremos con tráfico.

—Te propongo algo. ¿Qué te parece si buscamos una casa similar a la mía, pero en esta zona? Sé que puede se un poco difícil y que, si encontramos alguna opción, probablemente necesitemos hacerle una reforma completa Pero no te preocupes, tenemos tiempo para eso. Mientras tanto, podríamos quedarnos aquí, si te parece bien.

—Es una idea fantástica. Así, tendríamos nuestra casa, de los dos, y la compraríamos así. Tanto la tuya como l mía, las podemos dejar como inversión, poniéndolas en alquiler, con lo cual contaríamos con unos beneficios qu nos permitirían pagar la nueva casa sin problemas.

—¿En serio piensas que, tanto tu padre como el mío, nos van a dejar que la compremos con una hipoteca Porque yo tengo clarísimo que se pondrán de acuerdo para regalárnosla como presente para la boda. —Y, otra vez la puta familia de por medio.

—Yo no sé tú, pero yo no quiero que me paguen nada. Afortunadamente, entre los dos podremos hacerno cargo. No quiero que pienses más en la familia como parte de esta boda, Casandra. Asistirán, por lo menos la mía porque no se vería bonito que no recibieran la invitación, pero no los quiero cerca.

—Me parece muy egoísta por tu parte esta postura, Thiago. Yo no voy a renunciar a mi familia, y pienso que t no deberías de hacerlo de la tuya, pero es tu decisión.

—Si pudieras escuchar los términos en que mi padre habla de ti, cambiarías de opinión, te lo aseguro.

—¿Crees que no lo sé? —me contestó riendo, lo que me dejó más desconcertado de lo que ya estaba, porqu tenía claro que, si ella estaba al tanto y lo consentía, era igual que él. Si fuera Sheila, ya lo habría mandado tomar viento y sin miramientos— ¿Sabes lo primero que me dijo cuando se enteró de que me gustabas? Vuélvel loco en la cama, Casandra, que tienes pinta de que en ese terreno debes ser una fiera. Ojalá tuviera unos cuanto años menos y no tuviera la amistad que me une a tu padre, porque entonces, ten claro que lo iba a comprobar po mí mismo.

—¿Y te ríes después de que te haya hecho ese comentario? —Seguía alucinando en colores.

—Por supuesto, me lo tomé como un halago. Siempre es bueno tener a tu futuro suegro de aliado, por lo qu pueda pasar.

Me levanté del sofá y me dirigí a la terraza, porque era incapaz de digerir todo lo que me había contado. ¡Cuá diferentes eran la una de la otra! Por mi salud mental, decidí dejar de hacer comparaciones entre las dos, y entré d nuevo, donde ella ya me esperaba desnuda, y tocándose, esperando recibir mis atenciones, pero nada más lejos d la realidad.

—Lo siento, Casandra, pero estoy muy cansado y me duele la cabeza. Además, mañana, tenemos un negociación importante a primera hora, y quiero estar descansado. Puedes darte una ducha si quieres, te espero e la cama. —Y salí de ahí escopeteado. Me reclamaba atenciones y afecto, y luego, en cuanto había algun diferencia o discusión entre nosotros, se me ponía en bandeja para solucionarlo con sexo. Eso no era lo que y entendía por una pareja, y menos cuando ella aprovechaba la más mínima ocasión para cosificarse.

Llegué a mi habitación y me acosté. Cuando ella se metió en la cama, me hice el dormido, aunque en realida me costó la misma vida conciliar el sueño, tenía un cóctel explosivo en mi cabeza que se zanjaría con una fuert jaqueca, lo veía venir.

a
s,

e
e
s
s
:l

y

s
o

o

r
ı.

a
e

?
:,

s
ı,

ú

e
a
o
s
r

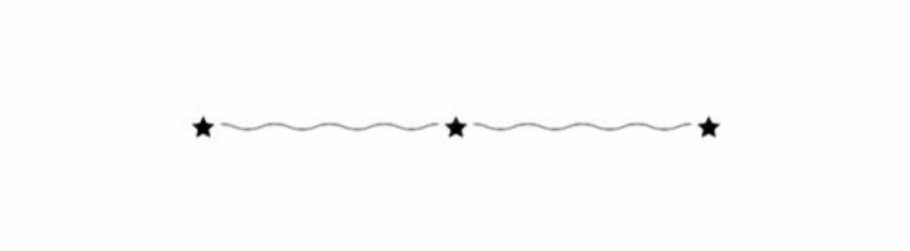
e

n
e
e

a
n
a
o

d
e

Capítulo 31



Sheila

Tal y como habíamos quedado el día anterior con Pietro, estábamos esperando su llegada en la cafetería qu había junto al Panteón, sentándose con nosotros en cuanto llegó, dándonos un beso tanto a su sobrino como a mí y la mano a mis padres, que no podían salir de su asombro con el tremendo parecido entre los dos. Era curios observar cómo, a pesar de que muchos gemelos suelen tener algún rasgo que los hace únicos, en este caso n había nada que los separara. Eran tan idénticos que parecían dos gotas de agua, indistinguibles entre sí.

—Buenas tardes —dijo antes de sentarse.

—Buenas tardes, profesor Bianchi —contestó Enzo muy solemne y es que, en su colegio anterior, le habían enseñado a saludar así a sus profesores, lo que sacó una sonrisa en su tío.

—Hija, nosotros nos vamos a ver el monumento, ahora que no hay mucha gente —dijo mi padre, para dejarno la privacidad que necesitábamos para hablar, aunque más tarde yo les contara todo lo que hubiéramos comentado sin dejarme ni un solo detalle. —Nos llevamos a Enzo.

—Jo, abuelo, que yo me quiero quedar aquí con mi madre y con el profesor Bianchi, que seguro que habla cosas de mi nuevo cole, y me quiero enterar, que si no, el lunes pareceré un panoli —le contestó en español, per Pietro lo entendió perfectamente, puesto que también hablaba nuestro idioma. Hasta ese momento no me habí dado cuenta de que nos saludó en nuestro idioma natal.

—No vamos a hablar nada del colegio, Enzo, son temas personales que tengo que tratar con tu mamá. Pero t prometo una cosa, si vas con los abuelos ahora, mañana te llevaré al Vaticano, para que veas el cambio de l Guardia Suiza —le prometió Pietro, haciendo que el niño saltara como un resorte.

—Vamos *abus*, que me interesa irme con vosotros, porque me muero por ver la Guardia Suiza en vivo y e directo.

Nos sacó a todos una carcajada, no se podía tener más poca vergüenza que mi hijo que, con toda su educación te las soltaba de dos en dos.

—Cuanto más lo miro, más me recuerda a Thiago. Incluso en la poca vergüenza, porque no te imaginas cóm era mi hermano de pequeño, siempre la liaba y después ponía carita de bueno, y al final, me las cargaba yo.

—Estabais muy unidos, por lo que me cuentas.

—Tú lo has dicho, estábamos. Porque de un tiempo a esta parte, nuestro contacto es mínimo, por no decir nulo.

—¿A qué es debido ese distanciamiento? —le pregunté, sin querer parecer demasiado ansiosa por conocer lo detalles de su vida, pero deseando que me contara absolutamente todo.

—Pues ni más ni menos a que está intentando tirar su vida por la borda, y pretendía que yo fuera partícipe de l farsa en la que la quiere convertir, pero no estoy dispuesto —me dijo, sin querer profundizar en el asunto.

—No entiendo nada. Mucho ha tenido que cambiar, entonces, si pretende hacer eso, porque cuando estuvimo juntos, independientemente de la influencia que tenían tus padres sobre él, me pareció una persona con la cabez muy bien amueblada —reflexioné, a ver si de ese modo, lograba que dijera algo más.

—Ese es el problema, el influjo de mi padre, porque mi madre se limita a mirar a todo el mundo por encima de hombro, incluso a mí. No te puedes imaginar cómo se puso cuando se enteró de que, después de hacer que m padre moviera todos los hilos necesarios para que estuviera perenne en el Vaticano, como Camarlengo de s Santidad, yo rechacé el puesto.

»A mí no me va eso, lo prometo, yo soy más feliz que nadie atendiendo a mis feligreses y ayudándolos en l que pueda y, por supuesto, impartiendo clases a estos niños del colegio, que me ponen en algún apuro más de un

vez —contestó, haciendo que a ambos nos saliera una sonrisa.

—Sé que no te corresponde a ti contarme nada, y te pido disculpas por adelantado por lo que voy a decir, per necesito detalles. Como tú comprenderás, no estoy dispuesta a dejar a mi hijo en manos de una persona que n está bien psicológicamente, o que pretende que su vida no sea «normal», en el buen sentido de la palabra. Yo h sacado a Enzo adelante sola, con la ayuda de mis padres, sí, pero sin apoyo económico de nadie, estudiando trabajando para que mi hijo no tuviera ninguna carencia, ni material ni afectiva.

»Así que, el que quiera que conozca a su padre es más un motivo de conciencia, ya que en su día no lo pud localizar para contárselo, pero no voy a sacrificar su estabilidad por mis remordimientos, te lo garantizo.

—No es nada de eso, y como tú bien has dicho antes, no me corresponde a mí hablar de los sentimientos de m hermano, pero sí te voy a poner en situación, para que comprendas que Enzo no va a tener ningún problema co su padre —dijo, para a continuación dar un pequeño sorbo a su café, y seguir hablando—. Digamos que m hermano no ha podido olvidar a una antigua novia, y que piensa que la ha perdido para siempre, por eso va a cede a los caprichos de mi padre…

—¿Qué caprichos? ¿En qué lugar lo dejaría eso? —pregunté impaciente. Ya me había llevado el primer palo tuvo una novia y no la pudo olvidar, lo que me dejaba a la altura de un mojón, hablando en plata, en su vida.

—Calla, mujer, y déjame que continúe hablando. La paciencia es una virtud. Mi padre, a cambio de dejarle l gerencia de la empresa, cuando se jubile el año que viene, quiere que se case con una abogada de la empresa, co la que mi hermano se acostaba de vez en cuando. —Segundo palo del día. Yo no había podido estar con nadi desde que él se fue, y sin embargo, Thiago se iba tirando a todo lo que se meneaba por Roma.

»Aceptó, y se casan en dos meses. Pretendía que fuera yo quien oficiara la ceremonia, pero me he negado, n pienso casar a dos personas de las que, por lo menos una, no está enamorada, es que me niego. A lo mejor, si n los conociera, me podrían dar gato por liebre, pero como los conozco, no voy a entrar en ese juego.

»Ella no me gusta, es ambiciosa, manipuladora, y en su mirada veo oscuridad, además de que sé que Thiago n está enamorado de ella, no la quiero en la vida de mi hermano.

—Así que ahora es ambicioso, ya no es el Thiago que conocí en Sevilla; ese nunca habría aceptado algo así — dije en voz baja, más para mí que para él, aunque eso no impidió que me oyera.

—No es un tema de ambición, al menos yo no lo veo así, y te lo voy a explicar para que lo entiendas. S argumento es que, ya que no se va a poder casar con el amor de su vida, y con todo lo que ha luchado por es empresa, no va a perder también su trabajo.

»Según él, como no va a poder casarse nunca enamorado, Casandra, que así se llama ella, le viene bien. E guapa, elegante, con estudios y en la cama funcionan. —Ese dato se lo podía haber ahorrado, porque me entró un tristeza y unas ganas de llorar que no podía aguantarlas, si es que era gilipollas, y eso no se podía evitar.

—¿Crees que esa mujer trataría bien a Enzo? Porque según me la has descrito, no me fío ni un pelo de alguie así.

—A ella el niño le va a dar igual. Hará el papel de amantísima esposa y madre con Enzo, para tener contento mi hermano, aunque cuando no esté él no lo mire a la cara, y lo deje con las niñeras.

—Su madre soy yo, así que no va a tener que hacer papel ninguno, porque como Thiago intente quitarme l custodia del niño, me vuelvo a España en cero coma dos, y me da igual el trabajo —le dije, bastante enfadada.

—Esta era la reacción que yo quería ver. Una digna contrincante para mi padre, que desde ya te digo que fáci no os lo va a poner. Y ahora, soy yo el que te pido sinceridad ante esta pregunta, que para mí es crucial en tod esta historia. ¿Sigues enamorada de mi hermano, Sheila? —¡Toma ya! Directo al grano, sí señor, sin paño calientes y a la yugular.

—¿Siempre eres tan directo? —le pregunté, intentando evadir darle una respuesta, pero no me sirvió es técnica.

—No hace falta que me contestes, ya lo has hecho con ese silencio, y ahora escúchame bien, porque tenemo que trazar un plan para que mi hermano recapacite, y debemos tenerlo todo muy bien organizado, que solo queda dos meses…

—No quiero interferir en una boda que él ya tiene planeada, no quiero que abandone a su prometida solo po tener algo conmigo, que sería por el niño. Si tú dices que todavía siente algo por una exnovia…

—No has entendido nada, pero ya te lo explicaré. Por lo pronto, voy a llamar a Luigi, su mejor amigo, y esto seguro de que no dudará en echarnos una mano —dijo mientras se levantaba para hacer la llamada.

o
o
e
y

e

i
n
i
r

,

a
n
e

o
o

o

–

u
a

s
a

n

a

a

l
a
s

a

s
n

r

y

Capítulo 32



Mis padres salieron de la visita al monumento del Partenón, y tanto ellos como Enzo, venían encantados. A m hijo le flipaba todo el tema de la mitología, la romana en especial.

Yo seguía sentada en la misma cafetería, y es que Pietro había tenido que ir a celebrar una misa, en tanto e cuanto no llegaba el tal Luigi, que resultó ser el mejor amigo de Thiago.

—Mamá, justo al final de esta calle hay una pizzería que hará las delicias de mi hijo. Toma, comprad varia porciones y subidlas a casa. Allí podréis estar más tranquilos y luego descansar un rato. Tened cuidado con l cantidad que pedís, que allí una porción es doble, ya que te la venden como si fuera un libro, así que llenan u montón.

—¿En serio piensas que te vamos a coger el dinero de la cena? Porque no te lo crees ni tú —me contestó m madre con mucha chulería, haciendo un gesto como de que estaba loca.

—Yaya, pero no vayas a decir que no a las *pizzas*, que desde aquí las estoy oliendo. Vaticino que me voy poner púo de *pizzas* viviendo con mamá, y cuando vayamos de vacaciones a Sevilla, voy a poder decirle a lo niños del barrio que yo sí he comido la auténtica *pizza* italiana. —Otra perlita de mi hijo, si es que lo que no se l ocurriera a él…

—Enzo, te he dicho en multitud de ocasiones que no se hace alarde de lo que uno tiene, que no todos los niño tienen la misma suerte, y lo mismo sus papás no pueden comprarlo —le dije, haciendo que recapacitara, puest que lo tenía educado de esa manera. Yo sabía lo que era pasarlo mal por el dinero, así que no me hacía ni pizca d gracia que se sintiera superior a nadie. Cuando hacía eso, se parecía a sus puñeteros abuelos paternos, tenía qu ser una cosa de genes.

—Mamá, en ningún momento ha salido de mi boca que yo le vaya a chulear a nadie, ni que me sienta superio pero antes de venir, Toñín, el del primero, me dijo que cuando estuviera contigo, te dijera que me llevaras a come la auténtica *pizza* italiana, para que cuando volviera, le contara si estaba tan buena como la que hacía su madre, era mejor —me contestó muy solemne.

—Pues vamos a hacer una cosa, en vez de contárselo tú, antes de que se vayan los abuelos, compramos un para cada uno de tus amigos del barrio, y que nos la envasen al vacío, para que se las lleven y la prueben por ello mismos. Así, cuando vayamos de vacaciones, ellos puedan decirte si les ha gustado y si es mejor esta o la de s madre. ¿Te parece? —Le di la vuelta a la tortilla, y de ese modo también les alegraba la comida a esos niños que en su mayoría, sus familias llegaban a fin de mes a lo justo.

—Eres la mejor, mami —me contestó y me dio un abrazo para, a continuación, girarse a mis padres— Vámonos, no vaya a ser que haya mucha gente y me quede sin ellas. Nos vemos en casa, mamá.

—Me gusta cómo le has dado la vuelta a la situación, evitando que mi sobrino se sienta superior a los demás Eso mismo deberían haber hecho con mis padres —me dijo Pietro, quien había visto toda la escena, en un segund plano, no queriendo intervenir.

—¡Qué susto! ¿Tú de dónde sales? —Pegué un brinco en la silla, que casi tiro el vaso con el refresco que m estaba tomando.

—¿Yo? De mi parroquia, llevo aquí un rato, pero no he querido intervenir, quería ver cómo te desenvolvías co ese pillo que tienes por hijo —me dijo riendo.

En ese momento, y por la misma calle por la que se había marchado mi hijo con mis padres, venía un chic sonriendo, que se dirigía a nuestra mesa, y por la sonrisa de Pietro, deduje que tenía que ser el amigo de Thiago.

—Buenas tardes, Luigi —le dijo Pietro, que se levantó para darle un abrazo, que el otro correspondió co afecto—. Ella es Sheila.

—¿Sheila, Sheila? ¿La misma Sheila que tú y yo sabemos? —contestó Luigi asombrado, y me quedé a medi

camino entre darle dos besos o una torta, porque no sabía de qué podía conocerme este chico.

—La misma, y siéntate porque tenemos más novedades, y necesitamos tu ayuda para llevar a cabo un plan.

—¡Alabado sea el Señor, que ha hecho caso a todas mis súplicas! —contestó Luigi con mucho arte, y a mí m sacó una carcajada, era un tipo muy gracioso. Ahora les preguntaría a los dos a qué se había referido con l pregunta anterior—. Ostras, me acabo de cruzar con un niño en la calle, que era igual que vosotros de pequeños solo que con los ojos verdes, hasta la misma manera de andar que tú, sacando los pies para afuera.

Empezamos a reírnos, y ahora, era el pobre el que no entendía nada, cuando de nuevo pasaron mis padres co Enzo, de vuelta a casa, y mi hijo se acercó para darme un beso.

—No vayas a llegar muy tarde, mami, que te voy a esperar despierto. Y, si por un casual me duermo, encárgat de despertarme para decirme a qué hora tengo que estar listo para ir al Vaticano a ver la Guardia Suiza con e profesor Bianchi —me soltó, mientras que Luigi no podía cerrar la boca de la impresión, cuando mi hijo se volvi y se presentó, con toda la cara del mundo, haciendo que todos nos riéramos—. Yo soy Enzo, buenas noches.

—Yo soy Luigi, un amigo de tu…

—Un amigo de tu madre, y mío, que tenemos que tratar unos temas de trabajo. Para que no tengas qu despertarte cuando suba mamá, te diré que tienes que estar listo a las once, para que nos dé tiempo de llegar a cambio de guardia —interrumpió Pietro a Luigi que, seguro que se iba a ir de la lengua antes de tiempo, y sacand un tema que haría que el niño desviara su atención, había sido muy hábil.

—¿Por qué habéis dicho que soy amigo de la madre? ¿Piensas negarle la paternidad a Thiago? —pregunt Luigi en cuanto nos quedamos los tres solos, y bastante enfadado por la hipótesis que se había formado, que nad tenía que ver con la realidad.

—No me acuses de algo que no sabes, por favor. Sé que es tu amigo, pero si no hubiera querido que se enterase no habría venido aquí a trabajar ni hubiese traído a Enzo.

—No es eso, amigo, es que el niño todavía no sabe nada, él nunca ha conocido a su padre, ni siquiera por fotos ya que la intención de su madre, antes de que el niño sepa nada, es hablar con mi hermano, para saber si quiere no formar parte de la vida de Enzo, y después de eso, contárselo al niño.

Estuvimos hablando un buen rato, buscando la manera de que se pudiera enterar sin que sus padres estuviera por el medio, incordiando. Además, tenía que ser antes de la boda, por supuesto, ya que tanto uno como el otro decían que, en el momento en el que me viera, no habría boda. Yo seguía sin saber por qué, pero ya me habí cansado de preguntar y de ser ignorada en ese aspecto.

—Voy a empezar yo —dijo Pietro—. El lunes lo voy a llamar, y le voy a decir que ha llegado un niño nuevo a cole, que me recuerda a nosotros de pequeños, y le voy a contar todo lo que haga Enzo durante la jornada escola creando la incertidumbre en él, y así me voy a llevar toda la semana.

—Pues yo tengo el momento perfecto en el que se van a ver —dijo Luigi, a quien los ojos se le había iluminado con la simple idea de romper ese compromiso, así sería la tal Casandra, que no la quería nadie—. E sábado es la cena de despedida de soltero, y luego habrá una fiesta en uno de los salones del hotel. Llamaré Thiago y le diré que voy a ir acompañado, que he conocido a una española guapísima y que me gustaría que m acompañase, y nos vamos a presentar allí los dos.

—Eso sería la leche —dijo Pietro santiguándose, por la palabra mal sonante que había soltado—. Creo que l voy a decir a mi hermano que yo también iré a la cena, porque no me pierdo su cara en el momento en el que vea Sheila, y la de mis padres mucho menos, puesto que, si Thiago se va a quedar impresionado, ellos no se van quedar atrás.

camino entre darle dos besos o una torta, porque no sabía de qué podía conocerme este chico.

—La misma, y siéntate porque tenemos más novedades, y necesitamos tu ayuda para llevar a cabo un plan.

—¡Alabado sea el Señor, que ha hecho caso a todas mis súplicas! —contestó Luigi con mucho arte, y a mí me sacó una carcajada, era un tipo muy gracioso. Ahora les preguntaría a los dos a qué se había referido con la pregunta anterior—. Ostras, me acabo de cruzar con un niño en la calle, que era igual que vosotros de pequeños, solo que con los ojos verdes, hasta la misma manera de andar que tú, sacando los pies para afuera.

Empezamos a reírnos, y ahora, era el pobre el que no entendía nada, cuando de nuevo pasaron mis padres con Enzo, de vuelta a casa, y mi hijo se acercó para darme un beso.

—No vayas a llegar muy tarde, mami, que te voy a esperar despierto. Y, si por un casual me duermo, encárgate de despertarme para decirme a qué hora tengo que estar listo para ir al Vaticano a ver la Guardia Suiza con el profesor Bianchi —me soltó, mientras que Luigi no podía cerrar la boca de la impresión, cuando mi hijo se volvió y se presentó, con toda la cara del mundo, haciendo que todos nos riéramos—. Yo soy Enzo, buenas noches.

—Yo soy Luigi, un amigo de tu…

—Un amigo de tu madre, y mío, que tenemos que tratar unos temas de trabajo. Para que no tengas que despertarte cuando suba mamá, te diré que tienes que estar listo a las once, para que nos dé tiempo de llegar al cambio de guardia —interrumpió Pietro a Luigi que, seguro que se iba a ir de la lengua antes de tiempo, y sacando un tema que haría que el niño desviara su atención, había sido muy hábil.

—¿Por qué habéis dicho que soy amigo de la madre? ¿Piensas negarle la paternidad a Thiago? —preguntó Luigi en cuanto nos quedamos los tres solos, y bastante enfadado por la hipótesis que se había formado, que nada tenía que ver con la realidad.

—No me acuses de algo que no sabes, por favor. Sé que es tu amigo, pero si no hubiera querido que se enterase, no habría venido aquí a trabajar ni hubiese traído a Enzo.

—No es eso, amigo, es que el niño todavía no sabe nada, él nunca ha conocido a su padre, ni siquiera por fotos, ya que la intención de su madre, antes de que el niño sepa nada, es hablar con mi hermano, para saber si quiere o no formar parte de la vida de Enzo, y después de eso, contárselo al niño.

Estuvimos hablando un buen rato, buscando la manera de que se pudiera enterar sin que sus padres estuvieran por el medio, incordiando. Además, tenía que ser antes de la boda, por supuesto, ya que tanto uno como el otro, decían que, en el momento en el que me viera, no habría boda. Yo seguía sin saber por qué, pero ya me había cansado de preguntar y de ser ignorada en ese aspecto.

—Voy a empezar yo —dijo Pietro—. El lunes lo voy a llamar, y le voy a decir que ha llegado un niño nuevo al cole, que me recuerda a nosotros de pequeños, y le voy a contar todo lo que haga Enzo durante la jornada escolar, creando la incertidumbre en él, y así me voy a llevar toda la semana.

—Pues yo tengo el momento perfecto en el que se van a ver —dijo Luigi, a quien los ojos se le habían iluminado con la simple idea de romper ese compromiso, así sería la tal Casandra, que no la quería nadie—. El sábado es la cena de despedida de soltero, y luego habrá una fiesta en uno de los salones del hotel. Llamaré a Thiago y le diré que voy a ir acompañado, que he conocido a una española guapísima y que me gustaría que me acompañase, y nos vamos a presentar allí los dos.

—Eso sería la leche —dijo Pietro santiguándose, por la palabra mal sonante que había soltado—. Creo que le voy a decir a mi hermano que yo también iré a la cena, porque no me pierdo su cara en el momento en el que vea a Sheila, y la de mis padres mucho menos, puesto que, si Thiago se va a quedar impresionado, ellos no se van a quedar atrás.

Capítulo 33



A la mañana siguiente, me llegó un mensaje de Pietro. Me decía que tenía que una gestión urgente que atender por lo que no podría acompañarnos para ver a la Guardia Suiza. En su lugar, me comentó que Luigi se encargaría de acompañarnos y que le había dado mi número de teléfono para que pudiéramos coordinar todo. Esperando que no me molestara.

Luigi era un hombre encantador, además de guapo, eso no se podía negar, aunque yo me siguiera muriendo por volver a ver a Thiago, por explicarle que teníamos un hijo juntos y ver su reacción.

No había acabado de leer el mensaje de Pietro cuando me entró una llamada de un número desconocido, pero aun así, contesté, un sexto sentido me decía que tenía que hacerlo, y resultó ser Luigi.

—¿Sheila? Buenos días, soy Luigi.

—Hola Luigi, ¿qué tal? Me acaba de comentar Pietro que eres tú quien vendrá con nosotros al Vaticano, pero no quiero causarte ninguna molestia, de verdad, podemos ir solos —le comenté, ya que mis padres se habían marchado esta madrugada, no sin antes decirme que no me cerrara a ninguna posibilidad, que Thiago podría actuar de muchas maneras, que actuara con cabeza, por el bien de Enzo.

—No es ninguna molestia, te lo prometo, es más, sería un placer que me dejarais acompañaros.

—Si es así, Enzo y yo estaremos encantados de ir contigo.

—Bueno, pues entonces, os recojo en una hora con el coche, justo arriba de la cuesta trasera de la Fontana, ya que hasta tu casa no puedo acceder con el coche.

—Perfecto, allí te esperamos. Voy a despertar al perezoso de mi hijo, para que le dé tiempo de desayunar antes de irnos. Y, Luigi, gracias por todo, eres un gran hombre —le dije antes de colgar.

Desperté a Enzo, que se hacía el remolón en la cama, hasta que le dije: «si quieres seguir durmiendo, no hay problema, ahora mismo llamo a Luigi y anulo la visita al Vaticano». Le faltó tiempo para levantarse, y en menos de diez minutos, ya estaba vestido, se había lavado los dientes y sentado en la barra de la cocina para desayunar. Esperaba que el lunes para ir al colegio, fuera igual de rápido.

—Hola Luigi, buenos días —le dijo mi hijo, acercándose para darle un beso y un abrazo.

—Buenos días, campeón. ¿Preparado para conocer todos los entresijos del Vaticano? —le contestó, cogiéndole en brazos, mientras que le correspondía a ese beso que le había dado, y él asentía con la cabeza.

—Buenos días —le dije yo también, un poco cortada, la verdad.

—Hola, Sheila. Déjame decirte que luces preciosa. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla, lo que provocó que, junto al comentario, me pusiera roja como un tomate. Los italianos y su fama de aduladores, estaba más que confirmada.

Se había molestado, incluso, en buscar una sillita para el coche, para que, de ese modo, Enzo, fuera totalmente seguro, y eso me llegó al alma. Ojalá su padre, cuando lo conociera, se tomara el mismo interés en él, aunque algo me decía que no sería así, que esa mujer no lo dejaría cumplir con su papel de padre.

Cuando llegamos al Vaticano, para asegurarnos de que Enzo no se perdiera en la gran cantidad de personas que pululaban por allí, ya que había un flujo constante de gente, Luigi decidió sentarlo en sus hombros.

—Vamos a ir primero a ver la Capilla Sixtina, ¿os parece? Porque será el lugar que esté menos concurrido a esta hora, ya que todo el mundo espera en la Plaza de San Pedro la bendición Papal y el rezo del Ángelus —nos comentó, y a nosotros nos pareció ideal.

Cuando llegamos arriba, y vislumbramos esa maravilla, nos quedamos sin palabras. Aunque Enzo era aún un niño, su curiosidad le permitía disfrutar de las obras de arte desde su propia perspectiva infantil. Luigi, con gran entusiasmo, nos fue explicando cada sección del mural, señalando que el artista había incluido su propio autorretrato y también al Papa de la época, a quien retrató con un par de orejas de burro, lo que nos hizo reír y

reflexionar sobre la crítica que se escondía en su obra.

Más de una hora estuvimos allí, contemplando tan magna obra, pero cuando salimos e íbamos dispuestos a ve la Guardia Suiza, nos encontramos con una desagradable sorpresa, Thiago pasaba por allí con su prometida.

—Luigi, mira a tu derecha, me parece que vamos a tener que cambiar de ruta, o todos nuestros planes se irán a garete —le dije señalando la dirección por la que transitaban su amigo y la novia.

—Creo que sí, porque no puede vernos, y menos juntos —dijo, bajando a Enzo de sus hombros, para plantearl otro plan, que sustituyera al inicial.

—Enzo, campeón, te propongo una cosa. ¿Qué te parece si, como ya hemos visto a la Guardia Suiza cuand hemos entrado, y va a haber tanta gente que, al final no podremos ver nada, te llevo al sitio donde luchaban lo gladiadores? —le comentó, y mi hijo empezó a saltar entusiasmado.

—¿Y me contarás toda la historia, como has hecho antes? —preguntó mi hijo, curioso.

—Por supuesto que sí, faltaría más.

—Pues vamos, entonces, que estoy deseando verlo.

Nos marchamos por el camino contrario al que entramos, ya que si cogíamos el mismo, teníamos mucha posibilidades de cruzarnos con la parejita. Menos mal que Luigi había tenido la iniciativa de cambiar de planes porque yo me había quedado tan bloqueada que no sabía por dónde tirar.

Cuando llegamos al Coliseo, no entramos por la puerta por donde estaba todo el mundo haciendo cola, sino po una puerta lateral, la de empleados, y eso me chocó bastante, pero bien era cierto que yo no le había preguntado Luigi nada sobre él ni su trabajo.

—¿Trabajas aquí? —le pregunté a Luigi, que asintió con la cabeza.

—Aquí, y en muchos monumentos más. Soy el encargado de la gestión de todos ellos, su explotación así com su conservación. Vamos, que si alguien quiere hacer una visita fuera de lo común, yo soy el encargado de dar e visto bueno —me contestó, muy orgulloso de su trabajo.

—¿Lo dices en serio? No me lo puedo creer —dije soltando una carcajada, mientras que él me mirab extrañado, puesto que no sabía de qué me reía, y esperaba que continuara hablando—. Ahora sabrás porqué m rio, señor Abatino.

—¿Cómo sabes mi apellido? —preguntó todavía más contrariado que antes.

—¿Te suena de algo la señorita Mendoza?

—Claro, es la chica encargada de planificar y llevar a cabo una serie de visitas a monumentos digamos que, u poco peculiares y novedosas, ¿por qué?

—Porque la tienes delante —le dije y entonces su cara de sorpresa fue épica, y se echó a reír, al igual que yo l había hecho minutos antes.

—¿En serio eres la señorita Mendoza?

—La misma que viste y calza.

—Por favor, pero si llevamos meses hablando por correo electrónico, que pequeño es el mundo, de verdad.

Mi hijo nos miraba de uno a otro, como el que está en un partido de tenis, para al final, terminar soltando una d las suyas.

—¿Le importaría al señor Abatino y a la señorita Mendoza dejar la charla para otro momento? No es por nada pero llevo más de media hora haciéndome pis y, o me lleváis a un baño, o los gladiadores van a tener que salir co unos manguitos, como cuando yo voy a la piscina. —Ese era mi hijo, soltando por su boca lo más grande, per que provocó una carcajada en todo aquel que lo escuchó.

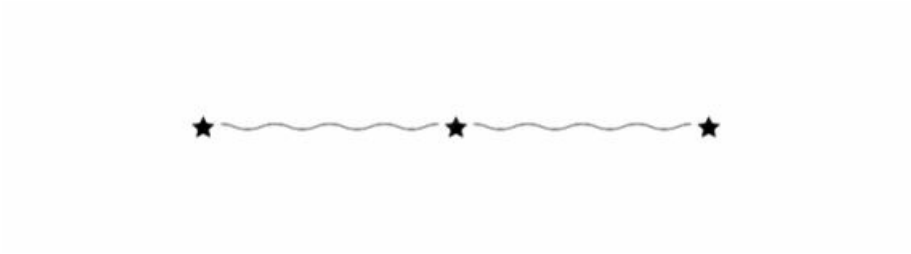
—Vamos anda, entra en el de mi despacho, así le doy a tu madre una documentación que le iba a envia mañana por mensajería, y de esa manera me ahorro el viaje.

Entramos en su despacho, y mientras Enzo entraba en el baño, Luigi me puso un dosier por delante, y se puso explicarme todas las modificaciones que había que hacer en el proyecto inicial para que se pudiera llevar término. El rato que estuvimos hablando, Enzo se entretuvo con una de las muchas revistas que tenía Luigi sobr el arte en la ciudad de Roma, señalando los lugares que quería visitar.

—Normalmente, no suelo decirle a nadie qué es lo que tiene que modificar en el proyecto, sino que lo devuelv con un «no válido» y que se busquen los medios, pero este me ha parecido brillante. Además, ahora que sé que s trata de ti, solo quiero que triunfes, y le des en las narices a todos aquellos que te tacharon de muerta de hambre e el pasado.

»Uno puede nacer sin dinero, sin posición social, pero quien es luchador, como es tu caso, está predispuesto a éxito, y eso te va a pasar a ti. —Fueron unas palabras que me llegaron al alma, y que sabía a quienes iba dirigidas, que no eran otros que los abuelos paternos de mi hijo.

Capítulo 34



Pasamos un día más que estupendo, y para rematarlo, Luigi nos llevó a una famosa pizzería de la ciudad, de l que Enzo dio buena cuenta, comiendo hasta por los codos. Sin embargo, lo que más le gustó fue el postre, que n fue otro que un salami de chocolate.

—¿Sabes, Luigi? Mi papá también es italiano. Mi mamá me contó su historia, lo conoció en Triana, pero no dejó solitos cuando yo todavía estaba en la barriguita de mamá.

—Sé la historia, campeón, mamá también me la ha contado a mí —le contestó Luigi con cierto tono de pen por mi niño, que hablaba de su padre con mucho cariño, a pesar de no haberlo conocido. En mi casa, jamá escuchó una mala palabra dirigida a su padre, pero sí le conté la historia en cuanto me preguntó por qué todos su amigos tenían padre y él no.

—Mi mamá me ha dicho que, cuando sea grande, lo puedo buscar, si quiero, pero no sé si lo haré, porque a l mejor ya tiene otros hijos y a mí no me quiere.

—A ti te quiere todo el mundo, mi vida —le contesté, aguantando el llanto como podía, porque aunque l habíamos dado todo el amor que era posible, estaba claro que mi hijo echaba de menos la figura de su padre.

—Claro que sí, campeón, ¿quién no te va a querer a ti? Y, a lo mejor, no hace falta que seas mayor, encontramos a tu padre antes —le contestó Luigi, mientras que le hacía una caricia en el pelo.

—Eres tan bueno y cariñoso, que ojalá tú fueras mi padre. —Fue la respuesta de mi hijo, dejándonos a los do sin saber qué decirle. Menos mal que Enzo pasaba del momento emotivo al gracioso en dos minutos, porque no había dejado completamente impactados—. Como sigamos aquí mucho tiempo, va a ser más fácil saltarme qu darme la vuelta, en estos días he cogido, por lo menos, veinte kilos.

—¿Cómo vas a coger veinte kilos, mico, si pesas veintitrés? —le dije riendo, y es que parecía andaluz, qu exagerado era.

El camino a casa lo hicimos dando un paseo, ya que Luigi había aparcado el coche en el mismo lugar en el qu nos recogió, pero a mitad del camino, mi hijo ya no podía con su cuerpo, por lo que fui a cogerlo en brazos.

—Deja, ya lo hago yo —me dijo Luigi, que lo alzó como si fuera una pluma.

—No te preocupes, si estoy más que acostumbrada a llevarlo en brazos, sobre todo en Semana Santa, que e cuando más tiempo estamos en la calle, y antes se queda dormido. Cuando era más pequeño, lo llevaba en e cochecito, pero ahora ya no cabe.

—Por eso de que siempre lo llevas tú, ahora me toca a mí —me contestó y, cuando quisimos darnos cuenta Enzo había echado la cabecita en su hombro, y se había quedado frito, hasta roncando iba.

—Menos mal que estoy bien del oído, porque no veas como ronca aquí mi primo —comentó Luigi, y no echamos a reír los dos.

—Hemos llegado, ya lo subo yo, si quieres —le dije, y es que me daba un montón de apuro que tuviera qu subirlo hasta mi casa, que no había ascensor.

—Si te sientes incómoda con que yo suba, o simplemente no quieres que lo haga, está bien, tú decides. Pero s no tienes problema, me gustaría hacerlo yo, ya que me da miedo que podáis resbalar y caer por las escaleras.

Lo llevó hasta su cuarto, en el que, todavía dormido, le quité la ropa y le puse su pijama, metiéndolo en l cama. Enzo era así, una vez que cogía el sueño, ya podía caer una bomba a su lado, que no se despertaba, hasta e eso era bueno mi niño. No me había dado una mala noche, ni aun estando malito.

—Bueno, me marcho ya, que mañana toca trabajar y Enzo tiene que ir al cole. Échale un vistazo a las cosas qu te he marcado en el dosier, y ante cualquier duda, me llamas. Estamos en contacto para lo del sábado; quizás m pase por aquí a mediados de semana, para concretar todo, pero no te preocupes, que te avisaré antes —me dijo, y en la puerta, dándome un beso en la mejilla, al que correspondí con otro y una sonrisa.

—Puedes venir cuando quieras, y no hace falta que me avises, en cuanto recojo a Enzo del colegio, venimo directamente a casa. Porque tengo que continuar trabajando, ya que hago media jornada en la oficina y la otr media teletrabajando en casa; los inconvenientes de ser madre soltera —le contesté, mientras que me sonreía.

A la mañana siguiente, y contra todo pronóstico, mi hijo no tuvo problemas para levantarse, estaba emocionad con su nuevo cole, a pesar de casi no conocer a nadie, decía que estaba deseoso de encontrarse con sus nuevo amigos.

Bendita la capacidad de adaptación de los niños, que nos demostraban a los mayores que una persona se pued acoplar a la circunstancia que sean, hasta en otro país, a pesar de tener a todos sus amiguitos y familiares muchos kilómetros de distancia.

—Pásalo de lujo, mi amor, te recojo cuando salgas del comedor —le dije a Enzo, dándole un beso en el pati del colegio, donde tenía que buscar su clase para ponerse en la fila.

—Por aquí, Enzo —le dijo Pietro, que esa mañana era el encargado de la entrada de los niños al colegio.

—Gracias, profesor Bianchi —le contestó mi hijo muy educado, y es que, a pesar de que era un cara dura d cuidado, la educación no la perdía nunca.

En cuanto que dejé a mi hijo, me fui corriendo hacia la oficina, llevando conmigo el dosier que me había dad Luigi, y en el cual tenía anotadas todas las modificaciones que tendríamos que hacer para que fuera un proyect viable.

—Ya está aquí la alegría del trabajo —soltó Antonella en cuanto que me vio aparecer.

—Ya será menos, amiga, ya será menos. Lo que sí traigo son noticias, algunas buenas y otra regulares, qu malas no hay.

—Pues si no hay malas noticias, no hay más que hablar, ya que a las regulares, nosotras somos capaces d darles la vuelta en un santiamén.

—Vamos a dejarnos de especulaciones, señorita Zannier, y pongámonos a trabajar. Luego tengo una tanda d cotilleos que contarle, que desde el jueves, que fue la última vez que nos vimos, has pasado muchas cosas y deb ponerla al corriente —le dije con mucha solemnidad a mi jefa y amiga, que soltó una carcajada en cuanto terminé

No me había dado tiempo ni siquiera a tomar un café, queriendo dejar todo zanjado para que, cuando fuera l hora de salir a recoger a Enzo al colegio, estuviera todo, si no listo, casi terminado, para ya, en casa, pode redactar el nuevo informe, ya con las modificaciones hechas.

Las tres y media en punto, y ya tenía yo el bolso colgado, dispuesta a recoger a mi hijo. Por el camino m compraría algo de comer, puesto que solo tenía en el cuerpo lo que había desayunado en mi casa.

El resto de los padres me miraban de arriba abajo, entendía que era la nueva, pero me resultaba demasiad incómodo, la verdad, hasta que vi a una mujer acercarse.

—Buenas tardes —me dijo muy amable.

—Buenas tardes —le respondí en el mismo tono.

—Usted debe ser la mamá de Enzo, ¿verdad? Mi nombre es Amaya, y soy la mamá de Pablo, nosotros tambié asomos españoles, y mi hijo me ha hablado de la visita de Enzo a la clase el viernes.

—Ah, sí, discúlpeme, y no me trate de usted, por favor, en un primer momento no supe de qué conocía usted a smi hijo.

—No hay nada que disculpar, mujer, y vamos a tutearnos, que estos italianos son muy solemnes para todo — me dijo, ya en español.

—Mi nombre es Sheila. ¿De qué parte de España eres, Amaya?

—Pues soy andaluza, de Granada, aunque de tanto ir de acá para allá, ya habré perdido hasta el acento —m econtestó riendo.

—¡Es verdad! Se lo contó Pablo a Enzo el día de la visita. Nosotros también somos andaluces, de Triana par más señas. ¿Vais a permanecer aquí mucho tiempo? Y perdona por la indiscreción, no contestes si no quieres opero es que tengo la mala costumbre de hablar primero y pensar después.

—Ya nos hemos establecido en Roma para siempre. Mi marido trabaja en una empresa muy importante, qu tiene sucursales por todo el mundo, pero cuando lo trasladaron aquí, ofreciéndole un mejor puesto con s correspondiente mejora de sueldo, puso como condición el que fuera definitivo, porque ya Pablo empezaba a ir a ecolegio y no queríamos que tuviera que ir de aquí para allá durante toda su infancia. ¿Y vosotros?

—Pues, en principio, mínimo catorce meses, pero si veo que nos adaptamos bien, probablemente hagamo onuestra estancia definitiva. —Aunque Amaya me daba la confianza suficiente, la acababa de conocer y no m oapetecía contarle que todo dependía de que el padre de mi hijo quisiera formar parte de nuestra vida, o no.

Los niños salieron del colegio, Enzo y Pablo venían juntos, con otro chico y otra chica, que según me dijo s madre, eran los mejores amigos del chico granadino. Se le veía feliz, que era lo más importante para mí.

No me había dado tiempo ni siquiera a tomar un café, queriendo dejar todo zanjado para que, cuando fuera la hora de salir a recoger a Enzo al colegio, estuviera todo, si no listo, casi terminado, para ya, en casa, poder redactar el nuevo informe, ya con las modificaciones hechas.

Las tres y media en punto, y ya tenía yo el bolso colgado, dispuesta a recoger a mi hijo. Por el camino me compraría algo de comer, puesto que solo tenía en el cuerpo lo que había desayunado en mi casa.

El resto de los padres me miraban de arriba abajo, entendía que era la nueva, pero me resultaba demasiado incómodo, la verdad, hasta que vi a una mujer acercarse.

—Buenas tardes —me dijo muy amable.

—Buenas tardes —le respondí en el mismo tono.

—Usted debe ser la mamá de Enzo, ¿verdad? Mi nombre es Amaya, y soy la mamá de Pablo, nosotros también somos españoles, y mi hijo me ha hablado de la visita de Enzo a la clase el viernes.

—Ah, sí, discúlpeme, y no me trate de usted, por favor, en un primer momento no supe de qué conocía usted a mi hijo.

—No hay nada que disculpar, mujer, y vamos a tutearnos, que estos italianos son muy solemnes para todo —me dijo, ya en español.

—Mi nombre es Sheila. ¿De qué parte de España eres, Amaya?

—Pues soy andaluza, de Granada, aunque de tanto ir de acá para allá, ya habré perdido hasta el acento —me contestó riendo.

—¡Es verdad! Se lo contó Pablo a Enzo el día de la visita. Nosotros también somos andaluces, de Triana para más señas. ¿Vais a permanecer aquí mucho tiempo? Y perdona por la indiscreción, no contestes si no quieres, pero es que tengo la mala costumbre de hablar primero y pensar después.

—Ya nos hemos establecido en Roma para siempre. Mi marido trabaja en una empresa muy importante, que tiene sucursales por todo el mundo, pero cuando lo trasladaron aquí, ofreciéndole un mejor puesto con su correspondiente mejora de sueldo, puso como condición el que fuera definitivo, porque ya Pablo empezaba a ir al colegio y no queríamos que tuviera que ir de aquí para allá durante toda su infancia. ¿Y vosotros?

—Pues, en principio, mínimo catorce meses, pero si veo que nos adaptamos bien, probablemente hagamos nuestra estancia definitiva. —Aunque Amaya me daba la confianza suficiente, la acababa de conocer y no me apetecía contarle que todo dependía de que el padre de mi hijo quisiera formar parte de nuestra vida, o no.

Los niños salieron del colegio, Enzo y Pablo venían juntos, con otro chico y otra chica, que según me dijo su madre, eran los mejores amigos del chico granadino. Se le veía feliz, que era lo más importante para mí.

Capítulo 35



Estábamos a jueves por la tarde, y en ese momento llamaron a la puerta. Creyendo que era Antonella, porque n había vuelto todavía de la oficina, donde le estaba dando los últimos retoques a una de las propuestas para pode llevarla a la oficina de turismo, y que le dieran su aprobación, abrí tal y como estaba en casa.

—¿Qué haces tú aquí? —le dije a Luigi nada más abrir la puerta, y es que era la persona que menos esperab encontrar, aunque durante toda la semana, habíamos hablado varias veces por teléfono.

—Buenas tardes a ti también —me contestó entrando en mi casa. Cuando mi hijo se dio cuenta de quién era salió corriendo para abrazarlo—. Hola, campeón. ¿Qué estás haciendo?

—Hola, Luigi. Estoy terminando una ficha que me han mandado en el cole, es sobre las letras del abecedario pero es que mi *seño* todavía no sabe que yo sé leer —contestó él muy diplomático.

—¿Cómo que sabes leer, Enzo? Porque si es así, yo tampoco lo sabía —le dije, totalmente sorprendida.

—Sí, mamá, desde este verano, que el abuelo me dijo un día cómo se hacía, y yo lo aprendí, mira —contestó cogiendo una revista que traía Luigi en la mano, y se puso a leer toda la portada. Como no me fiaba mucho, m levanté y saqué un cuento que le había comprado por la mañana, y que pensaba leerle esa noche, uno que no habí visto en su vida, y, además, estaba en italiano. Se lo di para que lo leyera, y lo hizo perfectamente.

—Me acabo de quedar alucinado, de verdad.

—Pues ya somos dos. Mañana, cuando vaya a dejarlo en el colegio, entraré para hablar con su tutora, a ver qu me aconseja —le dije anonadada—. Todavía no me has dicho para qué has venido.

—He venido para decirte que al evento del sábado hay que ir de etiqueta. Al pasar por una de las tiendas de centro he visto este vestido, que, además, va a conjunto con mi corbata, así que lo he comprado. Espero que sea d tu talla y que te guste, si no es así, no dudes en cambiarlo por lo que prefieras.

—No deberías haberlo hecho, Luigi, yo podría haberme encargado mañana cuando recogiera a Enzo. Ha debid costarte una pequeña fortuna, pero muchas gracias, es precioso, y sí, es de mi talla —le agradecí, dándole un bes en la mejilla.

—Para el campeón también traigo otra cosa, es igualito que el mío, para que las mujeres no te quiten el ojo d encima esa noche —le dijo a mi hijo, sacando un pequeño traje de chaqueta, con fajín y corbata, y que era un réplica en pequeñito del mismo que llevaría Luigi.

—Voy a ser la sensación de la fiesta, chaval —soltó mi hijo, y nos provocó una carcajada.

Estuvimos un buen rato charlando en el salón, hasta que vi la hora que era, y entré en la cocina, donde ya habí dejado las patatas cortadas y fritas, listas para hacer una tortilla española, que haría las delicias de mi hijo y esperaba que también de Luigi.

—Enzo, ve poniendo la mesa con tres cubiertos, que vamos a cenar —le dije a mi hijo, que se encargaba desd muy pequeño de poner y quitar la mesa, metiendo las cosas en el lavavajillas. Quería que fuera autosuficiente, n un niño mimado al que tuvieran que hacerle todo.

—Luigi, te quedas a cenar, que lo ha dicho mi madre —le contestó mi hijo, mientras se levantaba para coger lo cubiertos y todo lo necesario que yo ya había dejado sobre la barra de la cocina, ya que aún no alcanzaba a lo muebles.

—No quiero molestar, Sheila. —Se dirigió a mí.

—No digas tonterías, y pon tu culo en una silla a la voz de ya, que te aseguro que te vas a relamer cuand pruebes mi tortilla de patatas.

—Entonces, déjame que te ayude a llevar las cosas, Enzo.

Cuando estábamos terminando de cenar, volvieron a llamar al timbre, y ahí sí sabía que era Antonella, qu seguramente venía guiada por el olor de la tortilla, y es que no conocía a una persona que le gustara más que

ella.

—Mi olfato me dice que esta noche hay tortilla española para cenar, espero que me hayáis guardado un trozo porque si no, me voy a cabrear un poco, bueno no, un mucho —soltó, sin mirar quién había en la mesa sentad con nosotros, hasta que se dio cuenta—. Uy, perdón, no sabía que tenías visita.

—Anda, siéntate, que te he hecho una más pequeña para cuando volvieras, que no te he escuchado llegar. Él e Luigi, un amigo, ella es mi jefa y amiga, Antonella. —Los presenté, mientras iba a la cocina a por el cubierto d ella, junto a su tortilla.

—Encantado, es un placer. Además, que yo ya me iba. Muchísimas gracias por invitarme a cenar, la tortill estaba deliciosa, pero mira la hora que es y mañana tengo una reunión a primera hora, así que no pued escaquearme y entrar más tarde. Buenas noches. —Se acercó a darle un beso a Enzo y otro a mí en la mejilla. S giró antes de salir por la puerta. —Os recojo el sábado a las siete, que mañana no sé si tendré tiempo de llamarte.

—*Che uomo!* ¿Dónde lo has encontrado, chica? Lo digo para darme yo una vueltecita, a ver si encuentro un parecido —soltó, y yo rompí en una carcajada.

—Te dije que tenía mucho que contarte, pero tú no me has hecho caso. Termina de cenar mientras acuesto Enzo, y ahora te pongo al día.

Acosté a mi hijo, no sin que antes se lavara los dientes, puesto que ya lo había duchado en cuanto llegó de colegio, ya que venía que no sabía yo si la clase de plástica la había realizado en el bloc de dibujo o en sus mano y su pelo. Afortunadamente, el uniforme venía intacto, pero no me quería ni imaginar cómo traería el babi mañan cuando lo recogiera, me veía corriendo a comprar uno nuevo.

Una vez que Enzo estuvo acostado y dormido, puesto que era poner la cabeza en la almohada y caer e redondo, fui al salón y preparé dos copas, una para mi amiga y otra para mí, porque la iba a necesitar para todo l que tenía que contarle.

La puse al día de todos los detalles, desde lo que me había pasado cuando llevé a mi hijo al colegio por primer vez, para aquella visita de familiarización con el entorno, hasta ese mismo momento, en el que Luigi me habí traído el vestido que llevaría el sábado, así como la pequeña réplica del traje de Enzo.

—Amiga, este tío se está colando por ti. Y, si no ha mostrado sus intenciones de manera evidente, es porqu está esperando a que su amigo mueva ficha, porque si no, ya lo hubiera hecho, lo tengo clarísimo.

—No creo que sea eso, solo está siendo amable, porque sabe todo lo que hemos tenido que sufrir Thiago y yo, más cuando hay un niño de por medio del que no conoce su existencia.

—Piensa lo que quieras, pero verás como al final me das la razón. Yo voy a esperar acontecimientos, porque s tú no lo vas a querer, me lo quedo yo, o por lo menos, lo intento —contestó, y rompimos a carcajadas. No es qu ella viera a los hombres cosificados, nada más lejos de la realidad, solo intentaba quitarle hierro al asunto, y qu yo no me comiera más la cabeza por ese tema.

Estuvimos un ratito más charlando, pero llegadas las diez de la noche, Antonella decidió marcharse. Aprovech el momento para llenar la bañera y meterme un rato en el agua calentita, imaginando cómo sería el encuentro entr Thiago y yo. Aunque jamás hubiera imaginado lo que iba a suceder.

El viernes pasó sin pena ni gloria, y el sábado, ese día tan importante en la vida de mi hijo y mía, había llegado Me levanté con los nervios metidos en el estómago, por lo que no pude probar bocado. Mi amiga llegó a mi casa eso de las cuatro de la tarde para ayudarme con el peinado, puesto que del maquillaje me había encargado yo Empezó a pasarme las planchas por el pelo, haciendo unas ondas, que luego recogería en un lateral de mi cabeza puesto que decía que tenía que lucir la espalda de ese vestido, que me quedaba de muerte, por cierto.

Era casi la siete menos cinco y ya estábamos listos, esperando a que Luigi me avisara de que había llegado Habíamos decidido tomar un taxi para que él pudiera disfrutar de la fiesta y tomarse unas copas sin tener qu preocuparse por conducir después.

ella.

—Mi olfato me dice que esta noche hay tortilla española para cenar, espero que me hayáis guardado un trozo, porque si no, me voy a cabrear un poco, bueno no, un mucho —soltó, sin mirar quién había en la mesa sentado con nosotros, hasta que se dio cuenta—. Uy, perdón, no sabía que tenías visita.

—Anda, siéntate, que te he hecho una más pequeña para cuando volvieras, que no te he escuchado llegar. Él es Luigi, un amigo, ella es mi jefa y amiga, Antonella. —Los presenté, mientras iba a la cocina a por el cubierto de ella, junto a su tortilla.

—Encantado, es un placer. Además, que yo ya me iba. Muchísimas gracias por invitarme a cenar, la tortilla estaba deliciosa, pero mira la hora que es y mañana tengo una reunión a primera hora, así que no puedo escaquearme y entrar más tarde. Buenas noches. —Se acercó a darle un beso a Enzo y otro a mí en la mejilla. Se giró antes de salir por la puerta. —Os recojo el sábado a las siete, que mañana no sé si tendré tiempo de llamarte.

—*Che uomo!* ¿Dónde lo has encontrado, chica? Lo digo para darme yo una vueltecita, a ver si encuentro uno parecido —soltó, y yo rompí en una carcajada.

—Te dije que tenía mucho que contarte, pero tú no me has hecho caso. Termina de cenar mientras acuesto a Enzo, y ahora te pongo al día.

Acosté a mi hijo, no sin que antes se lavara los dientes, puesto que ya lo había duchado en cuanto llegó del colegio, ya que venía que no sabía yo si la clase de plástica la había realizado en el bloc de dibujo o en sus manos y su pelo. Afortunadamente, el uniforme venía intacto, pero no me quería ni imaginar cómo traería el babi mañana cuando lo recogiera, me veía corriendo a comprar uno nuevo.

Una vez que Enzo estuvo acostado y dormido, puesto que era poner la cabeza en la almohada y caer en redondo, fui al salón y preparé dos copas, una para mi amiga y otra para mí, porque la iba a necesitar para todo lo que tenía que contarle.

La puse al día de todos los detalles, desde lo que me había pasado cuando llevé a mi hijo al colegio por primera vez, para aquella visita de familiarización con el entorno, hasta ese mismo momento, en el que Luigi me había traído el vestido que llevaría el sábado, así como la pequeña réplica del traje de Enzo.

—Amiga, este tío se está colando por ti. Y, si no ha mostrado sus intenciones de manera evidente, es porque está esperando a que su amigo mueva ficha, porque si no, ya lo hubiera hecho, lo tengo clarísimo.

—No creo que sea eso, solo está siendo amable, porque sabe todo lo que hemos tenido que sufrir Thiago y yo, y más cuando hay un niño de por medio del que no conoce su existencia.

—Piensa lo que quieras, pero verás como al final me das la razón. Yo voy a esperar acontecimientos, porque si tú no lo vas a querer, me lo quedo yo, o por lo menos, lo intento —contestó, y rompimos a carcajadas. No es que ella viera a los hombres cosificados, nada más lejos de la realidad, solo intentaba quitarle hierro al asunto, y que yo no me comiera más la cabeza por ese tema.

Estuvimos un ratito más charlando, pero llegadas las diez de la noche, Antonella decidió marcharse. Aproveché el momento para llenar la bañera y meterme un rato en el agua calentita, imaginando cómo sería el encuentro entre Thiago y yo. Aunque jamás hubiera imaginado lo que iba a suceder.

El viernes pasó sin pena ni gloria, y el sábado, ese día tan importante en la vida de mi hijo y mía, había llegado. Me levanté con los nervios metidos en el estómago, por lo que no pude probar bocado. Mi amiga llegó a mi casa a eso de las cuatro de la tarde para ayudarme con el peinado, puesto que del maquillaje me había encargado yo. Empezó a pasarme las planchas por el pelo, haciendo unas ondas, que luego recogería en un lateral de mi cabeza, puesto que decía que tenía que lucir la espalda de ese vestido, que me quedaba de muerte, por cierto.

Era casi la siete menos cinco y ya estábamos listos, esperando a que Luigi me avisara de que había llegado. Habíamos decidido tomar un taxi para que él pudiera disfrutar de la fiesta y tomarse unas copas sin tener que preocuparse por conducir después.

Capítulo 36



Si alguien nos viera desde fuera, diría que éramos una familia. Luigi estaba espectacular, con ese traje d chaqueta gris oscuro, su camisa blanca y un fajín a juego con la pajarita, en color berenjena, al igual que mi niño que parecía el muñeco de una tarta.

Mi vestido, tal y como había dicho Luigi, iba a conjunto con los dos, ya que era del mismo color del fajín y l pajarita de los chicos. Era de seda, y se ajustaba a mi cuerpo de una manera espectacular, realzando mis curvas pero sin que pareciera ordinario, ni mucho menos. Su escote era en V, con unos tirantes finísimos en meta dorado, que se cruzaban en la espalda, dejándola al aire. Era largo y tenía una abertura en la pierna derecha, qu hacía que al andar se fuera viendo mi pierna. Lo combiné con unas sandalias y bolso también en dorado, y com única joya, llevaba unos pendientes de oro largos, que lucían súper elegantes.

—¡Guau! Estás…no tengo palabras para describir cómo estás. Te ves realmente espectacular esta noche —dij Luigi cuando me vio aparecer de la mano de Enzo.

—Mi madre no está espectacular, ella es espectacular, que no se te olvide nunca, señor Abatino —soltó mi hij muy solemne, y nos tuvimos que reír.

—Tiene usted razón, señorito Mendoza, no se me volverá a olvidar —le contestó mientras nos sentábamos lo tres en el asiento trasero del taxi—. ¿Nerviosa?

—No te puedes imaginar cuánto, pero no por mí, sino por él —le dije, ya que mi hijo se encontraba distraíd hablando con el taxista.

—Pues cálmate, porque pase lo que pase ya no estáis solos. Ahora soy yo quien te pide que no lo olvides, qu yo estaré a vuestro lado, no me pienso separar del niño, que nos hemos cogido mucho cariño —me sonrió just después de decirlo, cogiéndome la mano y dándome un apretón, para tranquilizarme. La verdad es que mi hijo l quería mucho, pero me daba miedo que la balanza se inclinase a favor de Thiago, que por otro lado sería lo má lógico, ya que era a él a quien conocía de toda la vida y no a nosotros.

—Gracias, Luigi, por ser tan cariñoso y atento, tanto con él como conmigo.

—No tienes que darlas, princesa.

El resto del trayecto lo hicimos en un silencio que no resultaba incómodo. No era de esos momentos en los qu no sabes de qué hablar con la otra persona, sino que ambos estábamos sumidos en nuestros pensamientos reflexionando sobre cómo reaccionarían al verme llegar y, especialmente, al enterarse de que Enzo existía.

—Ya hemos llegado. ¿Lista para dejar a todos con la boca abierta? —me dijo mientras me ayudaba a bajar de taxi. Enzo estaba a su lado, agarrado a su chaqueta, y es que mi hijo lo pasaba un poco mal cuando se rodeaba d adultos que no conocía. Entonces, Luigi lo cogió de su manita a la vez que me ofrecía su brazo a mí, para que m agarrara y entrara con más confianza.

—Vamos allá —le contesté, respirando hondo antes de entrar.

Cuando entramos en el salón donde se estaba celebrando la despedida de soltero de ambos, todo el mundo s giró para mirarnos. El primero que se acercó fue Pietro, que me dio un breve beso en la mejilla, y cogió a s sobrino en brazos para darle un abrazo y un beso.

Los padres de Thiago no se habían dado cuenta de que era yo, y por eso su padre se acercó a saludar a Luigi pero se quedó de piedra cuando me reconoció. Boqueaba sin saber que decir, pero el que no me esperaba y n sabía cómo actuar, fue Thiago, que no sabía si acercarse o no.

—Buenas noches, señor Bianchi. ¿Sorprendido de verme aquí? —le dije con mucha ironía al abuelo de mi hijo mientras que Pietro no podía parar de reír.

—¡Esto es cosa tuya! —exclamó, acusando a su hijo.

—Esto no es cosa de nadie, solo del destino, que me ha hecho recalar en Roma por cosas de trabajo, y lament

decirle, que seguramente sea para siempre. —Seguí atacándolo.

—No si yo puedo evitarlo. Y, te aseguro, que voy a mover todos los hilos para que así sea.

—Ni se te ocurra, Enrico, porque entonces tendré yo que mover los míos y no creo que te guste que se sepa más de cuatro cositas —me defendió Luigi, y me quedé anonadada con su reacción, ya que se dio media vuelta y se fue.

—¿Sheila? ¿Eres tú? —Fueron las palabras de Thiago cuando se acercó a mí.

—La misma que viste y calza. —Esa era siempre mi respuesta cuando alguien me preguntaba si era yo— Aunque tú hace ya muchos años que seguiste a tus papás, sin afrontarme siquiera. Pero no estoy aquí para eso.

—Podemos hablar en un sitio más tranquilo, si quieres —me dijo, y asentí con la cabeza. Estas cosas eran como las tiritas, había que arrancarlas de cuajo, que dolían menos—. Sígueme, por favor.

—No te preocupes, yo me ocupo de Enzo —me dijo Luigi, cogiéndolo en brazos para llevarlo a donde se encontraban el resto de sus amigos y amigas, que lo recibieron con los brazos abiertos. Y es que mi niño parecía el muñequito de una tarta, con ese traje de chaqueta y tan repeinado.

Nos llevó hasta una sala contigua, que se encontraba vacía, preparada para la cena que se daría a continuación.

—¿Tú dirás? —le dije, esperando a que hablara para contarle yo.

—En primer lugar, me gustaría pedirte disculpas por la forma en la que me marché, pero la presión fue muy grande, y me vi obligado a hacerlo de ese modo.

—Nadie, con la edad que tú tenías, se ve obligado a hacer una cosa en contra de su voluntad, y mucho menos a dejar tirado al amor de su vida, porque según tú, eso era yo para ti. Eso es lo de menos ahora, llevo cinco años intentando localizarte para contarte una cosa, pero primero quiero dejarte claro que en ningún momento pensé obligarte a nada.

»Tenemos un hijo, Enzo, que es el niño que se ha ido con Luigi, y del que tu hermano te ha estado hablando toda la semana, porque él ya lo conocía, además de que es uno de sus profesores. No busco nada, económicamente hablando, ni siquiera el apellido si tú no quieres, solo quiero escuchar de tu boca si estás dispuesto o no a estar presente en la vida del niño.

—Verás, la cosa no es tan fácil como tú la planteas, Sheila. Tengo que casarme con Casandra, ya que, si no lo hago, mi padre no me dará la gerencia de la empresa. Tendríamos que esperar a que todo estuviera en mis manos para poder divorciarme y reconocer mi paternidad…

—No sigas hablando, por favor, porque conforme salen palabras de tu boca, me defraudas todavía más. No sé si te había idealizado o es que, con los años, te has vuelto igual que tu padre.

—Podríamos vernos a escondidas, mientras lo soluciono todo.

—¿Me estás diciendo que sea la otra? Porque eso ya sería la gota que colmara el vaso. ¿Te estás oyendo? Mira, déjalo, no he dicho absolutamente nada, mi hijo lleva desde que nació sin su padre, y ahí está, vivito y coleando. No eres la persona de la que me enamoré, aquella que criticaba la manera de ser de sus progenitores. Y ahora, tú te has convertido en una persona igual o peor que ellos.

En ese momento se abrió la puerta del salón, apareciendo Enrico Bianchi por ella, con su característica cara de perro pachón, y mira que era guapo ese hombre, pero todo lo que tenía de guapo lo tenía de sieso.

—Voy a ir al grano. ¿Cuánto quieres por alejarte de la vida de Thiago? Porque, hijo, espero que tú no tires por la borda todo lo que has conseguido por una mujerzuela como ella. —Y se quedó tan ancho. Hasta ese momento me había contenido, pero ya no pude más, y exploté.

—Váyanse a la mierda, los dos, pero con billete solo de ida, no vaya a ser que os dé por volver. No he conocido en mi vida a seres más despreciables que vosotros.

—¿Qué pasa, que no has podido conseguir parte de nuestra fortuna y por eso te pones así? —me soltó su padre y entonces me volví.

—Con una simple demanda de paternidad, os podría desplumar. Pero ¿sabéis qué? No quiero absolutamente nada que provenga de vosotros, que tenéis el dinero por condena, cuando lo que de verdad os faltan son valores esos que no vais a poder tener en la vida, y que a mí me sobran. Así que, buenas noches —les solté y me di la vuelta, lista para llevarme a mi hijo y alejarme de ese lugar, donde la mayoría tenía el alma podrida.

Capítulo 37



—Me marcho —dije acercándome a Luigi, aguantando las ganas de llorar como podía.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó con pena.

—De lo que te puedas imaginar, multiplícalo por cien. Ha sido horrible, no conozco a ese Thiago que me h encontrado ahí dentro, es como si su padre lo hubiera poseído. Y de su querido papá, para qué te voy a decir nad —le contesté, viendo como Pietro se acercaba a nosotros, pero también su padre, que lo hacía por el otro lado.

—Creí que tendrías la decencia de haberte marchado —me habló el padre con mucha ira y desprecio.

—Está hablando conmigo —contestó Luigi, en el mismo tono.

—Tú, al igual que Pietro, si volvéis a tener contacto con ella, no os quiero por mi casa ni en la boda de mi hij Thiago —dijo iracundo, dirigiéndose a su hijo y al amigo de este.

—Para mí, es un verdadero placer, hasta siempre Enrico. No voy a dejar de ver a un niño al que le tengo u cariño enorme solo por un capricho tuyo, que es lo que debería hacer su padre —respondió Luigi, mientras s acercaba a levantar a Enzo, quien en ese instante estaba con una chica que, agachada a su lado, se despedía de él.

—No me puedo creer que actúes así ante un niño indefenso, no llevará mi apellido, pero lleva mi sangre, y n voy a hacer como si no le conociera. Ojalá algún día recapacites sobre todo lo que estás haciendo, y solo esper que no sea demasiado tarde —le contestó su hijo, que me cogió del brazo para salir.

—Tendréis noticias de mi abogado —le dije, y se quedó con la cara blanca, pero yo no iba por donde él s había imaginado.

Cuando salimos, Luigi le dijo a Enzo que compraríamos su *pizza* preferida de camino a casa, y que l comeríamos allí, cuando nos quitáramos toda esa ropa tan incomoda, prometiéndole que se quedaría con nosotros.

—¿Por qué le has dicho a mi padre lo del abogado? ¿Vas a solicitar la prueba de paternidad de Enzo? — preguntó Pietro.

—Todo lo contrario. Voy a hacer que firmen un documento de renuncia del menor. Ya que no me fio d ninguno de ellos. Como lo estoy criando yo sola desde que nació, no pienso consentir que luego, cuando ya est todo el trabajo hecho, vengan reclamándolo. Ni *mijita*. —Esto último lo dije en español, y me salió mi acent andaluz, lo que sacó una sonrisa en la cara de los dos.

—Haces muy bien, si cuando el niño sea mayor quiere buscar a su familia, que lo haga, yo me ofrecer voluntario para ayudarlo, de momento, aquí tiene a su tío.

Estuvimos todo el camino hablando entre susurros, mientras Luigi se encargaba de entretener a Enzo con lo monumentos que iban viendo por la ventanilla del taxi y pidiendo por la web la cena para esa noche, en la que m hijo le decía que no podía faltar el salami de chocolate, que de eso tenía que pedir en cantidades industriales.

—Buenas noches, chicos, yo me quedo aquí —nos dijo Pietro, quien nos dejaba y se marchaba a su casa porque a la mañana siguiente tenía que madrugar, pues tenía que oficiar la boda de un feligrés de su parroquia Aunque lo haría en una finca privada que estaba casi cerca de Florencia, por lo que tendría que salir mu temprano para llegar a tiempo. Antes de irse, se dirigió a mi hijo—. ¿Qué te parece si en vez de profesor Bianchi a partir de ahora, me llamas tío Pietro?

—¿En serio puedo llamarte así? —preguntó mi hijo con mucha ilusión, mientras que Pietro asentía con l cabeza— Gracias, tío Pietro.

—Cuídate, Sheila, y ya sabes que estoy a golpe de una llamada, para lo que necesites. Campeón, nos vemos e lunes en el cole. —Y se marchó, no sin antes darle un fuerte abrazo a Luigi, en el que demostraba el cariño que l tenía.

Luigi cogió a Enzo en brazos, para subir más rápido. Todavía no habíamos entrado por la puerta, cuand llamaron al telefonillo del portal, era la comida.

—Mientras yo abro para recoger las *pizzas*, id vosotros a cambiaros, vamos. —apremió a Enzo, que se cambió a la velocidad del rayo.

El apetito en mí brillaba por su ausencia, pero me obligaría a comer, no quería que me pasara lo mismo que la otra vez que perdí a Thiago, que casi acabo ingresada. Esta vez no, porque ya no estaba sola, y tenía que lucha por mi hijo, que solo tenía a su madre.

Me quité el vestido y me puse unos leggins que llegaban justo por encima de la rodilla, esos que en mi tierr llamamos ciclistas, junto con una camiseta negra de escote asimétrico que solía usar en casa. Me solté el recogid que llevaba y me hice una coleta alta, además de deshacerme de todo el maquillaje, porque tenía claro que, e cuanto que Enzo se durmiera y pudiera contarle todo a Luigi, me iba a romper. Demasiado tiempo llevab aguantando, y todo para que mi hijo no se diera cuenta de lo que me pasaba.

Al salir, me encontré con la mesa puesta, la comida en el plato de mi hijo y tanto él como Luigi ya estaba sentados, esperándome. Luigi, por su parte, se había quitado la chaqueta, la pajarita y el fajín, y se habí remangado las mangas de su camisa hasta el codo y desabrochado varios de sus botones.

—Menos mal, bonita, que parece que en lugar de ir a cambiarte para ponerte ropa cómoda te estabas vistiend de fallera, no veas cuanto has tardado —dijo mi hijo, que me sacó una sonrisa. Luigi nos miraba sin saber a qué s estaba refiriendo, hasta que se lo expliqué y le enseñé una foto en el móvil, y entonces rompió en una carcajada.

—Es ideal, este niño no puede tener más arte —contestaba Luigi, que cada día se veía más prendado de mi hijo

—Este niño lo que tiene es mucho descaro —respondí yo, pero no me podía quitar la contestación de la cabeza.

Cenamos en total tranquilidad, con las risas como música de fondo, y es que, tengo que reconocer que si n fuera por mi hijo y sus ocurrencias, estaría ahora mismo totalmente hundida. Él me daba las fuerzas necesaria para seguir adelante.

Pasado un rato desde que terminamos de cenar, y mientras seguíamos charlando en la sobremesa, vimos como Enzo se le estaban cerrando los ojos, y es que había sido demasiado jaleo para un niño tan pequeño, aunque no s hubiera enterado de nada.

—Mientras tú recoges la mesa, yo acuesto a Enzo —me dijo Luigi, levantándose para cogerlo en brazos llevarlo a su cama. Esa noche no pudo ni lavarse los dientes, pero no lo iba a despertar, que lo hiciera cuando s levantara por la mañana. Por lo menos había hecho pipí antes de la cena, y durante ella, no había bebido más qu un sorbo del vaso de agua, así que no tendría problema por eso, en realidad nunca lo había tenido, pero como tení un sueño tan profundo, sabía que iba a ser incapaz de levantarse.

—Ya está en el séptimo sueño —me dijo Luigi apoyándose en la barra que separaba la cocina del salón mientras yo terminaba de tirar las cajas en el cubo de la basura, puesto que los cubiertos ya estaban en e lavavajillas.

—La verdad es que, más bueno no me podía haber salido. Mi niño es un amor, capaz de adaptarse a cualquie situación, siempre que esté conmigo, porque los días que se quedó solo con mis padres, intentaba disimular, per por la noche tenía pesadillas, y lloraba llamándome. Por eso lo traje antes de que terminara el curso, que era m primera intención.

—Pues sí, es un niño muy cariñoso y bonito, tanto por dentro como por fuera. Puedo entender lo difícil que e estar lejos de una madre, especialmente a su edad. Yo perdí a la mía cuando era un poco mayor que Enzo; se fu con un hombre que no era de Italia y ni siquiera se despidió. Me dejó al cuidado de mi padre, quien, aunque no er perfecto, hizo lo mejor que pudo en esa situación.

»Al principio, tuvo que recurrir a niñeras y luego, cuando ya fui un poco más grande, me mandó a un internad del que solo regresaba los fines de semana. Hace un par de años, nos notificaron su muerte, pero ni mi padre ni y fuimos al funeral. Yo me encargué de cubrir los gastos, pero hasta ahí, porque resultó que el tipo con el que se fu estaba metido en asuntos turbios y se gastó todo su dinero, dejándola en la calle y adicta a todo tipo de sustancias.

—Mientras yo abro para recoger las *pizzas*, id vosotros a cambiaros, vamos. —apremió a Enzo, que se cambió a la velocidad del rayo.

El apetito en mí brillaba por su ausencia, pero me obligaría a comer, no quería que me pasara lo mismo que la otra vez que perdí a Thiago, que casi acabo ingresada. Esta vez no, porque ya no estaba sola, y tenía que luchar por mi hijo, que solo tenía a su madre.

Me quité el vestido y me puse unos leggins que llegaban justo por encima de la rodilla, esos que en mi tierra llamamos ciclistas, junto con una camiseta negra de escote asimétrico que solía usar en casa. Me solté el recogido que llevaba y me hice una coleta alta, además de deshacerme de todo el maquillaje, porque tenía claro que, en cuanto que Enzo se durmiera y pudiera contarle todo a Luigi, me iba a romper. Demasiado tiempo llevaba aguantando, y todo para que mi hijo no se diera cuenta de lo que me pasaba.

Al salir, me encontré con la mesa puesta, la comida en el plato de mi hijo y tanto él como Luigi ya estaban sentados, esperándome. Luigi, por su parte, se había quitado la chaqueta, la pajarita y el fajín, y se había remangado las mangas de su camisa hasta el codo y desabrochado varios de sus botones.

—Menos mal, bonita, que parece que en lugar de ir a cambiarte para ponerte ropa cómoda te estabas vistiendo de fallera, no veas cuanto has tardado —dijo mi hijo, que me sacó una sonrisa. Luigi nos miraba sin saber a qué se estaba refiriendo, hasta que se lo expliqué y le enseñé una foto en el móvil, y entonces rompió en una carcajada.

—Es ideal, este niño no puede tener más arte —contestaba Luigi, que cada día se veía más prendado de mi hijo.

—Este niño lo que tiene es mucho descaro —respondí yo, pero no me podía quitar la contestación de la cabeza.

Cenamos en total tranquilidad, con las risas como música de fondo, y es que, tengo que reconocer que si no fuera por mi hijo y sus ocurrencias, estaría ahora mismo totalmente hundida. Él me daba las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Pasado un rato desde que terminamos de cenar, y mientras seguíamos charlando en la sobremesa, vimos como a Enzo se le estaban cerrando los ojos, y es que había sido demasiado jaleo para un niño tan pequeño, aunque no se hubiera enterado de nada.

—Mientras tú recoges la mesa, yo acuesto a Enzo —me dijo Luigi, levantándose para cogerlo en brazos y llevarlo a su cama. Esa noche no pudo ni lavarse los dientes, pero no lo iba a despertar, que lo hiciera cuando se levantara por la mañana. Por lo menos había hecho pipí antes de la cena, y durante ella, no había bebido más que un sorbo del vaso de agua, así que no tendría problema por eso, en realidad nunca lo había tenido, pero como tenía un sueño tan profundo, sabía que iba a ser incapaz de levantarse.

—Ya está en el séptimo sueño —me dijo Luigi apoyándose en la barra que separaba la cocina del salón, mientras yo terminaba de tirar las cajas en el cubo de la basura, puesto que los cubiertos ya estaban en el lavavajillas.

—La verdad es que, más bueno no me podía haber salido. Mi niño es un amor, capaz de adaptarse a cualquier situación, siempre que esté conmigo, porque los días que se quedó solo con mis padres, intentaba disimular, pero por la noche tenía pesadillas, y lloraba llamándome. Por eso lo traje antes de que terminara el curso, que era mi primera intención.

—Pues sí, es un niño muy cariñoso y bonito, tanto por dentro como por fuera. Puedo entender lo difícil que es estar lejos de una madre, especialmente a su edad. Yo perdí a la mía cuando era un poco mayor que Enzo; se fue con un hombre que no era de Italia y ni siquiera se despidió. Me dejó al cuidado de mi padre, quien, aunque no era perfecto, hizo lo mejor que pudo en esa situación.

»Al principio, tuvo que recurrir a niñeras y luego, cuando ya fui un poco más grande, me mandó a un internado del que solo regresaba los fines de semana. Hace un par de años, nos notificaron su muerte, pero ni mi padre ni yo fuimos al funeral. Yo me encargué de cubrir los gastos, pero hasta ahí, porque resultó que el tipo con el que se fue estaba metido en asuntos turbios y se gastó todo su dinero, dejándola en la calle y adicta a todo tipo de sustancias.

Capítulo 38



Preparamos un par de copas, y fuimos a ponernos cómodos en el sofá del salón, donde me dispuse a contarl todo a Luigi con pelos y señales. Conforme iba avanzando en el relato, más ira notaba en sus ojos, esos que era como un espejo, cualquier emoción se veía reflejada en ellos.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo ha podido tratarte así? Él que se llenaba la boca diciendo que eras el amor d su vida, que si te tuviera delante no te dejaría escapar de nuevo, te juro que no lo entiendo.

—Desde luego, no es el chico del que me enamoré. No sé si es que, realmente era así y me tuvo engañada, que ha cambiado con los años, ante el influjo de su padre. Pero lo que sí tengo claro es que no lo conozco.

—Nunca ha sido así, y te lo digo yo que nos conocemos desde que entramos en el colegio. El poder y l ambición lo han corrompido.

—¿Hasta el punto de proponerme que nos viéramos a escondidas? ¿De renunciar a su hijo? —salió de mi boca y Luigi se quedó totalmente sorprendido, ya que la primera parte no se la había contado.

—Esto es el colmo, tratarte como si fueras una cualquiera.

—No, ese fue el señor Enrico Bianchi, que sacó la chequera para preguntarme cuanto quería por apartarme d su hijo.

—No sigas, por favor, porque me hierve la sangre y no quiero presentarme allí y cantarle las cuarenta delant de todo el mundo. Ellos, que se la dan de ser tan cristianos, que van a misa todos los domingos y que se jactan d sus donaciones, y luego le cierran la puerta a su propio nieto, que es sangre de su sangre.

Fue entonces cuando me derrumbé por completo, pero no por lo que me habían dicho a mí o como me había tratado, sino por mi hijo, que era un ser inocente que no había pedido venir al mundo, y que ahora se veí despreciado por su familia: por su padre y sus abuelos.

—Ya, princesa, sé que es muy duro por lo que te han hecho pasar, y que encima, lo sigues amando como e primer día —me dijo con tristeza.

—No es eso, Luigi. ¿Me creerías si te dijera que, en cuanto empezó a hablar, la venda de mis ojos se cayó? L ha hecho tanto daño a Enzo, aunque mi hijo no se haya dado cuenta, que me resulta imposible sentir cariño por él No le deseo nada malo, de verdad espero que le vaya bien en la vida, pero a alguien que menosprecia a su propi hijo no le puede esperar nada bueno, salvo quizás en lo económico, que parece ser lo único que realmente l importa a esa familia.

—No sabes lo que me alegra escucharte decir que no lo amas, porque de esa manera ya no podrá hacerte má daño, ni a Enzo tampoco, que de eso me voy a encargar yo.

—Es tu amigo, Luigi, y no quiero que por mi culpa, que encima me acabas de conocer, pierdas su amistad y l de su familia. Yo te lo agradezco, pero sabré salir adelante sola, como siempre he hecho.

—Ese no es mi amigo, Sheila. Mi amigo hubiera mandado a todos a la mierda, te hubiera dado un beso de eso que te dejan las piernas temblando y se habría marchado contigo y con su hijo de la mano. Así que, no me pida que os abandone yo también, porque no lo voy a hacer y, como buen italiano, no me harás cambiar de opinión que para eso tenemos fama de cabezones, por lo que no te va a quedar más remedio que aguantarme a vuestr lado.

—No te puedes imaginar el bien que le hace al niño tu presencia. Desde que estás en su vida, lo noto má tranquilo, como más centrado, a pesar de que soy consciente de que solo va a cumplir cinco años. Por cierto conoces algún local donde lo pueda celebrar. Será dentro de quince días y todavía no tengo nada organizado. L tenía reservado en Sevilla, puesto que se suponía que estaría allí, y yo iba a escaparme ese fin de semana.

—Se me ha ocurrido una cosa, a ver si te parece bien. Podríamos hacer la celebración aquí el jueves, así é podría estar con sus nuevos amigos del colegio, y luego el viernes por la tarde cogemos un avión y lo celebramo

en Sevilla. Así podrá reencontrarse con sus amiguitos del barrio y además, celebrarlo junto a sus abuelos —m explicó su idea y, en principio lo veía bien, pero necesitaba asegurarme de que fuera viable desde el punto de vist económico. Aunque tenía algo de dinero ahorrado, no quería gastarlo en cosas innecesarias, ya que no sabía po dónde podía salir la familia Bianchi en cuanto a mi trabajo.

—La idea es genial, pero ahora tengo que ver si puedo permitírmelo, que lo de Sevilla sí sé cuánto me va costar, pero lo de aquí no, y seguro que es carísimo.

—Déjalo de mi cuenta, que ese será mi regalo de cumpleaños.

—No puedo permitirlo, Luigi, que será muchísimo dinero.

—Claro que puedes, porque, a partir de este momento, de este niño me voy a ocupar yo, te guste o no. Vamos mirar por Internet un lugar donde celebrarlo y a empezar a preparar las invitaciones, para que el lunes las repart en clase —me dijo, y se levantó para buscar su móvil, en el que se puso a investigar todo.

Más de dos horas estuvimos decidiendo en qué lugar hacerlo, puesto que los que yo decía, que solían ser lo más económicos, a él no le gustaban. Todos tenían un pero, que si el local era pequeño, que si el menú era mu malo, cuando al final los niños lo único que querían era jugar, hasta que encontró uno de su agrado.

—Fíjate en este, y además está cerquita de aquí. Mira la cantidad de atracciones que tiene, mi niño va a flipar como dice su madre. —Y os puedo asegurar que ese «mi niño», me llegó al alma.

—¿Has visto el precio? Si mis padres se gastaron una cuarta parte en mi comunión, y éramos el doble d personas. Estás loco si piensas que voy a gastarme ese dineral, sigue buscando que algo habrá que esté a medi camino entre lo que tú has elegido y lo que había seleccionado yo.

—Es que tú no te vas a gastar nada, ya te lo he dicho. Además, ya es demasiado tarde, porque la reserva est hecha y he pagado la señal, solo falta la confirmación del número de asistentes, tanto de niños como de adultos.

Lo mataba, os juro que lo mataba, le había costado el cumpleaños cincuenta euros menos que el banquete d una boda. Sí, el sitio era una pasada, y mi hijo lo iba a disfrutar como nunca en su vida, pero me parecía excesivo y más cuando yo no iba a pagar nada.

—¿Qué te parece esta invitación? —me dijo, enseñándome una que había diseñado él, a pesar de que l empresa organizadora ponía a disposición de los clientes que habían reservado unas cuantas generalizadas.

—Es preciosa, pero no tenías que haberte molestado, de verdad.

—Y yo ya te he dicho que no es molestia, que por Enzo haría cualquier cosa.

No sé si sois padres, pero os aseguro que, cualquier cosa que le hagan a un hijo, tanto lo bueno como lo malo es como si te lo hicieran a ti multiplicado por mil. Por eso no tendría vida para agradecerle a Luigi todo lo qu estaba haciendo por mi niño, para que no notara el desprecio de su familia paterna.

Era casi la una de la mañana cuando nos dimos cuenta del tiempo que había pasado, así que decidió que er hora de irse. Quedó en regresar al día siguiente a las once de la mañana y prometió traer algo dulce par desayunar, porque sabía muy bien lo goloso que es mi hijo.

Lo acompañé hasta la puerta, donde me dio un beso en la mejilla y un leve toque en la nariz, despidiéndos hasta mañana, no sin antes pasar por la habitación de mi hijo para darle un beso en la cabecita y desearle dulce sueños.

Con todo el ajetreo del cumpleaños, había conseguido distraerme y olvidar lo que había ocurrido unas hora antes, así como el malestar interior que me había dejado la situación, esa que me parecía surrealista. Tenía qu contarles a mis padres y al colegio lo que había pasado, asegurándome de que no entregaran al niño a nadie que n fuéramos Luigi o yo. Ni siquiera a Pietro, porque se parecía tanto a su hermano que podría hacerse pasar por él llevárselo. No podía arriesgarme a que, por hacerme daño y obligarme a irme, hiciera algo inesperado.

en Sevilla. Así podrá reencontrarse con sus amiguitos del barrio y además, celebrarlo junto a sus abuelos —me explicó su idea y, en principio lo veía bien, pero necesitaba asegurarme de que fuera viable desde el punto de vista económico. Aunque tenía algo de dinero ahorrado, no quería gastarlo en cosas innecesarias, ya que no sabía por dónde podía salir la familia Bianchi en cuanto a mi trabajo.

—La idea es genial, pero ahora tengo que ver si puedo permitírmelo, que lo de Sevilla sí sé cuánto me va a costar, pero lo de aquí no, y seguro que es carísimo.

—Déjalo de mi cuenta, que ese será mi regalo de cumpleaños.

—No puedo permitirlo, Luigi, que será muchísimo dinero.

—Claro que puedes, porque, a partir de este momento, de este niño me voy a ocupar yo, te guste o no. Vamos a mirar por Internet un lugar donde celebrarlo y a empezar a preparar las invitaciones, para que el lunes las reparta en clase —me dijo, y se levantó para buscar su móvil, en el que se puso a investigar todo.

Más de dos horas estuvimos decidiendo en qué lugar hacerlo, puesto que los que yo decía, que solían ser los más económicos, a él no le gustaban. Todos tenían un pero, que si el local era pequeño, que si el menú era muy malo, cuando al final los niños lo único que querían era jugar, hasta que encontró uno de su agrado.

—Fíjate en este, y además está cerquita de aquí. Mira la cantidad de atracciones que tiene, mi niño va a flipar, como dice su madre. —Y os puedo asegurar que ese «mi niño», me llegó al alma.

—¿Has visto el precio? Si mis padres se gastaron una cuarta parte en mi comunión, y éramos el doble de personas. Estás loco si piensas que voy a gastarme ese dineral, sigue buscando que algo habrá que esté a medio camino entre lo que tú has elegido y lo que había seleccionado yo.

—Es que tú no te vas a gastar nada, ya te lo he dicho. Además, ya es demasiado tarde, porque la reserva está hecha y he pagado la señal, solo falta la confirmación del número de asistentes, tanto de niños como de adultos.

Lo mataba, os juro que lo mataba, le había costado el cumpleaños cincuenta euros menos que el banquete de una boda. Sí, el sitio era una pasada, y mi hijo lo iba a disfrutar como nunca en su vida, pero me parecía excesivo, y más cuando yo no iba a pagar nada.

—¿Qué te parece esta invitación? —me dijo, enseñándome una que había diseñado él, a pesar de que la empresa organizadora ponía a disposición de los clientes que habían reservado unas cuantas generalizadas.

—Es preciosa, pero no tenías que haberte molestado, de verdad.

—Y yo ya te he dicho que no es molestia, que por Enzo haría cualquier cosa.

No sé si sois padres, pero os aseguro que, cualquier cosa que le hagan a un hijo, tanto lo bueno como lo malo, es como si te lo hicieran a ti multiplicado por mil. Por eso no tendría vida para agradecerle a Luigi todo lo que estaba haciendo por mi niño, para que no notara el desprecio de su familia paterna.

Era casi la una de la mañana cuando nos dimos cuenta del tiempo que había pasado, así que decidió que era hora de irse. Quedó en regresar al día siguiente a las once de la mañana y prometió traer algo dulce para desayunar, porque sabía muy bien lo goloso que es mi hijo.

Lo acompañé hasta la puerta, donde me dio un beso en la mejilla y un leve toque en la nariz, despidiéndose hasta mañana, no sin antes pasar por la habitación de mi hijo para darle un beso en la cabecita y desearle dulces sueños.

Con todo el ajetreo del cumpleaños, había conseguido distraerme y olvidar lo que había ocurrido unas horas antes, así como el malestar interior que me había dejado la situación, esa que me parecía surrealista. Tenía que contarles a mis padres y al colegio lo que había pasado, asegurándome de que no entregaran al niño a nadie que no fuéramos Luigi o yo. Ni siquiera a Pietro, porque se parecía tanto a su hermano que podría hacerse pasar por él y llevárselo. No podía arriesgarme a que, por hacerme daño y obligarme a irme, hiciera algo inesperado.

Capítulo 39



Ese domingo me levanté temprano, puesto que quería hacer una videollamada con mis padres, para explicarle todo lo que había sucedido, sin que Enzo estuviera presente, por supuesto.

Más de una hora estuvimos hablando, en la que por la boca de mi padre salieron todo tipo de improperios jurando por lo más sagrado, que como tuviera la oportunidad de cruzarse con Thiago en cualquier momento, le iba a decir de todo menos bonito. Sabía que era fruto de la ira y del enfado del momento, pero intenté tranquilizarlo ya que no merecía la pena.

—Mañana voy a buscar un abogado, para que me redacte la renuncia al niño, esa que me firmarán su padre y sus abuelos, porque no quiero sorpresas luego, y así me los quito de encima también —les conté mis intenciones a mis padres.

—Haces muy bien, hija, que luego pasa como se ve en la televisión, que los padres, cuando se hacen mayores van a buscarlos llorando, a pesar de que en su puñetera vida se han preocupado de si sus hijos tenían un yogur que llevarse a la boca. —Así era mi madre, que todo lo extrapolaba a lo que salía en algún programa, fuera lo que fuera, y por eso no pude evitar reírme.

—Mamá, eres mortal, hija mía. Oye, una cosita, os voy a mandar dinero para que vayáis al local donde está hecha la reserva del cumple de Enzo, y lo paguéis. Encargaros también de avisar a sus amiguitos, tanto del barrio como del colegio antiguo, que nosotros llegaremos a lo justo y no me va a dar tiempo de hacerlo.

—¿Vas a celebrar el cumpleaños aquí, en Sevilla? Ay, que ilusión les va a hacer a los niños verlo de nuevo sobre todo a Manuel, que me pregunta todos los días por él. Por cierto, que con tanto jaleo no te había contado lo contentos que se pusieron cuando les llevamos las *pizzas*, parecía que les habíamos llevado un bogavante a cada uno. —Reía mi madre, y yo con ella. Porque así eran los niños de mi barrio, agradecidos a más no poder, a cualquier cosa le hacían una fiesta, sobre todo aquellos a los que sus padres no podían ofrecerles todo lo que ellos quisieran.

—Mamá, voy a hacer un pedido de unos juguetes para que Enzo pueda repartirlos el día de su cumple, así sus amigos lo tendrán siempre presente. Voy a poner como dirección de entrega la vuestra, y así no vamos cargados nosotros.

En ese momento, escuché unos pasos corriendo por el pasillo, mientras que gritaba…

—No cuelgues la llamada, que quiero hablar con los *abus*, pero antes tengo que ir al baño, que me hago pi desde que era chico —soltó, y a todos nos salió una carcajada, ni que fuera mayor para decir eso.

—Venga, date prisa que los abuelos van a salir a desayunar churros —le dije, sabiendo que eso lo iba a picar puesto que le encantaban y disfrutaba de comerlos con chocolate, como él solía decir.

—¡Qué suerte, abuelo! Yo me tendré que conformar con una tostada con mermelada, y, si tengo suerte, hasta me dejará que ponga un poco de crema de chocolate, pero no creo, con la *pechá* de postre que me di anoche —le dejé hablando con mis padres, mientras iba a abrirle a Luigi. Acababa de avisarme de que estaba abajo, por suerte el mensaje me salió en el reloj, por lo que mi hijo no se había dado cuenta.

—Mira lo que traigo —dijo Luigi levantando una bandeja y una bolsa, en la que suponía que traería la invitaciones ya impresas, así como una carpeta, que eso no tenía ni idea de lo que podía ser, seguramente será algo relacionado con su trabajo.

—Mamá, la abuela que te pongas, que te va a decir adiós. —Cuando se dio cuenta de que estaba Luigi allí soltó un grito y salió corriendo para que lo cogiera en brazos.

—¿Qué ha sido ese grito? Ni que hubiera venido Papá Noel a verlo, oye.

—Casi, ha sido Luigi, que ha venido a verlo y a traer unos dulces para el desayuno.

—Buenos días, Macarena —le dijo Luigi, asomándose al móvil con mi hijo en brazos.

—Hola hijo, qué tranquila me dejas al saber que los estás cuidando. A ver si una de las veces que vengan, t dejas caer por aquí y conoces Sevilla, que también es muy bonita.

—Seguro que sí —le dijo él, sin desvelarle que nos acompañaría, entre otras cosas porque queríamos que fuer una sorpresa para el niño.

Cortamos la llamada y nos dirigimos a la cocina, donde habíamos dejado la bandeja llena de dulces. Al abrirla nos encontramos con una variedad impresionante de los postres más tradicionales de Italia, y Enzo no tardó en da buena cuenta de ellos.

—Esto está para volverse loco —decía con la boca manchada de nata y chocolate.

—Pues muy loco no te vas a volver, porque ya no te voy a dejar comer más.

—¡Pero si solo me he comido uno! —exclamó indignado.

—Uno, pero que era más grande que tú, campeón. Guarda el resto para merendar y para mañana, que estos s pueden dejar varios días, porque se mantienen frescos.

Una vez que acabamos de desayunar y de lavarnos los dientes, Luigi sentó a Enzo en su regazo, y le dio u sobre para que lo abriera y lo leyera.

«*Te invito a mi cumpleaños, que se celebrará el día doce de mayo a las cinco de la tarde en El Maravillos Mundo de los Niños, donde jugaremos y merendaremos juntos. Confirma que vas a venir en este número d teléfono…*»

—¿De verdad, mamá? —me preguntaba con las lágrimas saltadas, porque, aunque estaba emocionado, no er por eso, puesto que mi hijo nunca había actuado así, y a continuación supimos la razón—. No quiero que veng ese hombre, el que es igual que el tío Pietro, ni su papá tampoco. Ayer me hicieron sentir mal. Le dijeron a un señora que mi madre no me iba a utilizar para sacarles el dinero, por mucho que él fuera mi padre. Y yo no quier ese padre, mamá, prefiero quedarme sin ninguno a tener uno que no me quiere.

No sabía cómo responder, porque ¿cómo le explicas a un niño de cinco años que tiene razón al pensar que s papá no lo quiere?

—No es que no te quiera, campeón, es que el mundo de los adultos es muy complicado. A veces decimos la cosas sin saber el daño que podemos ocasionar en los demás. Pero tú no te preocupes, ¿vale? Porque en est carpeta tenemos un documento que ellos van a firmar, en el que dice que no van a ser ni tu papá ni tus abuelos — le explicó Luigi con toda la delicadeza del mundo, sacando alguna que otra lágrima de mis ojos.

—Mamá, no llores, que si tú quieres que sea mi papá, yo me aguanto y ya está, pero no quiero verte llorar, qu me da pena a mí. —Que un niño de esa edad tuviera esa capacidad de sacrificio por el cariño hacia otra persona me hacía pensar que no lo estaba haciendo demasiado mal como madre.

—No mi amor, ese señor no va a ser tu padre, porque yo tampoco lo quiero y, para demostrártelo, voy a firma este documento ahora mismo. El tío Pietro será el encargado de avisarlo para que vayan mañana a mi despacho lo firmen ellos. No te preocupes ni por mí ni por nada más que no sea ponerte contento por la celebración de t cumple. Y dale las gracias a Luigi, que ha sido él quien te lo ha regalado.

—Mil gracias, Luigi, te quiero muchísimo. —Y se comieron a besos mutuamente.

—Tengo una idea. Cerca de aquí, en el parque, hay un restaurante en el que se come de lujo, podríamos i después de pasar la mañana jugando a la pelota. Así que, corre a cambiarte que nos vamos rápido.

Salió corriendo a su cuarto, donde se vistió casi igual que Luigi, que había venido con un pantalón de algodó en color gris claro, una camiseta básica blanca y unas deportivas, para el fresquito que hacía, llevaba una sudader de cremallera finita en tonos grises.

Yo me puse unos *leggings* en azul marino, combinados con una camiseta con un hombro caído en tono celest pastel, con las zapatillas deportivas del mismo color y cogí mi chaqueta vaquera por si hacía fresco más tarde.

Enzo cogió su pelota, esa que tenía más años que él, y es que fue una que nos compramos mis amigas y yo par jugar con los niños en la calle, pero a la que mi hijo le tenía tremendo cariño, solo porque decía que había sido d su mamá.

Más de dos horas se llevaron jugando al fútbol, ya que en ese parque había una portería, y se dedicaron a tirar puerta, a ver quién metía más goles, hasta que nos fuimos a comer.

Capítulo 40



Esa mañana, mi hijo se levantó muy emocionado, puesto que iba a repartir las invitaciones a todos los niños d su clase, ya que, Luigi le dijo que no hiciera distinciones entre ellos, porque a él no le gustaría que lo dejaran fuer de ningún cumpleaños.

A las cuatro de la tarde, ya estaba yo esperando a mi niño en la puerta, y vi cómo todos salían con el sobre en l mano, y se pusieron a hablar con sus padres, que asentían con la cabeza para, poco después, acercarse alguno a mí

—Buenas tardes, deduzco que es usted la mamá de Enzo, y era para confirmar su asistencia. —Y así fueron un detrás de otro. Lo que hice para que no se me pasara ninguno, fue ir apuntándolos junto al nombre de cada niño ya que el local me había mandado un folleto para que apuntara el nombre de todos y, una vez confirmados devolverlo relleno, para así tener constancia del número de asistentes.

Cuando llegamos a casa, me llamó Pietro para decirme que su padre y su hermano estaban dispuestos a firma pero que primero su abogado tenía que revisar el documento. Así que me pidió que fuera a su despacho en un hora.

Me tendría que llevar a Enzo, puesto que no tenía a nadie con quien dejarlo, ya que Antonella estaba en un reunión y no llegaría a su casa hasta dentro de un par de horas, mínimo, pero una providencia divina, hizo qu Luigi me llamara en ese justo momento.

—Hola, Sheila, ¿qué tal todo?

—Pues bastante liada, la verdad, porque acabo de recibir una llamada de Pietro. Me ha pedido que me present en la oficina de su padre, donde su abogado va a revisar el contrato que van a firmar. Además, tendré que llevar a niño conmigo, ya que Antonella está en una reunión.

—Os espero en la puerta del edificio, así mientras que tú subes para que lo revisen y lo firmen, yo me llevaré Enzo a merendar a una cafetería cercana, y allí te esperaremos.

—No quiero ser una molestia, de verdad, ni romper tus planes —le dije, porque de verdad que me daba much apuro ponerlo en el compromiso, pero sabía que si no se lo decía se iba a enfadar, y no se merecía que se l ocultara, con lo bien que se estaba portando con nosotros.

—No sé cómo decirte ya que no es ninguna molestia, además, mis planes para esta tarde eran merendar co vosotros, así que no tienes ningún plan que romper.

—De verdad que no voy a tener vida para agradecerte todo lo que haces por nosotros, sobre todo por Enzo.

Colgué la llamada, y le dije a Enzo que se cambiara de ropa, ya que tenía todavía el uniforme del colegi puesto, que se iba a merendar con Luigi mientras que yo acudía al despacho de Thiago para que firmara e documento. Me negaba a llamarlo padre, sobre todo porque mi hijo no lo veía como tal, y se negaba a tene ningún tipo de relación.

—Buenas tardes, Luigi —le dije en cuanto llegué, porque ya estaba en la puerta esperando. Le di un beso en l mejilla, y él me lo devolvió, manteniendo sus labios un poco más de lo que se considera políticamente correcto.

—Nos vamos, campeón. Mamá, te esperamos en esa cafetería de allí, que hacen unas tortitas con sirope digna de probar.

Se alejaron cogidos de la mano, mientras yo cogía aire antes de entrar en el edificio, donde ya me estab esperando Pietro, y que resultó toda una sorpresa para mí.

—¿Creías que iba a dejarte sola ante esta jauría? Porque entonces es que no me conoces —me dijo cuando vi mi cara de sorpresa, inclinándose para darme un beso a modo de saludo.

—Es tu familia, así que no pensé que fueras a aparecer por aquí, la verdad.

—No te equivoques, dejaron de serlo en el mismo momento en el que despreciaron a mi sobrino, que no tien culpa de las acciones de los mayores.

Subimos en el ascensor hasta la última planta, que era donde se encontraba el despacho, tanto de uno como d otro, y en donde nos estaban esperando los tres. Con mucha solemnidad, lo que me provocó arcadas, puesto qu nos miraban con un aire de superioridad que no era ni medio normal.

—Buenas tardes, señores Bianchi —les dije a los dos muy educadamente.

—Buenas tardes, señorita Mendoza —me contestó el abogado, porque ellos, haciendo eco a su educación y s manera de ser, ni se dignaron en saludarme, así que no me volví a dirigir a ninguno de los dos—. Estamos aqu para revisar el documento en el que se solicita la renuncia de la persona Enzo Mendoza.

—Efectivamente, y aquí traigo dicho documento para que usted proceda a esa revisión, de la que hay tre copias, una para mí, otra para el señor Thiago Bianchi y otra para Enrico Bianchi, dejando claro que se hac extensivo a toda la familia. No tendrán ningún derecho sobre el menor, ni siquiera de visita, a excepción de su tío Pietro Bianchi, aquí presente, que también tendrá que firmar para dar su consentimiento —le dije al abogado, qu se tomó su tiempo para comprobarlo todo.

—Nosotros queremos depositar una cantidad de dinero en una cuenta bancaria italiana que se abrir especialmente para el niño. Este dinero estará destinado a cubrir sus estudios en el futuro, así que no podr utilizarlo hasta que llegue el momento de ir a la universidad.

—Me niego a aceptarlo. No quiero que ese dinero sirva para callar la conciencia de estos dos señores, puest que a mi hijo no le hace falta ese dinero para poder estudiar, al igual que no le ha hecho hasta ahora.

—Está en su pleno derecho, y no podemos obligarla a aceptarlo —les dijo el abogado a los dos.

—Pues entonces, nos negaremos a firmar ese documento —soltó el abuelo de mi hijo.

Estuvimos más de dos horas negociando, y al final no me quedó más remedio que aceptar ese dinero, en un cuenta que el abogado abrió en ese mismo momento. En el documento se especificó claramente que esa cantida fue ofrecida por la familia Bianchi y que en ningún momento la pedí yo. Además, se estableció que los titulares d la cuenta serían mi hijo y su tío, ya que yo no quería aparecer en nada relacionado con eso.

—Esta ha sido la última vez que nos veamos, os agradecería que, si en alguna ocasión nos cruzamos por l calle, me traten como si nunca nos hubiéramos conocido —le dije, tras levantarme y dándole la mano al abogado sin ni siquiera mirar a los otros dos, porque cada vez que lo hacía, me entraban más arcadas.

Salí de allí, y por fin pude respirar tranquila, puesto que ya no tenía nada que temer por mi hijo, y eso m causaba un sosiego increíble.

—Se acabó todo, por fin —le dije a Luigi en cuanto llegué y me senté, pidiéndome un café capuchino y un tortita con sirope de chocolate, puesto que la tranquilidad que tenía me había abierto el apetito.

—Traes hambre, por lo que se ve —dijo Luigi riendo—. Cuando lleguemos a casa me lo cuentas todo.

—Se lo puedes contar, mamá, que a mí no me importa, siempre que me digas que ese hombre ha firmado par no ser mi padre —me dijo Enzo que, aunque pensábamos que no se estaba enterando de nada, en realidad, se dab cuenta absolutamente de todo.

—Lo ha hecho, cariño, pero hay cosas que solo lo podemos hablar los mayores.

Después de que terminamos de merendar, Enzo nos pidió si lo podíamos llevar al parque que había cerca d casa, ya que sus amigos del colegio iban casi todas las tardes. Así que decidimos hacerlo, de esa maner aprovecharía para contarle todo tanto a Luigi como a mis padres, que estaban esperando a que yo los avisar cuando todo hubiera terminado. Les había mandado un mensaje por WhatsApp para informarles que los llamarí en cuanto mi hijo no estuviera presente, ya que no quería que se enterara de lo del dinero.

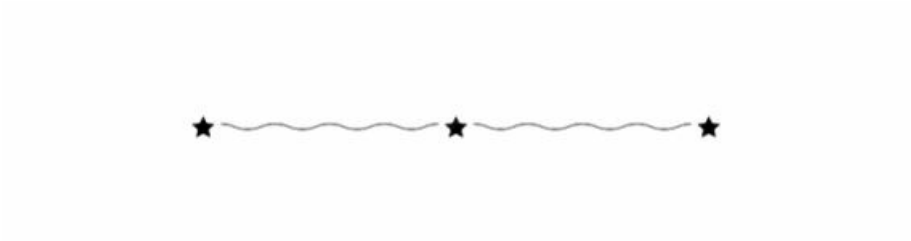
—Me voy a jugar con Tomasso, mamá, que está allí —me dijo mi hijo, marchándose con su amigo, y empecé relatarle a Luigi todo lo que había pasado en esa reunión, haciendo hincapié en lo del dinero, y lo que me cost aceptarlo.

—Has hecho bien en incluir esa cláusula en el documento, de esa forma no podrán decir nunca que ello renunciaron porque tú les obligaste a cambio de dinero —me dijo, y no lo había hecho por eso, mis razones habían sido otras, y así se lo expliqué.

—No lo he hecho por eso, sino por Enzo, para que no sintiera el día de mañana, cuando sea mayor, que s madre le puso precio y lo utilizó como una moneda de cambio, pidiendo una cantidad por no denunciar a su padr y solicitar una prueba de paternidad.

—Pues entonces, no lo podías haber hecho mejor —me dijo y me abrazó. Por primera vez en mucho tiempo me sentí a gusto entre los brazos de un hombre que no fuera mi padre.

Capítulo 41



Había llegado el día del cumpleaños, y allí estábamos todos, viendo como mi hijo apagaba las velitas de su quinto cumpleaños con sus amigos del colegio. Lo que no sabía es que dos días después, lo haría también en Sevilla, pero no le diríamos nada hasta que lo recogiéramos al día siguiente en el colegio.

—Ver su carita de felicidad, merece todo el esfuerzo —me dijo su tío Pietro, que no había querido faltar a ese día, y que había llegado cargado de regalos, a cuál más grande.

—Sí, pero tú te has pasado con los regalos, que mira la mesa como la tiene, y la mayoría son tuyos.

—Uno por cada cumpleaños y cada Navidad que me he perdido. —Ese fue el argumento que me dio para habe llegado así, que por poco no tuvo que traer un séquito para llevar los paquetes.

Luigi no se despegaba de mí, siempre con la mano por mi hombro y dándome besos en la cabeza. Ese hombre casi sin darme cuenta, se estaba colando en mi vida y en mi corazón, poquito a poquito.

—Hacéis una pareja preciosa —nos dijo una mamá del colegio, pero cuando fui a desmentirlo, Luigi se m adelantó.

—Muchísimas gracias —contestó él con una sonrisa.

—¿Por qué no lo has desmentido? Ahora, si te sale un ligue, y te ve alguien, va a pensar lo que no es y vas a quedar como un desalmado, cuando eres todo lo contrario.

—En primer lugar, no me va a salir ningún ligue, como tú lo llamas, porque no lo busco, y en segundo lugar, no lo he desmentido porque me da igual lo que piensen, nosotros sabemos lo que hay, los demás que actúen como quieran.

Aparte de la merienda de los niños, Luigi había mandado colocar una mesa de chuches, así como otra mesa con picoteo y refrigerio para los mayores. No había escatimado en gastos, pero yo tenía pensado hacerle una transferencia con la mitad, por lo menos, aunque me dijera que no hacía falta, ya que consideraba que era un gasto excesivo.

Sentaron a mi hijo en una especie de trono que había encima de una tarima, para empezar a darle sus regalos, y lo hicieron con los que le habían traído sus compañeros de clase. Había de todo un poco, lo cual era genial. A parecer, en cada cumpleaños se seguía el mismo esquema: había un presupuesto establecido para todos, y una de las mamás se encargaba de comprar los regalos, repartiendo los gastos entre los padres. No importaba cuánto niños asistieran, ya que, por lo general, se invitaba a toda la clase, a menos que alguien tuviera un motivo especial para no poder asistir.

Luego, llegó el turno a los de su tío, mientras que mi hijo miraba todo sin saber a qué acudir, y es que no tendría tiempo material para jugar con tantas cosas. Agradecí que entre tantos regalos, hubieran incluido algo de ropa y libros, tanto de colorear, que a Enzo le encantaban, como cuentos ligeros con los que se pudiera entretener.

—Vamos, tío Pietro, a ver qué sorpresa hay —dijo mi hijo, y entonces todos los padres empezaron a murmurar menos mal que Luigi estaba a mi lado y tenía más salidas que una rotonda.

—Le llama así porque las dos familias, las del padre Bianchi y las de su madre, se conocen desde hace mucho años, y el niño tiene esa costumbre bastante arraigada —les explicó con toda la naturalidad del mundo, y en verdad no había mentido, ya que nos conocíamos de antes, lo que no había especificado era en qué términos.

—Excepto en el colegio, en el que todos son iguales, y me llama profesor Bianchi. —Ahora fue Pietro quien habló.

Su tío le había comprado libros, ropa y algún que otro juego de mesa, pero la joya de la corona fue una bicicleta, que hizo que saltara de alegría, y es que a mi hijo le encantaban los deportes, sobre todo al aire libre.

—¿Te gusta, campeón? —le preguntó su tío, que estaba visiblemente emocionado al ver la reacción de mi hijo.

—¡Me chifla, tío Pietro, muchas gracias! —le dijo a su tío, para luego dirigirse a Luigi— ¿La estrenaremos est

fin de semana en el parque?

—Este fin de semana, no creo que podamos, pero para el próximo, te lo prometo —le contestó Luigi, que sabí que al día siguiente cogeríamos un avión a las siete de la tarde, así que iba a ser imposible.

—Vale, el próximo entonces. Este podríamos jugar a alguno de los juegos los tres, o hacer un puzle —le dij mi hijo, que no era para nada un niño caprichoso, ni mucho menos.

—Y ahora nos toca a mamá y a mí —le dijo Luigi, y yo me quedé totalmente sorprendida, puesto que mi regal se lo daría en Sevilla, ya que lo había comprado por Internet y lo recibiría allí, como todo lo demás. Por eso le dij que no me había llegado y que lo tendría en los próximos días, y Luigi le había regalado toda la celebración.

—El de mamá no ha llegado, y tú ya me lo has hecho, que te has encargado de todo.

—Eso no es del todo cierto, es verdad que falta uno más de mamá y que yo te había dicho que mi regalo sería esta celebración, pero quisimos tener un detalle más contigo. Toma, ábrelos —le dijo a mi hijo, incluyéndome e el regalo, y eso me llegó al corazón, puesto que todo le parecía poco para mi hijo.

—¡Toma ya! —exclamó uno de los amigos de mi hijo, Carlo creo que se llamaba.

—Y encima, firmada por todos los jugadores —dijo otro.

—Nos estás poniendo el listón muy alto al resto de los padres, chaval, te vamos a tener que contratar para qu organices los cumpleaños de los demás niños —bromeaba un papá con Luigi, que se salía de su cuerpo de orgull por Enzo.

El regalo en cuestión resultó ser una equipación completa de uno de los equipos de sus amores, el AS Roma cuya camiseta estaba firmada por todos los jugadores, además de unas botas de fútbol sin tacos y el balón oficia de la liga italiana. Así podía jubilar la pelota que se había traído de España y podría jugar un partido e condiciones.

Al terminar la celebración del cumpleaños, todos nos dieron las gracias, y es que tanto los niños como lo mayores, se lo habían pasado de lujo y habían disfrutado muchísimo. Ahora nos tocaba a nosotros ver cómo no llevábamos todos los regalos, en especial la bicicleta.

—No te preocupes, que en mi coche cabe todo, y lo tengo aparcado aquí cerca, así que vamos a ir llevándol todo —me dijo Luigi, queriendo decir algo más, pero creo que no se atrevía.

—Dime eso que estás pensando y no te atreves a verbalizar —le dije sonriendo.

—¿Tan transparente soy para ti? Porque empieza a darme un poco de miedo la situación —me dijo riendo, per es que ya lo iba conociendo, además de que siempre se me había dado bien leer a las personas—. Estaba pensand en dejar la bicicleta en mi casa, que tiene un jardín inmenso, y así, algún que otro fin de semana, podríamo pasarlo allí, los tres juntos.

—¿Pero si todavía no sé ni dónde vives? —le dije riendo, aunque la idea no me parecía mala, ya que cada dí me gustaba más pasar tiempo con él.

—Fallo mío, tienes razón. El próximo fin de semana lo pasaremos allí, donde ya le he preparado una habitació a Enzo, que va a flipar cuando lo vea. —Y volvió a dejarme a cuadros, porque ni siquiera yo lo había hecho en l casa donde vivíamos.

—Y yo, ¿dónde voy a dormir? —le dije bromeando.

—Me gustaría decirte que conmigo, pero paso a paso, ya que todavía no te he dado ni un beso en condicione —me soltó y me quedé a cuadros, mientras que Pietro, que seguía allí con nosotros ayudando a meter todo en e coche, estalló en una carcajada.

—Eso lo sabía yo desde el primer momento en que la viste, solo estabas esperando a la reacción de mi herman para mover ficha —soltó el otro, que tampoco se traía nada, con sotana y todo.

Enzo llegó a casa reventado, y fue a peor en cuanto se duchó y se puso el pijama. Estuvo despierto el tiemp justo de comerse un yogur, ya que durante la celebración del cumpleaños se había llevado toda la tarde picando comiendo, así que se le había quitado el hambre.

—Me acaba de llegar un mensaje de la aerolínea, avisándonos de que se cambia el horario del vuelo, ahora l hacemos por la mañana, a las doce concretamente. ¿Tienes que preparar algo más? —me avisó Luigi. Menos ma que yo ya tenía la maleta hasta cerrada.

—No, lo tengo todo listo ya, tan solo meter el neceser con el perfume y el maquillaje, y poco más. Mira, lo voy a guardar ahora mismo, para que no se me olvide —le contesté—. Mañana a primera hora, llamaré al colegio par avisarles de que Enzo no irá, ya que nos han adelantado el vuelo.

—Perfecto. Pues entonces me voy ya, que yo todavía tengo que hacer algunas gestiones antes de irnos, te recoj mañana a las nueve y desayunamos en el aeropuerto —me dijo, y me dio un beso de piquito que me dejó d piedra, pero que me supo a poco.

Capítulo 42



Ahí estábamos los tres en el aeropuerto, disfrutando de un desayuno, mientras mi hijo daba botes de emoción No se imaginaba para nada que, al acostarse la noche anterior, al día siguiente estaríamos volando a Sevilla para visitar a los abuelos. Y lo mejor de todo es que aún no tenía idea de que también iba a celebrar su cumpleaños allí en el lugar que siempre había soñado.

—Gracias, mamá; gracias, Luigi —nos dijo mi hijo de repente, y nos quedamos extrañados mirándonos entre nosotros.

—¿Gracias por qué, campeón? —le preguntó Luigi, porque yo no me atrevía ni a mirarlo, puesto que tenía los ojos vidriosos.

—Por hacer de este cumpleaños el más feliz de mi vida. Nunca lo había pasado tan bien ni con tanta gente. —Y es que, en los cumpleaños anteriores, lo habíamos celebrado en casa, con sus amiguitos del barrio, ya que la economía no nos daba para más.

—Es lo que te mereces, hijo. Que ya se acabaron las estrecheces, por lo menos mientras que tu madre tenga aliento para trabajar.

—Y mientras que yo esté en vuestras vidas. A partir de ahora, todas las celebraciones serán así —le dijo Luigi y eso terminó de derrumbarme. Un hombre, que no era su sangre, que no le tocaba nada, y se estaba implicando más que su propio padre y abuelos, que pensaban que pagándole la universidad cuando fuera mayor, sería suficiente.

Desde la noche anterior, en la que se despidió de mí con un breve beso en los labios, ese tipo de besos habían llovido entre nosotros. Por primera vez desde que estuve con el padre de mi hijo, en esa corta, pero intensa relación, me estaba planteando abrir de nuevo mi vida al amor, porque el corazón se lo había ido ganando este hombre poco a poco.

La verdad es que, si Thiago era guapo, Luigi no se quedaba atrás. Cada vez que caminaba por la calle, era imposible no notar cómo las mujeres, e incluso algunos hombres, se giraban para echarle un vistazo. Con una altura que rondaba el metro ochenta y cinco, su cabello moreno y una mandíbula bien definida que captaba la atención de cualquiera, Luigi tenía un magnetismo especial. Sus ojos, de un azul profundo, recordaban el mar cuando está en calma por la noche, y encima con esa barbita de dos días, que le daba ese aspecto de canalla que me volvía loca.

Llegamos al aeropuerto de Sevilla, con un calor que no era ni medio normal, y eso que en Roma no hacía frío que dijéramos. Al salir, cogimos un taxi, ya que mis padres nos esperaban por la tarde, porque no les habíamos contado nada sobre el cambio de hora para darles la sorpresa.

—Ya se me había olvidado el calor que hacía aquí —le dije a Luigi, tal y como salimos de la terminal de aeropuerto.

—Dicho así, parece que te has mudado a una ciudad fría —dijo Luigi entre risas.

—Sí, sí, por los cojones.

Llegamos a casa de mis padres, por mucho que Luigi insistió en coger un hotel, para no molestar, no se lo permití, ya que podríamos dormir todos en mi casa. Así le daríamos la sorpresa completa a mis padres, que no sabían que Luigi nos acompañaba.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo mi padre en cuanto nos vio al abrir la puerta.

—¡Pero si viene mi italiano favorito con ellos! —soltó mi madre al ver a Luigi, lanzándose a sus brazos para comérselo a besos, pero para eso él tuvo que agacharse bastante, porque mi madre era bastante bajita.

—Gracias, abuela, menos mal que lo quiero, porque si no, lo echaba a patadas. Toda la vida con ellos, y llega un italiano que han visto dos veces, y me quita todos los besos —dijo mi hijo, muy serio, aunque sabíamos que

estaba bromeando, y que nos hizo romper a carcajadas.

—Tú siempre serás mi nieto favorito, aunque tenga veinte mil más.

—Mamá, a ver si te crees que en vez de una hija tienes una coneja —le dije a mi madre riendo, pero no m esperaba para nada lo que iba a soltar Luigi por su boca.

—Macarena, yo estoy convenciendo a tu hija para que me deje ser el padre de Enzo y de otro más qu tengamos en conjunto, pero todavía no lo he conseguido —soltó y se quedó tan ancho.

—¡Qué dices, loco! Que son capaces de creer que es verdad —le dije, dándole un manotazo en el hombro.

—¿Quién dice que no lo es? —respondió muy serio, lo que me dejó descolocada y, no contento con lo qu había soltado, me dio un beso en los labios, un poco más duradero de los que ya nos habíamos dado.

—Tú, a la cocina, ya —dijo mi madre riendo, y sabía que me sometería a un tercer grado. Mi padre se sentó co Luigi en el salón y le llevó una cerveza fresquita, mientras que Enzo se marchó a su cuarto, con su maleta, decí que para ir ordenando todo, que luego se le echaría el tiempo encima.

—No hay nada entre nosotros, mamá, más allá de unos cuantos besos como el que has presenciado antes. —M adelanté a los acontecimientos.

—Este hombre está locamente enamorado de ti y de tu hijo, y la verdad, no sé cuál de las dos opciones es má bonita, y a ti tampoco te es indiferente. Así que ya va siendo hora de que dejes atrás el dolor y los temores, y t des la oportunidad de empezar una nueva relación, porque con alguien como él, realmente valdrá la pena.

—Me lo llevo planteando unos días, la verdad, pero no sé si voy a ser capaz de confiar de nuevo en los hombre —le revelé a mi madre, que me agarraba la mano, para darme ánimos.

—Dale una oportunidad, Sheila, o te arrepentirás el día de mañana. Tú nunca has sido una persona cobarde sino más bien todo lo contrario, una que no se ha dejado amilanar por nada.

—Pero ahora no estoy sola, no se trata tan solo de mí, también está Enzo, y no quiero que si sale mal, sufra.

—¿Y si sale bien? Te voy a hacer una pregunta, y quiero que seas totalmente sincera. ¿Sigues enamorada d Thiago?

—Para nada, idealicé su recuerdo, pero ha cambiado mucho, o en realidad no lo ha hecho y siempre ha sido as y me tenía engañada. Pero el caso es que no lo quiero delante de mi vista, me repulsa su manera de ser y de actua No solo conmigo, que es muy libre de querer o no a otra persona, y hacer lo que quiera, sino de la manera que h despreciado a su hijo, que incluso me llegó a decir que no quería un padre como él, que prefería no tenerlo.

—Pues entonces, creo que no tienes nada más que pensar. Luigi es un hombre de los pies a la cabeza, que no h dudado en apoyarte y querer a tu hijo, haciendo más por él que su propio padre —dijo mi madre, mientras que é estaba apoyado en el marco de la puerta y ninguna de las dos nos habíamos dado cuenta.

—¿Me permites hablar un momento con Sheila, Macarena? —dijo Luigi, sobresaltándonos a las dos. Mi madr se levantó, dándole un apretón en el brazo cuando pasó por su lado, y nos dejó a solas.

—¿Tú dirás? —le dije sin levantar la mirada del suelo, puesto que no sabía qué había llegado a escuchar o no.

—Dame una oportunidad —me dijo, mientras me sostenía la cara para que lo mirara, poniéndose en cuclilla para estar a mi nivel—. Déjame demostrarte que puedo hacerte feliz. Te parecerá una locura, pero cuando te vi l primera vez, sentada con Pietro en esa cafetería, lo primero que pensé es en lo gilipollas que había sido mi amig al abandonarte después de haberte tenido. Eso es algo que yo nunca haría. No quise delatarme antes, no hasta esta seguro de que lo habías olvidado, y hasta entonces no me atreví a darte ese beso.

—¿Y si no soy capaz de volver a confiar en un hombre?

—Ya lo has hecho, dejando que me haga cargo de lo que más quieres en el mundo, que es tu hijo. Si n confiaras en mí, no me hubieras dejado quedarme con él a solas mientras tuviste la reunión, al igual que no l hubieras hecho al acostarlo. Ahora solo falta que confíes en estar a solas conmigo. No tengo prisa, iremos al ritm que necesites, pero no me dejes al margen, porque cada día me gustas más.

Y fue en ese momento cuando sus labios encontraron los míos. Al principio, el beso fue suave y tierno, com los que ya habíamos compartido antes, pero en cuanto le permití entrar con un poco más de profundidad, s transformó en algo mucho más ardiente. Se lanzó a mi boca con una necesidad palpable, convirtiendo ese instant en una explosión de pasión, aunque aún no llegaba a ser tan intenso como sabía que podía ser. Fue entonce cuando me di cuenta de que debía arriesgarme, ya que él ya formaba parte de la vida de mi hijo; si se apartara d él porque se echara otra novia, le iba a doler igual.

e

e

e

n
a

e

s
e

s

:,

e

:í
:.
a

a
:l

e

s
a
o
r

o
o
o

o
e
e
s
e

Capítulo 43



—Que sepáis que mi cuarto es mío, y en él voy a dormir yo, vosotros dormís en el cuarto de mi madre, qu tiene la cama más grande —decía Enzo desde el salón, mientras escuchábamos a mi padre hablar bajito con él para después escuchar unos pasos corriendo—. ¡Decidme de verdad que os habéis hecho novios!

—En ello estoy, campeón, me falta terminar de convencer a tu madre —le contestó Luigi, dejando que recayer en mí la responsabilidad de la respuesta.

—Dile que sí, mami, no te da pena la carita del muchacho, que parece el gato de Shrek, con los ojitos así —dij mi hijo, poniendo los ojos como el dichoso gato, y que me sacó una carcajada.

—Anda, tunante, diles a los abuelos que cojan sus cosas, que nos vamos a comer a la calle. —Intent escaquearme de la pregunta que nos había hecho, pero no hubo suerte, y es que no quería etiquetar la relación ta pronto.

—Que sí, que yo les digo lo que tú quieras, pero que me contestes si sois novios o no, que soy pequeño, pero n tonto.

—Digamos que…nos estamos conociendo —le respondí con un poco de ambigüedad.

—Venga ya, mamá… Si ya lo conoces. Eso es que es tu novio y no me quieres decir nada porque te d vergüenza, pero conmigo no debes tenerla, que yo siempre he sido tu mejor amigo —me soltó con todo su arte.

—Sí, campeón, tu mamá y yo somos novios desde este momento, en el que ya nos hemos confesado contigo pero es que nos daba miedo no contar con tu aprobación —le dijo Luigi, con todo el amor del mundo, y para qu se sintiera arropado.

—¿Qué miedo, tontolaba? Si yo estoy encantado.

—¿Se puede saber qué has dicho? No será un insulto, ¿verdad? Porque entonces te quedas sin cumpleaños.

—Se me ha escapado, te lo prometo. Además, explícame cómo me voy a quedar sin cumpleaños, si ya lo h celebrado. ¿Tienes una máquina para echar atrás el tiempo? Porque si es así, llévalo hasta que decidiste que es hombre fuera mi padre, y cámbialo por Luigi, que me gusta más. —Otra vez con el mismo tema, por lo menos n se había dado cuenta de que yo me había ido de la lengua otra vez.

Al salir de la cocina, para ir a buscar a mis padres, me los encontré a los dos en torno al portátil de mi madre ese en el que le gustaba buscar recetas para hacerlas a la vez que en el tutorial, y cuando nos vieron entra empezaron a reírse, y es que Luigi me llevaba con el brazo por encima.

—Hija, echa un vistazo a tu correo electrónico, por favor, que quiero comprobar que te ha llegado una cosa — me dijo mi padre, y entonces fui a buscar mi móvil al bolso. Tuve que encenderlo, puesto que ni cuenta me habí dado de que lo tenía apagado desde que nos subimos al avión, ya que no me iba a llamar nadie. Lo primero porque estábamos todos juntos, y lo segundo, porque Antonella no tenía por qué llamar por asuntos de trabajo, y que el responsable de cualquier cambio estaba a mi lado.

—¿Qué es esto, papá? —pregunté a mi padre, puesto que había recibido una reserva de un hotel bastante carc la verdad.

—Eso es un circuito de *spa*, con cena y habitación para esta noche, para que la paséis los dos en pla romántico. No pensarás que me voy a creer que vais a estar los dos toda la noche jugando al parchís. Y considerando que va a ser la primera que pasareis juntos, la pasión os va a desbordar.

»Así que no quiero que mi nieto se traumatice pensando que están matando a su madre, porque el italiano tien pinta de empotrador, hija, los hombres nos conocemos bien, no hay necesidad de disimular —Toma ya, y lo suelt como quien dice que tiene pinta de saber hacer una pasta al dente. Si mi cara debía ser un poema, no os podéi imaginar la de Luigi, hasta que nos miramos y estallamos en una carcajada.

—Gracias por tener en consideración mi salud sexual, suegro, pero yo no pensaba hacer nada mientra

estuviéramos bajo este techo, que hay que tener un respeto —le contestó el otro, que también se las traía.

—Y entonces, nos veríamos obligados a festejar el cumpleaños del niño en la sala de espera de urgencias mientras tú te sometías a la operación por esos huevos gangrenados. —Bueno, aquí el que no se apura se queda atrás, así que no puedo decir que me aburriera con ninguno de ellos, eso es un hecho.

—Anda, vámonos ya, antes de que me dé algo con vosotros. Vaya tres hombres que hay en mi vida, a cuál peor

Bajamos y nos fuimos donde siempre comíamos, en el bar de Manolo, que ahora lo llevaba Carlos, quien tanto me había ayudado cuando me quedé embarazada. Nos recibieron con un inmenso abrazo. Las rencillas entre Carlos y yo terminaron ya hacía mucho tiempo, cuando él encontró a una chica preciosa que estaba en Sevilla para hacer a especialidad de su carrera, y que entró en el bar a tomar algo. Su historia era muy parecida a la mía, solo que la chica era onubense, y tuvo dónde localizarlo para comunicarle lo de su embarazo, del que se hizo cargo en el mismo momento. Tenían una niña preciosa de dos años. Se habían casado el año pasado, formando un tándem precioso, porque él se ocupaba del bar y ella de llevarle las cuentas, puesto que montó una gestoría que le iba de lujo.

—¡Pero mira a quien tenemos aquí! —exclamó en alto en cuanto nos vio, y salió para darnos un abrazo—. Se que está cambiado el italiano…

—Es mi padre, ¿a qué sí papá? —le interrumpió mi hijo cuando yo quise contarle la verdad.

—Por supuesto que sí, campeón —le dijo Luigi cogiendo a mi hijo en brazos, en un gesto que, a cualquiera le podría parecer insignificante, pero que para mí, que lo dijera así, con tanta seguridad, me emocionó bastante. Cuando Luigi se dio cuenta, me echó el brazo por los hombros y me dio un beso en la cabeza, pero yo levanté la cara y se lo di en los labios. Era la primera vez que me atrevía, puesto que, por regla general, era él quien me lo daba a mí, y eso le sacó una sonrisa.

—Me alegro de conocerte, yo soy Carlos, un buen amigo de la familia. —Le ofreció la mano a Luigi.

—Igualmente, yo soy Luigi —le dijo mi chico. Uff qué raro me sonaba eso, ya no estaba acostumbrada a usar esa jerga.

Mientras nos sentábamos a la mesa para comer, ya tenía en mente lo que haría después. Tenía pensado ir a la tienda para sorprender a Nico, quien me había comentado el día anterior que tenía turno de tarde y no podría ir a recogernos al aeropuerto. Además, no le había mencionado que Luigi me acompañaría, así que pensé que sería una buena oportunidad para presentárselo y explicarle todo con calma, ya que no teníamos que estar en el *spa* hasta las siete.

Mi hijo se quedaba totalmente anonadado cuando llegaba Martina con Carlota, la hija de Carlos. La conexión entre ellos era increíble, y para ella, a pesar de ser tan chiquita, y al llevar varios meses fuera, era como si se le hubiese aparecido la Virgen.

—*¡Enso! Men, juga co Calota* —le dijo con su lengua de trapo, y a él le faltó tiempo para ir a jugar a lo que ella quisiera.

—Me parece que al final seremos consuegros, Sheila —bromeaba Carlos.

—Me parece a mí que sí. Oye, no sé si mi padre te lo ha dicho, pero mañana celebraremos el cumple de Enzo en el parque de bolas. Lleva a Carlota, que si no a mi hijo le puede dar un infarto.

—Yo no puedo, pero Martina la llevará, aunque sea un ratito, que ya sabes que mi hija se aburre pronto de todo es un culo inquieto.

—Menos cuando está con Enzo, por lo que puedo ver —dijo Luigi, señalando al rincón donde estaban los niños, y en el que mi hijo le había dado un cuaderno para colorear todo el abecedario, que le regaló su tío, y estaba enseñándoselo a Carlota. Ella repetía como un loro, pero cuando al rato, mi hijo le preguntaba que letra era y en qué color estaba coloreada, ella lo decía bien, con mucha seguridad, y nos quedamos todos totalmente asombrados.

estuviéramos bajo este techo, que hay que tener un respeto —le contestó el otro, que también se las traía.

—Y entonces, nos veríamos obligados a festejar el cumpleaños del niño en la sala de espera de urgencias, mientras tú te sometías a la operación por esos huevos gangrenados. —Bueno, aquí el que no se apura se queda atrás, así que no puedo decir que me aburriera con ninguno de ellos, eso es un hecho.

—Anda, vámonos ya, antes de que me dé algo con vosotros. Vaya tres hombres que hay en mi vida, a cuál peor.

Bajamos y nos fuimos donde siempre comíamos, en el bar de Manolo, que ahora lo llevaba Carlos, quien tanto me había ayudado cuando me quedé embarazada. Nos recibieron con un inmenso abrazo. Las rencillas entre Carlos y yo terminaron ya hacía mucho tiempo, cuando él encontró a una chica preciosa que estaba en Sevilla para hacer a especialidad de su carrera, y que entró en el bar a tomar algo. Su historia era muy parecida a la mía, solo que la chica era onubense, y tuvo dónde localizarlo para comunicarle lo de su embarazo, del que se hizo cargo en el mismo momento. Tenían una niña preciosa de dos años. Se habían casado el año pasado, formando un tándem precioso, porque él se ocupaba del bar y ella de llevarle las cuentas, puesto que montó una gestoría que le iba de lujo.

—¡Pero mira a quien tenemos aquí! —exclamó en alto en cuanto nos vio, y salió para darnos un abrazo—. Sí que está cambiado el italiano…

—Es mi padre, ¿a qué sí papá? —le interrumpió mi hijo cuando yo quise contarle la verdad.

—Por supuesto que sí, campeón —le dijo Luigi cogiendo a mi hijo en brazos, en un gesto que, a cualquiera le podría parecer insignificante, pero que para mí, que lo dijera así, con tanta seguridad, me emocionó bastante. Cuando Luigi se dio cuenta, me echó el brazo por los hombros y me dio un beso en la cabeza, pero yo levanté la cara y se lo di en los labios. Era la primera vez que me atrevía, puesto que, por regla general, era él quien me los daba a mí, y eso le sacó una sonrisa.

—Me alegro de conocerte, yo soy Carlos, un buen amigo de la familia. —Le ofreció la mano a Luigi.

—Igualmente, yo soy Luigi —le dijo mi chico. Uff qué raro me sonaba eso, ya no estaba acostumbrada a usar esa jerga.

Mientras nos sentábamos a la mesa para comer, ya tenía en mente lo que haría después. Tenía pensado ir a la tienda para sorprender a Nico, quien me había comentado el día anterior que tenía turno de tarde y no podría ir a recogernos al aeropuerto. Además, no le había mencionado que Luigi me acompañaría, así que pensé que sería una buena oportunidad para presentárselo y explicarle todo con calma, ya que no teníamos que estar en el *spa* hasta las siete.

Mi hijo se quedaba totalmente anonadado cuando llegaba Martina con Carlota, la hija de Carlos. La conexión entre ellos era increíble, y para ella, a pesar de ser tan chiquita, y al llevar varios meses fuera, era como si se le hubiese aparecido la Virgen.

—*¡Enso! Men, juga co Calota* —le dijo con su lengua de trapo, y a él le faltó tiempo para ir a jugar a lo que ella quisiera.

—Me parece que al final seremos consuegros, Sheila —bromeaba Carlos.

—Me parece a mí que sí. Oye, no sé si mi padre te lo ha dicho, pero mañana celebraremos el cumple de Enzo en el parque de bolas. Lleva a Carlota, que si no a mi hijo le puede dar un infarto.

—Yo no puedo, pero Martina la llevará, aunque sea un ratito, que ya sabes que mi hija se aburre pronto de todo, es un culo inquieto.

—Menos cuando está con Enzo, por lo que puedo ver —dijo Luigi, señalando al rincón donde estaban los niños, y en el que mi hijo le había dado un cuaderno para colorear todo el abecedario, que le regaló su tío, y estaba enseñándoselo a Carlota. Ella repetía como un loro, pero cuando al rato, mi hijo le preguntaba que letra era y en qué color estaba coloreada, ella lo decía bien, con mucha seguridad, y nos quedamos todos totalmente asombrados.

Capítulo 44



Mis padres decidieron quedarse en el bar con Enzo y Carlota, ya que decían que por lo menos estaba entretenidos, que hasta las seis que salían los niños del colegio, porque la mayoría estaban en el comedor y algun extraescolar, lo tendría allí. Después de eso, tenían planeado llevar al niño un rato al parque para que jugara a l pelota, la que él había traído porque quería divertirse con sus amigos. Antes de salir, se había colocado l equipación firmada que le regaló Luigi, y es que fue lo primero que echó en la maleta.

—Disculpe, ¿tienen algún rosario que me sirva para expiar mis pecados? —le pregunté en italiano a Nico, qu se volvió a contestarme, pero cuando vio que era yo, saltó el mostrador, ¡literalmente!

—¡Asquerosa! Cómo no me has dicho que ya habías llegado, y encima tan bien acompañada —me dij bromeando con el tema de su enfado.

—Pues porque quería darte una sorpresa —le contesté dándole un abrazo, mientras él me cogía en brazos daba vueltas conmigo—. Para loco, que me voy a marear. Este es Luigi, mi pareja.

—¿Por qué yo no lo sabía? Espero tu respuesta, y reza porque sea convincente, porque te puedes llevar un colleja bien dada. Esconder semejante espécimen de hombre, cuando esto hay que ponerlo de portada en e Facebook —dijo, dándole un par de besos a Luigi, examinándolo de arriba abajo—. A este también le daban lo *petit-suisse* de dos en dos, como tú te buscas a los italianos.

—Encantado —le contestó el otro en un perfecto español—. Es un placer que a uno lo reciban de esta manera con tantos piropos.

—Nico, como siempre, metiendo la pata hasta el cuadril. No tengo que preguntar si me has entendido, ¿verdad —Y era la primera vez que veía a mi amigo con la cara como la bombilla de un lugar de vida alegre, como diría mi abuela.

—Totalmente, pero tranquilo, que no me he sentido ofendido, sino halagado.

—Menos mal, porque ya te veía prohibiéndole a tu chica que se relacionara conmigo, y eso, amigo mío, no va suceder nunca, por muy lejos que se haya ido a vivir.

Era imposible no reírse a su lado, siempre había risas y más risas. Decidió llamar a Mila para preguntarle s podía tomarse una hora libre, ya que todo estaba tranquilo y estaba su compañera. Nos propuso ir a cenar y l contamos sobre el regalo que nos habían hecho mis padres, además de explicarle el porqué de ese detalle. L verdad es que se partía de la risa al escuchar nuestra historia.

—¿Vamos ahí mismo? —nos dijo, señalando el bar que teníamos junto al puente de Triana, y dijimos que sí cuanto menos tiempo tardáramos en decidirnos, antes podríamos sentarnos a hablar.

—¿Te lo puedes creer? —pregunté, después de contarle absolutamente todo lo que me había pasado co Thiago, mientras él no dejaba de sorprenderse.

—Es un hijo de puta, y siento que sea tu amigo, pero el que no haya querido permanecer en la vida de Enzo de ella, para mí es un alivio, porque Dios sabe por dónde le podría haber salido.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Nico. Además de que dejó de ser mi amigo en el mismo momento en e que antepuso el dinero al amor. Porque se suponía que Sheila era el amor de su vida, y se jactaba de decirlo, per cuando apareció, decidió seguir con sus planes. Aunque, en realidad, son los de su padre, que es quien maneja s vida. Pero ahora me alegro, porque los tengo yo, y no pienso dejar que se me escapen —le contestó, para darm un beso a continuación.

La hora pasó muy rápido, y quedamos en vernos al día siguiente en el cumpleaños de mi hijo, ya que nosotro teníamos que subir a preparar una mochila y salir para el hotel.

—Como hemos supuesto que no traíais bañadores, hicimos una parada y os compramos estos. Esperamos habe acertado con tu talla y tu estilo, el de mi hija ya lo conocemos —nos comentó mi madre mientras nos pasaba un

bolsa.

El mío era una monada, en un suave rosa pastel, con pequeños lunares blancos; la parte de abajo tenía lo laterales atados, y la de arriba era tipo *balconette*, ideal para resaltar mis curvas. Sabía que mi madre lo había elegido a propósito, ya que era lo más sencillo que se podía encontrar en bikinis. En cuanto al de Luigi, era un bóxer en un elegante azul marino, adornado con franjas rojas en los laterales, que eran los colores clásicos de la marca.

—Me encanta, Macarena, no podías haber dado más en el clavo —le dijo a mi madre, dándole un beso en la mejilla.

—Hijo es que, desde que te vi la primera vez, me recordaste al muchacho ese del anuncio del perfume, el que se tira desde la roca para llegar al barco donde lo espera la otra muchacha, y supe que te iba a quedar igual de bien que a él, solo que en blanco no me atrevía a comprarlo —soltó mi madre y, aunque era cierto que se parecía muchísimo, consiguió que Luigi se sonrojara y que mi padre la mirara, fingiendo indignación.

—Entonces ya sé por qué me compras a mí los modelitos que me compras, porque te pareceré Fernando Esteso —dijo mi padre, y los tres estallamos en carcajadas. Cuando le enseñé a Luigi a quién se estaba refiriendo mi padre, se doblaba en dos, no podía ni respirar.

—No hombre, Pedro, más quisiera ese parecerse a ti —le decía Luigi entre risa y risa.

—Calla, que por un momento pensé que me ibas a decir que ya quisiera yo parecerme a él.

Bajamos la escalera todavía riendo, y lo llevé hasta el garaje, donde permanecía mi utilitario, que seguía funcionando como el primer día.

—No me pongas esa cara, que no vas a tener que sacar los pies por abajo, como Los Picapiedra —le solté haciendo que riera otra vez.

—Te prometo que me estoy riendo hoy más que en todo lo que llevamos de año. Anda vamos, que al final llegaremos tarde.

Aparcamos el coche en el recinto del hotel dedicado para ello, y nos fuimos a recepción, para hacer el registro de la habitación, y para que la chica nos dijera por dónde estaba el *spa*.

Nos habíamos puesto los bañadores en la habitación, cubriéndonos con el albornoz y las zapatillas del *spa*, que nos lo dio la chica antes de subir. Nos explicó que había un ascensor que te llevaba allí directamente, para que los huéspedes no tuvieran que pasearse de esa guisa por todo el hotel, así que salimos para tomarlo. Todavía no nos habíamos visto en bañador, y estaba segura de que me iba a resultar muy impactante.

Cuando nos quedamos en bañador, la cara de Luigi lo decía todo, así como la mía, bueno la mía y la de las otras cuatro mujeres que estaban allí con sus maridos, porque desde luego que mi chico era para quedarse con la boca abierta.

Si mi madre decía que se parecía al del anuncio, si lo viera ahora mismo, le pedía un autógrafo y una foto con él, porque eran como dos gotas de agua, esas que le corrían por el pecho cuando se metió en la ducha antes de la piscinas.

En un *déjà vu,* me encontré reviviendo una situación similar con Thiago, y era imposible no hacer comparaciones entre ambas experiencias. En aquella ocasión, todo era pura pasión, incluso llegamos a hacerlo en el baño turco, mientras que ahora nos estábamos conteniendo, no sé si por madurez o por alguna otra razón. Aunque tenía clarísimo que en cuanto cruzáramos la puerta de la habitación, no habría vuelta atrás, y como decía mi padre, iba a parecer que me estaban matando. Desde que me quedé embarazada de Enzo, no había estado con ningún hombre, y lo único que había utilizado eran algunos juguetes sexuales que Nico me regalaba, aunque no los usaba con frecuencia.

—Te ves increíble con ese bikini, si no hubiera tanta gente alrededor, no dudaría en empotrarte contra la pared de la piscina —me dijo al oído, provocando que un escalofrío recorriera mi cuerpo y que mi piel se erizara por completo.

—No me digas esas cosas, que estoy muy necesitada. Soy capaz de mandar el *spa* a tomar por culo y subirme ya a la habitación — le comenté, mientras él me rodeaba con sus brazos por detrás, guiándome hacia una de las piscinas. De pronto, se acercó más a mí, y sentí su erección presionando contra la parte baja de mi espalda, tan duro como una roca.

—No te separes de mí, porque tu madre no pensó en esto, y si me separo, corro el riesgo de que me denuncien por pervertido —seguía hablando, mientras que intercalaba las palabras con besos en el cuello, poniéndome más cardiaca de lo que ya estaba.

—No te preocupes, que no me separo —le dije, empujando mi trasero contra su erección, lo que lo estaba poniendo a mil, y a mí me sacó una sonrisa.

s
a
n
a

a

e
n
a

o
i

a

:,

l

o

e
s
s

s
a

n
s

r
n
.
a
n
o

d
r

e
s
n

n
s

a

Capítulo 45



Durante la hora que duró el circuito de *spa*, estuvimos demasiado melosos, teniendo en cuenta que n estábamos solos, por supuesto, calentándonos mutuamente con gestos y pequeños besos, incluso rechazamos e masaje, ya que dijo que se encargaría de dármelo él en la habitación.

En cuanto cruzamos el umbral de la habitación, no nos dio tiempo a nada, puesto que nos deseábamos de un manera descomunal. Los albornoces volaron, creo que ya los llevábamos en la mano antes de entrar, al igual qu la parte de arriba de mi bikini.

Luigi me pegó a la puerta, y me cogió en brazos, haciendo que lo rodeara con las piernas, rozando su miembr con esa zona tan sensible de mi anatomía, mientras se lanzaba a mis pechos, esos que lamió, mordió y succionó poniéndome como una moto.

—Hazlo ya, Luigi, no aguanto más —le dije suplicante, puesto que quería que pasara a la acción.

—Te juro que quería ir despacio, que esta primera vez fuera especial, pero es que no aguanto —me contestó jadeante, a la misma vez que yo bajaba su bañador y él deshacía los nudos de mi braguita, que cayó al suelo dejándome desnuda por completo.

Especial no sé si sería, supongo que sí, por el simple hecho de que era nuestra primera vez juntos, per memorable ya os digo yo que sí. Esa primera estocada me hizo llegar al cielo, y con dos más, me corría como un loca, gritando como en mi vida lo había hecho.

En la misma postura que estábamos, y sin salir de mí, me llevó hasta el sofá, que era lo que nos cogía má cerca, sentándose en él conmigo encima, y lo cabalgué como si fuera una experta amazona en busca del prime premio de una competición de hípica. A continuación, se apartó un poco y me hizo arrodillarme en el sofá sujetándome del respaldo, mientras inclinaba mis caderas hacia atrás para penetrarme de esa manera. Fue en es instante que ambos alcanzamos el clímax, no sin antes, girarme la cara para que pudiéramos mirarnos a los ojos e ese momento tan intenso.

—¡Mierda, he olvidado el preservativo! —dijo bastante preocupado— Pero quiero que sepas que, en caso d que hayamos hecho diana, yo no soy Thiago.

—En primer lugar, no te compares con él, porque tengo clarísimo que no te llega ni a la suela del zapato. Y e segundo, pero no menos importante, no nos va a hacer falta. Cuando nació Enzo me puse un DIU de diez años aunque sabía que no iba a estar con nadie, preferí curarme en salud —le dije, mientras que le daba un beso.

—Eres una jodida diosa —me dijo cuando me levanté para ir a la ducha, ya que en un rato tendríamos que baja a cenar.

—Voy a la ducha, ¿me acompañas? —lo invité sugerente, y le faltó tiempo para seguirme, mientras que m miraba el culo al andar.

Ni que decir tiene que en la ducha sucedió otro momento de pasión, que aunque fue sin penetración, nos volvi a llevar al punto más álgido del placer. Nunca había recibido un sexo oral tan electrizante como el que Luigi m ofreció; desde el primer momento, me hizo gritar y temblar de placer. Yo, por mi parte, respondí con la mism intensidad, y al final, él terminó en mi boca, a pesar de que intentó hacerlo en otro lugar, pero no se lo permití, l que lo volvió aún más loco de deseo.

Para bajar a cenar, opté por un vestido azul marino de cuello *halter* que se ceñía a mi cintura gracias a un especie de cinturón, pero que era parte del vestido. La falda era suelta, y lo combiné con unas cuñas plateadas qu me había comprado antes de venir, las cuales estaban muy de moda este año. Un maquillaje sutil y una coleta alt junto con unas pequeñas argollas de plata, completaban mi atuendo. Por su parte, Luigi eligió un pantalón chin en color verde militar, acompañado de una camisa blanca de cuello mao con las mangas remangadas hasta lo codos. Su cinturón y zapatos en marrón oscuro le daban un aire sofisticado que realmente destacaba.

—Estás preciosa, princesa. —Esa era su forma de dirigirse a mí, desde que me conoció, y se inclinó para darm un beso en los labios.

—Tú tampoco estás nada mal, chaval.

Era una noche que prometía ser inolvidable para nosotros, pero todo cambió en un instante. Al salir de ascensor, tomados de la mano, nos encontramos de repente con Thiago y su esposa, quienes lucían como s acabaran de salir de un funeral, lo que hizo que la atmósfera se volviera tensa y desconcertante.

—Buenas noches —dijo Luigi, como si fueran otros huéspedes más.

—¿Buenas noches? Te ha faltado tiempo para meterte entre sus piernas, sabiendo lo que significaba para mí — le soltó a mi chico, sin importarle que su mujer estuviera a su lado—. Y ahora te creerás el padre de mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿Ese que cambiaste por dinero? Y explícame ¿qué significaba ella para ti, cuando la despreciast en cuanto la tuviste delante, tratándola como una cualquiera, ofreciéndole que fuera tu amante —le espetó Luigi que por momentos estaba más enfurecido.

—Eso era temporal —dijo agachando la cabeza, y entonces intervine yo.

—¿Sabes qué es lo más triste de todo? Que tuviste cinco años para volver a Sevilla a buscarme, para dejarm una nota en la recepción cuando te fuiste, con un número de teléfono al menos, donde poder localizarte, y no l hiciste. Mi hijo ha crecido sin su padre y cuando te conoció ¿sabes lo que me dijo? «Yo no quiero a ese papá porque le ha dicho al otro hombre que me vas a utilizar para sacarle dinero, que te diera lo que le pidiera pero qu nos fuéramos».

»Eso es demasiado penoso. Así que, como ya has demostrado con creces lo que te importamos los dos, déjano ser felices con un hombre de verdad, de los que se visten por los pies, y que se desvive por nosotros. Dedícate intentar hacer feliz a tu mujer, que no tiene cara de contenta, precisamente —le dije a Thiago, para luego dirigirm a ella—. Búscate a alguien que te quiera de verdad, que te anteponga a todo, porque este hombre no sabe querer nadie, ni siquiera a él.

Nos dimos la vuelta y seguimos hasta el restaurante, donde cenaríamos tranquilamente, sin la presencia de es ser, ya que esperaba que tuviera la decencia de no bajar hasta que nos fuéramos.

—Cuéntame, de verdad, qué has sentido al verlo, por favor, es algo que necesito saber. Pero antes, quiero qu sepas que, sin importar lo que suceda entre nosotros a partir de ahora, seguiré tratando a Enzo de la mism manera. —me comentó, con lágrimas en los ojos en el momento en que regresamos a la habitación.

—He sentido asco, te lo prometo. No sé en qué coño estaba yo pensando cuando me acosté con ese hombre, e un ser repulsivo, que no ha dudado en anteponer su estatus a su propio hijo, y solo por eso, no se merece que l pase nada bueno —le contesté mientras me inclinaba para darle un beso en los labios, puesto que había visto l duda en sus ojos.

»Ahora soy yo quien te pide que confíes en mí, que me des la oportunidad de demostrarte que no siento nad por él, nada bueno al menos, y que de quién estoy enamorada es de ti. Nunca imaginé que volvería a pronuncia estas palabras, pero te quiero, Luigi. Te has ido colando, de puntillas y sin hacer ruido, poco a poco en mi corazón hasta que me he dado cuenta de que, por mucho miedo que tuviera a una nueva relación, más miedo me daba qu encontraras a otra y te alejaras de mi lado.

—No me podías hacer mejor regalo, esas palabras son todo para mí. Desde el primer momento que te vi, sent una conexión increíble, no es solo que te quiera, es que te amo —me respondió, y luego se lanzó hacia mis labios besándolos con una mezcla perfecta de pasión y ternura, disfrutando cada instante.

Si la primera vez que lo hicimos fue pasional y con fiereza, esta vez estaba siendo todo lo contrario tomándonos nuestro tiempo en disfrutar uno del cuerpo del otro. Recorriendo cada rincón con nuestras manos, co nuestras bocas, y hasta con nuestras almas. Haciéndonos uno, sin prisas, pero sin pausas, deleitándonos co nuestros jadeos y gemidos, sintiéndonos al cien por cien. Sin ninguna duda, esa noche hicimos el amor, en la plen amplitud de la palabra, tanto con nuestros cuerpos como con nuestras palabras, con nuestros gestos y caricias hasta caer rendidos uno en los brazos del otro.

—Buenos días, mi amor —le dije, sacándole una sonrisa—. ¿Dispuesto a preparar quince regalos par entregarlos en el cumple de Enzo a sus amigos? ¿Para escucharlos berrear y pelearse por la misma chuche cuand hay un cuenco lleno?

—Joder, me lo pintas como si en vez de un cumpleaños fuera la guerra de los trescientos, ya será menos —m dijo, dándome un beso en los labios, para levantarse luego y meterse en la ducha, a esa que lo seguí, y donde no dimos otra buena ración de sexo. Luego nos vestirnos y regresamos a casa de mis padres, donde nos estaba esperando para llevar todo al lugar donde lo celebraríamos esta vez.

e

l
i

–

e
,

e
o
,
e

s
a
e
a

e

e
a

s
e
a

a
r
,
e

í
,

,
n
n
a
,

a
o

e
s
n

Capítulo 46



Colocamos en el maletero del coche las cosas que teníamos que llevarnos para el local, y dejamos a Enzo co mis padres, ya que él todavía no sabía nada. Mis padres se habían encargado de avisar a todos los niños de que n le contaran nada, que sería una sorpresa, y ellos guardaron el secreto.

Antes de irnos, nos habíamos cambiado de ropa, ya que Luigi y yo comeríamos allí, y no nos marcharíamo hasta que finalizara la celebración, que había mucho que preparar.

—Vamos a empezar por preparar todos los regalitos que le vamos a dar a los niños, princesa, y dejaremos lo globos y las chuches para el final —me comentó mi chico, y tenía razón, porque con el calor, a pesar de que en e local teníamos aire acondicionado, se podían poner feas.

—Me parece perfecto. Pero no veo la caja de las chuches, ¿seguro que te encargaste de comprarlas? —l contesté, mientras sacaba los juguetes de la caja.

—Por supuesto que me encargué de las chuches, las traerán en un rato, por eso te he dicho de empezar por aquí

—Ah, vale, genial entonces. Yo me encargo de preparar lo de las niñas y tú lo de los niños —le dije. Y es que para las niñas, habíamos comprado unas Barbies, y para los niños, unos sets de Playmobil, en vez del típico con de chuches, que ya tendrían una mesa entera para coger de eso.

La mayoría de los niños que acudirían eran de mi barrio, de familia humilde que casi nunca podían darles a su hijos esas cosas, y era mi manera de agradecerles todo lo que habían hecho por mí cuando me quedé embarazad de Enzo.

—Están aporreando la puerta, voy a abrir —le dije a Luigi, pero se levantó rápido para impedirme el paso.

—No, no, ya voy yo. —Esa prisa me estaba indicando que algo había planeado que no me iba a gustar.

Cuando me di cuenta, ya había dentro del local un grupo de personas, poniendo guirnaldas de «Feli Cumpleaños», globos de todos los tamaños y colores y, por supuesto, montando una mesa donde iría toda l chuchería.

—¿Esa es tu idea de encargarte de comprar las chuches? —le dije enfadada. Y es que mi hijo no estab acostumbrado a eso, y tampoco quería que lo hiciera, que no sabía el día de mañana qué podía pasar.

—No te enfades, princesa. Pero es que pensé: «¿Por qué los niños del colegio de Roma pueden disfrutar de un mesa así y los de Sevilla no?» No lo veía justo. Te prometo que, a partir del próximo cumpleaños, todo l consensuaré contigo —me respondió, y en verdad tenía cierta lógica, porque unos sí y otros no, pero a partir d ahora, todo se haría bajo mi aprobación, que no quería que mi hijo se convirtiera en uno de esos niño consentidos.

Pedimos una *pizza* mientras terminaban de arreglar todo, que no tardaron mucho más, y entonces empezamos escuchar cómo los niños ya estaban empezando a llegar, y se me ocurrió una idea.

—Quedaros aquí en silencio, que pronto llegará Enzo, y cuando abra la puerta y entre, le gritamos todos a l vez: «¡Sorpresa!». ¿Vale? ¿Seréis capaces de estar en silencio? —les dije a todos, mientras que Luigi llamaba a m padre para que le tapara los ojos durante todo el camino, diciéndole que en su maleta había un antifaz negro par dormir, que lo utilizara.

—Venga, compañeros, como cuando estamos en la clase esperando a que llegue don Martín, vamos a sentarno en la tarima y cuando la mamá de Enzo nos los diga, nos ponemos de pie y se lo gritamos. —Ese pequeño me sac una carcajada, tenía vena de sindicalista, porque, además, los demás le hicieron caso.

—Eso mismo, cuando Luigi o yo os avisemos, toca gritar muy fuerte ese sorpresa —les dije, dándole la razón a que se estaba encargando de organizarlos.

Ni diez minuto tardaron en llegar mis padres con mi hijo, ese que, en cuanto vio todo lo que le habíamo organizado, se puso a llorar, diciéndonos que no se lo esperaba, que ya lo había celebrado en Roma, y que ho

tocaba soplar las velas con los abuelos solo, que no habían podido estar allí.

La verdad es que, mi hijo era un niño muy noble, que apreciaba cualquier muestra o esfuerzo que se hicier hacia su persona. No me podía haber salido mejor, teniendo en cuenta el padre que tenía, que era un egoísta y u avaricioso.

Mi padre había salido a fumar un cigarro y, mientras mi madre seguía charlando con algunas de las madre tomando un refresco y comiendo algo, salí yo también a fumarme uno, pero conforme me iba acercando a l puerta, más voces escuchaba, como si alguien estuviera discutiendo.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —le dije bastante enfadada a Thiago, que pretendía entra acompañado de su mujer.

—Es el cumpleaños de mi hijo, y pienso entrar a darle mi regalo, te pongas como te pongas.

—¿Tengo que recordarte que firmaste una renuncia? Mira, no me hagas reír, que cuando estuvo allí ni siquier te acercaste a conocerlo. Ya te puedes ir largando de aquí, que ni él ni yo, queremos que estés presente.

—Ya has oído a mi chica lárgate, Thiago —le dijo Luigi, mucho más enfadado que yo, puesto que me hab oído discutir, y salió a ver qué era lo que ocurría.

—¿Tu chica? ¿Y me lo dices tú? Por cierto, Francesca me ha dado recuerdos, dice que lo pasó muy bie contigo la última vez que os visteis —soltó con mucha mala leche—. Además, que con quien se acueste o se dej de acostar Sheila me trae sin cuidado, por si no te has dado cuenta, estoy casado con un cañón de mujer.

—Que es igual de mala y ambiciosa que tú. Y en cuanto a Francesca, puedes decir lo que quieras, pero tiene más que perder tú que yo, porque te recuerdo que el día que yo me acosté con ella, tú lo hiciste con aquell pelirroja, en el reservado de aquella discoteca, y yo estaba soltero, pero tú estabas comprometido. —Toma ya, l primera en la frente Thiaguito.

—Yo ya lo sabía, porque después vino a mi casa a contármelo, e hicimos el amor durante toda la noche, par reconciliarnos —dijo Casandra con una cara de asco que no podía con ella, estaba amargada perdida.

—Se ducharía antes, ¿no? Porque que asco acostarse con alguien que viene de follar con otra persona, per visto lo visto, me da que los dos sois igual de cerdos —le dije, haciendo como que tenía arcadas.

—Déjate de tonterías y permíteme, que voy a ver a mi hijo. —Seguía en sus trece.

—O te marchas ahora mismo, o llamo a la policía y te denuncio por intento de secuestro, puesto que mi hij tiene un documento con tu firma, en el que renuncias a tu hijo —le dijo mi padre, dejándolo fuera de juego totalmente, pero se me ocurrió algo mejor.

—No vamos a llamar a la policía, papá. —Y a Thiago se le cambió el semblante, creyendo que se había salid con la suya, hasta que me escuchó decir la siguiente frase, donde su cara de terror lo dijo todo—. Luigi, hazme u favor, cariño, márcame desde tu móvil al señor Enrico Bianchi, que voy a charlar un ratito con él.

—Toma, ya está dando tono —me dijo Luigi extendiéndome el teléfono.

—¿Ya has dejado a la zorra esa y quieres volver a mi redil? —contestó Enrico Bianchi, que sin duda deberí tener el teléfono de Luigi en la agenda, y que escuchamos todos, puesto que lo puse en manos libres.

—Aquí la zorra al aparato, y mucho me temo que esta oveja se te ha descarriado para siempre, pero no es po eso por lo que te llamo. Tengo aquí al gilipollas de tu hijo, delante del local donde celebramos el cumpleaños d mi hijo, en Sevilla, para más señas, y pretendiendo entrar a ver al niño…

—¡Si mi hijo está en las Maldivas de luna de miel, eso no puede ser posible! Estás mintiendo —m interrumpió, pero se la devolví a base de bien.

—Dile hola a papá, cariño —le hablé como si de un niño se tratara.

—Papá, yo…

—Thiago Bianchi, ya mismo quiero una explicación, y espero que sea convincente —le espetó su padre, per no le dejé seguir hablando.

—El muy imbécil dice que tú lo obligaste, que firmó ese documento bajo coacción, sin saber que yo hab investigado al supuesto abogado, y conozco que es notario, con lo cual, no hay coacción que valga. Dicho esto, t voy a decir una cosita. O controlas a tu hijo, y no se vuelve a acercar ni a Enzo ni a mí, o en cuanto lo haga, veréi cómo la prensa destapa todos los trapos sucios de este asunto.

»Desde que me dejó tirada en el embarazo, porque puedo demostrar que estuvo conmigo cuando me qued embarazada y que salió huyendo, hasta que habéis ofrecido una cantidad de dinero para que aceptara la renunci por vuestra parte del niño. En tus manos lo dejo. —Y corté la llamada.

Cuando me giré, ya no estaban los dos, y los vi a mitad de la calle, teniendo una acalorada discusión. En es momento, noté que Thiago sacaba su móvil y contestaba una llamada, que imaginé que era de su padre.

Capítulo 47



Había pasado ya un año desde ese día en el que Luigi me besó en la cocina de mis padres, desde que decidimo darnos una oportunidad como pareja. Ahora, estábamos preparando las maletas de nuevo, pero no para irnos d vacaciones ni nada por el estilo, sino porque íbamos a mudarnos a su casa. Pasábamos la mayor parte del tiemp allí, ya que contábamos con todas las comodidades que en nuestra casa no teníamos.

—Ya está todo, ya nos podemos marchar —le dije a mi chico, sacando la última caja con los juguetes de Enzo.

—Perfecto, voy a guardarla en el coche —me dijo, para darme después un beso en los labios.

Aprovechamos que el niño estaba en clase para hacerlo, ya que decidimos no contarle nada y que fuera un sorpresa. Cuando llegara del colegio, todas sus cosas ya estarían organizadas en su habitación, la misma que Luig había hecho decorar, antes incluso de que estuviéramos juntos, con la excusa de que pudiera disfrutar de la piscin y del jardín con la bicicleta.

Llevaba unos días que me sentía un poco rara, pero lo achaqué a los nervios que tenía por todo. No solo era l mudanza, sino que también, en ese fin de semana se habían puesto ya a la venta las distintas experiencias qu habíamos proyectado en los monumentos. Tenía la esperanza de que todo saliera bien, ya que mi trabajo dependí en gran medida de su éxito.

—Toma cariño, las llaves, ya hemos dejado todo recogido —le dije a Antonella, dándole el llavero del piso, y que pertenecía a la empresa—. Y muchísimas gracias por todo, ahora nos veremos en la oficina.

—Ay, Sheila, ¿a quién le voy a contar yo ahora lo que me pasa? ¿Con quién voy a trabajar yo desde casa? —m decía mientras que me abrazaba, con las lágrimas saltadas, pero es que la relación entre nosotras había sido mu estrecha.

—Ni que me cambiara de país, chica, que estoy a veinte minutos en coche. Así que, no me seas drama Queen que cuando quieras hablar, o me llamas por teléfono o te vienes a casa, que tenemos una piscina estupenda par paliar el calor.

—Me alegro mucho por ti, amiga, que este hombre te haga feliz. Ojalá dure para siempre.

Llegamos a casa, y Luigi había dejado una cafetera preparada. Nada más abrir la puerta, me llegó el olor y un fuerte arcada me sobrevino, llegando a lo justo al cuarto de baño, donde eché hasta la primera papilla que me di mi madre.

—Sheila, princesa, ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Te llevo al médico? Dime algo, mi amor, que me está preocupando con esa cara —me dijo bastante preocupado, y yo me quería morir, porque me había pasado l mismo que la vez anterior.

—Llévame a una farmacia, que en breve te voy a confirmar lo que me pasa.

Nos volvimos a montar en el coche, puesto que estaba tan mareada que no era capaz de ir ni a la esquin andando, y entré a comprar lo que necesitaba, para volver de nuevo a casa, y comprobarlo.

Me encerré en el cuarto de baño, mirando el palito de los cojones, ese en el que apareció la palabra positivo e menos de un minuto, y me quise morir. Todas mis dudas aparecieron de nuevo, de golpe me vi otra vez sola, sacándolo adelante, pero recordé que ahora tenía a un buen hombre a mi lado que, seguro que no reaccionaba mal como había hecho el otro, por mucho que no hubiera sido planeado.

—Princesa ¿has terminado ya? ¿Has comprobado lo que fuera que tenías que comprobar? Si no me dices nad te juro que me voy a infartar aquí mismo, y no van a poder hacer nada por mi vida. —Se puso en plan dramático pero es que, entre unas cosas y otras, llevaba más de quince minutos metida ahí sin saber qué decir ni qué hace así que me levanté y abrí la puerta.

—Esto es lo que me pasa —le dije mostrándole el positivo de la prueba.

—¿Tienes el COVID? ¿Es eso? No te preocupes, que del niño me ocupo yo, tú solo dedícate a recuperarte –

dijo, confundiendo el palito de la prueba del COVID con el de la prueba de embarazo, y mi reacción fue soltar una carcajada.

—Me parece que esto nos va a costar más tiempo y dinero que lo que estás insinuando. Fíjate bien en el palito en lo que pone —le dije, cuando cogió la prueba y la miró bien, dos lágrimas le salieron de los ojos.

—¿Me estás diciendo que…vamos a ser padres de nuevo? ¿Es eso?

—Eso mismo. Sé que no lo habíamos hablado ni nada por el estilo, pero está comprobado que, en mí, los métodos anticonceptivos fallan todos, me pasó con Enzo y ahora con este bebé —le dije llorando a moco tendido tenían que ser las hormonas, que me tenían revolucionada.

—Y es el fallo más maravilloso que nos podía haber pasado, no lo dudes. Si no te había dicho nada de ser padres era porque pensaba que tú no querías todavía, y había decidido esperar un poco más de tiempo. Es el mejor regalo que me podías hacer por nuestro aniversario, te lo prometo —me contestó, levantando mi rostro para besarme cada una de esas lágrimas que caían por mis mejillas, terminando en mis labios, esos que saboreó con placer.

Dejamos el cuarto de Enzo listo, para que cuando viniéramos del colegio se lo encontrara, ese día sería de sorpresas, puesto que también le diríamos que iba a tener un hermanito.

—He pensado que deberíamos ir a casa de mi padre a comer, y así contarle la noticia —me dijo mientras íbamos de camino al colegio, en el coche.

—Pero llámalo antes, no vaya a ser que no le venga bien, ya sabes cómo es él con sus negocios —le respondí.

El padre de Luigi no era una persona que destacase por su alegría, la verdad es que era bastante serio, pero también tengo que decir que a mi hijo y a mí siempre nos había tratado con mucho cariño, y que Enzo lo quería con locura, ya que lo trataba como lo hacía un abuelo con su nieto. Siempre reprochó la actitud que había tenido la familia Bianchi con nosotros, rompiendo todo lazo de amistad con ellos, porque decía que quien despreciaba a su nuera y a su hijo, no se merecía su amistad. Con el único que seguía manteniendo el contacto era con Pietro, a igual que nosotros.

—Papá, te llamo para que nos digas cuándo te viene bien que vayamos a comer, porque tenemos que hablar contigo —le dijo Luigi, que hablaba desde el manos libres del coche. Tan sumida estaba en mis pensamientos, que no me di ni cuenta de que había marcado.

—Cuando queráis, hijo, como si queréis venir ahora.

—Tengo una idea mejor, vamos esta noche a cenar, y así estás presente en un momento importante para nosotros —le dijo, y yo pensaba que se refería a que se lo diríamos a los dos a la vez, a Enzo y a Matteo, que era como se llamaba el padre de Luigi.

—Perfecto entonces, hijo, dale un beso muy grande a Sheila y al niño de mi parte. —Así se despidió, y es que ese hombre, a pesar de su seriedad, siempre tenía una palabra bonita para nosotros.

El día transcurrió sin más sobresaltos, tan solo la alegría de Enzo cuando se enteró de que nos habíamos trasladado definitivamente a casa de Luigi, al que llamaba papá desde que volvimos de Sevilla, y por lo que mi chico estaba encantado.

Cuando Enzo se enteró de que iríamos a cenar a casa del abuelo Matteo, que era como él lo llamaba, por mucho que yo había insistido en que no lo hiciera, que podía molestarle. Hasta que un día me escuchó y me llevó a parte para decirme que para él era todo un honor que el niño viera la figura de su abuelo representada en su persona, que eso era señal de que no lo estaba haciendo tan mal, y para mí supuso un gran alivio, puesto que una nunca sabe por dónde puede salir la familia de tu pareja ante un niño que no lleva su sangre.

dijo, confundiendo el palito de la prueba del COVID con el de la prueba de embarazo, y mi reacción fue soltar una carcajada.

—Me parece que esto nos va a costar más tiempo y dinero que lo que estás insinuando. Fíjate bien en el palito, en lo que pone —le dije, cuando cogió la prueba y la miró bien, dos lágrimas le salieron de los ojos.

—¿Me estás diciendo que…vamos a ser padres de nuevo? ¿Es eso?

—Eso mismo. Sé que no lo habíamos hablado ni nada por el estilo, pero está comprobado que, en mí, los métodos anticonceptivos fallan todos, me pasó con Enzo y ahora con este bebé —le dije llorando a moco tendido, tenían que ser las hormonas, que me tenían revolucionada.

—Y es el fallo más maravilloso que nos podía haber pasado, no lo dudes. Si no te había dicho nada de ser padres era porque pensaba que tú no querías todavía, y había decidido esperar un poco más de tiempo. Es el mejor regalo que me podías hacer por nuestro aniversario, te lo prometo —me contestó, levantando mi rostro para besarme cada una de esas lágrimas que caían por mis mejillas, terminando en mis labios, esos que saboreó a placer.

Dejamos el cuarto de Enzo listo, para que cuando viniéramos del colegio se lo encontrara, ese día sería de sorpresas, puesto que también le diríamos que iba a tener un hermanito.

—He pensado que deberíamos ir a casa de mi padre a comer, y así contarle la noticia —me dijo mientras íbamos de camino al colegio, en el coche.

—Pero llámalo antes, no vaya a ser que no le venga bien, ya sabes cómo es él con sus negocios —le respondí.

El padre de Luigi no era una persona que destacase por su alegría, la verdad es que era bastante serio, pero también tengo que decir que a mi hijo y a mí siempre nos había tratado con mucho cariño, y que Enzo lo quería con locura, ya que lo trataba como lo hacía un abuelo con su nieto. Siempre reprochó la actitud que había tenido la familia Bianchi con nosotros, rompiendo todo lazo de amistad con ellos, porque decía que quien despreciaba a su nuera y a su hijo, no se merecía su amistad. Con el único que seguía manteniendo el contacto era con Pietro, al igual que nosotros.

—Papá, te llamo para que nos digas cuándo te viene bien que vayamos a comer, porque tenemos que hablar contigo —le dijo Luigi, que hablaba desde el manos libres del coche. Tan sumida estaba en mis pensamientos, que no me di ni cuenta de que había marcado.

—Cuando queráis, hijo, como si queréis venir ahora.

—Tengo una idea mejor, vamos esta noche a cenar, y así estás presente en un momento importante para nosotros —le dijo, y yo pensaba que se refería a que se lo diríamos a los dos a la vez, a Enzo y a Matteo, que era como se llamaba el padre de Luigi.

—Perfecto entonces, hijo, dale un beso muy grande a Sheila y al niño de mi parte. —Así se despidió, y es que ese hombre, a pesar de su seriedad, siempre tenía una palabra bonita para nosotros.

El día transcurrió sin más sobresaltos, tan solo la alegría de Enzo cuando se enteró de que nos habíamos trasladado definitivamente a casa de Luigi, al que llamaba papá desde que volvimos de Sevilla, y por lo que mi chico estaba encantado.

Cuando Enzo se enteró de que iríamos a cenar a casa del abuelo Matteo, que era como él lo llamaba, por mucho que yo había insistido en que no lo hiciera, que podía molestarle. Hasta que un día me escuchó y me llevó a parte, para decirme que para él era todo un honor que el niño viera la figura de su abuelo representada en su persona, que eso era señal de que no lo estaba haciendo tan mal, y para mí supuso un gran alivio, puesto que una nunca sabe por dónde puede salir la familia de tu pareja ante un niño que no lleva su sangre.

Capítulo 48



—Buenas noches, Matteo —le dije al entrar en su casa, en cuanto nos abrió la puerta.

—Buenas noches, preciosa —contestó dándome un beso en la mejilla—. Te veo resplandeciente, se nota que m hijo te trata muy bien, como yo lo hacía con su madre.

—¿Y a mí como me ves, abuelito Matteo? —le dijo el zalamero de mi hijo, deseando que le dedicara un muestra de cariño.

—¡A ti te veo mucho más alto! —exclamó mi suegro— Es que le tienes que decir a tus papis que te traigan má a menudo, aunque con la noticia que les voy a dar, lo mismo y nos vemos todos los días y a todas horas. Per antes, vamos a cenar.

La cena transcurrió de manera muy amena, la señora que se encargaba del servicio y la cocina de la casa también se sentó con nosotros, puesto que era considerada una más de la familia. Cuando trajo el postre, que era unas copas rellenas de tiramisú, mi hijo me alertó de algo, puesto que yo estaba hablando tan a gusto con Matteo y no me había dado ni cuenta.

—Mami, tu postre viene con premio —decía mientras señalaba a mi copa, y miré a Luigi sorprendida.

—Antes que nada —empezó a decir—, esto no tiene nada que ver con lo que descubrimos esta mañana, que y lo tenía planeado de antes. Dicho esto, ahí va la pregunta: ¿Sheila, te quieres casar conmigo? Formalicemo nuestra familia, déjame que sea el padre de Enzo, pero de verdad, que pueda adoptarlo y que lleve mi apellido.

—Me has dejado sin palabras, pero solo puedo decirte que sí, y mil veces sí. Quiero que el bebé que llegue, l haga ya con sus padres casados, y por supuesto, que Enzo sea tu hijo en los papeles, porque en tu corazón ya lo es y para él eres su padre desde el minuto uno en el que te conoció —dije sin poder evitar que mis lágrimas cayera unas detrás de otra.

—Lo que acabo de escuchar quiere decir que ¿me vais a hacer abuelo de nuevo? —preguntó Matteo, quie también tenía las lágrimas saltadas, mientras que nosotros asentíamos con la cabeza, ya con ese anillo puesto e mi dedo.

—¡Ole, ole, un hermanito! —exclamaba Enzo loco de contento.

—Déjame que te aclare algo —le decía a Luigi con una sonrisa—. Me voy a casar contigo, pero tiene que se en Sevilla y frente a mi Esperanza, de lo contrario, no habrá boda.

—A mí me da igual si te quieres casar en Nepal con uno de esos rituales extraños, lo único que importa es qu seas mi esposa, así que el lugar y la forma no me preocupan —me respondió mi chico, dándome un beso en lo labios.

—Entonces, esto que voy a contaros, os parecerá perfecto —continuó hablando mi suegro, al que toda l seriedad parecía que se le había ido de golpe—. Estoy en negociaciones para la venta de la empresa, quier jubilarme ya, y como sé que tú no te harías cargo de ella, porque nunca te ha gustado, pretendo dejarla en buena manos.

»Mi primera intención era quedarme en Roma, pero me parecería injusto que los padres de Sheila, con los qu me llevo de maravilla, por cierto, y que me han ayudado mucho, aunque vosotros no lo sepáis, no puedan disfruta de ese bebé que está en camino. Así que, mi proposición es la siguiente:

»Sois dos personas que os morís por el arte, por hacer de la visita a un monumento una experiencia única, ¿dónde, aparte de Italia, podemos encontrar un montón de restos arqueológicos que os sirvan para ello, si no es e Andalucía? Quiero que nos traslademos allí, todos —dijo mirando a Giovanna—. Ya va siendo hora de formaliza lo nuestro también, y que dejemos de escondernos, que no tenemos quince años.

—¿Estáis juntos? —preguntó Luigi totalmente sorprendido— Que no me importa, eh, no me malinterpretéis todo lo contrario, estoy encantado. No hay una mujer más apropiada para ti que Giovanna, papá. Simplemente e

que me ha cogido de improviso.

—Llevamos juntos desde que te independizaste, Luigi, pero déjame seguir contando mis planes y luego t explico nuestra historia —le dijo Matteo a su hijo—. Como ya he dicho, quiero que nos traslademos a Sevilla donde utilizaremos el dinero de la venta para establecernos. Compraremos tres casas, más o menos del estilo d esta, en una urbanización a la que ya le he echado el ojo. De hecho, tengo tres propiedades consecutiva apalabradas allí, a la espera de que me deis el visto bueno.

»Una será para nosotros, otra para vosotros y otra para mis consuegros, que será mi regalo por lo mucho qu me han ayudado en este tiempo. Con otra parte del dinero, quiero que abráis vuestra propia empresa, esa qu dedicareis a lo que más os apasiona: a organizar esas visitas que tanto éxito están teniendo, que también me h informado de ello.

»Conozco a mi hijo, y tú debes ser igual, de las que no puede estar mano sobre mano, y por eso no vais aceptar vivir de las rentas. Por eso, Luigi se encargará de la parte del papeleo y tú de la organización y proyecció de estas. Las podéis ofrecer a las agencias de viaje como se está haciendo aquí, o las podéis vender por vuestr cuenta en los hoteles o en una web, como más os guste, incluso podéis combinar ambas, eso ya es cosa vuestra.

—No sé cómo darte las gracias por todo, Matteo —le comenté entre lágrimas, ya que regresar a Sevilla con mi padres y mi amigo Nico era como un sueño que se hacía realidad. Mis amigas se esfumaron en cuanto encontraro pareja, y nuestras llamadas y visitas se volvieron cada vez más escasas, hasta el punto de que no sabía nada d ellas desde hacía mucho tiempo.

—Estamos empatados, Sheila, porque has traído a mi hijo toda la felicidad que se merecía, alejándolo de esa personas de mal corazón, a quienes el dinero y el poder les produce una enajenación mental que me resulta mu peligrosa.

»Además, de manera indirecta, también me has ayudado, a través de tus padres y de esas videollamadas qu nos hacíamos casi a diario, donde me ofrecieron los mejores consejos que podría haber recibido —me contaba pero yo seguía sin saber a qué se estaba refiriendo, puesto que no tenía ni idea de ese contacto tan estrecho qu tenía con mis padres, ni de esas videollamadas casi a diario, de verdad que no.

—¿A qué te refieres, papá? Porque no tenemos ni idea.

—Pues a que Giovanna ya estaba cansada de tener que andar a escondidas conmigo, sin poder compartir u café o una cena como no fuera en casa, por miedo a tu reacción, por mi parte, por supuesto. Por eso, en u momento de desesperación, marqué el teléfono de tu padre, que al principio se mostró muy cauteloso, pero qu conforme íbamos hablando, y cogiendo confianza, me habló con el corazón.

»Pedro es un gran hombre, íntegro y honesto, como quedan pocos. Soy consciente de que me va a costar qu acepten esa casa, pero lo voy a conseguir. Me gustaría que tu madre dejara ya de trabajar, para eso pueden alquila el piso de Triana, ya que, estando en esa ubicación, seguro que le podrán sacar un buen dinero mensual, qu sustituirá al que ella gana trabajando.

—No te preocupes que de eso me encargo yo —dijo Luigi, que también llevaba mucho tiempo queriendo qu mi madre dejara de limpiar en las casas, que ya se la notaba cansada.

—Esto también es parte de mi intento de redimirme contigo, Luigi. Cuando tu madre se fue, caí en un depresión tan profunda que no podía cuidar de ti; me recordabas tanto a ella que me dolía, así que me sumergí e el trabajo. En cuanto tuve la oportunidad, decidí enviarte a ese internado, pensando que era lo mejor.

»Ahora entiendo que cometí un error, que realmente necesitabas que estuviera a tu lado y no a miles d kilómetros, ignorándote. Por todo ello, te pido perdón, hijo, no lo podía haber hecho peor, y no quiero pasar ni u segundo más lejos de ti y de tus hijos. Quiero hacer como abuelo lo que me negué a hacer como padre —decía llorando, implorando el perdón de su hijo.

—Yo no tengo nada que perdonarte, papá. Lo hiciste lo mejor que supiste o que pudiste, no te sé decir, pero e ningún momento me sentí ni desplazado ni mucho menos despreciado. Tras tu seriedad, siempre has sido u hombre cariñoso, nunca me has negado un beso y no me ha faltado de nada, así que, ven aquí y dame un abrazo —Se levantó y se abrazó a su padre, para a continuación hacerlo con Giovanna, que también lloraba a moc tendido, como todos, menos Enzo, que ese se había quedado dormido en el sofá tras dar veinte mil salto celebrando que iba a tener un hermanito.

e
ı,
e
s

e
e
e

a
n
a

s
n
e

s
y

e
ı,
e

n
n
e

e
r
e

e

a
n

e
n
a

n
n
.
o
s

Capítulo 49



Ya estábamos en Sevilla, organizando los muebles y demás enseres de las tres casas, puesto que ya nos habían dado las llaves hacía unos meses, pero debido a mi avanzado estado de gestación habíamos decidido aplazar el traslado hasta que no diera a luz.

Mi embarazo había ido viento en popa, con algún que otro episodio de fatiguita, pero nada reseñable, y ahí estaba mi niña, que se llamaba Alessia, nombre que había elegido su papá, ya que decía que, como su hermano tenía nombre italiano, ella no podía ser menos. Nació en el mismo hospital en el que lo hizo su padre, en Roma puesto que, ya que viviríamos en Sevilla, quería que su nacimiento fuera en Italia.

En ese momento, Alessia estaba en su cochecito y ya había cumplido cinco meses. El traslado nos había llevado ese tiempo, ya que, como solo planeábamos ir allí de vacaciones, y aprovechando que Matteo decidió conservar su casa, que era mucho más grande que la nuestra, y en la que cabríamos todos cuando nos animáramos a ir, optamos por vender la de Luigi. El dinero de la venta lo depositamos en una cuenta a nombre de los dos niños, pensando en su futuro. Luigi siempre ha tratado a Enzo con el mismo cariño que a Alessia, sobre todo, después de aquella conversación que tuvieron cuando la niña nació.

—Papi, yo sé que no soy tu hijo de verdad, que tú no pusiste la semillita en mamá, como lo has hecho con mi hermana, pero eso no significa que vas a dejar de quererme, ¿verdad? Yo entiendo que a ella la querrás más porque Alessia si es hija tuya de verdad, pero yo con que me quieras un poco, me conformo —le dijo Enzo a Luigi, suplicante, con los ojitos encharcados en lágrimas, esas que no quería dejar salir.

—Enzo, campeón, un papá no es solo el que pone la semillita, como tú dices, sino que también lo es el que se preocupa por las necesidades del niño y el que juega con él. La mayoría de las veces, las dos cosas coinciden como en el caso de Alessia y de muchos otros niños, pero en otras no, y eso no significa que se quiera menos puesto que yo te quiero con toda mi alma, y además, tengo una sorpresa para ti —le contestó, sacando un sobre del bolsillo, para entregárselo y que lo leyera.

—Enzo Abatino Mendoza —leyó, y entonces empezó a llorar—. *Eso significa que ya soy tu hijo, que me has dado tu apellido. ¿Es así?*

—No campeón, no te equivocas. Eres mi hijo, de pleno derecho, como tu hermana, sin ninguna distinción, ni de hecho ni de forma.

Ese momento fue tan emotivo como especial, en el que nos abrazamos los tres, mientras que la pequeña dormía en su cunita, ajena a todo.

En cuatro días celebraríamos nuestra boda, y todavía nos quedaba mucho por organizar en las casas, menos mal que de la celebración se ocupó mi suegro, que reservó el salón de un hotel, así como las habitaciones que fueron necesarias para los invitados que se desplazaban desde Italia, de familiares y amigos.

Las casas eran realmente impresionantes, las tres contiguas, tal como nos había comentado Matteo, y lo mejor de todo es que estaban conectadas por un jardín, lo que permitía a los niños moverse de una a otra sin tener que salir a la calle. También tenían una piscina espectacular, aunque en ese momento estaba cubierta con una estructura para evitar cualquier accidente. A pesar de que Enzo había aprendido a nadar desde muy pequeño siempre es mejor prevenir que lamentar, como dicen. Además, cuando Alessia empiece a caminar, eso nos dará un extra de tranquilidad hasta que también aprenda a nadar.

Finalmente llegó el día tan esperado, ese en el que todos estábamos de los nervios, excepto mi madre, que se mantenía serena. Aprovecharíamos la ocasión para bautizar a Alessia justo después de la ceremonia de la boda, así

que podríamos celebrar dos eventos importantes en un solo día.

Yo me arreglaría en casa de mis padres, con la niña, mientras que Luigi lo haría en casa del suyo, con Enzo, qu sería el que llevara las alianzas, y que decía que tenía que estar con su padre, en un momento de chicos.

Mi vestido era espectacular, confeccionado en seda de un hermoso tono champán, con tirantes anchos y u escote en V, tanto en la parte delantera como en la trasera. Estrecho hasta las rodillas, donde comenzaban uno volantes al estilo flamenco que formaban una cola espectacular, acentuando mi esencia flamenca. Para este día ta especial, decidí confiar en una diseñadora de renombre en el mundo de los vestidos de novia, quien logró captura en un boceto todas mis ideas y convertirlas en realidad. Llevaba mi cabello recogido en un elegante moño bajo con la raya en medio, adornado con una flor y dos pequeñas peinetas en plata vieja. Mis pendientes, que eran l única joya que elegí, también eran de este material, al igual que un brazalete labrado que pertenecía a mi madre un regalo de mi padre en el día de mi nacimiento, haciendo así honor a la tradición de llevar algo nuevo y alg usado.

Mi padre me sorprendió con un coche de época, que era una verdadera cucada. Estaba adornado con muchísim elegancia, y en el que llegamos a la iglesia. Todos mis vecinos estaban allí, esperándome, muchos de los cuales con los que tenía más confianza, estaban invitados a la boda, y habían sacado sus mejores galas para ello.

Cuando vi en el altar a mis dos hombres, no pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos. Era imposibl que se vieran más elegantes, ambos luciendo chaqués en tonos grises, con chalecos que combinaba perfectamente con mi vestido. Además, llevaban un prendido en la solapa que era igualito a las flores de mi ram de novia, lo que hacía que todo se sintiera aún más especial.

—Estás… No tengo palabras para describir cómo te ves. Si te digo que radiante, me quedaría muy corto —m dijo Luigi cuando me tuvo a su lado en el altar, cogiéndome la mano, mientras que una lágrima le rodaba por l mejilla, de la emoción.

—Papá, qué suerte tenemos de tener dos mujeres tan guapas, porque mi madre está espectacular, no cabe duda al igual que Alessia, pero no me vayas a decir que Carlota no está preciosa. Creo que le voy a pedir que sea m novia —soltó mi hijo, y no murmurando precisamente, lo que hizo que hasta el cura se echara a reír.

No os he dicho que el cura que celebraría nuestra boda no era otro que Pietro, que había sido testigo de nuestr amor desde incluso antes de que nosotros lo tuviéramos claro, así que no podía ser otro el que nos diera l bendición.

La ceremonia fue de lo más emotiva, en la que nos declaramos amor eterno con unos votos nad convencionales en España, pero que no queríamos dejar de pronunciar, y en la que todos terminaron llorando.

—Llegaste a mi vida en un instante donde todo era un torbellino de emociones y desorden, en el que m corazón tenía un okupa, pero que tú conseguiste echar, colándote en él poquito a poco, casi sin que me dier cuenta. Desde el primer momento en que conociste a Enzo, lo quisiste con todo tu ser, sin poner ningun condición ni obstáculo, haciendo que desde el inicio te viera como su figura paterna, incluso antes de que nuestr relación comenzara.

»Para completar la felicidad que ya compartíamos, la vida nos regaló a nuestra hermosa Alessia, quien era l pieza que nos faltaba para consolidar esta familia que hoy estamos formalizando. Te quiero, Luigi.

—¿Cómo podría no enamorarme de ti, si eres la persona más valiente y luchadora que he conocido? Er imposible, y al igual que con nuestro hijo, lograste conquistar mi corazón con tus valores, tu determinación y t increíble capacidad de trabajo, poniendo mi vida patas arriba en cuestión de días.

»Sabes que tenía una lucha interna, pero eso no me impidió pedirte una oportunidad, para que me permitiera hacerte feliz, y quiero que, a partir de hoy, me dejes seguir haciéndolo. Te amo, Sheila, nunca te alejes de m porque a tu lado, me convierto en una mejor persona.

Salimos de allí convertidos en marido y mujer, y después de bautizar a nuestra pequeña Alessia, que iba d mano en mano, y es que era una niña muy sociable. Mis padres se llevaron a la niña, mientras que Enzo optó po irse con Carlos y Martina, aunque en el fondo lo que realmente deseaba era no separarse de su querida Carlota quien lo miraba con una ternura que derretía el corazón.

La celebración fue increíble, disfrutamos al máximo, comimos y bebimos de todo lo que se nos antojó, gracia a un catering que se dividió en dos partes. Primero, tuvimos una gran variedad de aperitivos típicos de l gastronomía andaluza, donde no podían faltar el pescadito frito y en adobo, los mini montaditos de *pringá* y la tortillitas de camarones. Y después pasamos a la cena, que estuvo completamente dedicada a la cocina italiana asegurándonos de que nuestras raíces estuvieran bien representadas en la mesa.

e

n
s
n
r
,
a
;
o

a
;

e
n
o

e
a

,
i

o
a

a

i
a
a
a

a

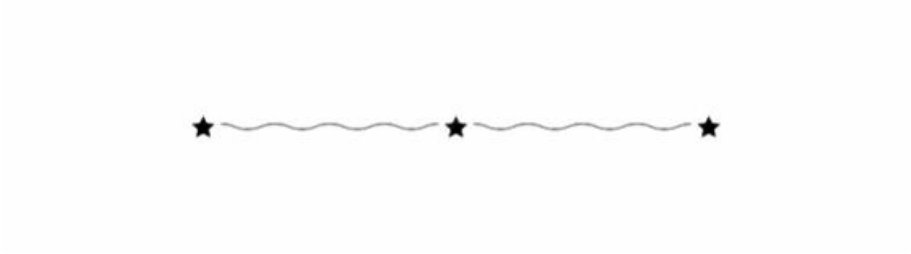
a
u

s
í,

e
r
,

s
a
s
,

Epílogo



Veinte años después…

Aquí seguíamos, más enamorados que nunca, a pesar de que ya habían pasado veinte años desde que no casamos. La complicidad y la pasión que compartimos siguen intactas, aunque a veces nos haya llevado a tene algún que otro desencuentro.

Después de una boda que fue pura alegría, llegó el momento de nuestra luna de miel, que decidimos dividir e dos partes. Primero, disfrutamos de una semana a bordo de un crucero por el Caribe, solo nosotros dos, y luego nos fuimos a Disneyland París con los niños, donde pasamos cuatro días llenos de magia y diversión.

A la vuelta de esa segunda parte, y cuando Alessia contaba solo con siete meses, me volvió a pasar, fue oler e café y darme cuenta de que volvía a estar embarazada. Esa vez no fue culpa de que fallara ningún métod anticonceptivo, sino que fue producto de una noche de borrachera y pasión en el crucero, donde nos olvidamos d poner medios. «Por una vez no va a pasar nada», decía mi marido; pues toma, la primera y en la frente.

Nosotros éramos hijos únicos, pero en nuestra familia iban a ser hijos acompañados, porque ya llevábamos tres o eso pensábamos. Todo cambió cuando fui al ginecólogo para la revisión y casi me desmayo al enterarme de qu venían mellizos, un niño y una niña. Así que, de repente, nos íbamos a enfrentar a la locura de tener tres niños cas de la misma edad.

Nada más salir de la consulta, le dije a mi marido que ya podía pedir cita para hacerse la vasectomía. Yo iba enfrentar el parto, así que él se encargaría de «cortarse la coleta», como se suele decir. Tenía las cosas claras, per al final decidimos que lo mejor era esperar a que nacieran los niños. En ese momento, sabíamos que estaríamo muy liados organizando todo y realmente necesitaba su ayuda con la pequeña.

Al final no se la hizo, ya que durante el parto de Silvana y Marco, la cosa se complicó y tuvieron que hacerm una cesárea de urgencia. Por lo que, aproveché la situación y pedí que también me hicieran una ligadura d trompas, así me aseguraba de que no llegara otro niño, porque con los que teníamos, ya era más que suficiente.

Actualmente, Enzo ya tiene casi veintiséis años y sigue con su adorada Carlota. Aunque muchos pensamos qu su relación era solo un capricho infantil, cuando llegaron a una edad en la que podían tomar decisiones, no convocaron a todos para confirmar lo que ya sospechábamos: además de ser amigos de toda la vida, estaba locamente enamorados y habían comenzado una relación formal. Enzo había finalizado la misma carrera que s padre y nos ayuda en la empresa, que está prosperando a un ritmo increíble, con más solicitudes de las qu podemos manejar. Por su parte, Carlota está a punto de terminar la carrera de Turismo y se uniría a nosotros e cuanto lo haga, aunque ya está haciendo sus prácticas con nosotros para familiarizarse con el trabajo y evita cualquier inconveniente más adelante. La pareja se ha mudado a la casa que mis padres tienen en Triana, ya qu consideran que es el lugar perfecto para ellos, y están esperando a que Carlota finalice su carrera para dar e siguiente paso: casarse.

Con relación a su familia biológica, mi hijo recibió hace algunos años una notificación requiriendo su presenci en Roma para la lectura del testamento de su abuelo, quien había fallecido días atrás. En dicho testamento, l había dejado la propiedad de la empresa a él, pero mi hijo decidió renunciar a esa herencia, argumentando qu nunca se habían preocupado por él desde su nacimiento y que no deseaba nada de ellos. Así, la herencia pasó a s padre, quien había intentado establecer contacto con Enzo, pero recibió un rotundo «no» como respuesta, ya qu Enzo afirmaba que solo tenía un padre, Luigi, que lo esperaba en España. Al parecer, el matrimonio de su padr con Casandra había sido un completo desastre, y continuaban juntos solo por mantener las apariencias. Además Thiago se había convertido en una copia de su padre y había engendrado varios hijos ilegítimos por toda Italia

mientras que con su esposa no había logrado tener ninguno.

Alessia, que es el ojito derecho de su padre, tiene ya casi veintiún años y se ha mudado a Londres para continuar con sus estudios, al igual que su hermano Marco. Ambos están cursando la misma carrera: Ingeniería Aeroespacial. Para poder hacerla juntos, Alessia decidió tomarse un año sabático cuando terminó Bachillerato para esperar a su hermano. Es curioso ver cómo parecen más ellos mellizos que Silvana, quien siempre ha sido más independiente. En la universidad, se destacan como los mejores de su clase, compitiendo entre ellos, ya que no poden estar separados ni un momento. A pesar de las constantes bromas y pullas que se lanzan, mi hijo siempre dice que esa es la esencia de su relación, mantener la diversión y evitar la monotonía, casi como si fueran un matrimonio.

Con respecto a Silvana, la peque de la familia, a quien cariñosamente llamamos así, decidió independizarse tan pronto como cumplió los dieciocho años, yéndose a vivir a Roma, una ciudad de la que está completamente enamorada. Allí, junto a su pareja, que también es una chica encantadora, abrió una pastelería que actualmente es muy reconocida. Curiosamente, su pareja resultó ser una de las hijas perdidas de Thiago, aunque nunca habían tenido contacto, algo que era bastante habitual en su forma de actuar.

Es momento de hablar sobre los mayores, esos que siempre llevamos en el corazón, y de los que solo nos queda mi padre.

Matteo y Giovanna perdieron la vida en un trágico accidente de coche mientras estaban de vacaciones en Roma cuando los pequeños contaban apenas con cinco años. Para Enzo, fue un golpe durísimo, ya que tenía una conexión muy especial con su abuelo, pero gracias al apoyo de la familia y amigos, logró salir adelante. Decidimos ofrecerle la casa de sus abuelos a él y a su novia, ya que ahora era de su padre, pero se negó, diciendo que no podría vivir allí sabiendo que no iba a ver a su abuelo. Así que, decidimos poner una valla para delimitar el jardín y optamos por alquilarla.

Mi madre falleció hace cinco años tras una dura batalla contra una enfermedad devastadora que la consumió en cuestión de meses. Mi padre tuvo que lidiar con la difícil realidad de no volver a verla, pero desde hace unos meses tiene una nueva ilusión y se le nota más contento. Aunque todavía no la conocemos más que de vista, él nos ha comentado su intención de hacer la presentación oficial durante la boda de Enzo el próximo año.

Ahora es el turno de mi gran amigo Nico, quien finalmente encontró el amor que siempre había anhelado. Todo comenzó cuando un chico portugués entró en la tienda donde él trabajaba, y desde ese momento, Nico supo que no podía vivir sin Paolo, que es el nombre de su pareja. Al año siguiente, se casaron en una preciosa ceremonia en Sevilla, y nosotros tuvimos el honor de ser sus padrinos. Además, decidieron adoptar a dos hermanos, que eran los hijos de unos amigos suyos que lamentablemente perdieron la vida mientras practicaban esnórquel. La situación era complicada, ya que los niños estaban a punto de ser separados, pero Nico y Paolo no dudaron en darles un hogar.

No puedo olvidarme de Antonella, ya que, aunque nos mudamos a España, siempre hemos mantenido el contacto. De hecho, ella y su familia suelen venir a visitarnos casi todos los veranos y pasan una semana con nosotros. Al final, encontró el amor en un médico llamado Giulio, con quien tuvo dos hijos. Ella sigue trabajando en la empresa y, según lo que sé, todo le va de maravilla.

Como os he comentado antes, Luigi y yo estamos viviendo una segunda juventud, como si fuéramos novios de nuevo. A mis cuarenta y siete y a sus cincuenta, ya hemos visto cómo nuestros hijos han crecido y se han independizado, así que ahora tenemos la libertad de disfrutar el uno del otro sin distracciones. Es como si el tiempo se hubiera detenido y pudiéramos redescubrirnos, disfrutando de cada momento juntos como si fuéramos jóvenes de nuevo.

Esta mañana, el sonido de una llamada en mi móvil me había despertado, lo cual me pareció raro porque aún era bastante temprano. Decidí levantarme para contestar antes de que despertara a mi marido, y me llevé una sorpresa al ver que era Alessia quien me llamaba.

—¿Te ocurre algo, hija mía? —le pregunté, mientras la escuchaba sollozar.

—Sí que me ocurre, mamá. Tengo un problema, y solo lo sabe Marco, pero sé que, cuando papá se entere, me va a matar —continuaba llorando a moco tendido.

—Si no me lo explicas, no te puedo ayudar. Ales, dime qué es lo que te tiene así. —Intentaba convencerla para que hablara.

—Ay, mamá, ¿por dónde empiezo?

—Si lo haces por el principio, lo mismo me entero de algo. Llámame rara si quieres, pero es que tengo la mala costumbre de que, si no lo hacen así, no logro aclararme —le dije, intentando rebajar la tensión de la situación, y sacándole una sonrisa.

—Verás mamá, hace unos meses, conocí a un chico, es irlandés, y nos gustamos —la dejé que siguier
ahablando, pero ya tenía claro cuál era el problema.
a —Deja de divagar Alessia. Estás embarazada, ¿no? ¿Ese es el problema?
), —El problema es que yo quiero tenerlo y él se ha marchado, mamá, y ahora no sé qué voy a hacer ni cómo se l
ovoy a contar a papá.
e —Solo te queda una semana para finalizar el curso, así que asegúrate de terminarlo y mantener tu
ecalificaciones, porque tener un hijo no significa que debas abandonar tus estudios, al contrario, sabes que te l
ndigo por experiencia. Toma un vuelo y ven a casa, aquí te estaremos esperando y apoyaremos tu decisión.

Me toca decírselo a mi marido, su padre, y dado que ella es su ojito derecho, solo puedo decir una cosa… ¡Qu
nDios nos pille confesados!

FIN

—Verás mamá, hace unos meses, conocí a un chico, es irlandés, y nos gustamos —la dejé que siguiera hablando, pero ya tenía claro cuál era el problema.

—Deja de divagar Alessia. Estás embarazada, ¿no? ¿Ese es el problema?

—El problema es que yo quiero tenerlo y él se ha marchado, mamá, y ahora no sé qué voy a hacer ni cómo se lo voy a contar a papá.

—Solo te queda una semana para finalizar el curso, así que asegúrate de terminarlo y mantener tus calificaciones, porque tener un hijo no significa que debas abandonar tus estudios, al contrario, sabes que te lo digo por experiencia. Toma un vuelo y ven a casa, aquí te estaremos esperando y apoyaremos tu decisión.

Me toca decírselo a mi marido, su padre, y dado que ella es su ojito derecho, solo puedo decir una cosa… ¡Que Dios nos pille confesados!

FIN